

Joss Stirling

# Misty



Finding love



**Misty**

## **La verdad puede resultar inesperadamente peligrosa...**

Misty es una chica que vive causando desastres. Su necesidad compulsiva de decir la verdad, provocada por su don, la mete en problemas todo el tiempo.

Ahora se siente insegura, no encaja en ninguna parte. ¿De qué sirve tener ese poder si lo único que logra es alejar a la gente de ella?

Cuando Alex –un joven sudafricano, atractivo, seguro de sí mismo y terriblemente encantador– entra en escena, Misty decide mantener distancia... Alguien como él nunca podría ser suyo.

Sin embargo, sus caminos se cruzarán... La comunidad savant está siendo atacada por un asesino serial que está dispuesto a todo con tal de lograr su cometido.

¿Podrán escapar a su destino?

Pronto, alguien quedará al borde la muerte... y más allá.



# Misty

*La verdad puede resultar  
inesperadamente peligrosa...*

Joss Stirling

Finding love



*Para Jasmine Richards, mi editora de OUP.  
Sin tu entusiasmo por los hermanos Benedict,  
esta saga nunca se habría publicado.*

*Gracias.*



CAPÍTULO I

**E**n la escala de desastres de Misty, del uno al diez, ¿cuánto le darías? – me preguntó Summer.

Desesperada, observé a mis dos mejores amigas apiñadas en la pantalla de la laptop. Summer me miraba compasiva, y Angel, divertida.

–Once –admití.

–No lo creo –Summer enroscó distraída un mechón de pelo oscuro mientras analizaba mi récord–. Misty, no puede ser tan malo como esa vez en que le dijiste a Jenny Watson que era una perra mentirosa con el atractivo de una torta de vaca.

–Y Misty estuvo en todo su derecho –comentó Angel con firmeza–. Jenny te había separado de Tom, Summer, de modo que tenías que estar de acuerdo con ella –mientras daba la impresión de ser una dulce huerfanita, Angel tenía una voz sorprendentemente profunda. Me había impactado tres años atrás cuando compartimos el primer campamento de verano de savants. Pero, afortunadamente, me había perdonado por declarar eso en público y se había

convertido en una amiga fiel.

Summer insistía en quitar importancia a mi percance más reciente. De carácter muy dulce, siempre quería que todos se sintieran bien, por lo cual me había irritado todavía más que Jenny se hubiera metido con ella.

–Está bien. Admito que Jenny Watson es una mala persona y una roba novios, pero uno no lo anuncia en medio de los discursos de fin de año y delante de toda la escuela. Y menos todavía con el padre de Jenny presente, que es nada menos que el influyente presidente del consejo escolar. Eso tiene que ser peor, pues Misty tuvo que cambiar de escuela.

–A mí tampoco me gustó –mascullé–. Ellos deberían haber sabido que no podían colocarme frente a un micrófono –después de ese incidente, Jenny y sus amigas se habían burlado de mí despiadadamente, y yo estuve más que contenta de abandonar esa escuela.

–Entonces, ¿qué puede ser peor que ese incidente con Jenny Watson?  
Era hora de confesar:

–¿Recuerdan que les conté que pensaba que Sean, un chico de quinto año, era *muy* guapo?

Angel se acercó a la pantalla.

–Vimos las fotos del baile de graduación y estamos de acuerdo. Pero dijiste que no pensabas hacer nada al respecto. Además, él no es un savant, de modo que no puede ser tu “alma gemela” –hizo comillas en el aire– y, de todas maneras, afirmaste que era totalmente inalcanzable.

Apoyé la frente sobre los dedos índice y pulgar y dejé que el codo descansara en la mesa del tocador.

–Ya lo sé. Los que me gustan siempre están fuera de mi alcance.

–No te desmerezcas, Misty. Ellos serían afortunados de salir contigo.

Amo a mis amigas.

–Gracias, Angel.

Después de un suspiro, tuve que obligarme a hablar en voz alta.

–Ayer me acerqué a él para desearle buenas vacaciones... ya saben, ese tipo de cosas.

–Epa.

–Y se me escapó.

–¿Qué se te escapó? –a Angel le brillaron los ojos con picardía mientras su mirada bajaba hacia mi camiseta.

–No, nada que ver. Ninguna falla de vestuario. Cielos, ¿puedes volver a recordarme por qué somos amigas?

–Porque piensas que soy genial.

Summer le dio un codazo para que me dejara terminar.

–Continúa. Tienes que contárnoslo para poder superarlo.

–Está bien. Intentaba decir, con mucha naturalidad: “Hey, Sean, que tengas

unas buenas vacaciones”, pero lo que se me escapó fue: “Tienes un trasero increíble”.

–¡No te creo! –Summer se llevó las manos a las mejillas.

–Me temo que es cierto.

–¿Y él qué dijo? –preguntó Angel.

–Dijo: “Gracias por compartir eso conmigo”, echó a reír y se marchó a contárselo a sus amigos.

–Qué rata –Angel trataba de contener la risa. No tenía la menor idea de lo que era convivir con mi don.

–Durante el resto del día, los chicos se acercaban a mí para preguntarme si pensaba que sus traseros también eran atractivos.

Angel desapareció de la pantalla. Debía encontrarse en el suelo en medio de un ataque de risa.

–Pobrecita –comentó Summer. Al menos una de mis amigas sabía reaccionar en forma apropiada ante la muerte social.

–No puedo volver a enfrentarlos. Tendré que cambiar de escuela.

Summer suspiró.

–Misty, no puedes hacerlo. Ya has pasado por tres escuelas en los últimos cinco años porque te maltrataban por ser diferente. Tienes que aguantar hasta terminar la secundaria. Y además, recuerda que tienen todo el verano por delante para olvidarse del asunto. En septiembre, ya nadie recordará lo ocurrido.

–¿Estás segura?

–Por supuesto que estoy segura –afirmó. Sus palabras no sonaron totalmente sinceras, como si no estuviese totalmente convencida, pero lo dejé pasar-. Sean ya no estará en la escuela, de modo que no tendrás que verlo a él ni a la mayoría de sus amigos.

Al pensar en eso, mi ánimo mejoró.

–Tienes razón. Estoy entrando en pánico sin ningún motivo.

–Estarás en Sudáfrica durante un mes, así que tú también tendrás tiempo de olvidarte de toda la cuestión. Cuando regreses para el campamento, podemos continuar hablando del tema.

–Gracias, Summer. Ya puedes decirle a Angel que deje de reírse.

Angel volvió a la pantalla.

–No estaba riendo.

Puse los ojos en blanco.

–A mí no puedes mentirme.

–Lo siento. Entiendo tu preocupación.

–Sí, me imagino.

–Y además es cierto que Sean tiene un trasero increíble.

Sonreí mientras finalizaba la llamada.

–Tú lo has dicho, amiga.



El vuelo a Ciudad del Cabo trepó hasta el primer lugar de la pantalla y ya figuraba el número de la puerta de embarque. Unos pocos minutos antes, me había despedido de mis padres, mis tres hermanas y mis dos hermanos: los más pequeños daban mucho trabajo como para hacerlos esperar hasta que embarcara. Mi tía Crystal había permanecido conmigo para asegurarse de que tomara el avión.

–Es mejor que vayas –se inclinó y me dio un beso en la mejilla, los rizos de su melena entre castaña y rubia me hicieron cosquillas en la cara–. Mándales un beso de mi parte a Opal, Milo y a los niños.

–Lo haré.

–No sabes cómo te envidio, Misty. Estarás presente cuando Uriel localice a su mujer –dijo apretándome las manos.

Le devolví el apretón.

–Será genial –no veía el momento de partir y dejar atrás los últimos días penosos de la escuela. Les echamos una mirada a los dos hermanos: Uriel Benedict, mi compañero de viaje, y Xav, su hermano menor y prometido de Crystal. Uno junto al otro. Xav murmuraba palabras de aliento en vez de desplegar su habitual naturaleza bromista. Dos chicos terriblemente guapos, atraían una buena cantidad de miradas de admiración de las chicas que se encontraban en las filas para hacer el *check-in*. Tenía que ser un alivio para mi increíble tía que ella igualara a Xav en atractivo, con su altura de modelo y rasgos fuera de lo común, cejas oscuras y boca de estrella de cine.

Crystal sacudió la cabeza, y un destello de alegría brilló en sus ojos.

–¿Por qué actúan como si Uriel se marchara a la guerra?

Tenía razón: Uriel se pasaba las manos por el cabello castaño-dorado con un gesto nervioso desconocido para mí, ya que siempre era muy tranquilo y reservado. Dotado de una fuerte complexión, me recordaba a San Miguel, el ángel guerrero de un vitral que había visto en Italia, con toda su fuerza y su benevolencia atlética, despachando dragones con una mano y justicia con la otra. Era casi tan alto como Xav, de modo que los dos hermanos se encontraban una cabeza por encima del gentío que pululaba por la Terminal Cinco, empujando carritos alrededor de la arena fraternal.

–Son demasiado machistas para admitirlo, pero parecería que Uriel está aterrorizado y Xav está preocupado por él.

Crystal rio.

–Tienes razón. Son unos pobres grandulones asustados.

–Debo decir que es una cuestión muy importante ir al encuentro de tu futura pareja. Le dijiste lo necesario como para conducirlo hasta su puerta, ¿no?

Colocando el brazo alrededor de mi hombro, Crystal me guio hacia el control de seguridad.

–Hice todo lo que pude sin llegar a tomarlo de la mano y conducirlo hasta su primer encuentro cara a cara con su alma gemela. Mi don me dice que ella está en Ciudad del Cabo. No puedo ser muy exacta a tanta distancia, pero veo edificios blancos... una muchedumbre. Opal está casi segura de que eso se refiere a uno de los hospitales y hasta tiene una idea de qué savant en esa parte de la ciudad podría ser su pareja. Ella está arreglando un encuentro para que se conozcan.

No me había dado cuenta de que los preparativos estuvieran tan avanzados.

–¿Va a poner sobre aviso a su objetivo?

–No, pues quiere evitar que aliente ilusiones que luego se vean frustradas. Si está equivocada, yo iré el mes próximo para ver si puedo afinar más la puntería.

Sin lugar a dudas, si fuera necesario, Crystal vendría al rescate. Haría cualquier cosa por la familia, y ahora los seis hermanos de Xav se habían sumado al grupo. Crystal tenía solamente un par de años más que yo, lo cual la convertía más en una hermana mayor que en una tía; pero ella se tomaba sus responsabilidades muy en serio. Mi mamá, su hermana mayor, siempre decía que la más pequeña de la familia había recibido la carga más pesada con su don.

Le acaricié el brazo.

–Pero tú no puedes viajar a todos los sitios donde localizas almas gemelas porque quedarías en bancarrota –eso era algo que también decía mi mamá. Desde el otoño cuando había descubierto su don, Crystal había estado muy ocupada ayudando a sus parientes y amigos savant a encontrar a su complemento. No era un proceso sencillo: podía darles indicaciones y el lugar aproximado, pero las personas tenían la maldita costumbre de ocultarse en grandes ciudades plagadas de potenciales parejas o se mudaban constantemente siguiendo una ruta que, seguramente, a ellos les resultaba muy razonable, pero para una rastreadora de almas gemelas como Crystal, era exasperante.

–Suenas igual que Topaz –Crystal frunció levemente el ceño mientras pensaba–. Ojalá pudiera darme el lujo de hacerlo, pero no creo que esta vez sea necesario. La dirección que capté seguía apuntando hacia Sudáfrica. Uriel habría ido antes de no haber tenido un compromiso de trabajo pero, por suerte, ella no se movió de lugar.

Me pregunté qué podría ser más importante para Uriel que conocer a su

alma gemela, pero como existía una diferencia de edad de doce años entre él y yo, no me pareció que me correspondiera preguntar. Yo todavía estaba en la escuela, y él ya tenía un doctorado por la Universidad de Denver de los Estados Unidos.

–Es una lástima total que ahora no pueda ir con él –admitió Crystal–, ya que Xav y yo tenemos que estar en Nueva York la semana próxima para buscar un lugar para vivir. Él tiene que empezar pronto la universidad –hizo un gesto de frustración–. Y estamos ahorrando para ayudar a Victor y a Will. Tengo la sensación de que la de Victor va a ser una cacería muy costosa –puso una expresión consternada por unos segundos al repasar todas las tareas que tenía que realizar antes del comienzo de la universidad. Luego su rostro se relajó–. Por lo tanto, Misty, te corresponde a ti cuidar a mi futuro cuñado.

Me sentí emocionada de que me considerara apta para esa tarea. Crystal era uno de los pocos miembros de mi familia que no me trataba como si fuera un desastre. Mamá y papá habían pasado buena parte de la última década arreglando los líos que yo armaba en casa y en la escuela con mis comentarios francos y directos. Que alguien confiara en mí era un cambio agradable.

–Puedes quedarte tranquila.

Me dio un abrazo.

–Sí, estoy tranquila. Y disfruta de tus vacaciones.

–Serán interesantes. De eso estoy segura –traté de levantarle el ánimo–. ¿Y no puedo hacerte cambiar de opinión con respecto a decirme dónde se encuentra mi alma gemela?

Las manos en la cadera, alzó los ojos al techo ante mi usual pedido.

–No... y sabes que no estoy mintiendo, de modo que no te molestes en discutir. Nada de almas gemelas antes de los dieciocho. Puedes decirles lo mismo a tus hermanitas. Gale ya estuvo fastidiándome. Tienen que llevar una vida normal antes de unirse al resto de nosotros en esa cuestión.

–¡Bu, aguafiestas! –exclamé haciendo un lloriqueo fingido aunque sabía que hablaba en serio. Había explicado que su capacidad para encontrar nuestros complementos tenía un precio. La vida podía ser cruel y no todas las uniones eran exitosas. Crystal creía firmemente que las personas que ella conectaba debían ser lo suficientemente maduras como para soportar las decepciones o desastres que pudieran producirse. Todos los savants como Summer, Angel y yo nacemos con poderes mentales especiales, pero tenemos que enfrentar no solo los beneficios de nuestro don, sino también las desventajas. Yo soy el clásico ejemplo de esa parte negativa. Tengo problemas con la verdad. Gracias a mi don de savant, no puedo librarme de ella. Un ejemplo: mi mejor amiga de dudoso gusto se presenta ante mí con una prenda nueva y pide mi opinión. Con una sonrisa feliz, gira mientras espera que le eleve la autoestima. Yo preparo mi mentira piadosa: *¡Hey, te ves genial!* pero,

ups, lo que se me escapa es: *¡Lo siento, pero eso te hace gorda!* Es como si tuviera un traductor de *Google* dentro del cerebro: introduzco una mentira y la transforma en la cruda verdad. Si pierdo el control, puede ser todavía peor, pues se vuelve contagioso; la gente que me rodea comienza a decir la verdad, aun cuando no tenga intención de hacerlo.

Mis amigas tienen que ser muy comprensivas.

Los savants vienen en todos los tamaños y colores. Casi todos hablamos por telepatía y podemos mover objetos con la mente. Además, algunos reciben dones maravillosos. Uriel puede presentir los hechos del pasado ligados a lugares, objetos y personas. Cuando se concentra, mi madre puede ver a través de objetos sólidos, por lo cual ser una adolescente en su casa es algo particularmente difícil, pueden crearme. Su hermano, mi tío Pedro, puede cambiar el tiempo. Hasta mi abuela puede hacer que te duermas, lo que implica que es muy buscada como niñera.

Pero el don de Crystal es el mejor de todos, ya que le permite localizar el complemento de cada savant, su alma gemela, y así puede resolver el problema básico de nuestras vidas. Verán, cuando un savant es concebido, en algún lugar del planeta también comienza su vida la persona que será su otra mitad en un sentido muy real. Cada uno tiene la mitad de los dones, y juntos pueden ser más de lo que son por separado. De modo que, unos nueve meses después, nacen dos personas que están destinadas a atraerse mutuamente. ¿Pero han visto cuán grande es el mundo? ¡Es algo así como encontrar una aguja en un pajar! Por eso es que Crystal es tan importante: puede enviarte hasta la puerta misma de tu destino. Lo que ella no puede garantizar es la recepción. Pero dependiendo de la forma en que su experiencia los conformó, tu alma gemela puede enamorarse locamente de ti, o tal vez sus emociones pueden ponerse violentamente en tu contra. Los savants poseen una gran capacidad sentimental hacia sus almas gemelas, pero el que estén llenos de amor o de odio escapa al control de Crystal. Cuando era pequeña, al escuchar las historias de almas gemelas que me relataba mi abuela, me concentraba más en que se trataba de un príncipe de cuento de hadas, pero ahora comprendí que esos relatos contenían igual cantidad de gnomos que de brujos, de modo que, por lo que había visto hasta el momento, no estaba apurada por conocer al mío.

Por milésima vez, Uriel constató que su tarjeta de embarque y su pasaje estuvieran en el bolso de mano. Sabía que, al final del viaje en avión, lo esperaba su otra mitad. A los veintiocho años, estaba más que preparado para conocer a su alma gemela. Seguramente, estaba rogando que fuera una pareja tan exitosa como la que formaron sus padres y cuatro de sus hermanos. De los Benedict, solo Uriel, Will y Victor permanecían solteros.

Crystal se mordió el labio mientras observaba a Uriel. Le di un abrazo, lo

cual fue más difícil de lo que parece, ya que mide casi un metro ochenta, y yo apenas un metro sesenta y tres.

–No es tu culpa si sale mal –susurré mientras atraía su oído hasta la altura de mi boca–. Pero puedes atribuirte el éxito si resulta bien.

Mi comentario le arrancó una sonrisa cómplice.

–Buena filosofía –se enderezó y lanzó un silbido impresionante–. ¡Hey, bombón, deja que tu hermano se vaya o perderá el avión!

Xav nos miró con ojos sonrientes y llenos de vida. Al lado del rubio Uriel, que se parecía a San Miguel, Xav era más bien un Lucifer de cabello oscuro o, cambiando de mitología, un Loki con un brillo malvado en los ojos.

–De acuerdo, belleza. Mensaje recibido con total claridad.

Uriel tomó su equipaje de mano y enderezó los hombros ante lo que se avecinaba.

–Misty, ¿tienes todo? ¿Pasaporte? ¿Tarjeta de embarque?

Abrí la boca para hacer una broma, pero Crystal me dio un codazo antes de que pudiera protestar ante su actitud maternal.

–Le hace bien preocuparse por otra persona. Lo distrae del tema.

Le sonreí a Uriel con dulzura.

–Sipi. Tengo todo.

Xav me dio un abrazo (mi corazón latió aceleradamente, ya que él era como para desmayarse) y me condujo hasta el mostrador con una mano fraternal en el hombro. ¿Qué les pasaba a los hermanos Benedict que se veían en la obligación de indicarnos todo lo que debíamos hacer? La miré a Crystal y puse los ojos en blanco, pero ella simplemente sonrió. Supongo que esa característica de su pareja había terminado por agradarle.

Justo después de saludar por última vez a Crystal y a Xav, surgió el primer “momento Misty” del viaje.

–Señorita, me temo que no puede llevar líquidos de más de cien mililitros en su equipaje de mano.

Levanté la vista hacia el guardia de seguridad que había abierto mi bolso. Encima de todo, se encontraban todas las botellas que había tenido la intención de pasar a la valija pero había olvidado hacerlo en medio del nerviosismo de la mañana.

–Oh, lo siento. Qué cabeza la mía.

Pude sentir que Uriel fruncía el ceño a mis espaldas. Debía estar pensando que era una bebida por desconocer las restricciones.

–Tendrá que dejarlas aquí –el guardia las fue sacando una por una.

Observé con tristeza cómo mi loción para controlar los rizos y mi shampoo y crema de enjuague favoritos eran arrojados a un cesto. El hombre estudió atentamente el protector solar antes de decidir que también infringía las reglas y arrojárselo a la basura.

–Aquí tiene. Lista para volar –el guardia me alcanzó el bolso, ahora mucho más liviano.

Uriel echó una mirada al reloj.

–Me temo que tenemos que correr, Misty. No nos queda tiempo para reponer lo que te sacaron.

–Está bien. Fue mi culpa.

–Sí, lo fue –Uriel se mostró desconcertado. Había tenido la intención de decir algo amable y consolador pero, en cambio, había disparado la verdad. El control sobre mi don debía haberseme escapado. Otra vez.

–Esa fui yo –musité, las mejillas encendidas–. Mi control está un poco vacilante.

Lanzó una carcajada extraña.

–Sí, Xav me advirtió sobre eso. Tengo que tener cuidado cuando estoy contigo, ¿verdad?

Detrás de nosotros, alcancé a escuchar a una mujer que confesaba, para su propia sorpresa, que estaba intentando pasar droga a través de la seguridad del aeropuerto. Los policías se acercaron y Uriel arqueó una ceja. Yo asentí.

–Quizá debería dejarte aquí. No necesitarían un escáner –Uriel sujetó mi bolso y lo unió al suyo. Cuando el altavoz anunció que los pasajeros ya estaban abordando el avión, Uriel me alcanzó los pasajes.

–Vamos. No quiero llegar tarde a mi futuro.



Durante el vuelo, miré películas horribles mientras Uriel trabajaba silenciosamente en su laptop. La atención era excelente gracias al gran atractivo de mi compañero; las asistentes de cabina no podían tratarlo mejor, y yo era la feliz destinataria de ese desborde de buena voluntad.

Después de que nos sirvieron bebidas nuevamente, le di un codazo.

–Esto no es justo.

–¿Qué cosa? –levantó la vista de la pantalla.

–Ustedes, las personas atractivas. No saben lo que es ser como la gente común.

Abrió la boca y luego hizo una pausa para intentar averiguar si mi don estaba bajo control o se había liberado.

–Está todo bien. Puedes mentir si quieres. Está aquí dentro –me di un golpecito en la cabeza.

–No iba a mentir exactamente.

–¿Pero...?

–Iba a decir que no lo noté, pero no es cierto. Y es una estupidez –un leve

resoplido agitó su pelo castaño dorado—. Yo no me veo así. Lo que cuenta es lo de adentro.

–Sí, pero a nosotras, las polillas, nos atrae la llama, y tú y tus hermanos son como velas.

–¿Acaso fue eso un ejemplo de tu incapacidad para mentir? –emitió una gran sonrisa.

–Supongo que sí. Soy más directa que la mayoría de las personas. No puedo ser de otra manera, así que digo las cosas como son.

–Entonces, déjame decirte que ninguna de ustedes es precisamente feúcha.

–¿Feúcha? ¿Eso quiere decir horripilante en tu país?

Sus ojos brillaron.

–Una mejor traducción sería poco atractiva. Crystal es despampanante.

–Sí, es cierto.

–Diamond es hermosa –era la hermana que seguía a Crystal en edad y se había casado con Trace, el mayor de los hermanos Benedict. Era la mujer más elegante, fina y armónica del mundo.

–Lo sé.

–Y tú también eres muy linda –concluyó con un guiño.

Revisé mi detector de mentiras, y nada de lo que decía Uriel me había hecho rechinar los dientes: la clásica señal de que me encontraba ante una mentira. ¿Uriel pensaba que yo era linda? ¡Oh! Yo sinceramente creía que era más bien un desastre en el tema de la apariencia. Había heredado el mismo cabello salvaje y erizado de Crystal, pero varios tonos más claro. Sin mi loción para el pelo, andaría deambulando por Ciudad del Cabo con el aspecto de una alpaca que necesita que la esquilen. Tengo piel pálida y pecas, pestañas extrañamente largas y rubias, y ojos que se habían decidido por un gris poco interesante. No debía exigirle más elogios a Uriel, ya que debía haber agotado su cuota de opiniones sinceras.

–¿En qué estás trabajando? –pregunté en un cambio de tema no muy sutil.

Devuelto a su tarea, su sonrisa se atenuó.

–Por favor, no leas la pantalla.

–Lo siento.

Por mi tono de voz, pudo darse cuenta de que me sentí excluida.

–No tiene nada que ver con el viaje y no es que no quiera contarte; en realidad, es que no puedo.

–No entiendo.

Suspiró.

–¿Sabes que me dedico a la ciencia forense?

–Sí, Crystal lo mencionó. Dijo que estabas haciendo estudios de posgrado.

–Llevo a cabo investigaciones para las autoridades norteamericanas sobre crímenes que parecen tener alguna conexión con la comunidad savant. Victor

me convoca cuando me necesita.

Victor, algo más joven que Uriel, trabajaba para el FBI.

–Ah, ya veo. ¿Entonces, es algo así como un secreto de Estado?

–Yo diría que es algo demasiado lúgubre para que lo veas. Las autopsias no son precisamente lectura de vacaciones –cerró el documento y abrió un mapa. Tenía puntos rojos desparramados por todo el mundo, agrupados especialmente en Norteamérica, Australia, Nueva Zelanda y varios países de Europa continental–. Lo que sí puedo contarte es que estoy investigando algunas muertes que están conectadas entre sí –movió la pantalla para que pudiera ver–. Hasta ahora conocemos doce. Se trata de un asesino serial que se ensaña con la comunidad savant. Estamos buscando la manera de impedir que haya otra víctima. Mi trabajo es jalar del cabo suelto que nos permitirá atrapar a nuestro asesino –se frotó la cara con las manos–. Estoy un poquito obsesionado con el caso... no he podido pensar en otra cosa desde el año pasado cuando se produjo el primer asesinato.

Era probable que mi poder para hacer decir la verdad lo alentara a confesar más de lo que confesaría normalmente o, tal vez, necesitaba descargarse, pero me dio una idea de lo que habían sido para él los últimos meses.

–¡Doce... es terrible! –de repente deseé no estar tan lejos de mis seres queridos. Apenas llegara, tendría que enviarles un mensaje de texto para advertirles que tuvieran mucho cuidado.

–Cada víctima ha sido una pérdida tremenda para la familia. No puedo soportar la idea de que se produzcan más muertes –la expresión de Uriel era realmente sombría.

–¿Y eso era lo que te impedía volar a Sudáfrica?

Dejó escapar una risa ahogada.

–Sí. Quería resolver el caso para que no empañara este momento, pero finalmente Victor me dijo que era hora de tomarme un descanso. Piensa que veré las cosas con más claridad una vez que termine con todo este asunto del alma gemela.

–¿Asunto?

Sacudió la cabeza ante su expresión poco afortunada.

–Espero que no. Placer: espero que sea puro placer.

–No te preocupes, yo estaré ahí para ayudarte –crucé los dedos esperando que Uriel no hubiera escuchado acerca de mis famosos “momentos” o se preocuparía todavía más.

–Gracias. Me recordaste que esto se supone que no es trabajo. Debería llegar con algo en la cabeza que no sean asesinatos, ¿de acuerdo? –cerró la computadora de un golpe.

Asentí.

–¿Jugamos a las cartas? –extrajo un mazo del bolsillo–. ¿A qué quieres

jugar?

–¿A la Pesca?

–Muy apropiado –comentó con sonrisa irónica.



Mi tía Opal estaba esperando en la zona de arribos con mis dos primas, Willow y Hazel, y mi primo Brand. Willow y Hazel nos habían hecho un cartel con crayón: un fabuloso dibujo de un león que nos daba la bienvenida con un rugido. Ambas habían heredado un don savant para capturar imágenes bajo distintas formas (para Willow, era el dibujo; para Hazel, la escultura) y materiales (papel, arcilla, cartón, madera). Podían reproducir todo lo que veían con sorprendente estilo y precisión. Dudo que alguna de las personas que se hallaban en el hall del aeropuerto sospechara que esas dos niñas de cinco y siete años hubieran realizado ese cartel sin ayuda. Las había visto por última vez en diciembre, en la boda de Diamond y Trace en Venecia, cuando se habían juntado con mis hermanas menores, Gale, Peace y Felicity, y solo se habían detenido para fingir ser angelicales damas de honor. De todas maneras, no lograron engañar a ningún familiar.

–¡Misty! ¡Misty! –gritó Willow como si yo no pudiera ver al grupo que nos estaba esperando.

Agité el brazo y de inmediato quedé totalmente sorprendida por un rugido de león que vino de... no, imposible, ¿de Brand? El sonido tan fuerte proveniente de un niño tan pequeño tomó desprevenidos a muchos. Contemplé a la multitud de taxistas mirando nerviosamente a su alrededor, por si algún animal salvaje andaba merodeando por el aeropuerto. Mi tía entró en una frenética actividad de distracción y le alcanzó a Brand una bebida para evitar que repitiera el ruido.

–Les pido perdón por eso. Su don ya comenzó a revelarse –advirtió mientras me daba un beso y abrazaba a Uriel.

–¿Qué clase de don es ese? –pregunté, observando con desconfianza al niño movido de cabello negro–. ¿Se convierte en un león o algo parecido?

–No es tan terrible como eso –Opal comenzó a empujar el cochecito hacia el estacionamiento esperando que la siguiéramos. Siempre actuaba como mamá pato, sin importar la edad de los patitos–. Es un imitador nato. Es probable que también tenga un don para imitar y entender el lenguaje de los animales. Todavía no estamos seguros.

Presentí que había algo más.

–¿Pero?

–Parecería que mantiene largas conversaciones con nuestro perro –arrugó

la frente—. De hecho, no tengo claro si Brand no piensa que es un cachorrito, ya que le gusta jugar durante horas a buscar y traer objetos.

—Es lindo que le guste jugar con el perro —dijo Uriel amablemente mientras atrapaba la mamadera que el niño había dejado caer al balancearse en el asiento.

—No, lo que quiero decir es que a Brand le gusta que nosotros le arrojemos a él un palo; el perro ni se acerca. Y muerde objetos, especialmente los bordes de los pantalones.

Largué una carcajada mientras Willow y Hazel reían nerviosamente. Uriel le devolvió la mamadera, y Brand lanzó un débil ladrido, lo cual dejó entrever que estaba siguiendo la conversación más de lo que se esperaría de un pequeño de dos años. De inmediato, volvió a dejar caer la botella.

Uriel la atrapó antes de que tocara el pavimento.

—Creo que me engañó. Está jugando a buscar la mamadera.

—Bienvenido a mi familia —bromeé—. Estamos todos locos.

Extendió las manos a las niñas para ayudarlas a cruzar la calle.

—Me siento como en mi propia casa.



## CAPÍTULO 2

**D**espués de tomar una ducha y un rato para desempacar, nos reunimos en la cocina para realizar el consejo de guerra. Mi hogar familiar en Gran Bretaña quedaba en un suburbio arbolado de Londres; la casa de Opal estaba en un área similar en Ciudad del Cabo: el distrito Zwaanswyck, un barrio próspero en la zona sur, con casas y jardines fabulosos. Ciudad del Cabo cuenta con uno de los mejores climas del mundo, de modo que todo lucía fresco y verde, excepto los flancos rocosos de la Montaña de la Mesa, que dominaba el horizonte. Un mantel de nubes cubría la cima, formado por la condensación del aire marino al chocar contra África. Milo Carr, esposo y alma gemela, era cirujano dental; Opal era abogada, pero se estaba tomando un descanso de su carrera para dedicarse a sus hijos. Su casa era un lugar muy agradable para pasar las vacaciones: una construcción larga y baja con un extenso jardín y una piscina circular, aunque durante los días más fríos y lluviosos de invierno, solo un avezado nadador se atrevería a darse un remojón. Y esa sería yo. Viniendo de Inglaterra, pensaba aprovechar hasta el más mínimo rayo de sol y había preparado mi bikini por si se ponía más

caluroso.

Pero lo primero era lo primero: el gran momento de Uriel.

Opal colocó tazas de café en la mesa de la cocina frente a nosotros, y luego trajo un plato con galletas caseras. A través del ventanal que se hallaba a sus espaldas, podía ver a las niñas jugando en las hamacas que colgaban del roble plateado en el extremo del jardín; Brand estaba sentado en un corralito manteniendo una seria conversación con Nutty, el labrador chocolate de la familia. Los dibujos y esculturas de las niñas decoraban hasta el último centímetro de los armarios de la cocina: una colección desordenada de unicornios, caras familiares, mariposas y animales autóctonos. Plantas en macetas se abrían felices mostrando sus flores en todos los espacios libres de los estantes y las repisas de las ventanas. Pensé que en el lugar reinaba un agradable desorden que debía adjudicarse al efecto relajado de Milo sobre mi tía, ya que ella era famosa entre sus hermanos por ser una obsesiva del orden: un buen ejemplo práctico del equilibrio que podía existir entre los distintos dones de las almas gemelas.

Tomé una galleta y le di un mordisco.

–¡Mmm, chispas de chocolate! ¿Tú las hiciste?

Finalmente, Opal se sentó arrastrando con ella una gran carpeta. Al arrojarla delante de Uriel, hizo volar las migas y produjo una onda expansiva que dibujó círculos en la superficie de su café desde el centro de la taza hacia afuera.

–Difícilmente, Misty. No tengo tiempo para cocinar. Estuve muy ocupada con esto. Willow hizo las galletas anoche con su padre.

–Felicitaciones a los cocineros –dijo Uriel mientras daba un golpecito sobre la carpeta–. ¿Qué es esto?

–Mi investigación –Opal bebió un sorbo de café–. Sobre tu potencial alma gemela. Estuve rastreando entre las que tenían la edad correcta y se ajustaban a las pistas de Crystal. Solo están las que figuran en la Red Savant, pero tenía que comenzar por algún lado. Para ahorrarte tiempo, reduje las posibilidades a una favorita –frunció ligeramente el ceño mientras repasaba el material–. Claro que no podemos descartar que exista otra candidata que desconozca que existimos.

–Eres muy exhaustiva.

–Entrenamiento legal –Opal se encogió de hombros como si eso explicase todo. También tenía un don savant para la restauración: regresaba cosas a su estado original, lo cual se llevaba bien con su compulsión a encargarse de todo hasta el más mínimo detalle. Habría sido formidable como restauradora de pinturas, pero había sorprendido a la familia al elegir el derecho. Explicó que prefería restablecer la justicia que devolver manchas de pintura a los cuadros de los grandes maestros–. Mi favorita es la primera de todas; no hay nadie que posea sus atributos. Verán que reuní mucha información acerca de ella,

estudios cursados y aptitud profesional. Trabaja en el hospital Groote Schuur, en el departamento de pediatría. La pude conocer un poco cuando atendió a Brand por una fuerte infección respiratoria.

Normalmente tan controlado, la mano de Uriel tembló levemente al abrir la carpeta y observar la primera foto.

–Francie Coetzee –estudió la imagen mientras recorría el borde con el dedo y luego la apoyó en la mesa con expresión de sorpresa–. Raro, esperaba algo, no sé, *más* al verla.

Opal le lanzó una sonrisa comprensiva.

–No siempre es como un rayo, Uriel. Milo y yo no estuvimos seguros hasta que nos conectamos telepáticamente.

–¿Y luego? –pregunté sintiendo curiosidad por escuchar esa parte de la historia.

Opal esbozó una gran sonrisa.

–¡Sentí una especie de descarga eléctrica! –Uriel y yo nos reímos mientras ella se sonrojaba.

–¡Bien hecho, tío Milo!

–Sí, bueno –Opal se aclaró la garganta, demasiado tarde para ocultar su vergüenza al haber dejado escapar ese comentario–. Le pedí a Francie si nos podíamos encontrar en el café del hospital cuando terminara su turno. Mencioné que llevaría a unos parientes savants que visitaban Ciudad del Cabo por primera vez.

–¿Qué espera de nosotros? –preguntó Uriel.

–Le dije que Milo y yo éramos unos anfitriones muy aburridos, ya que los niños nos limitaban la posibilidad de salir y que me preguntaba si ella podría presentarles algunos jóvenes lugareños. Ya organizó una reunión para mañana por la noche. ¿Es demasiado pronto para ti?

–Sí –respondió, y luego tragó saliva.

Opal le dio unas palmadas en la mano.

–Échale un vistazo a la carpeta. Es una chica encantadora y brillante en su trabajo.

Uriel asintió, pero me di cuenta de que estaba decepcionado. Seguramente era por la falta de sueño y el cambio de horario, y se lo dije.

–Tienes razón. Lo consultaré con la almohada –levantó la carpeta–. ¿No te molesta si me la llevo a la habitación?

–En absoluto. Te avisaré cuando sea hora de almorzar –Opal juntó algunas migas con la mano en un nervioso gesto de limpieza.

Esperamos que Uriel abandonara la cocina para mirarnos la una a la otra.

–Dios mío –exclamó Opal–. ¿Crees que debería llamar a Crystal?

–No nos dejemos llevar por el pánico, tía. Es la primera candidata.

–Creo que me convencí a mí misma de que había realizado un buen trabajo

y encontrado a la mujer correcta, pero ahora no estoy segura.

Brand comenzó a lloriquear porque Nutty se había ido con las chicas. Opal utilizó su poder de telequinesis para hacer que el osito de peluche bailoteara delante de él, y de inmediato el pequeño emitió una risa gutural.

–Es precioso –comenté–. Tan dulce. En el kínder, tendrá a todas las niñitas detrás.

–Así son los chicos savant. Unos rompecorazones, todos. Solo espero que mañana Francie sea lo suficientemente fuerte como para asimilarlo. Debe haber sospechado que yo estaba tramando algo.

–¿Por qué?

–Su don es leer la mente. Por eso es tan buena en lo que hace: puede identificar hasta los pensamientos de la persona más confundida del mundo que no entiende por qué se siente mal. Me temo que debe estar esperando que suceda algo trascendental.

Tuve la sensación de que ya había mantenido antes esa misma conversación. ¿Había sido con Crystal? Todas las mujeres de mi familia parecían sentirse responsables de todo.

–No es tu culpa, tía. Hiciste lo mejor que pudiste. De todas maneras, yo estaré ahí para ayudarlos a descubrir la verdad.



Uriel utilizó todos sus recursos en su primer encuentro con su potencial pareja; surgió de la habitación afeitado, acicalado y vestido con una camiseta color verde con un árbol en el pecho y jeans descoloridos que resaltaban su hermosa piel dorada y su esbelto físico de ciclista. Yo surgí de mi habitación como si hubiera tenido un encuentro cercano con una podadora eléctrica. Había cometido la equivocación de lavarme el pelo antes de dormir, olvidando que mi loción para controlar los rizos se encontraba en un cesto del aeropuerto de Heathrow.

Apenas Uriel y Opal me vieron, levanté la mano.

–No digan nada. Ya lo sé

–Hey, Misty, ¿qué le pasó a tu pelo? Estás rara –Hazel entró a la cocina haciendo piruetas.

En ese instante, sentí un fuerte rencor hacia las trenzas pulcras y negras de Hazel. Opal había escapado a la maldición del pelo erizado que habían heredado algunos miembros de mi familia, de modo que sus hijos estaban libres de esa tortura.

–No luzco rara, Hazel. Solo estoy canalizando a mi alpaca interior.

Brand emitió un sonido semejante a un agudo rebuzno de burro.

–¿Qué fue eso? –pregunté.

–Creo que está imitando el grito de alarma de la alpaca –dijo Uriel mientras se arrodillaba junto al pequeñito–. Es genial. ¿Dónde lo aprendiste?

Brand aulló como un lobo.

–Discovery Channel –explicó Opal–. Cuando me doy vuelta, hace que Nutty le busque el control remoto. Adora los programas sobre la naturaleza. ¿Y tú te preguntas *por qué* todavía no regresé al trabajo? Imaginen lo que podría hacer Brand en una guardería –echó a reír y sacudió la cabeza–. ¡Milo, nos vamos!

El tío Milo entró desde el jardín llevando a Willow a caballito. Un hombre bajo, redondo y de frente amplia, el alma gemela de Opal estaba diseñado más para la comodidad que para la velocidad. Tenía un don para hacer que todo creciera y floreciera, por lo tanto era muy relajado estar cerca de él. Pero no ese día. En vez de calmarnos con palabras sabias, se veía nervioso.

–Espero que todo salga bien, Uriel. Estaremos alentándote desde aquí –se estiró y le dio la mano a su huésped. Otro más que enfrentaba la cuestión como una importante batalla.

–Muy bien, ya vámonos –me encaminé hacia la puerta antes de que Uriel se asustara demasiado.

Gracias a Dios, el viaje hasta el hospital no fue largo. Opal ingresó en la zona de visitas del estacionamiento y descendimos del auto al pavimento húmedo. La tarde se estaba volviendo soleada después de las lluvias tempranas; largas sombras se extendían delante de nosotros y parecíamos un grupo de aterrizaje de alienígenas. Dándole un codazo a Uriel, coloqué los dedos en los oídos como si fueran antenas y comencé a balancearme, esperando hacerlo reír.

–¿Qué rayos estás haciendo? –preguntó Opal mientras cerraba el auto oprimiendo un botón del llavero.

A esa altura, cualquier persona normal hubiera inventado una mentira, algo así como que se estaba masajeando las sienes, pero yo no puedo.

–¿Imitando a un marciano? –disparé con tono de interrogación al darme cuenta de cuán estúpido sonaba.

–Misty, si no puedes tomarte esto en serio, quizá sea mejor que te quedes en el auto –mi broma no justificaba su tono irritado; ella también estaba nerviosa.

Uriel me sonrió.

–Está todo bien, Opal. Misty está tratando de que me relaje. Me siento un poco como un pez fuera del agua. ¿Sabes algo, Misty? Me recuerdas a Xav... de una forma positiva –colocó su brazo sobre mis hombros y caminamos juntos al encuentro de su destino–. Él es el payaso de la familia.

Nos sentamos con las bebidas alrededor de una mesa con un dibujo de mosaicos, cerca de la puerta de la cafetería. Los granos de café competían con el olor antiséptico del vestíbulo del hospital... La cafeína ganaba por poco. Al

revolver mi *frapuccino* de frambuesa, disfruté del efecto marmolado a través del vidrio transparente del vaso. Opal echaba miradas al reloj a cada minuto.

–Está retrasada.

–Supongo que en su trabajo, no puede largar todo apenas termina su turno –comentó Uriel en voz baja mientras agitaba la pierna nerviosamente debajo de la mesa. Tenía que hacer algo para que se tranquilizara o el primer día del resto de sus vidas sería uno muy incómodo.

–Escúchame, Uriel. Si en lugar de un ser humano fueras un animal, ¿cuál elegirías? –mi mente seguía dándole vueltas al tema de la alpaca, de modo que esa fue la primera pregunta que se me ocurrió. Me gustaban las conversaciones sobre cuestiones hipotéticas, ya que no involucraban mentiras y no había nada que me hiciera rechinar los dientes.

–Misty –era asombroso lo parecida que Opal sonaba a mi madre.

–Está bien. Está intentado distraerme mientras esperamos –al menos él me entendía.

Mi tía lanzó un extraño resoplido por lo bajo. La catalogué como un poni moviendo las crines en señal de desagrado.

–Yo comenzaré. Siempre pensé que me gustaría ser un delfín –confesé–. Tienen una fabulosa habilidad para nadar combinada con una enorme sonrisa: son perfectos, ¿no creen?

Desde atrás de Uriel, se acercó una mujer, el estetoscopio en el bolsillo. Francie: tenía que ser ella. Pequeña, con una melena corta y castaña que enmarcaba un rostro muy delicado, me dio la impresión de que era muy joven para llevar la chaqueta de doctora, y me recordó a Peace y a Felicity cuando las pesqué probándose los tacones de mamá.

Con la aparición de Francie, el rostro de Opal se iluminó, pero Uriel todavía no la había visto. La mujer se detuvo para no interrumpir, ya que Uriel había comenzado a hablar.

–Si yo fuera un animal, sería un... –se frotó el pecho y luego se inclinó hacia adelante al ocurrírsele una idea–. Sí, sería un cóndor. Imaginen lo que sería volar por encima de la Cordillera de los Andes. Increíble –estiró los brazos.

–Sí, sería increíble –comentó Francie.

Uriel se levantó de un salto, las patas de la silla resbalaron por el piso emitiendo un horrendo chirrido. Si hubiera sido un cóndor, habría lanzado un graznido de sorpresa y largado algunas plumas.

–Hola a todos. Soy Francie Coetzee –estrechó la mano de Uriel con naturalidad–. Supongo que debes ser Uriel. Es bueno verte otra vez, Opal. Y ella tiene que ser tu sobrina; Misty, ¿verdad? –preguntó mientras reía–. Quiere decir *neblina*, ¿no? Suena extraño llamarse así en un día de sol.

–Sí, me lo dicen muy a menudo.

–Lo siento. Me lo imagino. Bienvenidos a Ciudad del Cabo –se quitó la

chaqueta blanca y la dobló sobre el respaldo de la silla—. ¿Puedo traerles algo?

–Estamos bien, gracias –Uriel señaló las bebidas casi sin tocar.

–Vuelvo en un segundo –se dirigió al mostrador para pedir un café.

Había intentado no mostrarme nerviosa por Uriel, pero ya no pude contener más mi emoción.

–¿Y?

Los ojos de Uriel siguieron a Francie mientras conversaba en la barra.

–No sé. No estoy seguro de lo que debería sentir.

Opal no se veía contenta; había pensado que tenía el caso resuelto.

–Por favor, Uriel, dale una oportunidad. Es una pareja perfecta por la edad.

–Opal, no es que no esté agradecido por todo tu trabajo. Ella es bonita y talentosa, pero no siento que se destaque entre la multitud... y mis hermanos dijeron que eso fue lo primero que notaron de sus parejas.

–Espera que regrese y prueba con telepatía –me moví nerviosa en el asiento por la tensión y la decepción de Uriel. No había imaginado así ese momento: había esperado la descarga eléctrica, y no recibíamos ni una chispa. ¿Acaso tendríamos que hacer venir a Crystal? Le había prometido encargarme de todo y la estaba defraudando.

Un hombre sentado delante de nosotros, que había estado compartiendo pacíficamente un bocado con una mujer embarazada de varios meses, se levantó repentinamente de un salto y dio un golpe en la mesa. La futura madre se quedó mirándolo conmocionada.

–¿Qué quieres decir con eso de que no es mi bebé?

–¿Yo dije eso?

–¡Claro que sí!

–Iba a contártelo... tarde o temprano.

El hombre arrojó las llaves sobre la mesa y se marchó.

–Me iré a casa en autobús.

–¡Mason, Mason! –la mujer recogió las llaves y salió deprisa tras él—. ¡Lo siento!

–¡No sé cómo puedes decir algo semejante! –exclamó una enfermera que pasaba con dos amigas—. Siempre decías que te gustaba Benjamin. Él no es un monstruo.

Había levantado la barrera que resguardaba mi don.

Opal sepultó la cabeza entre las manos al descubrir lo que estaba sucediendo. Yo me sentía sumamente nerviosa. Era mucho más fácil perder el control que recuperarlo, después de llegar a cierto punto. Como en un juego de palillos chinos: fáciles de arrojar; casi imposibles de recoger sin mover los demás.

–Haz algo –me rogó.

–Lo estoy haciendo –intenté levantar los palillos de la verdad que se me

habían escapado. El corazón me latía con fuerza. Tenía que recuperar el control antes de que Francie regresara, pero ella ya estaba volviendo a la mesa.

–Odio mi trabajo –gruñó el camarero a una sorprendida mujer que le había pedido que le limpiara la mesa. Llevaba un distintivo que declaraba: “Estamos deseosos de ayudarlo”.

–¿Entonces, por qué está trabajando acá si le resulta tan difícil complacer a una clienta?

El camarero abrió la boca con toda la intención de disculparse por sus malos modales, pero en cambio contestó:

–Las clientas como usted están siempre descontentas. No puedo soportar a las personas quejasas.

Francie regresó con un café con leche con mucha espuma.

–Por fin: me lo merezco después de pasarme el día lidiando con fastidiosos especialistas –frunció el ceño–. ¿Dije eso en voz alta?

–Me temo que sí –Uriel se veía ahora tristemente divertido–. Misty está atravesando uno de sus momentos.

Francie volvió su atención hacia mí. Si podía leer la mente, tenía que saber que la mía estaba gritando *¡Socorro!* y *¡Perdónenme!*

–¿Tiene el don de la verdad?

–Maldición querrás decir –mascullé.

–¿Y perdió el control porque estaba... –los ojos de Francie giraron rápidamente hacia Uriel– preocupada por el hecho de que tú no fueras mi alma gemela después de todo? Opal, ¿qué estuviste tramando a mis espaldas?

Mi tía no podía eludir esa pregunta con una mentira, como podría haber hecho en circunstancias normales.

–Quería que Uriel te conociera porque creemos que existe la posibilidad de que formen una pareja. Una fuerte probabilidad. Sus fechas de nacimiento son cercanas, y una localizadora de almas gemelas le dio un indicio a Uriel que mencionaba un edificio blanco en Ciudad del Cabo. Yo pensé de inmediato en el hospital.

Francie volteó hacia Uriel.

–Lo siento. Y realmente eres un hombre fabuloso, pero no hay posibilidad, aun cuando tengas ese dato de la rastreadora de almas gemelas.

–¿Por qué? ¿No deberíamos al menos probar con telepatía? –Uriel parpadeó ante el rechazo tan contundente.

–Créeme, estoy segura –Francie le dio una palmada en la mano.

–¿Cómo puedes estarlo? ¿Ya has localizado a tu alma gemela?

–No.

–¿Entonces?

Bebió un sorbo de café, los ojos echando chispas por encima del borde de la taza.

–Me temo que mi alma gemela se va a parecer más a Angelina Jolie que a Brad Pitt.

Ups: aparentemente, la investigación de Opal había pasado por alto algunos datos esenciales de Francie.

Nunca había visto a Uriel tan ruborizado.

–Un momento incómodo –susurré.

–Te pido disculpas por hacerte perder el tiempo –dijo Uriel con frialdad.

–No te preocupes. Y no pienso que me hayas hecho perder ni un segundo de mi tiempo. Gracias por pensar en mí. Me siento halagada –sorbió el café mientras evaluaba a Uriel con la mirada–. No serás mi pareja, pero estoy pensando que sería una buena idea presentarte a mi hermana melliza.

–¿Melliza? –Uriel pareció haber recibido un segundo puñetazo inesperado. Por suerte, estaba sentado.

–Sí, se llama Tarryn. Y te puedo asegurar que no te arrepentirás.

No pude evitarlo y lancé una risita nerviosa. Las riendas del control, que había logrado sujetar con tanta dificultad, volvieron a soltarse a los cuatro vientos. Opal iba a sentirse muy avergonzada por haber metido a Uriel en esa situación.

–¿Tienes una hermana melliza? –Opal se veía horrorizada–. ¿Cómo se me pasó?

–Porque ella mantiene un perfil bajo dentro de los círculos savants... y no participa de la Red. Considera que su don es... desagradable y trata de mantenerlo oculto –Francie me dio un codazo–. Por mucho que me agrade oírte reír, ¿podrías hacernos un favor a todos, Misty, y dominarte antes de ser responsable del despido de varios de los empleados del hospital?

–Creo que es mejor que me vaya. Los espero... –me dio un ataque de hipo–. Los espero en el auto.



Cuando Uriel, Opal y Francie se aproximaron al Volvo, yo ya había recuperado el control.

–¿Todo bien? –pregunté.

–Sorprendentemente, apenas te marchaste, todo retornó a la normalidad –comentó Francie secamente.

–Lo siento.

–¿Estás lista para ir a conocer a mi hermana? Cuando Opal me pidió que les presentara gente de su edad, yo arreglé para lle-varte a una barbacoa que organizó Tarryn esta noche para parte de su alumnado. Son de tu edad, Misty, por lo tanto había pensado que sería más divertido para ti que tener que salir

con mis amistades.

Me di cuenta de que Francie dudaba si debía llevarme a la reunión social de su hermana, especialmente dado que Tarryn podía ser “la indicada” (segundo intento). Pensé que debía ser Uriel quien lo decidiera.

–¿Quieres que esté allí? –*No te sientas herida si dice que no*, me dije a mí misma. Por supuesto que me sentiría herida, pero me esforzaría por no demostrarlo.

Uriel se tomó un momento para responder mientras armaba la respuesta más diplomática posible, sabiendo que yo percibiría si se trataba de una mentira.

–Estoy dispuesto a correr el riesgo. Pero, Misty, ¿piensas que podrías, ya sabes, tener tu don controlado?

–Lo prometo. Me voy a esforzar como nunca –dibujé una cruz sobre mi corazón.

–Entonces está todo arreglado. Mi auto está allá –Francie saludó con la mano a Opal–. Yo los llevaré más tarde a tu casa. Dale un beso a Brand de mi parte.

Se veía que a mi tía le habría gustado quedarse para presenciar la etapa siguiente de la búsqueda, pero había prometido regresar a la hora en que los niños se iban a dormir.

–¡Buena suerte! –gritó Opal al entrar al auto.

–Tarryn nos está esperando –Francie nos condujo hasta un BMW convertible color blanco–. La mayoría de las personas de la fiesta no tienen nada que ver con nosotros, los savants, de modo que si sucede –miró a Uriel de reojo–, ¿puedes buscar un lugar privado? No le avisé nada a mi hermana.

–Por mí no hay problema –dijo Uriel mientras sus labios se curvaban en una sonrisa que sugería que estaba pensando profundamente para qué podría utilizar la privacidad con un alma gemela recién descubierta. Después del impacto en su confianza que debió haberle provocado conocer a Francie, percibí que era de los que se recuperaban rápidamente.

–¿Te sientes confiado? –pregunté suavemente.

–Sorprendentemente, sí; aunque se podría pensar que aprendí de lo que acaba de ocurrir a no esperar que todo salga bien. Tarryn. El nombre me encantó desde el principio.

Le di una palmada en el hombro.

–Genial.

La hermana de Francie vivía en una casa en un barrio residencial de Ciudad del Cabo, llamado Rondebosch, no muy lejos del hospital. Emplazada en el terreno del colegio donde Tarryn trabajaba, la hermosa casita tenía una galería cubierta que se extendía a lo largo de toda la construcción, rodeada por un jardín que no necesitaba del cuidado del tío Milo para florecer. Más allá de la

cerca, la exuberancia se extendía por un campo de deportes de varias hectáreas, con los postes blancos de los arcos de rugby, las redes de los arcos de fútbol que se agitaban con el viento y un pabellón de cricket. En todo el colegio reinaba un aire de privilegio y opulencia.

Al atravesar la verja, vi que la fiesta ya había comenzado. Los invitados parecían ser predominantemente varones, vestidos con camisas blancas y pantalones largos o bermudas azules. Divisé los edificios blancos del colegio un poco más lejos. Después de todo, tal vez Crystal había tenido razón.

–Permíteme adivinar: este es un colegio privado para varones –dije mientras mi incomodidad iba en aumento. Cuando Francie había dicho “gente de mi edad”, yo había imaginado que se refería a mujeres. Nunca me llevé bien con el sexo masculino. Jamás. Tenía la habilidad social de una jirafa en una pista de hielo.

–Sí, por supuesto. Son chicos encantadores. Muy maduros para su edad.

Y yo era el tipo de chica que imitaba a los marcianos, y mi cabeza parecía una bola de pelos. Debería haber aprovechado la oportunidad y regresado a casa con Opal. Como si escuchara mis dudas, Francie me sonrió por el espejito retrovisor.

–¿Puedes verla? –obviamente, los pensamientos de Uriel viajaban por un camino completamente diferente a los míos.

*Estoy ahí para ayudarlo a Uriel, me recordé. Yo no soy importante.*

Francie estacionó delante de la casa, se bajó y saludó con la mano a una mujer que se encontraba al lado de la parrilla. Un hombre más grande con un sombrero de cocinero empuñaba unas pinzas con las que giraba las hamburguesas.

–¡Qué bueno que viniste! –la hermana de Francie se acercó a nosotros para saludarnos.

–Dios mío –dijo Uriel en voz baja.

Tarryn merecía semejante admiración: era tan bonita. Piernas largas y tostadas con shorts azul marino; elegancia de bailarina y rizos castaños. Me pregunté cómo harían los chicos de su clase para concentrarse. Sin embargo, su rasgo más llamativo eran los ojos: cafés y enormes, con pestañas largas y oscuras. Algo hizo ruido en mi interior... y supuse que Uriel estaba experimentando algo cien veces más fuerte. Estaba segura de que sería su pareja correcta de una manera que iba más allá de su aspecto exterior. Para mí, fue como la sensación que tengo cuando oigo a alguien decir toda la verdad y nada más que la verdad.

Tarryn trastabilló.

–Francie, ¿qué pasa?

Su hermana parecía muy divertida.

–Explícamelo tú –respondió cruzando los brazos y retrocediendo para que

ellos pudieran actuar.

–Tarryn Coetzee, soy Uriel Benedict, tu alma gemela –cuando estiró la mano, alcancé a percibir sus ojos brillantes por las lágrimas.

–¡Bien! –exclamé y lancé un golpe en el aire.

Tarryn extendió la mano y dejó que Uriel la envolviera en la suya. Su conmoción era tan grande que la pobre mujer tenía el aspecto de haber recibido un golpe en la cabeza con un elemento contundente. Uriel la atrajo hacia él para abrazarla hasta que consiguiera recobrar el equilibrio. La conversación entre ellos se llevaba a cabo telepáticamente. Se los veía tan perfectos; enlazados en la cintura, los cuerpos levemente separados y las cabezas juntas de modo que las siluetas dibujaban naturalmente la forma de un corazón.

–Vamos, Misty. Es mejor que los dejemos solos. Deja que te presente al resto de la gente –Francie me tomó por el codo.

–Lo sabías, ¿verdad?

–Digamos que, apenas lo vi, me produjo una muy buena sensación. Mi hermana y yo no somos idénticas, pero puedo sentir sus emociones de vez en cuando.

Les eché una mirada. Uriel conducía a Tarryn por el jardín hacia los arbustos, donde podrían ocultarse de los demás invitados.

–Es rápido –murmuré.

–Pero no estás realmente sorprendida –Francie debió de haber leído mis pensamientos.

–Deberías ver al resto de sus hermanos. Es un gen familiar –señalé. Solo deseaba que, cuando llegara el momento de conocer a mi alma gemela, se pareciera a los hermanos Benedict.



## CAPÍTULO 3

Una vez que dejamos a Uriel y Tarryn para que se conocieran mejor, Francie me presentó al hombre de la parrilla.

–Jonas, ella es Misty. Vino a visitarnos desde Inglaterra.

–Es un placer conocerte, Misty –colocó una hamburguesa en un pan y me la alcanzó. Estaba un poquito chamuscada y olía de maravillas.

–Jonas enseña Historia en el colegio con Tarryn.

–Gracias –sonreí y tomé la hamburguesa. Eso era genial: la pareja de Uriel era una profesora de Historia, y él tenía el don de ver el pasado. Luego recordé el comentario que había hecho Francie acerca de que a su hermana no le gustaba su poder. Me pregunté cuál sería ese don “desagradable”; podía sentir afinidad con alguien que consideraba que su poder se parecía más a una maldición que a una bendición.

–¿Por qué no vas a conocer a algunos de los chicos? –Francie señaló al grupo de desconocidos como si esperara que yo me arrojara en el medio, sin reparar en que era una extraña total para ellos. ¿Acaso había olvidado lo que era tener dieciséis años?–. Estamos festejando que el equipo del último año de

la escuela ganó el concurso de debate de los colegios secundarios sudafricanos.

*Ay, cielos.* Ya podía asegurarle que eso no iba a salir bien. Yo soy completamente inútil para debatir, ya que no puedo defender una propuesta en la cual no crea. Mi profesora de Ética y Filosofía hacía mucho que había perdido la esperanza de hacerme participar de las discusiones en clase. Siempre me confiaba la medición del tiempo, pues era lo único que no podía hacer mal. Era muy poco probable que el equipo de debate y yo encontráramos algún tema en común sobre el cual conversar.

–Ah, eh, qué bueno que ganaron.

Era obvio que Jonas tenía más experiencia que la doctora para manejar adolescentes en situaciones sociales.

–Francie, si te haces cargo de la comida, yo le presentaré algunos chicos –el hombre percibió mi reticencia y apoyó su mano caliente entre mis omóplatos–. No te preocupes: no muerden. Son buenos muchachos.

Me guió hasta un grupo que estaba en el extremo de la galería. Eran perfectos, como si un director de cine los hubiera colocado deliberadamente bajo la luz del sol del atardecer mientras la Montaña de la Mesa emitía destellos rosados a sus espaldas. Justo en el centro, estaba el chico más increíble que yo había visto en toda mi vida: pelo castaño oscuro, corto a los costados pero con lo que yo llamaba un descuidado “remolino” en la parte de arriba, que pedía a gritos que deslizaras tus dedos a través de él. Al seguir bajando, se puso todavía mejor: cejas negras, penetrantes ojos celestes con un círculo azul oscuro que les agregaba fuerza; líneas finitas en la barbilla para destacar la sonrisa; cuello fuerte y tostado que emergía de la camisa abierta; el tono muscular de un remero olímpico y la altura que yo calcularía apenas por debajo de un metro ochenta.

Deja de comértelo con los ojos, me advertí a mí misma. Si no quieres pasar vergüenza, actúa como una persona normal y no como una adicta al chocolate de visita a la fábrica de Cadbury. Y por favor no menciones traseros bajo ninguna circunstancia.

–Chicos, me gustaría presentarles a Misty –Jonas fue señalando con la mano a cada uno de los miembros del equipo de debate, comenzando por el señor *I’m-too-sexy-for-my-shirt* Alexis du Plessis, capitán del equipo.

Simplemente asentí, ya que no confiaba en lo que podía brotar de mi boca si intentaba hablar. Individualicé mi don, lo coloqué en un ataúd revestido de plomo y lo sepulté a gran profundidad.

–Hola –Alex me miró, sus ojos se detuvieron un instante en mi pelo y luego apartó la vista. ¿Acaso estaba ocultando una sonrisa?

–Michael Steyn, Hugo Smith y Phil Cronje.

Asentí otra vez mientras los identificaba como el rubio actor de cine, el príncipe africano y el galán pelirrojo. Pero, sin lugar a dudas, el rey de la selva

era Alex.

–Hola, Misty. Qué buen nombre –dijo Michael, el de pelo rubio. Tenía ojos celestes y bondadosos.

Pensé que podía enfrentar esa situación si me atenía a los hechos.

–Gracias. A mis padres les gustan los nombres poco comunes.

–Excéntricos –masculló Alex y luego frunció el ceño. Reconocí la mirada: significaba que no lo había dicho intencionalmente. Revisé mi don. Esta vez no era mi culpa; tenía todo bajo control.

–Tal vez suene un poco raro para un desconocido –admití–, pero en mi familia se eligen ese tipo de nombres. Nos bautizaron de a dos. Mi hermana menor se llama Gale; luego vienen las mellizas, Peace y Felicity; y mis hermanitos menores son Sunny y Tempest... aunque al más pequeño lo llamo Peste, pues tiene tres años y siempre está molestándome –ya debería callarme la boca.

–Eso no es muy amable de tu parte –a pesar de que la estaba utilizando para criticarme, debía admitir que Alex tenía una voz aterciopelada que debía haberle hecho ganar la mitad de los debates. Se derramaba sobre cualquier cosa que fuera intragable y lograba que se deslizara suavemente hacia adentro.

De todas maneras, no pude evitar defenderme.

–Supongo que puede sonar así, pero lo digo cariñosamente. En realidad, a él le gusta... ya sabes: ¿cuestiones de hermanos?

–No, no lo sé, ya que no tengo ninguno.

Eso me resultó lógico. Tenía ese aire de heredero y dueño de todo que yo solía detectar frecuentemente en aquellas personas que eran el único foco de atención de sus padres.

–¿Entonces, quizá podrías intentar usar la imaginación?

–Preferiría no hacerlo.

Phil, el galán pelirrojo, intervino para calmar la atmósfera de irritación que se había instalado inesperadamente entre nosotros.

–Te entiendo totalmente, ya que yo le digo a mi hermanita cosas peores que esa. Misty, ¿qué te pareció hasta ahora Ciudad del Cabo?

–Todavía no vi mucho. Llegamos apenas ayer.

–¿Llegamos?

–Vine con una especie de pariente político –mi don me volvía odiosamente literal–. Está por allá, con su profesora de Historia.

Los chicos echaron un vistazo y divisaron a Tarryn, que regresaba por el jardín, el brazo de Uriel apoyado sobre los hombros.

–¿Conoce a la Srta. Coetzee? –preguntó Alex.

Uriel se inclinó y le dio un beso a Tarryn.

–Parece que sí.

–Pensamos que se estaba reservando para alguien especial. Eso fue lo que

siempre nos decía –comentó el rubio Michael.

–Él es ese alguien especial.

–Guau: gran noticia.

–En la sala de profesores habrá muchos corazones rotos –dijo Hugo, con una brillante sonrisa.

–Creo que el mío se acaba de romper un poquito –admitió Alex y después apretó la barbilla; el movimiento de un músculo delató que estaba enojado consigo mismo.

Como era de esperar, sus amigos no iban a dejar pasar ese comentario.

–¿En serio? ¿Estás enamorado de la Srta. Coetzee? –se burló Michael.

–¿Acaso no lo estamos todos? –preguntó con irritación.

Phil se frotó el pecho por encima del corazón.

–Claro, pero tú nunca lo confesaste mientras que nosotros habíamos arriesgado nuestra reputación al confesarlo públicamente.

Michael comenzó a tararear *All by myself*, una canción clásica sobre la ruptura de una relación.

–Mike, eres muy gracioso. Voy a buscar a alguien que tenga medio cerebro con quien hablar –y Alex se alejó dando zancadas.

–Odia que las personas se rían de él –Hugo me guiñó el ojo.

–Creo que me di cuenta.

–Hoy Alex está raro; ¿lo notaste, viejo? –Hugo se volvió hacia Phil, sorprendido ante lo que había sucedido.

–Sí, fue grosero con Misty. Le hace bien tener que salir de lo conocido; raramente lo hace.

Michael suspiró con falsa tristeza.

–La Srta. Coetzee ya tiene pareja... y yo que había alentado esperanzas de que alguna vez terminaríamos juntos.

–Solo en tus sueños, compañero.

–Exactamente –sonrió Michael.

La conversación estaba entrando en el terreno de las bromas masculinas, de modo que decidí que había llegado la hora de que me relacionara con otros invitados.

–Fue un placer conocerlos y, eh, felicitaciones por el triunfo.

–Gracias, Misty. ¿Nos vemos después? –Hugo era el único que prestaba atención mientras los otros dos estaban observando a Uriel y Tarryn, que se abrían paso a través de los invitados.

Desde donde me encontraba, parecía una especie de desfile de la pareja real, en el que Tarryn presentaba a su príncipe a sus mejores amigos; por su saludo entusiasta, algunos tenían que ser savants. Al menos dos mujeres se secaban discretamente las lágrimas de felicidad antes de que el rimmel las delatara.

–Sí, nos vemos –me alejé velozmente hacia los matorrales más cercanos

para juntar fuerzas para el siguiente intento de sociabilización. Ese no había ido del todo mal. Alex había sido un poco cortante, pero yo no podía ser la culpable ya que tenía todos mis palillos chinos aferrados con fuerza. Estaba resuelta a no arruinar la noche especial de Uriel, liberando demasiada verdad en esa fiesta. Summer y Angel estarían orgullosas de mí.

En ese instante, Jonas dio unos golpecitos en su vaso de la manera tradicional, para atraer la atención de todos los invitados. El vocerío se apagó y solo quedó el rumor de las hojas que se agitaban con la brisa y el zumbido lejano del tráfico.

–Damas y caballeros, gracias a todos por venir a celebrar con nosotros esta noche. Le pedí a Alex que dijera unas palabras en nombre del equipo.

El joven se unió a Jonas encima de los escalones que conducían al jardín. Era realmente fantástico aun desde lejos. Noté que su postura era menos rígida que cuando habíamos conversado; había recuperado su aplomo y desenvoltura. Ese era el Alex que había ganado todos los debates. No era la primera persona que estaba mejor lejos de mí.

–Gracias, Sr. Burns –se pasó la mano por el pelo en un gesto tierno que decía: “Gente, estoy ordenando mis pensamientos”–. Mis compañeros de equipo y yo queríamos agradecerles a todos los que nos apoyaron en nuestro camino a la final. No habríamos llegado tan lejos sin su generosa presencia durante las semanas de preparación.

Cerré los ojos y disfruté de su voz.

–El agradecimiento es para nuestros amigos y familiares por financiar el viaje y soportar horas de práctica de la voz bajo la ducha –la multitud rio. Solo había hilado unas pocas frases y ya los tenía comiendo de su mano. En cuanto a mí, estaba ocupada tratando de no pensar en él practicando con chorros de agua caliente que caían por su musculoso cuerpo. Apoyé el vaso frío contra la mejilla–. Nos gustaría entregarles un regalo a dos personas muy especiales, como una forma de expresarles nuestra gratitud –abrí los ojos cuando Alex volteaba hacia Jonas–. Sr. Burns, sabemos que tiene un paladar especial para las maltas de mayor calidad provenientes de la tierra de sus ancestros, de modo que nos agradaría entregarle una botella del mejor whisky escocés.

Aplausos de los invitados. Jonas levantó la botella como un ganador de Fórmula Uno y la agitó eufóricamente.

–Cuidado, es demasiado bueno como para desperdiciarlo en la primera fila –bromeó Alex. Su voz adquirió un tono todavía más profundo y seductor–. Y, Srta. Coetzee, no existen palabras para expresar lo generosa y servicial que ha sido, dedicando su tiempo libre a viajar con nosotros por todo el país. Ha sido un placer disfrutar de la compañía de una dama semejante, graciosa y elegante bajo cualquier circunstancia.

*¿Graciosa y elegante?* Estaba decidido: Tarryn era mi contrincante

femenina.

–Srta. Coetzee, le dedicamos esta victoria... y hemos preparado algo especial para darle las gracias –sentí una oleada de fuerza que provenía de Alex; algo que solo otro savant podría percibir. Se había dado a conocer: Alex era uno de los nuestros. Desplegaba su don entre el público como un pescador que extendía sus redes. Sus compañeros de equipo se abrieron paso entre los invitados y se colocaron junto a él. Todos parecían estar esperando algo –no se me ocurría qué– y, a continuación, Michael marcó el ritmo, Hugo dio el tono y se lanzaron a cantar sin acompañamiento. Era el tipo de escena que funcionaba muy bien en los programas de TV pero que no había esperado ver en la vida real. Reconocí la canción: *Lucky Strike*, una pista rápida y energética que yo tenía en mi lista de temas para salir a correr. *She's such a motivator... One in a million, she's my lucky strike*. Podría haber sido un bochorno o un aburrimiento, pero resultaron asombrosos. Toda la gente se puso a bailar con ellos, los demás chicos del colegio mostraron que estaban acostumbrados a largarse a cantar de manera inesperada.

Pero ¿por qué funcionaba tan bien? Al cerrar los ojos para extender mis sentidos de savant, descubrí que lo que impulsaba el éxito seguro de la actuación era la fuerza del don de Alex, que nos convencía de que debía fascinarnos. Bajo esa influencia, los chicos eligieron algo atractivo y dieron en el blanco. ¿Estaba haciendo trampa? Tal vez, pero resultaba sumamente divertido y decidí disfrutarlo.

Al analizar cómo el público recibía el espectáculo, noté que Tarryn reía con Uriel mientras el grupo realizaba unos pasos de baile realmente geniales; no necesitaba poder leer la mente como Francie para saber que estaba emocionada con el homenaje de los chicos. Pensé que, aun con la ayuda de un don savant, había que ser súper seguro para llevar adelante lo que Alex y sus amigos estaban haciendo. Yo era de las que sufría de solo tener que cantar el *Cumpleaños Feliz* en grupo por temor a sonar como una tonta.

Silbidos, hurras y aplausos acompañaron el final de la actuación. Alex extrajo un ramo de flores de su espalda, como un mago sacando una paloma de la manga, e hizo una reverencia mientras se lo entregaba a la profesora. Separándose de Uriel, Tarryn besó a Alex en la mejilla y luego abrazó a los chicos uno por uno.

–No merecía tanto –dijo ella cuando el aplauso concluyó–. Como ya se habrán dado cuenta, estos chicos crean su propio éxito. Esta es la noche más maravillosa de mi vida y su canción fue la fresa del pastel –se estiró hacia atrás y tomó la mano de Uriel; él le dio un apretón demostrándole su apoyo–. Para aquellos que todavía no tuvieron la posibilidad de conocerlo, este es Uriel Benedict. Mi Uriel –lo atrajo hacia adelante–. Lo verán muy seguido, así que acérquense a saludarlo antes de que termine la fiesta. Sigán disfrutando de la

barbacoa y diviértanse mucho.

Ahora que la parte formal de la noche había terminado, el público se separó. Alex y sus amigos fueron los primeros en aceptar la invitación para conocer a Uriel, quien entró rápidamente en confianza con ellos. Los chicos lo desafiaron a jugar un partido de ping-pong, y no fue ningún martirio observar a deportistas tan excelentes enfrascados en una feroz competencia. Imagino que estaban evaluando si era digno de su profesora favorita.

Estaba tan concentrada en espiar desde los arbustos que no me di cuenta de que Tarryn me había descubierto.

–Por fin te encuentro, Misty. Uriel me mandó para ver cómo estabas. Nos presentamos antes como corresponde, pero espero que estés pasándolo bien.

Me sentí avergonzada de que me descubriera espiando a escondidas cuando debería haber estado charlando con los demás invitados.

–Mmm, sí, ha sido muy interesante. Estoy tan contenta por Uriel y por ti.

–¿Así que tú también eres savant? –me tomó del brazo y me empujó suavemente hacia donde se encontraban los demás invitados.

–Tengo el don de la verdad. ¿Y tú?

Hizo una mueca.

–Yo veo el destino de las personas.

–¿Te refieres al futuro? La madre de Uriel y su hermano menor también pueden hacerlo.

Meneó la cabeza de un lado a otro y sentí que debajo de esa superficie glamorosa, se escondía una gran tristeza; esos ojos habían contemplado demasiado aunque tuviera menos de treinta años.

–Ojalá pudiera. Yo veo la muerte y realmente preferiría no saberlo.

Con razón se mantenía tan callada. Su problema era mucho peor que el mío.

–Lamento que te haya tocado eso. Tal vez, con Uriel, puedas descubrir nuevos aspectos de tu don. Eso es lo que les ha ocurrido a otras parejas de almas gemelas que conozco.

Inclinó la cabeza hacia mí, tratando de ver si estaba diciendo la verdad... que era lo que yo obviamente estaba haciendo.

–Eres muy dulce.

–Lo digo en serio.

–Entonces, espero que tengas razón. Siempre ha sido muy duro para mí estar alrededor de otras personas con talentos como mi hermana, y me he sentido como un lúgubre fantasma en medio del festín –arrugó el ceño mientras se preguntaba por qué había admitido semejante cosa ante una persona prácticamente desconocida.

–Lo siento, soy yo. Hago que las personas dejen escapar la verdad sin tener intención de hacerlo.

–Lo tendré presente.

Deseé que no fuera así. Tenía que hacer algo con el dominio de mi don, pues estaba empeorando. Ahora ni siquiera notaba que se me estaba escapando.

–Estoy segura de que tengo razón en que descubrirás cosas buenas acerca de tu don. Soy más afortunada que la mayoría de los savants; dentro de mi familia, estoy rodeada de parejas de almas gemelas y he visto cosas asombrosas.

–¿Tus padres? –me llevó hasta las mesas donde había pan y ensaladas.

–No, ellos no. Son la excepción. Mamá no se casó con un savant; decidí que, para los criterios normales, papá era la persona indicada para ella. Son felices. No querría que mi padre fuera otro: es el mejor hombre que conozco... y el más cuerdo, al menos comparado con nosotros, los savants –Tarryn rio ante el comentario–. Por eso muchas veces me pregunto si no será mejor estar fuera de la comunidad.

–Me imagino.

–Mamá le contó a Crystal (que es mi tía, la rastreadora de almas gemelas que envió a Uriel acá) que no quiere saber quién es su alma gemela.

–Es una mujer sensata. Eso es lo que pienso acerca de tener precognición de la muerte de alguien; es mejor no saber. Odio cuando la gente me pide que le cuente. Podría cambiar los hechos... cerrarle al destino las vías de escape.

No podía imaginar cómo sería preguntar sobre una verdad tan dura. Seguramente, cambiaría radicalmente la forma en que vivirías el resto de tu vida.

–¿Hay otros savants aquí? –pregunté. Deseaba saber si mi suposición acerca de Alex era correcta.

–¿Quieres ensalada de frutas? –Tarryn me alcanzó una copa con frutas exóticas. Parecían joyitas nadando en agua acaramelada–. Algunas de las personas más grandes pertenecen a la comunidad, pero no me relaciono con ese grupo; son más amigos de Francie que de mí. De los más jóvenes, el único que identifiqué en el colegio es Alex.

De modo que estaba en lo cierto.

–¿En qué año está? –después de todo, una no debe dejar de hacer sus averiguaciones. Por las dudas.

–Estaba en cuarto año, pero acabamos de adelantarlo un año más porque es muy bueno.

Así que había estado un año más arriba que yo y ahora estaba en el último año del colegio. ¡Qué pena!

–¿Cuál es su don?

Tarryn me palmeó el brazo.

–El encanto. Tienes que haberlo notado. Puede convencer a un leopardo de que se cambie las manchas, persuadir a los peces de que abandonen el mar y

lograr que cualquier chica se enamore de él.

–Eso sí que lo noté –y eso que no había sido muy encantador conmigo, a decir verdad. Algo que siempre me sucedía.

–No utiliza su poder en los debates... eso sería injusto, como poner a Superman en una competencia de pulseadas. Pero pienso que el brillo residual permanece con él y lo vuelve más cautivante que cualquiera de los demás oradores.

Fruncí el ceño ante ese chico que se encontraba de espaldas, enfrascado en un combate con Uriel en la mesa de ping-pong.

–¿Quieres decir que su encanto tiene una especie de semivida radiactiva?

–Así es. Alex es radiactivo –rio por lo bajo, un sonido intenso y agradable.

–Imagino que es el chico más insoportable de la escuela o el más popular: ¿cuál de los dos es?

–El más popular, por supuesto –arqueó una ceja.

Por alguna razón, me irritaba ese Alex que había recibido la vida en bandeja de plata. Por el contrario, yo sentía que mi vida se había resbalado de la bandeja mientras me tropezaba.

–Creo que voy a desafiarlo a un partido de ping-pong.

–Me alegra que seas lo suficientemente valiente como para volver a entrar en la atmósfera de la fiesta –comentó en tono burlón–. Cuando te incorpores al grupo, ¿podrías enviarme a Uriel?

–No creo que pueda mantenerlo alejado de ti –dejé la copa vacía y me dirigí a la mesa de ping-pong con renovado entusiasmo.

–Hola, te llama Tarryn – le di un golpecito a Uriel en el costado.

Me pasó la paleta sin discutir.

–Ya vuelvo.

–Por mí no te apures. Tomaré tu lugar –volteé y agité la paleta ante Alex y sus amigos–. Hola de nuevo. ¿Cómo va el partido?

–¿Quieres jugar? –preguntó Alex.

–Para eso vine. Por cierto, cantaron muy bien. Por un momento, pensé que iba a ser algo bochornoso, como cuando yo hice de Ángel Gabriel en la obra de Navidad, en la escuela primaria, con la túnica metida dentro de mis interiores –¿era realmente necesario que contara eso?–. Pero no, estuvieron brillantes.

–¿Brillantes? –Michael les lanzó una amplia sonrisa a los otros dos–. Les dije que era la canción indicada.

Alex continuaba observándome con desconfianza. Tal vez mi elogio había sido demasiado efusivo.

–¿Piensas que no estoy diciendo la verdad? Yo nunca miento.

–Eso sí que tiene que ser una mentira –dijo lanzándome un tiro fácil, como para una principiante–. Todos mienten.

Golpeé la pelota con fuerza y el misil blanco pasó junto a él y desapareció en

un arbusto.

–No, yo no –lo miré con una sonrisa inocente.

–Uy, Alex, parece que tu título de campeón de ping-pong corre peligro –gritó Hugo mientras el chico buscaba la pelotita entre las espinas–. ¿Vas a comenzar otro partido, Misty? –la mano de Hugo se encontraba en la pizarra donde anotaban los tantos–. Uriel iba perdiendo por unos pocos puntos, de modo que no sería justo que tuvieras que heredar su desventaja.

–Bueno. Si Alex está de acuerdo.

–Empecemos de nuevo. ¿Estás segura de que no quieres anotarte unos puntos de ventaja como para comenzar ganando? Los chicos podrán decirte que soy bastante bueno, y no quiero ser cruel con una invitada. Yo juego para ganar –me estaba provocando, confiado en su propia habilidad.

–No es necesario que me des ventaja, campeón –dentro de mi repertorio, cuento con una interesante habilidad, que son los buenos reflejos. Si las cosas salían como yo quería, Alex estaba a punto de manchar su récord perfecto–. Tu servicio.

Arrojó la pelota con la palma abierta y le pegó para que rebotara una vez de su lado y luego pasara la red. Yo se la devolví con efecto. Él logró pegarle, pero la pelotita voló con un ángulo raro y no picó dentro de mi lado de la mesa.

–Cero a uno –anunció Hugo alegremente.

–¿Habías jugado antes? –Alex hizo rodar la pelotita entre los dedos.

–Un poco –el cabello se sacudía delante de mis ojos. Al echármelo hacia atrás, él sacó y no logré llegar a tiempo para responder.

–¡No vale! –cuestionó Phil, nuestro árbitro pelirrojo.

–¿No estabas lista? Deberías haberlo dicho –comentó Alex secamente.

Michael buscó la pelota por mí. Noté que tenía una gorra de béisbol del colegio sujeta al cinturón.

–¿Me la prestas?

–Claro.

Coloqué la pelotita en la mesa debajo de la paleta, me recogí el pelo dentro de la gorra y acomodé lo que sobraba hacia atrás. No lucía muy atractiva, pero estábamos en medio de la guerra.

–Ya estoy lista –anuncié con mi mayor dulzura para fastidiarlo–. ¿Tú también?

–Siempre.

La arrojé y la golpeé con fuerza por encima de la red. Alex respondió con violencia y yo le devolví el favor. Al poner más potencia en cada tiro, el peloteo nos fue empujando cada vez más al fondo de la mesa, los zapatos chirriaban sobre la madera lustrosa. Nuestro pequeño público tuvo que alejarse para no interponerse en el juego. Y entonces vislumbré mi oportunidad y coloqué una devolución perfectamente calculada que pegó justo en el borde de la mesa y

fuera de su alcance.

–Dos a uno –Hugo dibujó otra línea en mi lado del conteo.

Alex-el-Relajado se estaba poniendo furioso. Pude imaginarme lo que estaría pensando: yo no parecía una gran amenaza, pero iba ganando desde el principio. Me lanzó una mirada asesina desde el otro lado de la mesa verde.

–Buen tiro –dijo de mala gana.

–Sí, lo fue –no puedo utilizar la falsa modestia, lo cual me hace quedar como una arrogante la mayoría de las veces, pero, en esa ocasión, sentí que estaba totalmente justificada.

–¿Tienes más tiros de esos escondidos bajo la manga?

–Sí –saqué y la pelota pasó disparando a su lado–. Ay, lo siento. ¿No estabas listo?

Apretó los dientes, tomó la pelota y sirvió. No iba a encontrarme distraída otra vez. Le devolví el servicio obligándolo a alejarse hacia la izquierda. Él se vengó con un tiro alto que pegó en el techo de la galería y descendió con un ángulo extraño. Esta vez, los dioses del ping-pong estuvieron de su parte y la pelota cayó de mi lado junto a la red, muy lejos de donde me encontraba.

Y el partido continuó. Cuando demostrábamos nuestro mejor juego, teníamos un nivel muy parecido. Sus desleales amigos estaban totalmente de mi lado, festejando mis tiros más arteros y abucheando a Alex cuando se aprovechaba de mi punto débil y colocaba la pelota cerca de la red. Cuando íbamos nueve a nueve, supe que debía realizar mi mejor juego para llegar primero a once; agité la camiseta para llevar un poco de aire a mi piel acalorada. El servicio era de Alex. Me tiró al revés y lo devolví. Con un *smash*, ubicó la pelota con fuerza a mi costado pero salté, giré en el aire y logré llegar con la paleta. No pude ver en dónde caía, pero por el gratificante *pop*, supe que había pegado en la mesa. Si había rebotado en el lado correcto de la red, esa ya era otra cuestión. Al darme vuelta, alcancé a verlo arrodillado: no había logrado llegar a tiempo.

–¿Cayó de tu lado? –pregunté.

–No estoy seguro –respondió, pero estaba mintiendo.

–Vamos, Alex, la pelota pasó por encima de la red –intervino Phil.

–Ok, si tú lo dices –admitió.

–Solo te falta un punto para ganar –dijo Hugo alegremente, y le lancé una gran sonrisa.

Un misil blanco planeó hacia mí mientras me encontraba con los brazos relajados. Otra vez no. Reaccioné rápidamente y respondí con un tiro difícil, llevando la paleta hacia arriba desde detrás de la espalda. Las horas de práctica con papá en la mesa de ping-pong de casa habían valido la pena: la pelota se arqueó dulcemente sobre la red, tocó el borde de la mesa y dio contra su estómago. Saltó hacia atrás, pero no consiguió llegar a tiempo con la paleta, y

la pelota rebotó contra su... bueno, solo digamos que fue una suerte que no estuviéramos jugando al béisbol.

–¡Y ganó Misty! –gritó Hugo.

–¡Con estilo! –Phil me levantó y me hizo dar una vuelta en el aire. Luego me quitó la gorra y la lanzó hacia arriba–. ¡Felicitaciones, Misty!

Michael me *batió* el pelo, que ya estaba bastante batido.

–¡Fantástico! Eres la nueva campeona.

Alex apoyó de un golpe la paleta en la mesa y se aproximó a mí con la mano estirada.

–Felicitaciones –se veía tan entusiasmado por aferrar mis dedos como yo lo estaría por levantar un nido de avispas. Le estreché la mano rápidamente y experimenté un golpecito de estática en el contacto.

–Gracias. Siempre disfruto de encontrar a alguien con quien pueda mantener un buen partido.

–No eres lo que esperaba –entrecerró los ojos–. ¿Cómo te llamabas?

*Qué suerte que le había causado una intensa primera impresión*, pensé con sarcasmo.

–Misty Devon.

–¿Vas al colegio cerca de aquí?

–No, vengo de Inglaterra. Estas son mis vacaciones de verano. Paso a cuarto año.

–Ya veo –pareció satisfecho con mi respuesta, ya podía descartarme, ahora que había calculado que teníamos un año de diferencia–. Bien jugado –se frotó la nuca.

–¿Alguien más quiere jugar? –me di vuelta y miré esperanzada a los demás chicos.

–De ninguna manera, eres demasiado buena. Voy a jugar al fútbol –Hugo saltó el borde de la galería hacia el césped. Jonas estaba armando dos equipos para un partido de fútbol cinco.

–Buena idea –Phil lo siguió y luego Michael.

–¿Juegas al fútbol? –Alex iba a unirse a ellos pero luego se detuvo.

–Muy de vez en cuando –me crucé de brazos.

–Tal vez eso sea algo bueno. No creo que mi ego pueda soportar más humillación por un día –saltó hacia el césped y corrió hacia el grupo.

Haciendo rebotar la pelotita de ping-pong en la paleta, observé los preparativos del partido. Excepto las mujeres, todos los invitados de la fiesta se unieron a los equipos. No había otras chicas de mi edad, por lo tanto me quedé sola. Pensé que tal vez debería haber dicho que jugaba con mis hermanitos, cuando vi a Phil derribar a Alex de un desagradable tackle. *Auch*. Mejor no. Con un suspiro, dejé la paleta y me dirigí hacia el extremo del jardín. Aunque la casa fuera de Tarryn, parecía ser un lugar muy masculino. Al tratarse de un

colegio solo de varones, quedaba claro que no estaban acostumbrados a incluir a las mujeres en sus diversiones, especialmente a aquellas que los derrotaban.

Una sonrisa brotó en mi interior y me inundó como el sorbo de una bebida caliente en un día frío. Ese había sido uno de los mejores “momentos Misty” de toda mi vida. Tendría que contarles a Summer y a Angel todos los detalles del juego.



## CAPÍTULO 4

**E**s extraño como una buena tarde puede empeorar en un abrir y cerrar de ojos y ni siquiera por mi culpa. En serio. La parte positiva había sido realmente estupenda: Uriel había hallado a su alma gemela, y yo había salido victoriosa de un partido muy peleado de tenis de mesa contra alguien que necesitaba perder en forma imperiosa. Y en la parte negativa, la lista era bastante corta: al no ser una chica con toneladas de confianza en sí misma, no pude juntar el coraje para hacer sociales y me sentí relegada en esa atmósfera de club tan masculina. Ambas eran faltas menores, pero dieron como resultado que terminara mudándome de un sitio tranquilo a un lugar oculto, tratando de aparentar que me estaba divirtiendo.

Me convertí en una experta en sonreír como diciendo “Estoy bien” y en encontrar cosas que hacer, platos que recoger, vasos que llenar, cualquier actividad que evitara tener que hablar con desconocidos. No podía pedirle a Francie que me llevara a casa, pues la situación de Uriel era mucho más importante que cualquier pequeña incomodidad que yo pudiera sentir. Estaba acostumbrada a que mi don me aislara de la gente, por lo tanto mantenerme al

margen de una fiesta no era algo nuevo para mí. Encontré un lugar en la galería, cerca de la mesa de ping-pong, desde donde tenía una buena vista del jardín, pero me mantenía oculta de los demás invitados gracias a los matorrales del cantero de abajo. Casi todos los demás invitados se habían dirigido hacia el jardín para sentarse en las sillas bajo el sol del atardecer.

Cuando concluyó el partido de fútbol, se quitaron las camisetas transpiradas para refrescar los cuerpos y luego tomaron refrescos. Las burlas livianas sobre los errores cometidos se mezclaron con las alabanzas a los más habilidosos. Me permití un momento de silenciosa admiración mientras contemplaba el despliegue de torsos esbeltos. Los cuatro chicos volvieron a alejarse del grupo, esta vez hacia unas reposeras de mimbre justo debajo de mi refugio en la galería. Ellos no podían verme gracias al abigarrado arbusto de camelias pero, hey, yo llegué primero. Si hablaban en voz alta, no era mi problema. Froté la condensación del costado de mi vaso de limonada y me pregunté de qué hablarían los chicos como ellos cuando estaban solos. Algo así como una breve e inofensiva investigación de género.

–¿Qué piensan del tipo de la Srta. Coetzee? –preguntó Hugo. La silla crujió al reclinarsse y tomar un sorbo de su bebida.

–Es genial. ¿Escucharon que mencionó que era científico forense? – Michael pareció muy impresionado. A la mayoría le pasaba lo mismo cuando escuchaban a Uriel; sabía muchísimo, pero no te restregaba su inteligencia en la cara.

–Increíble. Tengo que hablar con él de ese tema –ese comentario provino de Phil. Podía ver las puntas de su cabello rojo y duro por encima del arbusto y partes de su rostro a través del entramado de hojas.

–¿Sigues pensando en estudiar Medicina después del colegio? –Alex se unió a la conversación: después de la introducción, el violín solista se hizo cargo de la melodía.

–Esa es la idea, pero quizá sea mejor que siga evaluando otras posibilidades –distinguí un destello de color entre las camelias mientras Phil se frotaba la piel con una toalla azul. Tenía ese tipo de piel que se enrojecía rápidamente después de hacer ejercicio y había terminado el partido con el aspecto de una langosta hervida.

–Y todos sabemos cuánto te gusta hacer disecciones en Biología –dijo Hugo–. Lo que hiciste con esos ojos la semana pasada fue realmente asqueroso.

–Estaba pensando también en que podría ser cirujano, pero...

–Pero tal vez el mundo sería un lugar más seguro si solo te dedicas a abrir a aquellos que ya están muertos. Encantador.

Phil no se sintió ofendido.

–Es probable que tengas razón. Fui un poco torpe –agitó sus manos del

tamaño de un plato en señal de reconocimiento. Era cierto que parecían más aptas para blandir un hacha que un bisturí—. Pero no todos los científicos forenses hacen eso... autopsias. Ese es el trabajo de un patólogo. Es un tema muy complejo.

—Creo que serías excelente en cualquiera de esas carreras: Cirugía, Ciencia Forense —Alex se puso del lado de Phil—. No escuches a Hugo: elige lo que realmente te interesa —si tuviera la mínima ambición de llevar una chaqueta blanca y un estetoscopio, de solo escuchar a Alex ejerciendo su poder de persuasión, ya estaría inscribiéndome en la facultad de Medicina más cercana.

—Gracias, hermano. Tendré que hablar con Uriel sobre las distintas posibilidades. Todavía tengo tiempo para pensarlo.

—Genial.

A continuación, hubo unos segundos de silencio mientras terminaban sus bebidas.

—¿Y tú qué piensas hacer, Alex? ¿Cómo va la solicitud de la beca? —Phil golpeó su botella vacía.

—Todavía no supe nada. La Srta. Coetzee piensa que tengo buenas posibilidades de conseguir una beca completa para estudiar Filosofía, Ciencias Políticas o Economía en Oxford, o tal vez Derecho en Cambridge o Yale. Ella cree que, con mis notas, estaré listo este mismo año.

—Estás hablando de mucho dinero —se escuchó un crujido mientras Hugo le arrojaba una patata frita a Alex—. Entonces, el año próximo, mientras nosotros nos quedemos en Sudáfrica cursando el último año del colegio, tú te marcharás para comenzar tu carrera internacional en algún lugar realmente excitante, con un grupo totalmente nuevo de chicas europeas o norteamericanas con las cuales salir.

—Esa es la idea —la sonrisa de Alex dio la impresión de que estaba dispuesto a probar una amplia variedad. El endeble vaso de plástico que sostenía en mi mano se quebró y el resto de la limonada se me derramó por el muslo.

—¿Chicas como esa linda inglesita? —prosiguió Hugo, el agitador del grupo—. ¿Cómo se llamaba? ¿Misty Devon? —mi corazón se detuvo. No había esperado ser parte de la conversación—. Ya sabes, la de los... —se señaló la cabeza para aludir a mis rizos. Pude notar el júbilo en la pregunta de Hugo. Quería explicarle que yo era algo más que una melena desgredada, pero eso revelaría mi posición. Me pregunté si podría retirarme antes de que descubrieran mi presencia. Pero si me levantaba, seguramente se darían cuenta de que había estado escuchando, y si me alejaba arrastrándome por el suelo, parecería algo, bueno, realmente extraño. Alguien podría salir de la casa y verme. Esperé la respuesta con gran nerviosismo.

Para mi eterna vergüenza, se quedaron en silencio y luego lanzaron una risotada al unísono.

–No lo creo –respondió Alex con tranquilidad.

–Te dio una paliza en el partido de ping-pong –señaló Phil.

–Pero eso no la convierte en el tipo de chica con la que me gustaría salir. Está muy lejos de serlo.

–Ah, no me digas que estás resentido con ella. Pensé que la forma elegante en que te derrotó demostraba que eran la pareja perfecta. Necesitas a alguien que te aplaque la arrogancia.

–Puede ser, pero por favor, chicos: ¿Misty?

–A mí me pareció dulce –gracias al menos por eso, Michael.

–Es muy joven para mí, y luce como... –Alex titubeó.

–¿Como qué? –preguntó Michael. Retiré mi agradecimiento, ya que él estaba alentando a su amigo a decir algo imperdonable.

–Como si la hubieran centrifugado.

Todos rieron a carcajadas.

–Eso es duro, Alex. No es propio de ti –Hugo estaba disfrutando la lengua afilada de su amigo. Yo, en cambio, estaba sangrando por las heridas.

–Duro pero cierto. No, si salgo con alguien, querría que fuera una chica que no me hiciera pasar vergüenza.

*Patético y arrogante seductor.* Atraje las rodillas hacia el pecho y deseé poder desaparecer.

–¿Misty? ¿Misty? ¡Es hora de irnos! –Francie apareció en la puerta de la cocina–. Ah, ahí estás.

Los chicos se quedaron en silencio.

Francie me podía ver perfectamente desde donde se encontraba, así como también al equipo de debate al otro lado de los arbustos. Cuando me incorporé, sentí pinchazos en las piernas por la posición incómoda en que había estado.

–¿Estás lista para marcharte?

–Sí –no miraría a Alex ni aunque me ofrecieran todo el oro del mundo. Pude sentir sus ojos que ardían en mi espalda como rayos de sol.

–No te estoy haciendo abandonar la fiesta demasiado pronto, ¿verdad? Tengo un turno temprano, y Uriel se va a quedar para ayudar a Tarryn a arreglar todo.

–No, quiero irme ahora –*ya mismo.*

Había olvidado el poder de Francie para escuchar los pensamientos. Sus ojos se desviaron hacia los chicos y luego volvieron a mí.

–Oh.

*Sí, oh.*

Me ayudó a levantarme, poniendo un brazo reconfortante encima de mis hombros encorvados.

–Ignóralos. A palabras necias, oídos sordos.

–Eso no es verdad –cruce los brazos sobre el pecho, sintiendo como si no solo hubieran estado hablando de una autopsia, sino que me hubieran realizado una a mí ahí mismo.

Me condujo velozmente a través de los invitados sin prolongar las despedidas como supuse que habría hecho en otras circunstancias.

–No, no lo es. Pero el que escucha tras las puertas...

–Sí, lo sé. Debería haberme ido antes.

–Pero te asaltó la timidez.

Ese fue el primer atisbo de humor sobre la situación.

–Francie, es tan fácil hablar contigo. Sabes lo que voy a decir antes que yo.

–Claro, a menudo tengo largas conversaciones como esa conmigo misma. Voy a llevarte a tu casa. Date un baño relajante, juega con tus primitos y olvídate de esos chicos.

–¿Es lo que receta la doctora?

–Exactamente. Distracción, es el mejor remedio del mundo.

–Cuando anuncie la noticia de Uriel a mi familia, creo que tendré distracción suficiente para diez tipos de insultos –al menos eso esperaba. Temía que la conversación escuchada sin querer hubiera cavado un túnel por debajo de mi piel como la pulga chigoe, un parásito propio de los climas tropicales que se introducía en los pies. Produciría desagradables efectos secundarios, a menos que la borrara para siempre de mi memoria.



## CAPÍTULO 5

Como había pronosticado, los dos días siguientes estuvieron plagados de festejos. Uriel y Tarryn mantuvieron largas conversaciones por Skype con la familia Benedict, en las que él presentó con orgullo a su alma gemela a toda la familia. Acurrucada en el sofá con una revista, disfruté escuchando la charla con Crystal y Xav, que realizaron en la sala de estar de Opal y Milo con la computadora familiar. Xav se desternillaba de risa al escuchar la confusión de las mellizas.

–Por Dios, Uri, me estás matando.

–Es verdad. Y luego Misty perdió el control de su don y la gente se largó a confesar a diestra y siniestra.

–Ya basta –Xav se agarraba el estómago.

Crystal le dio un codazo.

–Perdona al idiota de mi alma gemela. Supongo que no te resultó tan gracioso en ese momento.

Los labios de Uriel se curvaron en una sonrisa.

–Fue ridículo, pero aun en ese instante supe que más tarde me resultaría cómico. Misty se retiró al estacionamiento y las cosas se calmaron –besó a

Tarryn en la oreja y luego le dio un mordisquito en el lóbulo—. Y luego se puso muchísimo mejor.

—¿Y qué planes tienes ahora?

—Estamos tratando de conciliar nuestras vidas. Primero, tengo que concluir mi investigación.

—Victor dijo que va lenta.

—Demasiado lenta. Ya arreglé para trabajar con el Dr. Surecross durante algunos meses a partir de septiembre, para ver si podemos descubrir nuevas pistas de la identidad del asesino. Xav, ¿lo has oído nombrar?

Su hermano había recobrado la seriedad, ahora que la conversación se había vuelto más formal.

—¿Surecross? Trabaja en la universidad de Cambridge, ¿no? ¿Cuál es su don?

—La deducción... establecer conexiones. Es probable que pueda entender las piezas del rompecabezas que estuve intentando armar. Por el momento, no se ve más que un cielo vasto y monótono.

—¿Y tú qué harás, Tarryn? —preguntó Crystal.

—Voy a continuar dando clases aquí, al menos hasta el final del año académico en diciembre —explicó—. Tengo que ayudar a algunos chicos en los exámenes para ingresar a la universidad, y me quedan otros compromisos escolares. Después de eso... —miró a Uriel a los ojos y sonrió.

Me fascinó que estuvieran tan compenetrados. Por supuesto que tendrían varias cuestiones que resolver y necesitaban tiempo para conocerse, pero el aterrizaje había sido suave después de una leve turbulencia en el descenso. No pude evitar sentir envidia al ver la naturalidad con que llevaban su nueva relación. Consciente de que observaba desde afuera todo ese cariño y ternura que existía entre las parejas de almas gemelas, dejé la revista y me levanté del sofá para ver si Opal necesitaba que la ayudara con la cena.

—¡Ahí estás! ¿Cómo va todo, Misty? —preguntó Crystal al verme pasar caminando por el fondo de la pantalla.

—Bien.

—¿En serio?

En ese momento, me di cuenta de que Francie le había contado a su hermana que yo lo había pasado muy mal en la fiesta. Seguramente, Tarryn le había avisado a Uriel y él le había comentado algo a Crystal; así es cómo funciona el correo de chismes en nuestra familia. Solo esperaba que no conocieran los detalles.

—Sí, en serio. Ya me conoces: transporto momentos incómodos conmigo, como un hipopótamo con picabueyes —la comparación era más cierta de lo que ellos imaginaban: el pájaro, un semiparásito, limpiaba las heridas del hipopótamo, pero también las mantenía abiertas, de la misma manera en que

se reabría mi herida cada vez que mi mente volvía a dar vueltas alrededor del comentario de Alex-. No me sentiría bien si no hubiera algo malo a mi alrededor.

-Tienes un extrañísimo apego a las imágenes raras de la naturaleza. Brand y tú deben compartir el mismo gen familiar -Crystal sonrió con tristeza.

Los animales me gustaban; me sentía cómoda cerca de ellos porque no podían mentir. Al pensar en mi primito me sentí más animada.

-Es el niño de dos años más increíble del mundo, Crystal. Tienes que venir pronto. Te encantaría oírlo imitar a un león. Me muero de ganas de ver qué pensará de los pingüinos.

-¿Pingüinos? -preguntó Xav.

-Esta tarde iremos a verlos.

-¿No es arriesgado llevar al zoológico a alguien que tiene semejante imán para atraer a los animales?

-No vamos a ver a los del zoológico, Xav, sino a los salvajes. Esta zona es famosa por los pingüinos salvajes.

-Pingüinos en África. Eso es tan *Madagascar* -Xav se recostó en el sillón y colocó el tobillo sobre la rodilla-. Amo esa película.

-Pero estos son nativos y no hablan... ni danzan.

-Tal vez lo hagan cuando vean a Brand -rio Crystal.



Como todos no entrábamos en el Volvo, Uriel y Tarryn fueron en su auto a Simonstown, donde se encontraba Boulder, la colonia de pingüinos. Un balneario al sur de Ciudad del Cabo, Simonstown no quedaba tan lejos, pero Willow ocupó el asiento delantero con la vieja excusa de que se mareaba terriblemente durante los viajes en automóvil. Eso me dejó a mí en el asiento de atrás. De todas maneras, no me importó, ya que me entretuve con Brand y su repertorio de ruidos de animales. Justo cuando comenzaba a ponerse molesto, se durmió con la rapidez con que solo lo hacen los niños pequeños.

-¿Le quitaste las baterías? -pregunté a Opal.

-Es el auto. Es la mejor forma de hacerlo dormir.

A cargo de la música, Willow seleccionaba canciones de mi teléfono. Por casualidad, eligió *Lucky Strike*, que me transportó súbitamente a la noche en la casa de Tarryn. *Olvídalo de una vez*, me dije a mí misma. *No tendrás que volver a ver a ninguno de los chicos del equipo de debate. Viven en Sudáfrica y tú vives en Inglaterra; haz como si nunca hubiera sucedido.*

Summer estaría orgullosa si supiera que llegué a esa conclusión por mí misma.

Entramos en Simonstown por una ruta que corría en forma paralela a las vías del ferrocarril. A continuación, muy cerquita, estaba el mar. El viento soplaba con fuerza formando crestas blancas en las olas. La superficie del agua estaba manchada: verde oscuro en la parte poco profunda, donde daba el sol; verde esmeralda donde pasaban las sombras de las nubes; azul marino sobre rocas y conjuntos de algas marinas.

Al aproximarnos al centro, me pareció muy poco probable que, en esa pequeña ciudad, hubiera pingüinos. Las tiendas, las casas y los restaurantes eran una hilera de fachadas ornamentadas de madera blanca, con elegantes balcones y galerías techadas. El puerto estaba lleno de embarcaciones de recreo y, más lejos, se hallaban las siluetas más agresivas de los destructores, que pertenecían a la armada sudafricana. La ciudad tenía esa alegre pero agitada atmósfera de vacaciones que la mayoría de los balnearios no pueden quitarse de encima ni durante el invierno: algunas banderas y promesas de diversión que nunca llegaban a cumplirse del todo.

–¿Dónde están los pingüinos? –pregunté.

Opal divisó un espacio para estacionar y se precipitó sobre él.

–Al lado del mar, por supuesto; en una reserva natural.

–¿Para protegerlos de los turistas?

–En realidad, podría ser exactamente al revés. Podrán parecerle lindos pero muerden.

–Picotean –corrigió Willow con la misma autoridad de alguien que había realizado un estudio sobre el tema en la escuela–. No tienen dientes.

–Increíble.

Ansiosa por ver la violenta vida de las aves de Simonstown, bajé del auto y preparé el cochecito mientras Opal trasladaba a Brand, dormido, desde el asiento trasero hasta la sillita. Willow trajo el bolso cambiador, y Hazel, la bebida, superando nuestro propio récord del tiempo que nos tomaba descender del auto y estar listos para continuar. Ya podíamos competir fácilmente con la detención para cambiar un neumático de una carrera de Fórmula Uno. Bauticé a la nuestra como la carrera de Fórmula Menos Uno.

Empujé el cochecito mientras mis corredores favoritos zumbaban alrededor del circuito de mi mente. Brand durmió durante el traqueteo del recorrido mientras Opal llevaba a sus hijas tomadas firmemente de las manos, en la caminata por el paseo marítimo hasta el quiosco. Había demasiadas tentaciones para las chicas como para lograr que marcharan en línea recta. Las vidrieras del paseo estaban plagadas de recuerdos de pingüinos con rostro alegre, bajo la forma de calcetines, sombreros, calcomanías y –mi preferido– un cartel de “Cuidado con el Pingüino”. Tendría que comprarlo para mi hermanito Sunny.

Finalmente, cuando arribamos a destino, nos encontramos con Uriel, que

esperaba fuera de la reserva.

–Ya compré las entradas –anunció cuando nos acercamos.

–Ah, no deberías haberlo hecho –protestó Opal.

–Es un placer después de todo lo que has hecho por mí –estiró la mano por encima del hombro–. Tarryn y Alex están en la tienda.

Tarryn y Alex.

–¿Qué hace él aquí? –disparé.

Uriel me lanzó una mirada de advertencia.

–Tarryn lo invitó, Misty. Como es pupilo, pensó que le agradecería escapar del colegio por una tarde.

De modo que ella lo invitó y arruinó mi día.

–¿Por qué pensó que sería una buena idea? ¿Acaso es fanático de los pingüinos o algo así? –no podía imaginarme al Sr. Espléndido y Sofisticado disfrutando de una excursión para niños.

Uriel me retuvo mientras los demás entraban. Echó una mirada hacia dentro del edificio para asegurarse de que nadie nos escuchara.

–Por favor, sé amable con él.

Deseaba decir algo infantil como: “Si él es amable conmigo primero” pero, en su lugar, me decidí por una actitud más madura.

–Era lo que pensaba hacer.

–Escuché que no se llevaron demasiado bien en la barbacoa –Uriel no se mostró muy convencido.

–Yo lo traté muy cortésmente –repuse y me crucé de brazos. Era demasiado tener que defenderme cuando era yo la damnificada.

–Le ganaste al ping-pong –así que Francie no había mencionado el comentario que yo había escuchado sin querer: eso sí que era un alivio.

–¿Y qué debía haber hecho? ¿Dejarlo ganar? –resoplé.

–No, pero tú no sabes cómo son los varones. Es probable que se hayan burlado de él sin parar.

–Le hará bien.

Uriel trató de no impacientarse.

–Solo dale una oportunidad, ¿de acuerdo? Hazlo por mí.

–Si es por ti, lo haré –por Alex, lo veía poco probable.

Ingresamos al quiosco por el cual se accedía a la reserva natural. Alex se encontraba a un costado de mi familia.

–¡Hola! –lo saludé, con un tono ligeramente exagerado de alegría teniendo en cuenta que la última vez que nos habíamos visto había sido un rato después del comentario del centrifugado. *Ves Uriel*, tuve ganas de decir, *yo también puedo comportarme como una santa*. Esperé que estuviera anotando los puntos a mi favor; conociéndome, podría tener que utilizarlos en algún momento.

–Hola –los ojos de Alex estaban teñidos de desconfianza ante mi tono exageradamente amistoso.

–Alex, ¿te acuerdas de Misty? –dijo Tarryn tratando de distender el ambiente.

–Claro –su mirada estaba clavada en mi pelo, que había recibido su habitual tratamiento de control y, para mí, se veía totalmente normal, con ondas en vez de esos rizos enloquecidos, que daban la impresión de que había metido los dedos en el enchufe–. Le hiciste algo.

Eso funcionó como un balde de agua fría y me despertó de mi breve paso por mi costado más beato. ¿Y eso se suponía que era ser encantador? Cuando estaba conmigo, Alex parecía ser tan franco y directo como yo.

–Sí, así es –no quería poner a prueba tan pronto la actitud de “ser amable con Alex” que le había prometido a Uriel; ser simpática en la teoría era mucho más fácil que en la práctica. Alex me irritaba con solo respirar y, para ser justa con él, ese era más mi problema que el de él.

Pero no sabía cuándo detenerse.

–Tu pelo se ve... mucho mejor. *Lindo*.

Esa sí que era la palabra del día.

–Bueno, muchas gracias, señor amable –sentí cómo se elevaba mi nivel de irritación. Después de todo, ¿quién era él para emitir un juicio sobre mi cabello? Me volví hacia el único varón al cual podía tolerar en ese momento–. Vayamos a ver a los Pingüis, Brand –la siesta concluyó con tanta rapidez como había comenzado y los ojos vivaces del bebé estaban brillantes de emoción–. ¡Abróchate el cinturón de seguridad, compañero! –y señalando hacia adelante, empujé el cochecito a través de las puertas, encabezando una carga de caballería hacia la pasarela de madera.

Brand emitió un graznido.

Acompañados por el redoble de tambor de las ruedas de la sillita y del rugido del viento, Brand y yo bajamos hacia el mar, sin mirar atrás para ver si los demás nos seguían. Pude escuchar sonidos distantes, que parecían ser más de burritos que de ningún ave que yo hubiera oído alguna vez. Completamente fascinado, Brand se sacudía en su sillita.

–Tranquilo, enanito. Ya falta poco.

Luego los divisamos entre las rocas grises: cientos de ridículos y maravillosos pingüinos blancos y negros. Algunos estaban tumbados sobre sus estómagos, otros se encontraban erguidos, los picos en alto como si estuvieran ofreciéndose para trabajar de camareros. Tres pingüinos emergieron del mar balanceándose de un lado a otro en forma sincronizada. Era imposible mirarlos y no reír.

Brand golpeó las manos y comenzó a imitar el extraño sonido que emitían las aves. Con un simple aleteo, los pingüinos pasaron de ser una banda de

sujetos relajados a un grupo comando cumpliendo una misión.

Opal se acercó de prisa al ver que comenzaban a congregarse alrededor de nosotros.

–Es mejor que yo me encargue. Ya estoy acostumbrada –giró el cochecito para encontrar una posición donde Brand pudiera mirar sin que lo hostigaran. Los caballeritos marinos estaban absolutamente embelesados con el nuevo pingüino con forma de niño. Un extremo de la playa se fue vaciando mientras iban formando una audiencia debajo de la sillita, como los creyentes que escuchan al Papa el domingo de Pascua.

Mientras rebuznaba, Brand se movía de arriba abajo emitiendo, con suerte, algún tipo de mensaje edificante y no algo así como *¡Vayan y picoteen a los humanos!* Era imposible que pudiéramos apreciar el comportamiento normal de los pingüinos, a menos que nos apartáramos de la zona de influencia de Brand.

Uriel y Tarryn se alejaron caminando tomados de la mano; dudo que les estuvieran prestando mucha atención a las aves. Willow y Hazel se sentaron en la pasarela con las piernas cruzadas y comenzaron a realizar bosquejos de los pingüinos. Por lo tanto, Alex quedó a mi cargo. Respiré profundamente: había prometido que me esforzaría.

–Son geniales, ¿no crees? –comenté. *Ves, Uriel; puedo mantener una conversación amable*, pensé.

–Sí, lo son –esa conversación era tan fluida como empujar un carrito de supermercado con una rueda torcida.

–Y, eh, ¿habías venido antes? –la frase cursi “¿Vienes aquí a menudo?” resonó en mi cabeza y me sonrojé. Con el corazón en la mano, no estaba intentando seducir a ese chico.

–Con el colegio. Cuando era mucho más chico –hundió las manos en los bolsillos–. Escucha, Misty, con respecto a la fiesta.

–No hablemos de ese tema –eché a caminar mientras sacaba la cámara de fotos.

–Pero quiero decirte algo. El comentario que hice no era lo que realmente pensaba –sus pasos comenzaron a marchar al ritmo de los míos.

–Por favor, no hagas eso –empecé a sentir dolor en los dientes.

–¿Qué cosa?

–Mentirme. Me duele –lo dije literalmente, pero él se lo tomó en el sentido más común como si hubiera herido mis sentimientos.

–Yo solo...

En ese instante, hice algo que pocas personas se atrevían a hacerle al Elocuente Alex: lo interrumpí.

–Ni tú ni yo queremos hablar de eso, así que pasemos rápidamente a otro tema... –estiré el brazo hacia el mar–. Turismo.

–Pero...

–Pero rima con primero... –*Misty, no digas lo que tienes en la punta de la lengua; ¡por favor!* –mmm... con estero o con... delantero –puf, crisis de traseros superada–. Dedicuémonos a disfrutar de los pingüinos, ¿de acuerdo? –traté de pensar en una ofrenda de paz, puesto que él aún parecía desear que mantuviéramos una charla seria sobre la fiesta–. ¿Puedes tomarme una fotografía? Quiero mostrarle a mi familia lo que hice hoy.

–Por supuesto –aliviado de tener una tarea, tomó la cámara y nuestros dedos se rozaron brevemente. Sentí esa sacudida de estática, como en la fiesta. ¿Cómo lo explicaba la Física? Él tenía carga positiva y yo negativa. Eso imaginé. Éramos polos opuestos en el impacto que causábamos en la gente: yo, La Chica Desastre; él, El Chico Maravilla.

–Sonríe –dijo Alex levantando la cámara.

Deseé que su voz no estremeciera mi estómago, con esa típica sensación nerviosa de los estrenos. Era probable que ni siquiera estuviera utilizando su don, pero había algo en su tono que despertaba todos mis sentidos. Y tampoco se trataba de que yo hubiera tenido alguna vez un papel protagónico en una obra de la escuela; no podía pronunciar frases que no fueran sinceras. Ser incapaz de escapar a la verdad solía paralizarme. Crystal se burlaba de mí diciendo que era como esa vieja broma de los Daleks frente a una escalera. Los planes de dominar al mundo naufragaban. Al igual que esos personajes de la serie *Dr. Who*, yo no podía hacer cosas normales que a las demás personas les resultaban terriblemente simples.

–¿Misty? ¿Estás escuchando? –Alex se estaba irritando.

–Mmm... –en realidad, no.

–¿Entonces, puedes hacerlo?

¿Qué me había pedido? Ah, sí: sonreír. Aunque hice lo mejor que pude, me salió una sonrisa falsa, puros dientes y nada de humor. Alex observó la imagen en la pantallita, tapándola con la mano para cubrirla del sol.

–Otra más. No salió bien –levantó nuevamente la cámara.

–Si pretendes tomarme una buena foto, podemos permanecer acá todo el día.

No tomó en cuenta mi comentario. Pensó que bromeaba.

–Esta es mucho mejor. A tu familia le gustará mucho –me devolvió la cámara.

–Déjame tomarte una a ti... para mostrarle a mis amigos de Inglaterra.

–No creo que estén interesados en mí.

–¿Quieres apostar?

Alex se encogió de hombros y recorrió la pasarela, con la mirada en busca de un buen fondo.

–¿Acá te parece bien? –eligió un lugar donde había una abertura entre las

rocas, que dejaba ver el mar y varios pingüinos dispersos tomando sol—. Así pueden darse cuenta de lo cerca que está el océano.

—Perfecto —y lo estaba. Otra vez. La naturaleza lo amaba. Si no hubiera sabido previamente que su don era la persuasión, habría dicho que tenía la habilidad para acomodar el mundo para que resaltaran sus rasgos físicos. El pelo oscuro que ondeaba en el viento, y emitía un brillo caoba cuando la luz daba sobre los mechones más claros; piel bronceada, ojos cautivantes, camiseta ceñida que dejaba entrever su tonicidad muscular (yo lo había visto quitarse la camiseta después del partido de fútbol, y el recuerdo había quedado grabado para siempre en mi cerebro). Podría tener la actitud superior del chico que sabía que estaba destinado desde que nació a formar parte de una elite, con potencial para ser líder, pero yo no podía evitar mi reacción instintiva ante él; un deseo de acercar mi rostro a su pecho y simplemente —suspiro— *disfrutar*.

*Clic*. Tenía que enfrentar la realidad. Alex estaba un año más adelante que yo en el colegio y, por lo tanto, fuera del rango de edad para ser mi alma gemela. Si fuéramos planetas, él sería alguno de los poderosos como Marte o Júpiter, y yo, uno como Plutón, recientemente degradado por los astrónomos a planeta enano. Así era la jerarquía natural del mundo.

Sin embargo, este humilde planetoide podría tener un momento de gloria. Si publicaba esa foto en mi Facebook, podía garantizar un aumento exponencial de los comentarios de mis amigas. Tomé un par de fotografías más.

Alex comenzó a sospechar del tiempo que me estaba tomando detrás de la lente de la cámara.

—¿Ya tienes suficientes?

Jamás.

—Mmm, gracias.

Se acercó más y frunció el ceño.

—¿Qué?

Me señaló la nariz.

—Te estás quemando mucho. Debes tener cuidado, con una piel tan blanca como la tuya: el sol es muy fuerte al lado del mar. No es el mismo sol al que están acostumbrados en Inglaterra.

No podía ser de otra manera: yo me estaba quemando, y él, en cambio, parecía que el sol simplemente lo besaba y le acariciaba la piel antes de teñirlo de dorado.

—Ay, genial —busqué el protector solar y luego recordé que estaba en el aeropuerto de Heathrow—. Tengo que buscar a mi tía. Ella debería tener algún protector factor cincuenta para los niños.

Me sorprendió que Alex no aprovechara para alejarse cuando di vuelta para regresar. Caminó junto a mí, con paso lento y tranquilo. Balanceaba las manos

a la altura de los muslos, tan cerca que casi se tocaban con las mías.

*Misty, deja de mirar*, me dije.

–Te envidio –comentó Alex y luego frunció el ceño–. ¿Acabo de decir eso en voz alta?

–Sí –quizá yo estaba dejando que se filtraran otra vez algunos destellos de verdad. No pensaba confesar que podría ser mi culpa que hiciera un comentario indiscreto en voz alta. Nuestras respectivas personalidades ya habían tenido suficientes choques como para agregar eso a la mezcla.

–No quise mencionarlo, pero es verdad –hundió las manos en los bolsillos.

–¿Qué puedes envidiarme tú a mí? –estúpidamente, una parte de mí esperaba un elogio personal para contrarrestar el comentario de la fiesta, ¿tal vez algo acerca de mis habilidades conversacionales o mi atractivo sentido del humor?

–La familia. Tus hermanos y hermanas de nombres extraños. Tíos y tías... Cantidades por lo que escuché. Son una gran tribu.

Por supuesto, envidiaba lo que me rodeaba y no algo que yo pudiera atribuir a mi personalidad. Aun así, valoré que tratara de ser amigable.

–Lo sé. Soy muy afortunada. ¿Entonces tú no tienes muchos parientes?

–No –flexionó los hombros para aliviar la tensión del cuello–. Me temo que no sé mucho de lo que significa tener una familia.

–Son todas distintas. En realidad, nadie puede saber bien qué sucede en la vida de otra persona.

–Es probable que tengas razón.

Doblamos un recodo y nos topamos con Brand –el Papa Pingüino–, que seguía atrayendo la atención de su público de fieles. La directora de la reserva había salido del centro de información para asegurarse de que el comportamiento de las aves no se debiera a que nosotros las estábamos alimentando. Sin encontrar nada de lo cual quejarse, se encontraba debatiendo el extraño fenómeno con Opal. Mi tía le estaba explicando que Brand había comido un rato antes bocadillos con pasta de pescado y el olor debía estar atrayendo a los pingüinos. No creo que la mujer estuviera muy convencida pero, como era la única respuesta racional a una situación extraña, tenía que aceptarla.

–Te propongo como desafío que trates de entender a mi familia. Alguien como tú no podría comprenderlo pero, para nosotros, este tipo de comportamiento es completamente normal –le eché una sonrisa cómplice, olvidando por un breve instante que no me gustaba.

En vez de ojos azules divertidos, mi mirada se encontró con una expresión pétrea.

–No, claro que yo no podría comprenderlo, ¿verdad?

¿Qué acababa de ocurrir? Había estado conmigo durante un momento y de

golpe estaba a kilómetros de distancia.

Se dio vuelta.

–Voy a alcanzar a la Srta. Coetzee.

–De acuerdo. Hazlo –perpleja, lo observé volver caminando velozmente por donde habíamos venido unos minutos antes.

–¿Alex se encuentra bien? –preguntó Opal.

Repasé nuestra conversación y decidí que no se me podía culpar por su enojo ni por su partida súbita.

–Creo que sí. ¿Tienes protector solar?

Buscó en el costado del bolso cambiador y me alcanzó la botella.

–Me da la impresión de que está muy... –Opal buscó la palabra correcta– *solo*. ¿No crees? –a veces, la percepción de mi tía acerca de la gente era tremendamente acertada.

Seguí con la vista a la figura erguida que rodeó rápidamente una gran roca como si fuera un semidiós, un hijo de Poseidón, regresando al mar.

–Sí, creo que tienes razón.



## CAPÍTULO 6

**D**espués de la excursión a la reserva de los pingüinos, no vi a Alex durante varias semanas, aunque, como era de esperar, Summer y Angel habían quedado extasiadas ante la foto que había publicado. Los ojos del joven hacían juego con el mar que se hallaba detrás, y se las había arreglado, sin siquiera proponérselo, para salir con ese aire seductor de estrella de Hollywood. Por el contrario, mi foto revelaba la quemadura de nariz en su máxima expresión. Si pudiera mentir, me habría sentido tentada a asegurar que Alex era un romance de verano y, de esa manera, aumentar mis calificaciones entre mis amigas; sin embargo, si lo hacía, tarde o temprano me vería forzada a confesar la verdad, que Alex era, en realidad, mi pelea de verano. Eso. Había inventado una nueva categoría en las relaciones amorosas. Viva yo.

A pesar de que estaba ocupada disfrutando de mis vacaciones, incluyendo un safari increíblemente maravilloso por el Parque Nacional Kruger, no conseguí apartar de la memoria esa imagen de Alex, alejándose solo con pasos largos. Comenzaba a cuestionarme las suposiciones que había hecho acerca de él por ser el alumno perfecto, pero eso no impedía que pudiera estar un poco

perdido como todos nosotros.

El último día antes de mi partida, Opal y Milo organizaron un ascenso en teleférico hasta la cima de la Montaña de la Mesa. El plan era comer en el restaurante, que ostentaba una vista fabulosa sobre el *city bowl* de Ciudad del Cabo. Uriel y Tarryn también estaban invitados.

Sintiéndome generosa por estar a punto de abandonar la ciudad, le envié un mensaje de texto a Tarryn mientras nos preparábamos para nuestra salida.

*¿Quieres invitar a Alex?* Por un lado, esperaba que dijera que no, pero respondió casi inmediatamente.

*Gran idea. Veré si está libre. Pronto tendrá exámenes, de modo que le vendría bien un descanso del estudio.*

Mientras me trenzaba el pelo frente al espejo, me di una palmada en la espalda por haber sido tan considerada. Alguien tenía que apreciar lo santa que era, ya que me resultaba imposible convencer a mi familia para que me contemplara bajo esa luz. Para ellos, yo era un constante desastre al que había que controlar.

Cuando llegamos al pie de la montaña, descubrí que Tarryn no solo había invitado a Alex, sino también a sus secuaces: el pelirrojo Phil; Michael, el rubio actor de cine, y el príncipe Hugo.

Mi halo se ladeó levemente. Me había preparado mentalmente para pasar un rato con Alex, por más incómodo que pudiera resultar, pero la banda completa me pareció demasiado para lo que se suponía que era mi despedida. Me dispuse a soportar más bromas a mis expensas. Esperaron pacientemente que se aquietara la conmoción producida por el arribo de mi familia, y luego Tarryn les presentó a Milo y a Opal.

–Estos son mis chicos, el equipo de debate –afirmó rebosante de orgullo–. Pensé que merecían una recompensa; han estado trabajando muy duro este último trimestre.

–Hola, muchachos –Milo les estrechó la mano–. Este es mi equipo: mi esposa, Opal; nuestros hijos: Willow, Hazel y Brand. Y nuestra sobrina, Misty.

Al distinguir a cuatro nuevos compañeros de juego, Brand emitió ladridos ahogados mientras se sacudía. Si hubiera tenido rabo, lo estaría moviendo.

–No se preocupen por él –acotó Opal de inmediato–, es una etapa por la que está pasando. Ya se le va a ir.

Hugo se arrodilló junto al cochecito y le estrechó la mano a Brand con solemnidad, ante lo cual el niño aplaudió.

–¿Por qué etapa? –preguntó.

–Imita a los animales –percibí que Opal estaba ansiosa de que alguien cambiara de tema. Cuanto menos llamaran la atención, mejor. De lo contrario, Brand estaría protagonizando videos en YouTube. Aunque tal vez no sería una mala idea. Yo podría hacer una fortuna con los ingresos por publicidad,

superando incluso al bebé sonriente que había sido un éxito en Internet.

*Concéntrate, Misty. Ayuda a tu tía*, me dije a mí misma.

–Hola, chicos –saludé alegremente.

–Hola, Misty. ¿Cómo va? –Michael me dio un abrazo. No había pensado que hubiéramos alcanzado ese nivel de amistad, pero quedó claro que ellos pensaban distinto ya que Hugo y Phil también me abrazaron y, a su turno, cada uno me levantó por el aire. ¿Sería una forma de pedir perdón?

–¿Disfrutaste de tus vacaciones? –preguntó Michael. En sus ojos noté que estaba coqueteando un poco.

–Lo pasé genial. Lamento que terminen. Hola, Alex.

–Hola, Misty –Alex se mantuvo detrás. Se había vestido para el clima de montaña: chaqueta de cuero color chocolate, camiseta y jeans azules.

Michael me miró y arqueó las cejas.

–¿No me digas que todavía sigue resentido porque le ganaste al ping-pong? Después de todo, no nos burlamos de él durante más de dos semanas.

–Cuéntame algo, ¿tienes que volver al colegio apenas regresas? –preguntó Hugo mientras el tío Milo hacía la fila para comprar las entradas.

Sonreí. ¿Qué estaba pasando? ¿Acaso era la semana en que había que tratar bien a Misty?

–No exactamente. Primero tengo campamento. Esta vez, iremos una semana a Cornwall. Voy todos los años –los cierres plateados de los bolsillos del pecho de la chaqueta de Alex me estaban distrayendo. Sentí el deseo de jugar con ellos. *Resiste, Misty, resiste*.

Hugo estaba completamente ajeno al deambular de mi mente.

–Envidia que todavía estés de vacaciones. Nosotros nos estamos preparando para las evaluaciones de fin de año.

–Lo siento mucho –mis condolencias perdieron fuerza ante el tamaño de mi sonrisa. Realmente los compadecía, pero tuve la sensación de que tener tiempo libre resultaba todavía mejor al saber que otros estaban estudiando mucho.

–¿El campamento es divertido o es de esos en que te torturan con lo de la supervivencia, haciéndote cavar tu propia letrina debajo de una lona, como en mi antiguo grupo de *Scouts*?

Reí ante la imagen que había descrito.

–Es muy divertido. Solemos instalarnos bajo techo y con baños de verdad; de todas maneras, no lo sé bien pues el lugar cambia todos los años. Summer y Angel, mis mejores amigas, también van.

–Bonitos nombres.

Hugo me estaba cayendo simpático.

–Gracias. Les diré que te agradan –comenté. Alex no era el único chico encantador de los cuatro.

–Muy bien, gente. ¡Todos a bordo! –Milo nos condujo a través de los molinetes.

–¿Ya has hecho esto antes? –pregunté a Hugo.

–Sí, vinimos para Navidad y descendimos en rápel –señaló hacia lo que parecía ser una pared de roca escarpada, debajo de la cima–. Esa es nuestra forma de divertirnos, ¿no es cierto, Alex?

Mientras ingresábamos en la cabina, las barreras obligaron a Alex a acercarse un poco más.

–Sí, estuvo genial.

Hugo frunció el ceño.

–Alex, ¿te encuentras bien?

–Claro. Estoy bien –se ubicó en el lado opuesto del cochecito de Brand y se puso a conversar con Uriel.

Interrumpí la sensación de desconcierto de Hugo.

–Eso del rápel: no se supone que todos debamos hacerlo, ¿verdad?

Reemplazando el malhumor de su amigo por pensamientos más alegres, Hugo me dio una palmada en la espalda.

–Misty, si realmente quieres experimentar la verdadera esencia de Ciudad del Cabo, yo diría que esa es la única forma de descender.

–Qué lástima que hayamos venido con un niño pequeño –suspiré de forma exagerada–. Es una pena, me temo que esta vez no voy a poder descender con sogas.

–Hey, Misty, ven a ver esto –Michael me hizo un lugar junto al vidrio. Phil y él habían levantado a mis primas para que pudieran mirar hacia afuera.

El teleférico no es para quienes tienen miedo a las alturas. Ascendía abruptamente desde la base de la montaña y, en un momento, el suelo se encontraba a cientos de metros más abajo. Si eras capaz de olvidarte de las posibilidades de caer en picada y morir, podías admirar el espectáculo maravilloso del mar, la montaña y la ciudad, y la vastedad del cielo. Eso fue lo que me obligué a hacer.

–¿Sufres vértigo? –preguntó Hugo sagazmente mientras mis nudillos se ponían blancos al aferrarse a la barra de la ventana. En el otro extremo del carro, noté que Alex estaba atento a nuestra conversación.

–Digamos que no me veo en el futuro escalando el Everest –miré a Hugo y esboqué mi mejor sonrisa de valentía.

–Es totalmente seguro, siempre y cuando el carro no se salga de la guía y la cadena de protección se mantenga intacta. Casi nunca ocurren accidentes fatales, solo en las semanas anteriores a su revisión anual y –¡oh, mira ese cartel!– ese período comienza mañana mismo –me lanzó una brillante sonrisa.

Se estaba burlando de mí, y yo no necesitaba el dolor en los dientes para

darme cuenta. Estaba a punto de decirle que ya lo había descubierto cuando Alex intervino en nuestra conversación.

–No la molestes más. Si está asustada, no necesita que tú se la hagas más difícil –sonaba bastante irritado ante la forma en que me había tratado su amigo.

Hugo se mostró arrepentido.

–Lo siento, Misty. Solo estaba bromeando. El teleférico tiene un excelente historial de seguridad.

–Lo suponía, pero gracias igual –eché una mirada de soslayo a Alex, pero ya se había alejado otra vez. No podía criticarlo por preocuparse por mí.

Cuando salimos de la cabina, me alegré de haber llevado un suéter con capucha. Gracias al aire claro y frío, la vista era fantástica, aun cuando hiciera unos grados menos de lo que había esperado. Nos encaminamos hacia la plataforma de observación que se erguía sobre la ciudad.

–¿Cuál es esa montaña que parece un granito? –pregunté a Michael, que estaba junto a mí, el pelo rubio que se agitaba al viento. Era una especie de mini montaña justo en el medio de Ciudad del Cabo, un pico de roca desnuda sobre una prominente extensión de verde.

Se golpeó el pecho como si estuviera sufriendo un ataque al corazón.

–¿Granito? Vamos, Misty, ¿dónde está tu sensibilidad?

–La dejé en casa junto con mi famoso sentido del tacto –admití.

–Es la Cabeza de León. No le digas a ningún habitante de Ciudad del Cabo que la llamaste granito o no llegarás sana y salva al aeropuerto.

–O quizá la lleven a la fuerza y la pongan en un vuelo que salga antes –ese era Alex. ¿Entonces, había decidido dejar de ignorarme?

–Estarás feliz cuando me veas partir, ¿no? –le pregunté.

Su expresión pareció decir que lamentaba verse incluido en la conversación.

–Yo no dije eso.

Error: la respuesta correcta era “¡No, Misty, nos encantó tenerte aquí!”.

–No era necesario que lo hicieras. Ya capté que no soy tu visita preferida. ¿Te diste cuenta de que esta excursión es supuestamente mi regalo de despedida?

Michael le dio un golpe en el estómago.

–Sí, ya deja de arruinarle el último día a esta chica.

–Yo no dije nada –Alex levantó las manos en el aire.

–A veces, lo importante es justamente lo que *no* dices –me di vuelta para no ver más a ese ser irritante que tenía detrás–. No te preocupes, a partir de mañana, ya no tendrán que verme nunca más.

Tomados de la mano, Uriel y Tarryn se unieron a nosotros, el sol brillaba sobre el cabello de cada uno, dorado y castaño respectivamente. *Solo les faltaba llevar una gran flecha que dijera “La Pareja Perfecta”, pensé con*

sarcasmo.

Algunas personas eran muy afortunadas. ¿Acaso yo era la única a la cual la naturaleza no había querido hacer más atractiva? Si me colocaba en la misma pose que ellos, probablemente los pájaros me cubrirían de excrementos o el viento me levantaría la falda para ridiculizarme.

–¿Qué fue eso? –preguntó Uriel al escuchar el final de mis comentarios.

–Dije que ya no me verían más ya que regreso a casa –era la verdad... solo había obviado el trasfondo beligerante.

–Yo no estaría tan seguro, Misty –Uriel frotó el dorso de la mano de Tarryn con el pulgar. Cada vez que estaba con ellos, Uriel no dejaba de hacerle cariños con una dulzura que revelaba lo afortunado que se creía–. Parece que el destino ha sido generoso al decidir que este año la final del debate internacional se realizará en Cambridge, Inglaterra.

Tarryn sonrió irónicamente.

–¿Y supongo que eso no tiene nada que ver con las llamadas que realizaste, ofreciéndote a decidir el sitio de la sede? –les echó un vistazo a los chicos del equipo de debate–. La semana pasada, El Cairo tuvo que retirarse debido a problemas de seguridad.

Los ojos bondadosos de Uriel brillaron divertidos.

–Quizá también pude haber mencionado a Denver pero, bueno, decidí que esta vez yo podía ser el beneficiado. Si debo estar en Cambridge, ¿por qué no enviarte allí?

–¿Organizaste la final de debate en mi ciudad? –inquirí. No podía ser verdad.

–¡Genial! –exclamó Hugo encantado–. Lamento perderme El Cairo, pero nunca estuve en Inglaterra. Misty, ¿qué debería llevar?

–¿Cuándo van a viajar? –esperaba que todo hubiera terminado antes de que yo regresara en septiembre a la escuela.

–Hacia fines de noviembre –comentó Tarryn–. Chicos, como es después de las evaluaciones y de los exámenes finales de Alex, deberían preguntarles a sus padres si pueden quedarse una o dos semanas más. Podríamos extender la excursión a otros lugares. Sería una lástima hacer un viaje tan largo y no recorrer.

Varias palabras bonitas danzaron por mi cerebro. No tenía escapatoria, ya que eso ocurriría justo en el medio del primer trimestre escolar.

–Entonces, deberían llevar impermeable y ropa de abrigo.

–Misty, tú vas al colegio en Cambridge, ¿verdad?

Gracias por señalar ese detalle, Tarryn.

–Sí, así es. Pero seguramente ustedes estarán del otro lado de la ciudad.

–De ninguna manera –intervino Uriel guiñándome el ojo–, te encantará saber que estaremos muy cerca. Tu escuela es una de las sedes, ya que su

equipo es el campeón de Inglaterra. Me sorprende que no lo supieras.

–Es cierto. Debo haberlo olvidado –no era sorprendente, puesto que el equipo de debate y yo nos movíamos en círculos completamente diferentes y había que agregar el hecho de que yo me había estado ocultando los últimos días de clase, antes de las vacaciones, debido a mi incidente con Sean. De modo que eso era lo que Uriel había estado haciendo durante las últimas semanas en que no lo había visto. Había descontado que se encontraba aprovechando el tiempo con Tarryn, pero me había equivocado. Se había dedicado a arruinar mi otoño.

–Podrás mostrarnos la ciudad –Hugo estaba cada vez más entusiasmado con la idea de viajar a Europa.

–Estaré... –no podía decir *feliz*–, de acuerdo en hacerlo.

–¡Genial! –Hugo extendió los brazos hacia la vista que teníamos delante–. ¿Cambridge puede ser mejor que esto?

–Tiene sus cosas bonitas –dije lealmente. Teniendo en cuenta que se hallaba en una zona de Inglaterra que era plana como un panqueque, la Montaña de la Mesa sería algo imposible de superar, pero no estaba dispuesta a reconocerlo–. Las universidades son espectaculares. No puedes dar un paso sin tropezarte con un muerto famoso. Newton, Darwin, Crick y Watson, los sujetos del ADN.

–Estrictamente hablando, no todos esos están muertos –dijo Alex secamente.

–Alex, tú has presentado una solicitud para entrar a Trinity College, ¿no? –preguntó Hugo.

–Sí, está en mi lista –qué sorpresa: Alex no parecía estar tan contento como los demás con la noticia de que viajaría hacia donde yo vivía.

Tarryn le dio un apretón en el brazo.

–Alex, pensé que podíamos organizar para que tuvieras la entrevista mientras te encontraras allí. Las fechas coinciden perfectamente.

–Me parece bien. Bueno, ¿ya es hora de comer? –Alex enfiló hacia el restaurante dando por concluida la conversación.



Nuestro grupo se ubicó en la mesa larga junto al ventanal, de modo que Alex y yo no tuvimos problemas para sentarnos en lugares totalmente opuestos. Ambos pudimos emitir un suspiro de alivio y comer en paz. Yo pedí una hamburguesa vegetariana, hecha de champiñones gordos y jugosos, tan rica como las de carne. Estaba completamente feliz con mis compañeros de mesa: tenía a Uriel de un lado, a Michael del otro y a Hugo y a Phil enfrente. Por lo

tanto, la elección de Alex de sentarse junto a las niñas se hizo más evidente, pero ese era su puesto de observación. Se lo veía completamente entretenido con los dibujos que Willow y Hazel realizaban con los crayones que la camarera les había entregado, así que era probable que se estuviera divirtiendo.

Hugo, Phil y Michael me hicieron un exhaustivo interrogatorio sobre Cambridge. Yo no sabía demasiado acerca de la ciudad, ya que solo vivía allí desde que había cambiado de escuela. Estaba pupila porque mi hogar se encontraba al otro lado de Londres. Habíamos agotado las escuelas de mi zona, de modo que mis padres tuvieron que buscar una más lejos después de mi último encuentro cercano con una dosis excesiva de verdad. Como la directora de la Escuela Fen era savant, fue comprensiva con mi situación. Al escuchar el relato del maltrato escolar recibido como resultado de mi boca descontrolada, me había permitido entrar en tercer año, a pesar de que mis calificaciones estaban lejos de ser excelentes. No podía explicarles todo eso a los chicos, así que fui muy vaga al mencionar la razón por la cual me hallaba ahí. Sin embargo, sí admití que no era una experta. Como Uriel había visitado a menudo la universidad, se ocupó de llenar los baches de mis conocimientos.

Cuando la conversación viró hacia el críquet, yo me desconecté y, unos segundos después, Uriel me dio un codazo.

–Misty, ¿puedo preguntarte algo?

Coloqué ketchup a la hamburguesa y presioné la tapa del pan.

–Por supuesto.

–¿Qué pasa entre tú y Alex? ¿Hay algo más entre ustedes que Tarryn y yo no sabemos? La incomodidad que demuestra ante ti parece un poco exagerada tan solo por haber perdido un partido de ping-pong.

–Tienes razón –comí un bocado y pensé cómo contestarle–. Creo que soy yo. O, mejor dicho, él y yo. A Alex no le agrada la persona en que se convierte cuando está cerca de mí –no lo había comprendido hasta que lo puse en palabras, pero pensé que ahora sí entendía lo que había estado sucediendo.

–¿Sus dones chocan? –Uriel comprendió mi razonamiento de inmediato.

–Piénsalo: él siempre es encantador pero, dentro de mi zona, yo lo vuelvo grosero y un poco duro. Me odia. Creo que siente como si perdiera el control.

Uriel se frotó la barbilla y emitió ese crujido que solo los hombres hacen cuando frota la incipiente barba.

–Entiendo que eso debe conmocionarlo. Se lo contaré a Tarryn, pues ha estado muy preocupada por él. Me dijo que había estado muy caído en las últimas semanas.

*Desde que me conoció.*

–Le preocupaba el hecho de que hubiera cometido un error al adelantarlo un año en el colegio, pero Alex es excepcionalmente inteligente.

–¿Le contaste a Alex cuál es mi don?

Uriel arrugó el entrecejo tratando de hacer memoria.

–No, creo que no salió el tema.

–Tal vez se sentiría mejor consigo mismo si le explicaras que yo tengo la culpa –pensándolo bien, no me agradaba la idea de ofrecerme para cargar con la culpa–. Pero quizá sea bueno para él quedar expuesto ante mí. Le recuerda que es imperfecto, como todos los demás.

Uriel no compartió mi entusiasmo ante la idea de poner a Alex en su lugar.

–No creo que le haga bien que alguien debilite su confianza –echó un vistazo hacia el lugar donde se hallaba Alex haciéndole una corona de servilletas a Willow. Las pequeñas estaban enloquecidas con él. Era tan adorable. A cierta distancia, me agradaba; la proximidad era lo que causaba problemas.

Uriel apartó su plato vacío y habló en voz baja.

–¿Sabes? Él no tiene a nadie en el mundo, salvo Tarryn y la gente del colegio. Quizá te ayude a entender su forma de ser.

Apoyé mi hamburguesa vegetariana algo marchita en el plato.

–¿Qué quieres decir? ¿Es huérfano?

Uriel sacudió la cabeza en forma negativa.

–Eso habría sido más fácil. Sus padres lo abandonaron cuando su don se hizo evidente. Ellos no son savants y tenían fuertes prejuicios contra nosotros. Pensaban que tenía que tratarse de brujería o magia negra. Los enloqueció ver que tenían un hijo capaz de mover los juguetes con la mente. Intentaron quitárselo a golpes y, cuando eso falló, lo echaron de la casa.

–Pero no se puede echar a un hijo solo por ser diferente, ¿verdad? Tiene que haber leyes que lo impidan.

–Uno pensaría que sí, pero el resto de su familia abandonó el país y la última vez que se supo de ellos estaban en Argentina. Se fugaron. Le dijeron a Alex (que tenía tres años en ese momento) que estaban escapando del demonio. Se referían a él.

–Dios mío –me froté el pecho al sentir la dura verdad de las palabras de Uriel resonando en mi corazón–. Solo tres años. Sí, claro, ahora que sé esto, seré más amable con él.

–Gracias. Tal vez no debería habértelo contado, pero como irá a Cambridge, pensé que era mejor informarte sobre ciertas cuestiones. Tarryn quiere fortalecer su confianza y no debilitarla. Intenta no demostrarle que lo sabes.

–Uriel, yo no puedo mentir.

–Cierto. Lo olvidé –se pasó la mano por el pelo con irritación–. No saques el tema. No puedes imaginarte lo sensible que es con respecto a eso.

–Sí, me imagino.

Alex colocó la corona terminada en la cabeza de Willow y se volvió para

hacerle otra a Hazel. Ahora podía entender por qué había declarado desconocer por completo las cuestiones familiares, pero, a pesar de eso, estaba entreteniéndola a las niñas a las mil maravillas. Tenía más habilidades de las que él mismo creía. Cuando llegara el momento apropiado, se lo diría.

En ese momento, sonó el teléfono de Uriel.

–Lo siento. Debería haberlo apagado –comentó y leyó el mensaje. El ánimo de Uriel se ensombreció notablemente.

Sentada entre Milo y Opal, Tarryn levantó la vista, alerta ante cualquier cosa que trastornara a su alma gemela.

–Uri, ¿qué sucede?

–¿Malas noticias? –pregunté mientras mi mente pensaba velozmente en mi familia y en mis amigos.

–Sí –Uriel se levantó–. Pero es una cuestión de trabajo –me tocó el hombro–. Nada de qué preocuparse. Disfruten de la fiesta. Voy a hablar afuera.

Uriel se dirigió al punto de observación. Tarryn se disculpó y salió corriendo tras él.

–¿Trabajo? –inquirió Hugo–. Pensé que era un académico.

–Los académicos también trabajan, viejo –comentó Phil, arrastrando las palabras mientras comía su última papa frita.

–Uriel realiza investigaciones forenses para las autoridades de Estados Unidos –expliqué recordando la conversación del avión y los asesinatos que estaba investigando para el FBI. Pensé que podía contar eso sin quebrar la confidencialidad.

–¿Eso implica que alguien murió? –preguntó Phil con tono más entusiasta que alterado. Con ese entusiasmo morboso, podría llegar a ser un buen patólogo.

–Probablemente, pero no creo que quiera hablar del tema –advertí.

–¿Quién quiere postre? –preguntó el tío Milo cambiando el ambiente lúgubre por uno más alegre. Entre los miembros más pequeños del grupo, varias manos se levantaron.

–Gran idea. ¿Qué hay? –tomé el menú que extendía la camarera. Mi elección era obvia–: Volcán de Chocolate de Pingüinos, por favor.

En el otro extremo de la mesa, Brand lanzó su impresionante grito de pingüino que sonó como un coche con poca batería intentando arrancar. Luego golpeó una cuchara contra la mesita de su silla alta y todo el restaurante quedó en silencio.

–Ups –murmuré–. Recordatorio: no mencionar a los pingüinos.

Alex pegó un salto y colocó la mamadera en la boca de Brand para apagar el sonido.

–Algo se le atoró en la garganta –mintió rápidamente.

Justo en ese momento, Brand emitió un sonido como si fuera un gato con una bola peluda. Opal se acercó deprisa para palmearle la espalda pero, por el brillo en los ojos del niño, no era más que otra actuación. Mi tía susurró las gracias a Alex, quien lanzó una sonrisa cautivante como respuesta.

Le concedí un punto a favor por su rápida reacción, aun cuando su mentira me hizo doler la garganta.

No cabía la menor duda: Alex y yo estábamos mucho mejor viviendo en distintos continentes.

Como si hubiera oído mis pensamientos, sus ojos se encontraron con los míos a través de la larga mesa, una descarga eléctrica de fuego azul. Sentí un hormigueo en los huesos como consecuencia de mi mentira. Aparentemente, había más dudas dentro de mi mente de lo que estaba dispuesta a admitir.



## CAPÍTULO 7

*Cornwall, Inglaterra.*

**A**ngel y Summer ya estaban esperándome frente a la Hostería del Contrabandista. Descendí del minibús, arrojé el bolso al piso y nos fundimos en un abrazo grupal.

–Hola chicas, ¡qué alegría verlas! –las estudié de arriba abajo para ver si habían cambiado desde la última vez que nos habíamos visto para Pascua–. ¡Summer, estás divina!

Y realmente lo estaba. ¿Acaso se había rebajado su cabellera negra? Los mechones de adelante parecían más cortos y se enroscaban en ondas sobre el pecho en vez de caer por la espalda con el resto de la melena.

Summer se pasó el dorso de la mano por la frente con exagerado alivio.

–¡Menos mal! No estaba segura de lo que dirías. La última vez, hiciste polvo la seguridad que sentía cuando me ponía mis jeans blancos.

–¿Y qué te parezco yo? –preguntó Angel dándome un codazo en las costillas–. ¿Acaso no me veo hermosa?

–Angel, estás igual que siempre –dije sonriendo.

–Bah. Lo tomaré como un elogio.

–Lo es –siempre le envidié a Angel el pelo lacio y dorado; ella me contó que me envidiaba los rizos. Las dos gastábamos fortunas en productos para el pelo tratando de lucir como la otra. Los únicos felices con ese resultado eran los productores de lociones y pociones. Moraleja: debería dejar de preocuparme por el pelo e invertir en la industria cosmética.

–Tierra llamando a Misty –Summer estaba acostumbrada a que me perdiera en mis pensamientos.

–Ah, lo siento. Estaba planeando cómo voy a ganar mi primer millón –tomé mi bolso. Los demás savants que habían venido conmigo en el autobús ya se encontraban dentro de la hostería. El sitio del campamento en la Ensenada del Contrabandista parecía más un pequeño valle arbolado que una entrada del mar. Las cabañas estaban desperdigadas entre los abedules plateados–. ¿Veredicto?

–No está mal –dijo Angel conduciéndome hacia el interior–. Compartiremos una cabaña. Se suponía que habría una cuarta chica, pero comentaron algo de que no iba a venir.

–Es una pena, pero también es divertido que estemos las tres solas –apoyé el bolso junto al escritorio y firmé. Comparada con las demás firmas impecables, la mía era un enorme garabato redondeado.

–De haber sido cuatro, nos habríamos parecido más a las novelas de la colección de aventuras de Los Cinco –comentó Summer–. ¿Creen que pensaron en eso cuando eligieron el nombre para este lugar?

–No –respondió Angel–. Es el verdadero nombre de la ensenada. Me fijé en un mapa.

–Impresionante. ¿Entonces, estamos cerca del mar? –pregunté.

–No se puede ver desde acá, pero no está lejos. Hay que atravesar esos árboles y luego descender por un sendero empinado.

El sol brillaba; la primera actividad comenzaba recién a las cuatro; mis dos mejores amigas estaban conmigo, y mi traje de baño, en el bolso...

–Después de que arroje mis cosas en la cabaña, ¿quieren ir a nadar?

–Creo que la respuesta es obvia –dijo Angel.

Las ensenadas eran lo mejor que tenían las playitas de Cornwall: una pequeña cala de arena blanca, llena de rocas fabulosas para trepar o utilizar de plataforma para saltar al mar, una franja reparada de agua fría pero azul. Como la marea estaba subiendo, tuvimos que dejar las toallas y los zapatos lejos de la orilla. Tomadas de las manos, nos preparamos para nuestro rito anual.

–A la cuenta de tres. Sin vacilar, desviarse ni arrepentirse –anunció Angel.

–Uno. Dos. ¡Tres! –contó Summer.

Gritando mientras corríamos por la playa, entramos directamente al agua tiritando de frío. La sanción por no entrar de golpe era ser arrojada al agua por

las dos restantes, lo cual era un gran incentivo para no acobardarse.

–¡No siento las piernas! –chilló Angel.

–Tienes suerte. Yo las siento y me están suplicando que salga –Summer se metió más adentro–. Ahora la cintura. ¡Aaayyyy!

–¡Una vez que el agua te cubre los hombros, ya no es tan terrible! –grité como siempre lo hacía. Luego me lancé al agua dando fuertes brazadas para hacer circular la sangre. Mis amigas venían detrás. Nadamos alrededor de una roca que estaba sumergida por la mitad. Para cuando volvimos a quedar frente a la orilla, todas estábamos aclimatadas a la temperatura. Me quedé flotando y disfrutando del balanceo de las olas.

–Es mucho mejor que nadar en una piscina –suspiró Angel.

–Totalmente –sonreí mientras mi amiga jugaba con las gotas que corrían por sus dedos, haciéndolas girar bajo los rayos del sol–. Desde el año pasado que no me bañaba en el mar.

–Pero yo pensé que habías ido a la playa en Sudáfrica. Vimos las fotografías –agregó con una sonrisita traviesa.

–Angel, no sé si lo notaste pero, en el otro extremo del mundo, es invierno. Hacía demasiado frío. Me metí en la piscina de mis tíos porque está climatizada con energía solar.

–¿Y nuestro galán se metió contigo?

Mis dos amigas se habían apresurado a poner “me gusta” en mis publicaciones de Alex.

–Las cosas no fueron como se imaginan –floté de espaldas mientras disfrutaba del cosquilleo de mi pelo que ondeaba a mi alrededor. Alex: ojos azules, sonrisa cautivante, remolinos de pelo castaño, voz profunda y penetrante...

Una ola humana me salpicó.

–¿Por qué no? –preguntó Angel–. Yo estaba esperando que regresaras con historias románticas para matar el tiempo alrededor de las fogatas nocturnas.

Me mantuve a flote mientras me sacudía las gotas de la cara.

–Me vengaré por eso.

–Por supuesto –Angel no esperaría otra cosa de mí–. Pero primero cuéntame cómo pudiste rechazar a un tipo como ese. Mientras tomabas la foto, te miraba con tanta, *uuh, hambre* –se estremeció.

–Lamentablemente, se las arregla para proyectar ese salvaje *sex-appeal* a todo el mundo. Es tan natural para él como respirar. No nos llevamos bien. Nuestros dones chocaron –fruncí el ceño–. O más exactamente, el mío anulaba al de él. No fue una buena combinación.

–¿En serio? –eso despertó el interés de Summer–. ¿Es un savant? ¿Te fijaste en la fecha de nacimiento?

Comencé a nadar hacia la orilla. Si me iban a interrogar acerca de mi

incómoda relación con Alex, prefería hacerlo con arena bajo los pies.

–¿Por qué? ¿Estás diciendo que el choque es una señal prometedora? No lo creo. Además, está un año más arriba que yo, de modo que debe ser demasiado grande para mí. Mi cumpleaños es el treinta de diciembre. Debe haber un lapso mayor que las dos semanas anteriores o posteriores normalmente aceptadas para potenciales parejas.

Salí del agua y me envolví en la toalla. Múltiples granos de arena cubrían mis pies como si fueran pantuflas. Angel y Summer se unieron a mí en la orilla. Summer había traído una robe de algodón con dibujos de mariposas, de modo que no estaba congelándose como Angel y yo. Era muy buena para hacer planes por anticipado.

–Solo digo que no deberías descartarlo. Como señalaste, allá es invierno. Sus años escolares son diferentes a los de acá. Es probable que no sea tan grande como crees –Summer se retorció el pelo.

*Dios mío.*

–Tienes razón. A veces, soy dura como un ladrillo –repentinamente, me pareció de suma importancia mandarle un mensaje a Tarryn y preguntarle–. ¿Volvemos y nos duchamos? –arrastré mis sandalias más cerca con un movimiento de telequinesis.

–Claro. ¡La que llega antes se baña primero! –Angel ya estaba corriendo hacia la cabaña mientras gritaba.

Sabiendo que la carrera estaba perdida, Summer y yo regresamos caminando despacio.

–¿Podrías recordarme por qué sus padres le pusieron ese nombre? –preguntó Summer.

–Imagino que ninguno de los dos tenía el don de la premonición –respondí.



Cuando llegamos a la sala de juegos de la hostería, donde se realizaría la sesión informativa del campamento, descubrimos que muchos de nuestros antiguos amigos habían llegado durante la tarde. El núcleo central del campamento juvenil inglés de savants estaba formado por adolescentes entre trece y dieciocho años; la mayoría éramos miembros habituales y ya habíamos revisado el tema de los cumpleaños, de modo que sabíamos que, a menos que se uniera alguna persona nueva, todos estábamos destinados a ser simplemente amigos y no almas gemelas. La consecuencia era que podíamos relajarnos y disfrutar de la compañía del resto del grupo. Era genial estar con otros chicos de nuestra edad que comprendieran las dificultades de vivir con un don. Podíamos volver a analizar nuestros triunfos y fracasos del año y

esperar un público comprensivo. Mis relatos de los últimos doce meses solían tener gran demanda, ya que mi vida era una broma de larga data para la mayoría. Yo estaba más o menos de acuerdo con eso pero, debajo de ese aparente humor, la situación no me parecía tan divertida. Me preocupaba no poder controlar mi don. A juzgar por mi experiencia en Sudáfrica, estaba empeorando en vez de mejorar. Traté de consolarme pensando que, al menos, cuando perdía el control, no desataba incendios como Yves, el hermano de Xav.

Eché una mirada por la habitación, disfrutando del placer de saber que pasaría una semana entera con viejos amigos. Me pareció que faltaban un par de chicos y también había algunas caras nuevas. Era raro pensar que mi hermana Gale se uniría al grupo el año próximo; ese era el último año en que sería la única Devon del campamento.

En ese instante, Paul Hampton, el organizador de las actividades de Savants Juveniles de Inglaterra, entró en el salón.

–Hola, chicos. Es genial verlos acá nuevamente para otra dosis de campamento. Además de la diversión y de los juegos acostumbrados, tengo algunas ideas nuevas que vamos a probar esta semana, tomadas de los comentarios que nos hicieron el año pasado –Paul se sentó en el borde de la mesa de billar inglés y esperó a que nos acomodáramos alrededor de él en las sillas, en las mesas y en el piso. Tenía poco menos de treinta años y, si bien no era especialmente apuesto, tenía un brillo en los ojos que hacía que uno lo mirara dos veces–. Este año, Lara vino a ayudarme con las chicas, así que no le hagan la tarea difícil, ¿puede ser? –agitó la mano hacia una joven, que reconocí como una antigua alumna del campamento de algunos años atrás. Con una melena afro de color negro, piel oscura increíble y enormes ojos cafés, Lara tenía una apariencia impactante–. No quiero que la espanten como hicieron con mi última ayudante.

Reímos ante la sugerencia de que habíamos ahuyentado a su antigua asistente. Elise era una danesa aterradora, que nos había torturado con inspecciones a las habitaciones realizadas sin previo aviso. Afortunadamente, había encontrado a su alma gemela en la India y, según Summer, ahora estaba aterrorizando a los jóvenes del campamento de Goa.

Paul y Lara repartieron los folletos del campamento. Le eché un vistazo al mío y reconocí la mayoría de las actividades al aire libre de los años anteriores. Tomé nota mentalmente de elegir *bodyboard*. Los horarios de la mañana, sin embargo, estaban todos ocupados por algo llamado Desarrollo Personal.

Finn, un savant de Manchester, hizo la pregunta que todos queríamos formular.

–Hey, Paul, ¿qué pasa con los horarios de la mañana?

–Ese es el gran cambio de este año. Al final del último campamento, algunos

expresaron interés en aprender aquello que estuviera relacionado con sus dones. Tradicionalmente, dejábamos que ustedes los descubrieran por sí mismos, pero en los últimos meses ha habido varios incidentes que nos obligaron a reconsiderar la cuestión. Creemos que puede resultarles útil recibir orientación de savants más experimentados.

Sentí que el rubor trepaba por mis mejillas. El año anterior, había escrito en mi formulario que me gustaría recibir ayuda para controlar mi don (me había sentido particularmente molesta por haber tenido que abandonar mi última escuela debido al hostigamiento de algunos compañeros). Debí haber adivinado que no realizaría ningún tipo de progreso durante el año que había pasado. Pero como no quería que me culparan por arruinar con trabajo la diversión del campamento, me quedé callada.

–¿Quieres decir que tendremos que hacer ejercicios o algo parecido? ¿Acaso eso no sería como estar en la escuela? –Finn arrugó la nariz.

Paul le lanzó una amplia sonrisa.

–Les prometo que será divertido. Sus tutores saben que están de vacaciones y les hemos pedido que piensen formas de enseñar que les resulten atractivas.

–No lo puedo creer, viejo.

–Finn –la sonrisa de Paul se desvaneció–. Por favor, al menos inténtalo. Y ahora, mientras estamos tratando temas más serios, hay algo que deben saber. Esta noche, tenemos a dos invitados especiales que nos van a explicar algo. Algunos de ustedes ya los conocen, pero están acá por una trágica razón, así que por favor escuchen atentamente lo que van a decir. Lara, ¿puedes decirles que pasen?

Lara asomó la cabeza por la puerta y luego entró Uriel, seguido de su hermano Victor. Al pasar delante de mí, se detuvo y me dio un rápido abrazo.

–Lo siento, Misty, no pude enviarte un mensaje de texto para avisarte que venía. En un instante entenderás por qué –y se reunió en el frente con su hermano mientras Paul continuaba hablando.

–Nuestros dos invitados son Uriel y Victor Benedict. Todos conocen a Misty –un rumor afirmativo recorrió la sala–. Bueno, dos tías de Misty son almas gemelas de dos hermanos Benedict. ¿Cuántos son en total? –preguntó Paul a Victor, tratando de mantener un tono relajado, aunque yo sabía que con el agente del FBI en la habitación, nos adentrábamos en territorio oscuro.

–Siete –respondió. El halcón de los Benedict, Victor tenía rasgos más afilados que los de Uriel. Sus ojos eran especialmente intensos: el iris de color gris estaba rodeado de un anillo más oscuro. Llevaba su cabello oscuro bastante largo, pero peinado hacia atrás con fijador, de una forma que combinaba con su aire de implacable control. Aunque me resultaba fascinante, pensé que sería mejor no llamar su atención en las reuniones familiares. Con mi conciencia rápida para asumir culpas, me hacía sentir como si estuviera a

punto de cometer un delito, o como si ya lo hubiera hecho y estuviera a punto de arrestarme. Si Victor tuviera mi don, estoy segura de que nunca se le escaparía uno solo de los palillos chinos.

Cuando observó al grupo con su mirada intensa, sentí que hasta el más rebelde decidió comportarse lo mejor posible.

–Lamento interrumpir sus vacaciones, pero vinimos para brindarles instrucciones de seguridad.

*¿Instrucciones de seguridad?* Eso sí que era algo nuevo. Intercambié una mirada con Angel y Summer. Ellas esperaban que yo supiera algo.

*No tengo la menor idea*, admití telepáticamente.

–Es probable que hayan notado que varios de sus compañeros no nos acompañarán esta semana –explicó Paul.

Tomé lista velozmente dentro de mi cabeza: faltaba Joey Marston y Ellie Fisher, y Callum MacDonald no estaba sentado con Finn como solía hacerlo.

–No vinieron porque se ha desatado una alarma dentro de la comunidad savant por la seguridad de los miembros más jóvenes –relató Paul–. Algunos padres decidieron no dejar salir a los chicos de sus casas.

Dentro de mi mente, brotó la imagen del mapa que Uriel me había mostrado. Como había entrevisto que los asesinatos no habían ocurrido en Gran Bretaña, no había sentido que estuviera en peligro.

–Hace dos semanas, secuestraron a Mia Gordon, una londinense identificada recientemente como savant –dijo Victor, confirmando mi peor temor–. Debería haber estado con ustedes aquí escuchando estas instrucciones... Solo tenía dieciséis años y estaba por asistir a su primer campamento.

*Ese era el nombre de la chica que debería haber estado en nuestra cabaña*, Summer nos explicó a Angel y a mí.

–Su don era encontrar tesoros –Victor flexionó los dedos, la única señal de que estaba enojado por lo que estaba diciendo, aunque mantuviera una expresión impassible.

*¿Era?* Dios mío.

–Apareció muerta la semana pasada en el Támesis. Llegamos a la conclusión de que es la última víctima de un asesino que se mueve alrededor del mundo buscando exclusivamente savants jóvenes. Tenemos informes de que hasta ahora se ha cobrado trece víctimas: una aquí; cinco en América; dos en Australia; dos en Nueva Zelanda; tres en Europa continental, en Alemania, Dinamarca y Francia. Es por eso que estamos aquí. Estoy dando instrucciones en todos los campamentos juveniles del mundo para advertirles que estén en guardia. Esta persona matará nuevamente, a menos que lo encontremos antes.

Esas palabras fueron seguidas de un silencio espeluznante. ¿Cómo

deberíamos reaccionar cuando habían asesinado a una de las personas que debería estar sentada entre nosotros? La muerte siempre había parecido algo remoto –un problema para el futuro–, pero ahora había irrumpido en la sala de forma aterradora.

–Lamentamos mucho traerles estas malas noticias, pero también es la razón por la cual, este año, incluimos las clases de la mañana –Paul retomó donde Victor había dejado–. Queremos que estén seguros. El asesino elige personas que no hayan dominado su don. La criminóloga del FBI que investiga los homicidios en los Estados Unidos piensa que esto se debe a que le resultan más fáciles de dominar, pues el asesino es básicamente un cobarde. Si pueden defenderse, los dejará en paz.

Victor levantó la mano y apuntó el dedo para resultar más enfático.

–Con esto no queremos sugerir que se pueda culpar a las víctimas por lo que les pasó. Nuestra intención es reducir la probabilidad de que los elijan como blancos. Lamentablemente, una persona de esta naturaleza siempre encontrará a alguien a quien pueda dominar. ¿Quieren hacer alguna pregunta?

Millones. Levanté la mano con mi brazo tembloroso.

–¿Misty?

–¿Saben algo acerca del asesino? ¿Qué aspecto tiene?

–Asesino o asesina –me corrigió Victor–. Sabemos muy poco. La criminóloga piensa que es más factible que sea hombre y considera que debe tener entre treinta y cincuenta años, de modo que no está en esta sala. Uriel, ¿puedes explicar qué más sabemos?

Uriel se levantó de la mesa de billar en donde estaba apoyado.

–Algunos de ustedes saben que mi especialidad es la ciencia forense. También tengo un don para llevar a la gente y a las cosas de regreso al pasado. Funciona mejor con seres vivos, pero puedo extraer algunas impresiones de los cadáveres. Lo más extraño de todos estos asesinatos es que no hay rastros del asesino ni de cómo actúa. La última víctima estaba muerta antes de que su cuerpo fuera arrojado al río pero, según los resultados, parecería como si su vida se hubiera interrumpido espontáneamente.

–¿De modo que no saben nada? –preguntó Finn con tono agresivo porque él, como todos nosotros, estaba asustado.

–Yo no dije eso. La ausencia de pruebas es una pista. Podemos concluir que el asesino es uno de nosotros, un savant, y su don es justamente ese: borrar cualquier indicio de su presencia, ya sea físico o detectable por savants. También podemos inferir que la forma de asesinar es parte de ese don. Podríamos decir que es una interrupción de la vida.

–Diablos –murmuró Angel frotándose los brazos–. Eso es realmente espeluznante.

–Lo es –concordó Uriel–. Hay un equipo que trabaja duro para rastrear a este sujeto, pero estamos decididos a evitar que se produzca otra muerte. Además de aprender a manejar sus dones, también recibirán algunas medidas básicas de seguridad personal y de cómo dar la señal de alarma si se encuentran en una situación donde tienen razones para sospechar de alguna persona.

–Quiero destacar –dijo Victor– que ninguna de las víctimas pudo enviar un pedido de auxilio antes de que la asesinaran. Eso significa que el atacante es capaz de bloquear el uso de telepatía o que las víctimas fueron al encuentro de la muerte sin sospechar del asesino.

Paul volvió a tomar la palabra.

–Lamento que tengamos que tender una nube negra sobre el inicio del campamento, pero estoy seguro de que pueden entender que es muy importante lo que está en juego. Por favor, aprendan todo lo que puedan esta semana y asegúrense de ponerlo en práctica cuando regresen a sus rutinas habituales.

–Durante los dos primeros días, yo estaré aquí para supervisar pequeños grupos en el entrenamiento de defensa mental –explicó Victor–. Mañana llegarán otros voluntarios de la Red Savant para ayudarlos con sus dones.

Summer alzó la mano.

–¿Sí? –la expresión de Victor se iluminó con interés mientras su mirada se posaba en mi amiga–. ¿Summer, verdad?

Ella le sonrió con nerviosismo.

–¿Cómo lo supo?

–Tienes un don similar al mío, por lo tanto trabajaré contigo en forma individual.

–Ah, mmm, genial –noté que Summer se sentía alarmada ante la noticia. Deseé poder decirle que Victor ladraba pero no mordía, pero no podía mentir. Según su reputación, era más de morder que de ladrar. Había cientos de delincuentes y criminales detrás de las rejas que no lo habían visto venir hasta que él los atrapó: piensen en la imagen del nadador dentro del agua y *Tiburón*.

–¿Querías preguntar algo?

–Sí –Summer recuperó algo de su aplomo habitual–. Dijeron que el asesino era uno de los nuestros.

–Correcto.

–¿Cómo hacemos para saber si podemos confiar en las personas con las cuales entrenaremos esta semana?

Victor sonrió e hizo un gesto de aprobación.

–Buena pregunta. No pueden estar totalmente seguros –Victor no era de los que ofrecían falso consuelo–. Convoqué a personas en las que sé que puedo confiar. Por lo tanto, si pueden confiar en mí, yo respondo por ellos.

–Entonces, ¿podemos estar seguros? –presionó Summer.

–Apostaría mi vida que sí ya que estoy emparentado con la mitad de ellos. Cuatro de mis hermanos y tres de sus almas gemelas pasarán la semana aquí. Si tienen dudas sobre ellos, Misty también los conoce. Acaban de terminar de trabajar en el campamento de verano de California, de modo que llegarán mañana por la mañana.

–Guau, los fabulosos hermanos Benedict vienen hacia aquí –me susurró Angel mientras se daba palmaditas en el corazón. Le había hablado acerca de las nuevas parejas de mis tías y mostrado las fotos de la boda en Venecia.

–¿Quiénes vienen? –pregunté.

Uriel continuó con las instrucciones.

–Tú tía Diamond y Trace van a conducir el equipo –se volvió para dirigirse a todo el grupo–. La tía de Misty es experta en resolución de conflictos; Trace, mi hermano mayor, es policía pero también rastreador. Con ellos también viene Will: él percibe el peligro y dará las sesiones informativas con Vick. Los miembros más jóvenes del equipo son Yves, Phoenix, Sky y Zed.

*Phoenix y Sky les encantarán*, les dije a mis amigas. *Son muy divertidas.*

–Todos tienen dones distintos, pero tanto Sky como Phoenix tienen experiencia en estar atrapadas por savants más fuertes, así que podrán darles consejos de supervivencia. Por supuesto que nosotros esperamos que no tengan que utilizarlos. Sin embargo, como nuestro asesino suele atacar más de una vez en el mismo país y a pocas semanas de haber liquidado a su última víctima, la muerte de Mia implica que ahora Gran Bretaña es nuestra prioridad.

Un escalofrío me recorrió la espalda; un extraño presentimiento de que alguno de los que estaba en esa sala sería la siguiente víctima.

–¿Todos entendieron lo que está sucediendo? –preguntó Paul–. ¡Ahora, el momento de la verdad! Por favor, Lara, reparte las hojas que dicen quién trabajará con quién.

Angel lanzó un chillido al recibir la suya.

–Guau, me tocó Yves.

–Es mejor que Phoenix no te escuche decirlo en ese tono –bromeé débilmente, esforzándome por apartar el presentimiento.

–Sé que están comprometidos, pero ¡Dios mío! –fingió desmayarse.

–Imagino que ellos creerán que tu habilidad para manipular agua está relacionada con el don de Yves para controlar la energía.

–No me importa lo que crean; solo me interesa el resultado –me lanzó una sonrisa descarada.

Al leer el papel, vi que me había tocado Zed. No se me ocurría cómo mi don de la verdad podía parecerse a sus habilidades: como séptimo hijo de una madre también séptima hija, Zed tenía algo de cada uno de los dones de sus

hermanos, además del suyo, para la premonición. Para decirlo francamente, él era el mago y yo solo sabía hacer un truco.

*¿Por qué me asignaron a Zed?*, le pregunté a Uriel con telepatía para no disparar una catarata de pedidos de explicación de todos mis compañeros.

*Porque él es el encargado de controlar los aportes de todos cuando combinamos nuestros dones. Victor piensa que se parece un poco a tu dominio de la verdad: la información sensorial es tanta que se te escapa.*

Asentí satisfecha. Zed era un poco aterrador, pero yo sabía que la forma de neutralizarlo era poner a Sky de mi lado y, por suerte, ella y yo éramos amigas. *Gracias.*

–Muy bien, si ya todos tienen sus bolsos –dijo Paul–, les sugiero que los dejen en las cabañas y vuelvan para cenar. No vamos a permitir que este sujeto malévolo les arruine las vacaciones, así que hagámoslo a un lado por el momento. Mañana comenzaremos con las clases de protección.



A pesar de que refunfuñamos por el “trabajo” recibido, lo hicimos más bien para llamar la atención, pues todos apoyábamos las nuevas actividades. Habíamos experimentado el escalofrío producido por el miedo. En realidad, los ejercicios matinales resultaron ser la mejor parte del campamento. De poco más de veinte años, Will, el hermano del medio de los Benedict, tenía el rostro cuadrado y los hombros anchos que decían, según mi opinión, que era una persona confiable. También poseía un dulce sentido del humor e impresionaba a todos como un chico más amable que sus intimidantes hermanos. Todos resultamos levemente sorprendidos al descubrir que él dirigía las sesiones de seguridad personal mientras Victor se mantenía en un segundo plano. El agente del FBI solamente se ubicaba en el frente cuando tenía que hacer de malo, en las situaciones hipotéticas creadas por Will. Era una estrategia astuta porque implicaba que Victor se mantenía distante de nosotros y sus fingidos ataques eran casi tan aterradores como debían ser los verdaderos, o al menos eso fue lo que imaginé.

–Vamos, Misty, construye un muro contra él –instó Will cuando mi quinto intento de rechazar la invasión de la mente de Victor se deshacía como una barra de chocolate con cereal.

Frustrada, me pasé las manos por el pelo y apreté las raíces mientras Angel y Summer me observaban con paciencia. Ambas habían dominado esa capacidad especial en el primer intento.

–De acuerdo, Victor, no me tengas lástima –cerré los ojos con fuerza y arrojé todo contra la invasión de su mente. Por un instante, pensé que lo había

logrado, pero luego él proyectó una imagen de sí mismo comiendo la citada barra de chocolate, tumbado en una reposera.

Abrí los ojos y bajé la mirada hacia los pies. Al menos las uñas lucían bonitas con el esmalte color blanco rosado; era el resto de mí lo que era un desastre.

–¿Qué tal le fue? –preguntó Will.

Victor sacudió la cabeza negativamente.

–Le presenté tanta resistencia como una toallita de papel húmeda –admití.

–Es raro –Victor me dio una leve palmada en el hombro mientras caminaba hacia el frente para colocarse junto a Will, en nuestra pequeña aula, en una de las cabañas. Creo que quiso ser una especie de consuelo, pero con él nunca estaba segura. También podía haber sido un gesto que decía: “Arréstenla”–. Nunca me había encontrado antes con una mente como la de ella. Está completamente desguarnecida. Eso me hace cuestionarme si no estaremos pidiéndole que haga algo que su don no le permite.

–¿Quieres decir que podría no ser mi culpa? –levanté la vista.

–Nunca dije que fuera tu culpa –Victor se frotó el costado de la barbilla mientras repasaba lo que sabía acerca de mi don. Me miraba como si yo fuera un problema a resolver–. Todos podemos ver que estás intentándolo, pero imagino que, para tu subconsciente, levantar una pared representaría una mentira... un engaño, una distracción y no una verdadera pared.

–Genial. ¿Así que mi cerebro, que no acepta nada más que la verdad, ni siquiera flexibiliza las reglas para protegerse a sí mismo?

–Así es como yo interpreto la situación.

–¿Entonces, estoy perdida si alguien se mete conmigo?

–Eso no lo sé. Las características de los savants no son reglas generales. Es simplemente una cuestión de adaptar tus fortalezas para encontrar una nueva manera de defender tus límites.

–¿Y mis fortalezas serían...?

–Dímelo tú.

–Soy buena jugando al ping-pong –sugerí.

Will rio.

–No creo que eso fuera lo que mi hermano tenía en mente, Misty. Se refiere a tu don.

–Supongo que puedo reconocer a un mentiroso. Y, si pierdo el control de mi don, la gente no puede mentir cerca de mí –era una lista muy breve.

–Entonces, tu mejor defensa es revelar las malas intenciones de alguien antes de que puedan llegar a ti: levantar la barrera más afuera, en la zona de la verdad donde eres la reina –los ojos oscuros de Will brillaron divertidos. Proyectó una pequeña imagen telepática muy cómica, en la que yo llevaba una tiara y caminaba por encima de los villanos como si fuera una coreografía de Lady Gaga.

–Gracias, me agrada... lo de ser una reina –sin embargo, los problemas eran obvios–. Pero si voy por la vida con mi campo de fuerza de la verdad activo, ¿no molestaría a un montón de personas inocentes?

–Esa es una decisión personal que tendrás que tomar tú sola –dijo Victor, que nunca suavizaba la verdad ni pensaba que éramos demasiado jóvenes para conocer todos los detalles; yo lo admiraba por eso, aun cuando resultara inquietante–. Si sospechas de alguien, examina su mente a tu manera y revela sus motivos. Algunos sentimientos heridos son un precio que vale la pena pagar para evitar convertirte en el objetivo de un asesino.

–¿Pero cómo sabrá Misty a quién examinar? –Summer entrelazó sus dedos con los míos.

–Instinto –Will cruzó los brazos sobre el pecho y los bíceps quedaron atractivamente expuestos por las mangas cortas de su camiseta negra–. Mi don es percibir el peligro pero, en realidad, esa habilidad no es más que una versión mejorada de los instintos viscerales que todos tenemos para sobrevivir. Escucha lo que te dice tu intuición. Está ahí por una muy buena razón.

*Misty, presta atención y deja de mirar sus músculos*, me dije a mí misma.

–Sí, los pobres idiotas que no tenían ese instinto se cayeron del árbol evolutivo –comentó Angel.

Will le lanzó una sonrisa de aprobación.

–Tienes razón. Estoy seguro de que todos saben de qué estamos hablando: es uno de los sentidos primordiales que compartimos. Sígalo y no tendrán problemas.

*Pero cada generación produce algunos idiotas*, pensé tristemente. Con mis innumerables “momentos Misty”, siempre me consideré candidata a llevar ese título. Solo esperaba poder aferrarme a mi ramita.



## CAPÍTULO 8

**A**l regresar a la cabaña, encontré la respuesta a mi mensaje de texto a Tarryn.

*Debería haber chequeado antes. Lo siento, no se me ocurrió.*

No podía culparla por no haberlo pensado. Éramos una pareja tan improbable como un carpincho y un leopardo: podríamos vivir en la misma selva, pero eso era todo.

*¿FDN de Alex? 12 diciembre, mismo año de nacimiento. Eso lo pone justo fuera de tu alcance. ¿Hay probabilidades?*

Difícilmente, pero valió la pena preguntar. La mala noticia era que, ahora que sabía su fecha de nacimiento, también podía deducir que era una pareja potencial de por lo menos otras cinco chicas que conocía de la Red Savant, una de las cuales era Summer. Mi Dios. No quería contárselo, pero tenía que hacerlo. Me pareció que los dos encajaban muy bien. Summer, organizada y brillante; Alex, encantador y sofisticado. Los celos me convertían en un ser verdaderamente mezquino.

*Muy bien, Misty: reflota tu lado bueno y confiesa.*

–Hey, ¿Summer?

Mi amiga estaba sentada en una reposera fuera de la cabaña, leyendo una novela.

–¿Sí? –levantó la vista y se colocó las gafas de sol encima de la cabeza para que sostuvieran el cabello hacia atrás, como si fuera una estrella de cine en una playa del Mediterráneo.

–Ese chico, Alex...

Angel asomó la cabeza por la ventana del dormitorio. Estaba en medio de la aplicación de la mascarilla facial que Lara le había recomendado y se le estaba resquebrajando en mil pedazos.

–Es posible que sea tu alma gemela... ¡lo sabía!

–Eso no te queda nada bien, Angel. Como estaba diciendo, Summer, antes de ser interrumpida bruscamente por el Monstruo del Pantano aquí presente, de acuerdo con su fecha de nacimiento, sería una posibilidad por fuera de mis dos semanas. Su cumpleaños es el doce de diciembre. Así que, a menos que yo me hubiera retrasado y él se hubiera adelantado un poco...

–O tal vez fue un bebé prematuro. En la Red Savant, no prestamos mucha atención a ese tipo de cuestiones y, últimamente, hay muchísimos bebés prematuros –Angel estaba más entusiasmada que yo, pues había decidido que Alex era demasiado fabuloso como para dejarlo pasar–. Haz que le pregunte a sus padres.

–No es posible.

–¿Por qué? –Angel dio por terminada su mascarilla facial y comenzó a quitársela de la cara.

–Es complicado.

Mientras tanto, Summer había estado sacando cuentas.

–Mi cumpleaños es el primero de diciembre.

–Sí. Está más cerca de ti que de mí.

–Deberías preguntarle a tu tía Crystal –sugirió Angel.

–*Nada de almas gemelas antes de los dieciocho años* –recitamos Summer y yo a coro, ya que habíamos escuchado a Crystal mencionar el tema infinidad de veces.

–¡Vamos, esto es una emergencia!

Summer enarcó una ceja.

–¿Y qué es lo que transforma esto en una emergencia, Angel?

–Que me estoy muriendo de curiosidad.

–Tendrás que sobrevivir con un respirador artificial hasta noviembre, que es cuando Alex irá a Cambridge. Summer, si vas a visitarme un fin de semana, podrás conocerlo... y ver si sientes alguna vibración especial.

–¿Y tú? ¿No sentiste alguna vibración especial? –Angel solucionó el problema de estar con la mitad del cuerpo fuera de la cabaña trepando al

antepecho de la ventana y aterrizando junto a nosotras.

Hubo vibraciones especiales, pero habían sido tan extrañas como cuando alguien te tocaba una fibra sensible.

–No lo sé. Sentí algo, pero estaba mezclado con la incompatibilidad entre nuestros dones. Ni siquiera pensé en probar con telepatía.

–Es cierto que resulta demasiado personal cuando se trata de alguien a quien no conoces bien –Summer me comprendía sin que tuviera que dar explicaciones–. A mí me pasa lo mismo.

–Seamos sinceras, se supone que las almas gemelas deberían reforzar sus poderes mutuamente y no debilitarlos –recordé–. Y, Summer, tú y él son de la misma especie.

–¿Qué quieres decir? –Summer apoyó la novela sobre las rodillas.

Señalé la novela que estaba leyendo: *La dama de blanco*.

–Tú lees libros intelectuales... Libros viejos con millones de páginas.

–Wilkie Collins es de extenderse un poco en sus novelas –admitió con una sonrisa–. Pero sus libros se leen de un tirón.

–Creo que a Alex le agradaría mucho eso.

–No te desmerezcas: tú lees poesía y novelas.

–Sí, pero no del tipo de las que lees tú. A mí me gustan más las novelas para adolescentes y la literatura para chicas.

–No hables mal de la literatura para chicas. Son novelas sobre las relaciones amorosas que los editores desvalorizan con tapas cursis. ¿Sabías que las mujeres constituyen mucho más de la mitad del público que compra libros y que las escritoras son las que más publican? ¿Y qué es lo que hacen? Nos convierten en una minoría, ¡una subcategoría! –Summer acarició la tapa de la novela como si la consolara.

Mi amiga tiene un carácter usualmente tranquilo, pero esa cuestión lograba irritarla. Me di cuenta de que le resultaba más fácil hablar de eso que del delicado tema de Alex. Debió haber adivinado que él me gustaba más de lo que había admitido y estaba tratando de apuntalar mi seguridad para que sintiera que era suficientemente buena como para ser su pareja.

–Entendido. Yo leo novelas sobre *relaciones amorosas*. Gracias, Summer.

–Creo que deberíamos introducir un término nuevo para las historias de varones. ¿Qué les parece libros para tipos, sandeces para la testosterona, papilla para machos? –Angel nos miró para que eligiéramos.

Summer le echó una mirada de aprobación.

–Cualquiera va bien, son tan apropiados como literatura para chicas. Bueno, continúa, Misty. ¿Por qué piensas que yo podría ser su alma gemela y no tú?

Vacilé al recordar a Alex moviéndose entre la gente como si estuviera tocado por una varita mágica.

–¿Te acuerdas de esa parte del final de *Peter Pan*?

–¿Cuando Campanita rocía el barco con polvo mágico? –preguntó Angel–.  
Amo esa película.

–Sí. Alex es como ese barco... Está rociado con, no sé, llamémosle *Polvo Divino*.

–¿Polvo Caliente? –sugirió Angel.

–Eso suena como si fuera algo que brotara de una aspiradora que anda mal.  
No, quedémonos con Polvo Divino.

–¿Y eso qué tiene que ver conmigo? –preguntó Summer, con el entrecejo fruncido.

Le eché una mirada a Angel.

*No se da cuenta.*

*Eso la vuelve tolerable*, respondió Angel.

–Siento tener que darte la noticia, Summer, pero tú eres su equivalente femenino.

–Sí, estás cubierta de Polvo Divino.

Summer enrojeció y volvió a colocarse las gafas de sol sobre la nariz, ocultando sus ojos de un suave color jade.

–No sean tontas.

–Es verdad –dije. Mi afirmación dio por terminada la conversación, porque las dos sabían que hablaba en serio. Yo no hacía cumplidos.

–¿Entonces piensan que... tal vez... él y yo? –Summer se mostró dulcemente aturdida.

–Vale la pena averiguarlo –me encogí de hombros tratando de exhibir neutralidad.

–¿En qué fin de semana de noviembre estará en Cambridge, Misty? –Angel inclinó la cabeza de costado.

Le di las fechas.

–Muy bien. Allí estaré.

–Angel, ¿estás invitándote? –Summer se mordió una uña.

–¡Por supuesto! Existe la posibilidad de que una de ustedes consiga la pareja del siglo. No voy a perdermelo.

–¿Comprendes que las posibilidades son muy escasas? –preguntó Summer, pero noté que yo había desatado una serie muy agradable de pensamientos dentro de la mente de mi amiga. Predije que lo primero que haría Angel después de esa conversación sería volver a mirar mis fotos de Facebook.

–Escasas se casan –Angel chasqueó los dedos–. ¡Esto es grandioso!

*Summer y Alex.* ¡Ya me gusta cómo suena!

A mí no. Una parte de mí gritaba que era mi descubrimiento, mi posibilidad.

–Todavía podría ser de Misty –señaló Summer con sensatez.

*Adoro a mi amiga.*

–Pero ella lo conoció y *nothing*.

*A Angel, por el contrario...*

–Summer, tú tienes todavía una fuerte posibilidad –y, con un leve movimiento de cadera, Angel concluyó la frase.

–No fue exactamente *nothing* –mascullé, pero Angel ya se había dejado llevar por uno de sus ataques de excitación. Tenía al menos dos por día, de modo que había llegado la hora.

–Misty puede presentarlos, y luego, sutilmente, dejarlos para... ya saben... *que se conozcan*.

–¿Nadie más está pensando en eso de “vender la leche antes de ordeñar la vaca”? –preguntó Summer.

–Yo estoy pensando más bien que se trata de “vender la leche aun antes de comprar la vaca que dará esa leche” –coincidí con rapidez.

–¡Ah, vamos, chicas! Es como Navidad: la expectativa es muchísimo mejor que el día de la celebración.

–Bueno, vete con tu expectativa a otra parte, pues yo tengo una lección con Victor –Summer me sonrió apesadumbrada y miró el reloj.

Angel sujetó la muñeca de Summer para ver la hora; nunca se molestaba en mirar su propio reloj.

–Diantres, se me hizo tarde –lanzó una carcajada ante su media rima–. Tengo clase con Yves. Nos vemos después.

–La mascarilla –la retuve por la parte de atrás de su vestido veraniego.

–¿Me quedó un pedacito? –Angel hizo un intento infructuoso de verse su propia nariz.

–Muchos pedacitos. Parece que te hubieras agarrado alguna horrible enfermedad.

–¿Sobreexcitaditis, tal vez? –bromeó Summer.

Angel entró de prisa para lavarse, ya que no tenía tiempo para pensar una respuesta inteligente y además llegar a tiempo a la clase.

–Deséenme suerte –dijo Summer enfilando hacia la cabaña que Victor compartía con Paul. Yo salí tras ella.

–Te irá bien –sabía que Victor cuidaría de Summer aun cuando ella se sintiera aterrorizada ante él.

–¿Y a ti qué te toca, Misty?

–Tengo una sesión con Zed.

–¿El guapo pero intimidante?

–¿Qué es eso? ¿Un título?

–Creo que a partir de ahora lo será –repondió Summer echándose a reír.



El guapo pero intimidante Zed se encontraba en la sala de juegos, junto a la mesa de pool. Mientras me esperaba, hacía tiempo jugando con Sky. Me detuve en la puerta para observarlos. Sky estaba haciendo trampa escandalosamente, utilizando sus poderes telequinéticos para hacer doblar las bolas que se alejaban. Zed bloqueaba los poderes de Sky para evitar que le hiciera lo mismo a sus tiros, de modo que él iba ganando.

–Acabas de meter la blanca en la tronera detrás de la amarilla –le dijo Zed a Sky.

–No es cierto –Sky hizo que la bola saliera de un salto.

Zed la colocó de espaldas contra la mesa, su complexión de más de un metro ochenta empequeñeció la escasa estatura de su alma gemela. Eran totalmente contrapuestos: Sky era todo cabello rubio y ondeado y ojos azules color nomeolvides, mientras que Zed era oscuro y peligroso, con una mirada verde-azulada y temperamental. Verlos juntos me recordaba que aun cuando en apariencia no fueran perfectos el uno para el otro, podían resultar una gran pareja. A veces, dos almas gemelas no parecían compatibles hasta que las dos personas se unían. Tal vez, existía una posibilidad para mí.

–Quien hace trampa de esa manera incurre en una sanción –dijo Zed con voz profunda e inquietante.

–¿Una sanción severa? –preguntó Sky esperanzada.

–Muy –respondió Zed mientras le quitaba el taco de pool de las manos y lo apoyaba sobre la mesa–. Pague, Srta. Bright.

Sky emitió un suspiro de sufrimiento muy poco convincente.

–Si no queda otro remedio, Sr. Benedict.

Levantó el rostro y Zed se inclinó para besarla. Guau. Yo no debería estar ahí de ninguna manera. Se abrazaban como si acabaran de encontrarse; no era el comportamiento de una pareja que llevaba saliendo casi dos años. Volteé para dejarlos solos pero mis sandalias de goma rechinaron contra el piso de madera. Qué inoportunas.

Zed echó una mirada a su alrededor. No se veía feliz.

–Lo siento. Yo... mmm... me iré –agitó la mano vagamente hacia cualquier lugar que no fuera ese.

Sky le dio unos golpecitos en el pecho, las mejillas comprensiblemente rosadas.

–Detente, Zed. Hola, Misty. Zed te estaba esperando. Nos distrajimos un poco –se deslizó del costado de la mesa, donde él la había alzado durante el beso–. ¿Cómo estás?

–Estoy... –bien se negó a salir– muy avergonzada en este momento.

–Después nos pondremos al día, ¿de acuerdo? –le lanzó a Zed otra mirada de advertencia para que se comportase y nos dejó solos.

–Lo siento –ingresé despacio en la habitación–. El sentido de la

oportunidad nunca fue mi punto fuerte.

–¿Juegas? –Zed extendió el taco que había dejado Sky.

–Sí, ¿pero no me vas a dar una clase? Desde ya debería decirte que necesito ayuda urgente. Soy horrible en esto del control.

–Eso escuché. Uri mencionó algo acerca de un hospital –viendo que yo caminaba muy lentamente, me tomó la mano y me condujo hasta la mesa–. Aquí.

Tomé el taco. A Zed no se le decía que no.

–¿Conoces las reglas? –armó las bolas en el triángulo.

–Creo que sí.

–De acuerdo. Tú empiezas.

Junto con el ping-pong, el pool era otro de mis talentos. Pueden ver en qué empleaba el tiempo que debería haber dedicado al estudio. El comienzo fue bueno: metí una roja, y las demás bolas quedaron distribuidas a buena distancia unas de otras.

–De modo que posees el don de la verdad.

–Sí –metí la segunda roja y dejé las demás perfectamente alineadas.

Zed se inclinó contra la pared, el taco apoyado delante de él mientras observaba el juego.

–¿De todo tipo?

La tercera bola roja desapareció.

–¿A qué te refieres?

–¿Te das cuenta de si es la verdad sin importar lo que piense la persona que lo dice?

–No estoy segura.

–Por ejemplo, digamos que se trata de alguien que realmente cree en teorías conspirativas poco convencionales; si las escuchas, ¿las recibes como mentiras o verdades?

–Oh, no lo había pensado –distráida, le erré a la cuarta bola roja.

–Mala suerte –Zed tomó el taco y comenzó a meter bolas amarillas como si tuviera que ir a tomar un avión: *bum, bum, bum*, dentro de las troneras. Normalmente, eso me hubiera irritado pero, en ese momento, estaba concentrada en analizar mi experiencia.

–Pienso que tendrá que ver con lo que la persona cree. Ahora estoy pensando más en creencias que en hechos. Por ejemplo, yo puedo decir “creo en Dios”, sabiendo que no estoy completamente segura, soy más una creyente que lo contrario. Si mi don me diera el poder de saber si eso es verdad, entonces estaría, bueno, definiendo algo que los teólogos no han sido capaces de establecer durante siglos.

Zed le erró a una amarilla difícil y retrocedió para dejarme jugar.

–De acuerdo, aceptemos que estamos trabajando con un don que funciona

sintonizándote con las intenciones de la otra persona.

–Ajá –metí una roja y volví al juego–. Victor piensa que mi don igual va a funcionar, aunque no sea totalmente consciente de él. No podría construir una pared defensiva si mi cerebro lo considerara una falsedad. Ni siquiera puedo decir una verdad sabiendo que en realidad quiero decir lo opuesto... La ironía me resulta muy difícil, pues la registro como una mentira.

–Interesante. Me gustaría llamar después a Phoenix para que te observara y viera qué hace tu mente. Parece estar debilitándote –explicó. Phoenix, el alma gemela de su hermano Yves, podía ver el panorama de la mente; era el primer paso de su habilidad para lograr que, en apariencia, el tiempo se detuviera–. Se me ocurre que puedes estar captando un espectro enorme de información, tanto de manera consciente como instintiva, y por eso te resulta tan difícil controlarla. Solo eres consciente de que ves una pequeña parte de todo ese despliegue, como una luz visible en el espectro de ondas, que es solo una parte minúscula del todo.

–Estoy contenta de que hayas encontrado una excusa para mí –solo me quedaban las dos últimas rojas.

–¿Crees que vas a ganar esta partida? –Zed se acercó a la mesa.

–¡Por supuesto! –le estaba ganando por mucho como para perder.

Mientras la siguiente bola roja se dirigía velozmente hacia la tronera del rincón, Zed utilizó su poder para hacerla doblar. Luego retomó el juego y metió todas las bolas amarillas restantes más la negra.

–¿Y ahora?

–La respuesta es la misma: es una victoria moral –y, de un golpe, dejé el taco sobre la mesa.

Zed rio al ver que estaba realmente irritada.

–Entonces, eso aclara los hechos. Tú no ofreces una verdad objetiva, ya que yo gané haciendo trampa, sino lo que se percibe como verdadero, aun para ti misma.

–¿Me estabas poniendo a prueba? –mi enojo se disolvió.

–Sip –colocó todas las bolas en posición inicial–. Ahora, Misty, comencemos a trabajar en esos aspectos de verdad que percibes. Piensa en cada una de las bolas de pool como algo que tienes que controlar: las amarillas son las verdades conscientes y las rojas, las verdades que pasan desapercibidas...



Para cuando terminé mi sesión con Zed, mi cerebro parecía un helado derritiéndose al sol. Regresé caminando a la cabaña como una especie de

zombi, demasiado cansada como para prestar demasiada atención a los hermosos rayos de sol filtrándose a través de las hojas verdes de los abedules y al rumor de las olas rompiendo en la playa. Sky y Phoenix estaban sentadas en las reposeras con Angel y Summer. Zed debía haberles avisado que la clase había terminado, pues había una bebida fría recién servida para mí.

–¿Cómo fue? –preguntó Sky.

–Realmente bien –arrojé mi cuaderno junto a ella–. No creo que haya hecho grandes mejoras en cuanto al control, pero aprendí mucho acerca del motivo por el cual soy tan espantosa para eso.

–Zed dijo que estuviste bien... y que eres muchísimo mejor que yo jugando al pool.

–Es probable que haya mencionado algo acerca de que no fueras tan buena –admití.

–No, no, es mucho más que eso: tengo un talento increíble para el pool...

La miré con extrañeza; su comentario no aparecía como una mentira.

–Yo convertí en una forma de arte el ser un desastre jugando al pool. Por lo tanto, tengo que hacer trampa y eso enoja tanto a Zed que... bueno, ya viste las consecuencias.

No hacía falta mencionarlo.

–Ustedes son muy amables al ofrecernos su tiempo –dije para evitar tener que comentar lo que había visto al llegar a la sala de juegos y ahorrarnos un momento embarazoso.

–Nos agrada poder ayudar, realmente. Por suerte, teníamos un hueco. Yo comenzaré a estudiar Música en Juilliard en septiembre; Zed irá a Columbia a estudiar Bioquímica, aunque, entre nosotros, está más interesado en formar una banda. Nos quedaban unas semanas libres antes de comenzar nuestra vida en Nueva York.

–Así que estarás en la misma ciudad que Crystal y Xav. ¡Genial!

–Yo quería que vinieran con nosotros a California, pero perdimos –comentó Phoenix, una morena con aspecto travieso y múltiples piercings en las orejas.

–Me temo que triunfó el argumento de la zona horaria. Mis padres están otra vez aquí, de modo que quería poder estar más cerca de Gran Bretaña –Sky le sonrió a Phee como disculpándose.

–Y Juilliard es una de las mejores academias. ¡Felicitaciones por haber entrado! ¿Cómo estuvo Victor? –pregunté a Summer.

–Fascinante –respondió con una sonrisa misteriosa.

–¡Uhh, cuéntanos! –rogó Angel.

Summer se encogió de hombros.

–Todavía lo estoy pensando. Mis labios están... –pasó un dedo por los labios.

–¿Y qué tal Yves? –pregunté a Angel antes de que tuviera otro ataque de

curiosidad.

–Divino. Cuando intenta que le preste atención, frunce el ceño de una forma muy tierna –mi amiga colocó las manos sobre los oídos de Phee.

Phee le apartó las manos mientras entrecerraba los ojos con fingido enojo.

–¿Tengo que defender a mi hombre? –y lo haría si fuera necesario... Phee había crecido en la calle.

–Totalmente –acordó Angel–. Siento tanta envidia que corro peligro de convertirme en una admiradora de Yves. Es mejor que me des una bofetada para hacerme recuperar la razón –le ofreció la mejilla, que Phee palmeó suavemente–. Gracias, así es mejor. Yves estuvo genial. Aprendí más en una hora con él que durante un año haciendo pruebas por mi cuenta.

–Esa es la idea –afirmó Sky.

–¿Y qué es lo que nos van a enseñar ustedes? –pregunté.

Phee y Sky intercambiaron una mirada.

–Qué hacer cuando sucede lo peor –dijo Phee–. Los consejos que nadie tuvo la oportunidad de darle a Mia.

Me senté en los escalones de la cabaña y coloqué los brazos alrededor de las rodillas. Esa mañana, Paul había ido al funeral de Mia y había regresado destrozado. Tragué el nudo que se me había formado en la garganta.

–Y... ¿cuáles son?

Los fue enumerando con los dedos.

–Utilicen todas las armas que tengan... hasta cosas que nunca pensaron que fueran armas. Resistan, no permitan que las liquide de inmediato. Nunca se den por vencidas.

–También es de gran ayuda tener un alma gemela que las apoye –agregó Sky–. Zed fue muy importante para mí.

–Como Yves lo fue conmigo.

–Ah, ¿no odian a estas savants que se jactan de haber encontrado a su pareja? –bromeó Angel tratando de levantar los ánimos–. Están muy arriba en mi escala de engreídas.

Todas sonreímos.

–Lo siento, bajaremos el tono durante el resto de la semana –prometió Phee.

–Si yo tuviera un Benedict, no lo haría –comenté–. Si lo tienes, jactate de él. Mi amiga podrá sobrevivir a esa tortura.

–A duras penas –señaló Angel enigmáticamente, y todas estallamos en carcajadas.



## CAPÍTULO 9

**M**e marché del campamento a fines de agosto con la piel bronceada y mucha tarea por delante para reforzar mis controles. En medio de la excitación del *bodyboard* y las clases de windsurf durante la tarde. Intenté olvidar que las lecciones matinales de entrenamiento se habían vuelto necesarias debido a que existía un asesino serial que se ensañaba con savants de nuestra edad y podía atacar nuevamente en cualquier momento. Regresar a la cabaña y ver la cuarta cama vacía era un recordatorio constante de la realidad más allá de la protección del campamento. Quitamos todo lo que había sobre la cama y colocamos, a un lado, un ramo de flores silvestres en un florero, nuestro homenaje a Mia, que se hubiera convertido en nuestra amiga antes de terminar la semana. Cuando nos separamos, nos abrazamos un poquito más fuerte, instándonos unas a otras a ser cautelosas.

De vuelta por unos pocos días en la Central Devon –también conocida como mi caótico hogar–, me puse al día con mis hermanos. Me emocionó descubrir que Gale me había extrañado especialmente mientras yo había estado lejos durante casi todo el último año escolar y la mayor parte del verano. Me di

cuenta de que había crecido mucho ahora que estaba por comenzar su segundo año de la escuela secundaria y se había convertido en alguien con opiniones propias e interesantes. Prometimos hacer un esfuerzo por mantenernos en contacto más seguido. Los dos terrores de la escuela primaria, Peace y Felicity, demostraron ser todo lo opuesto a la paz y a la felicidad que sugerían sus nombres, planeando travesuras cada vez que mis padres les daban la espalda. Su último logro había sido hacerle a Tempest una cresta en medio de la cabeza, con su total y entusiasta aprobación, pero, dado que mi hermanito solo tenía tres años, mamá no había quedado muy contenta. Sunny, de cinco años, ahora estaba exigiendo ruidosamente un corte de cabello igual.

Haciendo a un lado esa disputa por el día, papá y mamá me llevaron a la escuela en auto. Era un placer tenerlos solo para mí durante algunas horas. Mi abuela se había quedado en casa cuidando a mis hermanos, de modo que si los más pequeños daban mucho trabajo, Tempest y Sunny se pasarían el día durmiendo. La amenaza solía ser suficiente motivación para que se comportaran.

La atmósfera dentro del auto no era tan relajada como había sido en otros viajes. El miedo había alcanzado a todos los miembros de la comunidad savant. Por lo que nosotros sabíamos, no se habían producido más secuestros pero, según Uriel, existía un modus operandi: varias víctimas rápidas y sucesivas, y luego nada. Esperar un segundo ataque dentro de Gran Bretaña era como esperar la erupción de un volcán: sabías que iba a suceder, pero nadie podía decir cuándo. En el auto, mamá me habló seriamente acerca de que no debía hablar con extraños, y continuó repitiéndolo mientras desempacábamos. Papá se quedó junto a la ventanita de mi habitación, jugando con las cortinas con dibujos de bambú, desconcertado ante los asuntos de los savants, pero tolerándolos como era habitual en él. Cuando mamá terminó, me mostré de acuerdo con todo lo que había dicho, prometí mantenerme en guardia y luego me fundí en un abrazo con papá.

–Te quiero –hundí la cabeza en su suéter.

–Yo también te quiero –pasó los pulgares por mis cejas. Las suyas eran de un tono oscuro y rojizo; mamá era la que me había dado la piel y el pelo claros. Si mis padres fueran zapatos, papá sería una cómoda pantufla; mamá, una sandalia italiana–. Estoy preocupado por ti, todo el viaje hasta aquí hablando de ese asesino que caza a jóvenes savants. Hazle caso a mamá, ¿de acuerdo? –sus ojos se encendieron ante una nueva idea–. O podrías mantenerte lejos de otros savants durante unos años. Darles tiempo a las autoridades para que lo atrapen.

–¿Quieres decir mantenerme lejos como tú lo hiciste con mamá?

Se aclaró la garganta mientras su mirada se desviaba hacia mi madre.

–Ah, sí. Ya veo a dónde quieres llegar. Algunas savants son irresistibles. Con una dulce sonrisa, mamá se unió al abrazo.

–Topaz, es mejor que regresemos antes de que las niñas también le hagan una cresta en el pelo a tu madre –señaló papá dándonos a las dos un último apretón.

–¡Eres terrible! –mamá rio.

–Y es posible que ella se lo permita; ya sabes cómo adora a sus nietos. ¿Acaso no tengo razón, Misty? –mi padre hizo tintinear las llaves del auto.

–Totalmente –respondí con una amplia sonrisa.

La expresión de mamá se desvaneció al escuchar la verdad de mi boca.

–Rápido, Mark.

–Esperemos que no haya tráfico –mi padre me guiñó el ojo.



La escuela regresó lentamente a su rutina habitual. Yo ya estaba preparándome para rendir los exámenes del Certificado de Educación Secundaria, pues me había ido bien en las últimas pruebas. El asesor de orientación vocacional de la Escuela Fen había resuelto prepararnos a todos para el futuro y estaba ocupado despachándonos a visitar la mayoría de las universidades más importantes antes del verano. Cuando me había hecho la entrevista en junio, hasta él se había quedado sin saber qué carrera sugerirme. Su mejor comentario había sido: “No, diplomacia no; esa carrera no es para ti”.

Gracias, Sr. Graves; eso ya lo había descubierto sin su ayuda.

Después de seguir el consejo de Summer y de Angel, había elegido Geografía, Matemáticas, Química y Biología, ya que tenía menos oportunidades de ofrecer un horrible espectáculo en esas asignaturas que en alguna relacionada con, digamos, las artes. Yo no me definiría como una talentosa científica, pero eso era mejor que escribir ensayos donde tuviera que expresarme con sinceridad acerca de libros u obras de teatro que realmente me desagradaban o no entendía. Por alguna extraña razón, eso irritaba a los examinadores.

Con la llegada de noviembre, surgió un evento que interrumpió la actividad normal. Mi escuela –coanfitriona de la final junto con la Sociedad de Debates de la Universidad de Cambridge– se preparó para recibir a los equipos internacionales. El plan era realizar una recepción de bienvenida para los alumnos y profesores el viernes por la noche en el edificio de la Cambridge Union Society, que era como un mini parlamento, el sitio perfecto para los aprendices de políticos, muchos de los cuales soñaban con llegar a participar de la verdadera política en sus propios países. Los debates se desarrollarían

durante la semana en diferentes sedes alrededor de la ciudad y la final se llevaría a cabo el último sábado. Resultó ser un acontecimiento bastante importante, y toda la prensa educativa internacional estaba interesada en el resultado.

Yo estaba sorprendida de cuántos países habían enviado finalistas, incluyendo a aquellos en donde se hablaban idiomas distintos del nuestro.

Hafsa, Tony y Annalise, mis amigos de la escuela, se habían anotado para ayudar durante la recepción; con algo de presión, consiguieron que me uniera a ellos. Mis sentimientos estaban divididos. Por un lado, quería volver a ver a Alex y a sus amigos, a pesar de los sentimientos encontrados que él me producía, pero tampoco quería mostrarme demasiado entusiasmada. Si terminaba siendo el alma gemela de alguien a quien yo conocía (Summer brotó de inmediato en mi mente), resultaría patética. Sin embargo, todavía existía la remota posibilidad de que él y yo...

*Sigue soñando, Misty.*

Decidí anotarme pues, de todos modos, ya estaba acostumbrada a resultar patética. De una u otra manera, iba a ver a los sudafricanos, así que, por lo menos, podría arreglar un encuentro entre Alex y Summer en la recepción. Eso resolvería la cuestión y podría dejar de torturarme pensando que existía la posibilidad de que fueran el uno para el otro.



El viernes por la tarde, Summer y Angel llegaron en tren desde Londres, una explosión familiar de energía y expectativa como una taza de café expreso en una mañana gris. Las reuní en mi habitación después de arrear a Angel fuera de los puestos del mercado del centro de la ciudad. Siente una atracción irresistible hacia cualquiera que venda ropa teñida, cuentas y atrapadores de sol. Para trabajar de camarera, yo debía llevar camisa y falda negras. Al estar anotadas como invitadas, Summer y Angel tenían que arreglarse y utilizaron mi dormitorio para cambiarse.

–¿Cómo va todo? –preguntó Summer, deslizando el rimmel sobre sus pestañas.

–Bien. En realidad, tranquilo –respondí mientras me calzaba la falda.

–¿No se produjo ningún momento Misty de gravedad?

–No, no he tenido problemas. ¿Creen que alguien notará la corrida en mis pantimedias? –giré para mostrarles el orificio arriba del muslo.

Summer no respondió.

–Además es el único par que tengo –introduje los pies en los zapatos negros de taco–. Los ejercicios que me enseñó Zed me ayudaron, y estoy aprendiendo

a no meterme en situaciones donde suelo hacer desastres –con excepción de esa noche–. ¿Y tú?

–Ah, ya sabes, lo mismo de siempre –comentó con una sonrisa valiente. Summer no tenía una vida familiar feliz.

Sí que lo sabíamos, y también comprendíamos que en ese momento no quería hablar para no arruinar la noche. Únicamente nos contó la punta del iceberg de lo que estaba sucediendo, lo cual ya era suficientemente malo.

–¿Angel?

Nuestra amiga se estaba colocando delineador en sus ojos rasgados y exóticos.

–No tengo mucho que contar. Un páramo masculino. Hice algunas presentaciones. Hay una banda que suele convocarme como cantante –sonrió con alegría–. Hasta me pagan.

–Eso es genial. ¿Cómo se llama?

–No creo que hayan oído hablar de ella: Séptima Edición.

–¿Y por qué le pusieron ese nombre?

–Porque el cantante principal tiene un ego enorme y se pelea tanto con sus compañeros que la banda ya va por la séptima formación –hizo una pausa para colocarse brillo labial–. No creo que duren mucho –cerró el bolso de cosméticos–. ¿Cómo me veo? –llevaba un vestido suelto de seda color menta, que iba bien con su pelo dorado. El vestido le llegaba justo por encima de la rodilla, y la tela jugueteaba con sus piernas mientras desfilaba con sus tacones y la mano en la cadera como si fuera una modelo.

–Lo haces muy bien –comentó Summer.

Angel me miró y enarcó una ceja.

–Estoy de acuerdo.

–¿Y qué tal estoy yo? –Summer se puso de pie para mostrar su vestido tejido color blanco con flores azules.

–Perfecta –me coloqué entre mis dos amigas y me sentí muy aburrida con mi conjunto negro. Summer me miró por el espejo, las dos estábamos nerviosas. Conocer a un savant que estuviera dentro de la franja de edad correcta implicaba, en realidad, una posibilidad remota, pero igualmente sentí burbujas en el estómago y un ligero estremecimiento.

*Gracias, me dijo Summer en forma privada. Sé que querías quedártelo para ti.*

*¿Cómo lo sabías? Yo había sospechado que me había descubierto, por lo tanto no me sorprendí demasiado.*

*Misty, hace años que somos amigas; puedo darme cuenta cuando un chico te interesa. Tus ojos –lo siento, pero es verdad– adquieren una expresión soñadora.*

A esa altura, ya tenía razón suficiente para saber que no tenía cara de póker,

pero me resultó alarmante descubrir que estaba divulgando mis sentimientos de manera tan abierta.

*Summer, si es tu alma gemela...*

*Podría ser la tuya.*

*Podría no ser de ninguna... de nosotras, quiero decir. Si es tu alma gemela, yo me pondré realmente feliz por ambos.* Al menos, haría un gran esfuerzo por convertir ese deseo en realidad, de modo que no estaba mintiendo.

*Lo mismo digo.*

–¿Listas? –Summer tomó su bolso.

Los organizadores del debate me dieron una bandeja y me pusieron a repartir bebidas. No era la tarea más glamorosa del mundo pero, por lo menos, me permitía mezclarme con la gente. La delegación de la India acababa de llegar vistiendo sus increíbles y coloridos saris y túnicas. Conversé un instante con un miembro del grupo, que me informó que eran de Amritsar. Cuando un par de estudiantes de la Cambridge Union se acercaron a darles la bienvenida, proseguí mi camino. Por el rabillo del ojo, distinguí a Angel en medio del equipo de debate de Estados Unidos: un grupo de Dallas, compuesto en su totalidad por varones. Los texanos parecían completamente encantados con la pequeña inglesita, con su cabello ondeante y sus efusivos movimientos de manos. Como un colibrí ante el néctar de una flor, Angel no podía permanecer quieta. El equipo de mi escuela estaba tratando de seducir a las campeonas danesas, cuatro chicas despampanantes.

*Chicos, no tienen ninguna posibilidad,* pensé. Hasta ahora, no había noticias de los sudafricanos.

En ese instante, entró Uriel con Tarryn del brazo. Ya faltaba poco.

Apoyé la bandeja para darles un abrazo a ambos.

–Hola. ¿Cómo estuvo el viaje?

–Muy bien, gracias –respondió Tarryn y, con un apretón de mano, me comunicó sutilmente que no había olvidado mi mensaje de texto–. ¿Cómo te ha ido?

–Bastante bien. Todavía no he hecho nada demasiado vergonzoso –para ser completamente sincera, sentí que tenía que agregar el “todavía”. Ese era exactamente el tipo de situación que yo podía arruinar: mucha gente charlando de cosas sin importancia y poco sinceras.

–Uri, ¿has avanzado algo para atrapar al asesino?

–Un poco, pero no suficiente. Hemos acotado el tipo de don que atrae a nuestro sospechoso. Te contaré más sobre el tema cuando esto termine. Este no es el lugar apropiado –respondió, tomando una bebida de mi bandeja.

–No, y además se supone que yo tengo que servir las bebidas. Nos vemos después –me alejé con la bandeja sin dejar de vigilar la puerta cada dos segundos.

Angel y Summer se acercaron a la barra mientras yo descargaba los vasos vacíos y ponía nuevos.

–¿Cuándo llegarán? –preguntó Angel.

Se produjo cierto alboroto en la entrada mientras un nuevo equipo se registraba con Tony en la recepción. Como el pobre Tony era un sujeto pequeño y regordete, se veía empequeñecido junto a los miembros del equipo.

–En este preciso instante.

Alex. Dentro del pecho, mi corazón dio un extraño vuelco.

Habían pasado tres meses desde la última vez que lo había visto, pero parecía más. Era otra vez un desconocido, no había una sonrisa en su rostro. Sus amigos, por el contrario, se veían realmente felices de estar ahí: abrochándose la tarjeta de identificación, bromeando con Tony y recorriendo con la mirada el gran salón donde se desarrollaba la recepción. Michael me divisó y agitó el brazo hacia mí.

–Vienen hacia nosotras –me sentí una tonta con una bandeja en la mano, de modo que la apoyé en la barra y volteé para saludarlo–. Hola, Michael. Qué bueno verte otra vez.

–¿Cómo va, Misty? –preguntó después de besarme en la mejilla.

–Todo bien.

–Te ves mejor que nunca.

Raro. No lo registré como una mentira.

Luego se acercaron Hugo y Phil, que optaron por saludarme con un abrazo. Al levantarme por el aire, disfrutaron del aullido de sorpresa que emití. Alex les echó una mirada de irritación y se desvió hacia Uriel.

–¿Qué le pasa? –pregunté a Hugo.

–Está celoso –respondió con una gran sonrisa.

–¿De qué?

–Averígualo –Hugo se encogió de hombros.

–No... –Angel me dio un codazo para recordarme que ese no era momento para analizar el comportamiento de Alex–. Lo siento, Hugo, estas son mis amigas Angel y Summer.

–Creo que las mencionaste cuando fuimos al teleférico –comentó el chico ofreciéndoles a ambas su sonrisa de oro. ¿O quizá debería decir de rands?–. Soy Hugo.

–Diez puntos por la buena memoria –exclamó Summer.

Con la cara redonda llena de alegría y curiosidad, mi amiga Hafsa se acercó a nosotros con la bandeja vacía. Se había cambiado su colorido *hijab* por uno negro, así que al menos ella también lucía como una guerrera ninja.

–Y ella es Hafsa –si permanecía más tiempo ahí, todas las camareras estarían apiñadas en nuestro rincón. Sip, estaba en lo cierto. Pegada a los talones de Hafsa, apareció Annalise; su melena rojiza era uno o dos tonos más

clara que el pelo de Phil—. Y, ¿quién iba a imaginarlo?, aquí viene Annalise.

Hugo, Phil y Michael les sonrieron al grupo de chicas inglesas. Le hice señas a Summer para que nos alejáramos y dejáramos que las demás terminaran de hacer las presentaciones.

—¿Te llevo a conocer a Alex? —susurré, los vasos en la bandeja tintinearón mientras nos abríamos paso en medio de la multitud.

—De acuerdo. Hagámoslo —replicó tragando saliva.

Al acercarnos, Tarryn levantó la vista.

*¿Te parece que este es el momento apropiado?*, preguntó insegura. Alex se hallaba de espaldas a nosotras y no podía vernos venir.

*Mi amiga Summer también tiene la edad correcta, está todavía más cerca que yo, y solo se quedará este fin de semana. Pensé que debería, ya sabes...*

*Está bien, apartaré a Uri del grupo.*

Con una sola mirada a su alma gemela, Uri terminó de inmediato lo que estaba diciéndole a Alex y le dio una excusa para alejarse. Alex permaneció un segundo solo y luego giró para localizar a sus amigos. En su lugar, se topó con nosotras.

—Hola —mi voz brotó espantosa, débil, lo opuesto a seductora—, Alex, ¿cómo estás?

—Nervioso —respondió mientras tomaba una *Coca* de mi bandeja.

—¿En serio? —¿acaso conocía la razón por la cual nos habíamos aproximado a él?—. ¿Por qué?

—La competencia comienza mañana —me miró con expresión de extrañeza.

—Claro. Por supuesto —Summer me dio un pisotón—. Alex, quería presentarte a mi amiga Summer —*¿cómo sacar el tema?*—. La conozco del campamento juvenil —ese comentario debería darle la clave de que ella era una savant.

Alex encontró una sonrisa para ella, que a mí me había negado.

—Es un placer conocerte, Summer.

—A ti también —respondió mi amiga mientras se reacomodaba la correa del bolso a través del pecho y sus dedos jugueteaban con el broche—. Misty me habló mucho de ti.

—¿En serio? —comentó sorprendido—. ¿Y qué sabe ella de mí? —mi zona de franqueza lo debía haber afectado nuevamente, ya que se veía claramente que no había tenido intención de incluir esa última frase.

La situación era muy difícil. Como yo no era la clase de chica que daba vueltas alrededor de un tema, decidí soltar la verdad bruscamente en un tipo de acción que me caracterizaba.

—Alex, no llegamos a tocar el tema en Ciudad del Cabo, pero tú sabes que soy una savant. Summer también lo es... como tú.

Eché una mirada a su alrededor: no se suponía que los savants anduvieran

por la vida anunciando su identidad en público; nuestra presencia entre la población común se mantenía lo más oculta posible.

–Misty, tal vez deberíamos...

Si no me desahogaba en ese mismo instante, me acobardaría.

–Falta algo más. Descubrí que tu cumpleaños es a mediados de diciembre. Eso te coloca dentro de un rango posible de edad tanto para Summer como para mí.

–¿Quieres decir que tienen la misma edad que yo, que no tienen un año menos?

–Aquí el año escolar es distinto. Empieza en septiembre y no en marzo.

–No había pensado en eso –y por la expresión de su rostro, la noticia no le agradaba.

–Por lo tanto, Summer y yo pensamos que deberíamos verificar que no fuéramos... –mi voz se fue apagando, al verme asaltada por una profunda sensación de desdicha. Estaba encarando el tema de la peor manera posible. Los vasos de la bandeja comenzaron a tintinear.

Summer notó que estaba al borde del colapso y se hizo cargo de la situación.

–...que no fuéramos almas gemelas. Obviamente, sabemos que es una posibilidad completamente remota, pero no tenemos demasiadas oportunidades de conocer a otros savants de nuestra edad y de tu país. Por eso pensamos, ¿por qué no probar?

Alex se encogió de hombros.

–¿Por qué no? Hagamos la prueba –tomó la mano de Summer–. ¿Telepatía?

Summer rio claramente incómoda de que él me hubiera ignorado aun cuando fui yo quien los había presentado. Por otro lado, también era cierto que yo estaba sosteniendo una bandeja. Eché un vistazo para ver dónde apoyarla, pero un invitado se acercó y colocó con fuerza el vaso vacío sobre ella; tuve que hacer malabarismos para que no se me cayera. Bajé la vista hacia los cubitos de hielo que habían quedado en el fondo: se habían convertido en bolitas duras, abandonadas junto a una rodaja masticada de limón.

Silencio... Luego risas.

Summer se dio unas palmaditas en el pecho. Supuse que su corazón debía estar latiendo con fuerza... igual que el mío.

–Bueno, Alex, de todas maneras fue un placer conocerte. Perdona que te hayamos apurado tanto. Es que Misty y yo estuvimos meses discutiendo este asunto, una vez que descubrimos lo de la edad. Así que perdónanos por arrojarte la cuestión apenas llegaste.

–No te culpo por intentarlo –ahora su voz era cálida, quizás hasta aliviada–. Es como el príncipe de Cenicienta dando vueltas con el zapatito.

Ese comentario hizo que Summer riera todavía más fuerte.

–No es una comparación muy halagadora, pero entiendo lo que quieres decir.

Alex sacudió la cabeza.

–No fue mi intención sugerir que tú estuvieras... bueno, ya sabes. La historia es que él prueba el zapatito a todas las jóvenes del reino y no solo a la familia de Cenicienta. En este caso, los dos somos el príncipe con nuestro zapatito savant, esperando a la persona que lo calce correctamente –sus ojos adquirieron el mismo azul intenso del vestido de Summer; era un crimen contra la perfección que ellos no hubieran formado pareja.

–¿Ahora lo intentarás con Misty? –preguntó Summer, volteando hacia mí para lanzarme una sonrisa de aliento.

A pesar de que Summer se encontraba de espaldas a Alex, percibí la catarata de emociones que recorrieron el rostro de él. Sin lugar a dudas, una de ellas era el desagrado que quedó oculto tras su sonrisa de cortesía.

–Me encantaría.

*Mentira.*

Los ojos se me llenaron de lágrimas.

–Creo que deberíamos dejarlo para otro momento –*para siempre*, pensé–. Tengo que trabajar y, de todas maneras, estoy un poquito fuera de su rango. Summer siempre fue la mejor candidata –me alejé rápidamente hacia un grupo de recién llegados, que tomaron los últimos refrescos de la bandeja.

*Misty, ¿qué pasó?*, Summer me preguntó suavemente mientras se disculpaba ante Alex por mi abrupta partida.

*No quiere intentarlo. Tú sabes que no puede fingir cuando está cerca de mí.* Le hice una seña con la cabeza a un hombre que me pidió que le llevara una cerveza tratando de ocultar el hecho de que, al mismo tiempo, estaba manteniendo una conversación telepática.

–Por supuesto, señor.

Arrojé la bandeja vacía en la barra y me acerqué a Annalise.

–¿Podrías alcanzarle una cerveza a ese hombre de camiseta roja? Necesito un descanso –no podía permanecer en el salón. Summer, o peor, Angel me perseguirían. Tendría que contarles la verdad, que me sentía muy herida, y luego era probable que echara a llorar y le arrojara algo a Alex. Por las malas, había aprendido a evitar potenciales “momentos Misty” y, en ese instante, se estaba fraguando uno de grandes proporciones.

Me retiré al baño de mujeres y, de inmediato, causé una discusión entre una chica que se estaba poniendo brillo de labios frente al espejo, que le confesó inocentemente a su mejor amiga que le había robado dinero de la billetera esa misma noche. Tenía que marcharme, pero no podía correr suficientemente rápido como para escapar de mí. Arrancando el abrigo de la percha del guardarropas, caminé velozmente hacia afuera y me refugié en un banco del

patio de la Iglesia Redonda, un edificio medieval vecino al salón. Fue un gran alivio alejarme de los demás savants. El jardín olía a tierra húmeda, a hojas de tejo y a deshechos de envoltorios de comida rápida. Con las rodillas levantadas, apoyé la cabeza e imaginé que era una tumba: fría y lo suficientemente dura como para no sentir nada. Pero no funcionó. ¿Acaso era tan defectuosa que Alex ni siquiera quería intentar conectarse conmigo? No era perfecta como Summer ni segura y talentosa como Angel, pero no era totalmente espantosa, ¿verdad?

Alguien se sentó a mi lado. Eché un vistazo fugaz, esperando encontrarme con algún lugareño borracho balanceando su botella de sidra como si fuera un palo de golf, pero era Alex. Pensé que, de los dos, habría preferido que fuera el borracho.

–¿Por qué te escapaste? –preguntó.

Sequé rápidamente los ojos en las rodillas y levanté la vista. Su rostro estaba en sombras debido a las luces de los autos que pasaban por la calle, al otro lado del muro del patio de la iglesia. Comenzaron a caer unos diminutos copitos de nieve, que aterrizaron en los hombros de su saco y no se derritieron.

–¿Sabes cuál es mi don?

–Tarryn dijo que hacías que las personas dijeran la verdad.

–Esa no es la historia completa. Sé cuando alguien miente.

–¿En serio? –se frotó las manos y las sopló. Su aliento brotó en bocanadas blancas. No podría asegurar si estaba más interesado en el hecho de que estaba congelado o en que quería ocultar que estaba nervioso.

–Y no puedo mentir aunque quiera. De modo que tengo que decirte que vi lo que sentiste cuando Summer te propuso conectarte conmigo.

Se cruzó de brazos y la barbilla desapareció dentro del cuello del saco.

–Entiendo que no soy la chica de tus sueños, pero ¿soy tan defectuosa que ni siquiera quieres probar? –disparé. Listo: ya lo había dicho.

–¿Tú eres defectuosa? –volteó dejando media rodilla sobre el banco y quedando frente a mí–. ¿Crees que *tú* eres el problema? No, Misty. Siento mucho que hayas pensado eso.

–Ya. La típica excusa: *el problema no eres tú sino yo*.

Emitió una sonrisa irónica.

–Sé que suena a lugar común, pero sí, es mi problema.

Estaba diciendo lo que él pensaba que era la verdad, pero no creí que eso fuera de gran ayuda para mí.

–Creo que conozco el resto: tú vas tranquilo por la vida, con tu usual y encantadora forma de ser y, al acercarte a mí, tropiezas. Yo soy el equivalente a un calambre.

Estiró la mano y pasó la yema del dedo por el dorso de mi mano, dejando una estela de chispas.

–Desearía que no lo fueras –comentó. Verdad.  
–¿Entonces sería un desastre que tú y yo fuéramos almas gemelas?  
–Sí... No... Tal vez –respondió confundido, recurriendo a su afrikáans nativo mientras apartaba la mirada.  
–Bueno, esa respuesta cubre todas las posibilidades –no pude evitar reír.  
–No estoy acostumbrado a quedarme sin palabras... y tú me haces titubear continuamente. Pero eso no cambiaría la verdad, ¿no es cierto? –su mirada regresó a mi rostro.  
–No. O somos almas gemelas o no lo somos.  
–¿Entonces, quieres averiguarlo? –me sujetó la mano con más fuerza. ¿Quería realmente?  
–Mi tía dice que no pensemos en las almas gemelas hasta que tengamos dieciocho. Yo le veo cierta lógica.  
–¿Quieres averiguarlo? –su voz se volvió un poco más profunda. Era una tortura... pero no saberlo era peor.  
–Sí.  
–Cierra los ojos.  
Bajé los párpados... y luego los abrí rápidamente, por si se trataba de una broma. Alex también tenía los ojos cerrados: podía confiar en él. Volví a cerrarlos y esperé. Había alguien en la entrada de mi mente.  
*Hola, Misty.*



## CAPÍTULO 10

*Alex.*

**V**olaba. Cubierta de polvo mágico; la gravedad ya no me retenía en el suelo. Si abría los ojos, seguramente estaría flotando sobre el banco, planeando sobre la antigua nave redonda de la iglesia con los vitrales de las ventanas brillantemente iluminados. El ruido del tráfico se iba apagando. Solo se oía el silbido del viento, y las intensas constelaciones se asomaban de vez en cuando entre las nubes del cielo nocturno. Pero no estaba sola. Mi compañero de vuelo me sujetaba la mano con firmeza. La segunda estrella a la derecha. La mano me atrajo más cerca y me abrazó: dos brazos fuertes alrededor de mi cuerpo, eliminando la sensación de frío y de estar cayendo.

Abrí los ojos. Continuaba en el banco, pero ahora tenía la cabeza apoyada en el pecho de Alex mientras asimilábamos la verdad.

*Mi alma gemela.* Su voz estaba teñida de asombro. *No puedo creerlo.*

*Sí.* Conectados por telepatía, yo estaba vislumbrando lo que él quería mostrarme de sus pensamientos privados, parte de la nueva y maravillosa intimidad. Su mente giraba como la mía. Había hecho la prueba sin esperar

este resultado; lo había hecho para ser amable conmigo... para sanar mi herida. Sin embargo, la razón por la cual no había imaginado ese momento no tenía nada que ver con que yo no fuera lo suficientemente buena.

*Era porque no tengo a nadie cercano, nadie que sea mío.* Superman Alex era una forma de protegerse. Rechazado por su familia, había supuesto desde muy joven que así serían todas sus relaciones. *No esperaba tener este tipo de suerte.* Sus dedos se deslizaron por mi pierna, que estaba en parte encima de sus rodillas, ya que, mientras tenía los ojos cerrados, había girado en medio del abrazo. Encontró la corrida de las pantimedias e hizo cosquillas en el orificio que se había ido agrandando con el correr de las horas. Menos mal que nadie lo había notado. Pude sentir su sonrisa, aun cuando todavía no hubiera reunido el valor para mirarlo a los ojos. Supongo que ese agujero le servía de clara advertencia de cuán imperfecta era yo.

Era demasiado para absorber de golpe.

*Entonces cálmate.* Había captado el principio de mi ataque de pánico.

*¿Qué vamos a hacer?*, pregunté. Me refería al futuro, tratar de unir nuestras vidas diferentes, superar el efecto negativo que yo provocaba en su don, pero él prefirió hacerse el distraído.

–Creo que el mejor plan –había vuelto a hablar en voz alta–, es besarte. Así, no tendrás tiempo para entrar en pánico.

Eso me hizo levantar la vista. Sus ojos brillaban de euforia ante el descubrimiento y también me sonreían.

Tenía que constatarlo.

–*¿En serio* quieres besarme?

Mostrando un costado humorístico que yo todavía no había advertido, puso los ojos en blanco, como suplicando al cielo que lo ayudara con su estúpida alma gemela.

–Dios, dame fuerzas. Misty, ¿no te das cuenta de cuando un chico hace meses que se muere por besarte?

Evidentemente, no.

–¿Quieres decir que querías besarme en Ciudad del Cabo?

–Sí, en Ciudad del Cabo, y con esos ridículos pingüinos y en la cima de la Montaña de la Mesa. ¿No comprendes que eres muy *besable*?

Me pasé rápidamente la lengua por los labios por si estaban muy secos y fríos.

–Pero yo creí que querías arrojarme un balde de hielo en la cabeza cuando te gané el partido de ping-pong.

Su boca se curvó de modo encantador.

–Eso también. Nunca dije que fuera coherente. Me enfureces y me atraes en partes iguales –se inclinó hacia adelante y me dio un beso en la punta de la nariz–. Dicho sea de paso, exijo una revancha.

–Solo si estás preparado para que te dé otra paliza.

–Esta vez, estoy preparado; no será tan fácil vencerme.

Yo seguía pensando en el comentario de que era muy “besable”. Estaba diciendo la verdad, pero no encajaba con mis sensaciones de nuestros encuentros en Sudáfrica.

–Pero en la playa, te alejaste de mí.

Suspiró al comprender que el beso se pospondría un rato, hasta que pudiéramos resolver esa cuestión.

–Me alejé de la familia que no tenía. Me dijiste que yo no podía comprender a tu familia.

Repasé la conversación y entendí que, al ser particularmente sensible, podía haber pensado eso.

–¡No lo dije como un insulto! Quise decir que éramos una grupo de dementes, que estábamos más allá de la comprensión de una persona normal. Te colocaba en el bando de los normales, no me estaba burlando de ti.

Su mano se había posado en mi cadera, y la calidez se filtró a través del abrigo y de la falda.

–Siempre quise formar parte de un grupo de locos como ese, más que nada en el mundo. Todos los savants que conozco tienen eso; me siento un fenómeno de la naturaleza al estar solo.

En lo que a su don se refería, tal vez yo era un software incompatible, pero al menos podía concretar el deseo de su corazón, porque yo venía con la batería completamente cargada en cuanto a la familia: madre, padre, hermanos, abuelos y tíos a montones.

–Entonces, bienvenido a mi familia. Todos estarán bochornosamente encantados de recibirte.

Alex me apartó el pelo del rostro, los pulgares rozaron mis rizos rebeldes. El beso volvió a colocarse en primer término.

–Mi estúpido cabello; siempre se me viene encima –me apresuré a llevarlo hacia atrás pero Alex me detuvo.

–Déjalo. Me encanta tu pelo rebelde. El color es maravilloso... tiene rayos de sol. Es como tú –retorcí un rizo alrededor del dedo, fascinado al ver cómo se adhería.

–No estoy segura de creerte, porque le dijiste a tus amigos...

–Sé lo que les dije a mis amigos. No podía admitir ante ellos que deseaba hundir mis manos dentro de tu cabello –unió la acción a la palabra.

–¿Entonces, eras como ese niño que lanzaba huevas de rana a una niña para demostrarle que le gustaba?

Alex rio ante la imagen.

–No exactamente. Verás, yo no sabía que mi chica estaba escuchando. Estaba restándole importancia a la atracción que sentía por ti... Y es cierto que

esa noche lucías más salvaje que nunca. Estabas muy linda. Fue muy raro.

–Y mi presencia te obligó a decir una verdad, pero la adaptaste para tu público.

Asintió.

–Me desviaste de lo que iba a decir; no puedes evitarlo. Quería sonar relajado, pero sonó cruel.

¿Iba a perdonarlo?

–¿Y qué fue todo eso de que “ella está muy lejos de ser la chica con la cual saldría”?

–Ah –lo había atrapado–. No puedes esperar que diga delante de mis amigos bocones que eras *lekker*.

–¿*Lekker*?

–Hermosa.

Por la curva de su sonrisa, supuse que esa no era exactamente la traducción correcta, pero decidí que la buscaría más tarde.

–Estuvieron tratando de hacerme admitir que sentía algo por ti al actuar de manera tan distinta cuando estabas cerca. Pero viste lo que sucedió cuando me hiciste confesar que había estado enamorado de la Srta. Coetzee; si tan solo hubiera sugerido que me gustabas, habrían estado insoportables durante semanas.

Una leve señal de alarma sonó en mi interior al pensar que se había sentido obligado.

–¿Esa es la única razón?

–¿No dejarás pasar este tema?

–Lo que dijiste acerca de que te hacía pasar vergüenza me atormentó durante meses.

Llevó mi mano derecha a su boca y me besó los dedos.

–Lo siento. Contigo no puedo escapar con verdades a medias, ¿no es cierto? Me va a llevar un tiempo acostumbrarme. Supongo que la verdadera razón fue porque parecías demasiado joven y dulce para mí, y yo me convertía en un tonto cuando estaba cerca de ti. Mientras espero a mi alma gemela, solo salgo con chicas que no me transformen en un idiota.

–Solo *salía* con chicas. En pasado.

–Sí, en pasado –me quitó un copo de nieve de la mejilla–. Y yo estoy bien pasado de ganas de besarte. ¿Ya terminé de dar explicaciones?

Asentí. Dios mío, ahora que había anunciado su intención, era todavía más difícil. Yo nunca había besado a un chico, al menos no como es debido. Hasta ese momento, siempre habían sido experiencias breves en rincones oscuros en alguna fiesta, que no me habían resultado muy agradables. Algo siempre había salido un poco mal. Normalmente, era yo riéndome nerviosamente e irritando a mi pareja. Como ningún chico había dicho que besarme le había volado la

cabeza, me consideraba un fracaso en la materia.

–¿Qué tengo que hacer? –pregunté.

–Solo tienes que disfrutarlo –sonrió con timidez–. No es un examen – eliminó el espacio que nos separaba y apoyó sus labios en los míos. Eso no eran bocas y dientes aplastados torpemente ni producía ganas de reír; al contrario, era una dulce exploración de suaves texturas y de tibieza. Cambió la forma en que estábamos colocados para que quedara reclinada hacia atrás, su rostro sobre el mío. Una mano firme me sostenía en medio de los omóplatos mientras la otra me acariciaba el pelo, el cuello, la oreja. No me había percatado de lo sensibles que podían ser esos lugares; era como si los encendiera a todos, llevándolos a un estado elevado de conciencia con cada roce de sus dedos. Era un beso de bienvenida, una promesa de lo que podíamos ser juntos. Mientras me iba guiando sin torpeza ni vacilación, sentí que su abrazo era tan fuerte, tan natural. No quería que terminara nunca; resultaba mucho más lógico que hablar; pero finalmente se apartó. Nos quedamos mirándonos con la misma dulzura con que nos habíamos besado.

–¿Lo hice bien? –susurré. ¡Qué estúpida! Si lo había decepcionado, no iba a decírmelo.

–Lo hiciste bien –confirmó. Y luego agregó cariñosamente–: ¿Y yo?

–Claro que sí.

–Estoy contento. Nunca había besado antes a mi alma gemela.

Unos copos de nieve muy finos caían en forma constante. Ya no podía ignorar más que mis pantimedias agujereadas no estaban logrando defenderme del frío adecuadamente y que Alex debía estar congelándose, dado que venía del verano sudafricano.

–¿Entramos?

Me atrajo hacia él para compartir el calor de nuestros cuerpos.

–¿Acabas de encontrar a tu alma gemela y quieres regresar allá dentro para quedarte toda la noche de pie sosteniendo una bandeja?

–No, en realidad, no.

–Por no mencionar el tener que responder a todas las preguntas que te harán tus amigas... y Uriel... y la Srta. Coetzee.

–Ay, no –me estremecí. Se volverían locos cuando se enteraran y me harían morir de vergüenza.

–Muy bien. Yo voto por que dejemos un mensaje de que no volveremos a la fiesta y que vayamos a caminar.

–¿Por la nieve? –bajé la mirada hacia mis zapatos de taco bajo.

–Sí, por la nieve.

–Es una locura.

–Sí, lo sé.

–Hagámoslo –me puse de pie y apoyé los zapatos con fuerza para hacer

circular la sangre. *Hey, Summer, ¿Angel y tú pueden cubrirme? Voy a dar un paseo con Alex.*

Me contestó con la rapidez de un rayo. *¡A dar un paseo con Alex!*

*¿Acaso te convertiste en una cotorra?*

*¿Entonces, él es...?*

*Sí.*

Un chillido telepático es todavía más ensordecedor que la versión audible. *¡Lo sabía!*

*No, no lo sabías.*

*Bueno, lo esperaba. Me muero de ganas de contárselo a Angel.*

Era una buena idea. Las dos juntas podrían sobreponerse a la conmoción de la etapa inicial del festejo antes de reunirse con nosotros.

*¿Puedes decirles a los compañeros de equipo de Alex que él los verá más tarde?*

*Bueno. Ay, Misty, es tan perfecto. ¡No puedes imaginarte cuánto significa para mí!*

*Gracias, Summer.*

Exactamente como había prometido, estaba emocionada por las dos. Yo no estaba segura de haber sido tan noble si el destino hubiera sido al revés, aun esforzándome mucho. Pero también tenía que reconocer que había tratado de conectarla nada menos que con mi alma gemela. ¿Quizá sí...?

No. Yo no era una persona tan buena. Me habría puesto verde de envidia.

*Nos vemos más tarde, Summer.*

*Tómate tu tiempo; de este lado, tengo todo bajo control.* Summer cortó la conexión.

–Todo arreglado. Podemos irnos.

Alex me quitó la nieve de los hombros.

–Muéstrame tu ciudad, Misty –me fascinaba la manera en que pronunciaba mi nombre con su acento sudafricano, como si le diera un golpecito a la “t”.

Cambridge es un lugar hermoso: callecitas pintorescas, viejas universidades que parecen castillos o catedrales. La ciudad estaba llena de estudiantes; las calles, atestadas de jóvenes como nosotros que habían salido a disfrutar de la noche; nadie reparaba en nosotros mientras caminábamos entre ellos. Un músico callejero tocaba el violín debajo de la marquesina de un café. En alborotados blancos y rosas, un grupo de chicas de una despedida de soltera pasaron en medio de gritos entrecortados oliendo a alcohol. Los ciclistas serpenteaban a través de la multitud, haciendo sonar sus bocinas ante la escasa reacción de los transeúntes que desfilaban lentamente por el medio de la calzada.

–¿Hay algún lugar más tranquilo? –preguntó Alex. Ninguno de los dos buscaba una atmósfera festiva.

–Sí, pero no sé si las verjas estarán abiertas todavía. Los senderos que corren entre la parte de atrás de las universidades y la orilla del río suelen estar cerrados por la noche.

Alex me apartó del camino de un ciclista sin luces.

–Eso no será un problema.

No estaba mintiendo.

–¿Estás seguro?

–Sí. Misty, tú no sabes todo acerca de mí.

–En realidad, no sé prácticamente nada: es un poco aterrador.

–Lo mismo digo con respecto a ti –sacó un gorro de lana del bolsillo del abrigo y me lo calzó sobre las orejas frías–. ¿Sabías que mi don funciona (excluyendo a la persona aquí presente) como una especie de hechizo o encantamiento?

–Sí, Tarryn me lo explicó –una vez más, surgía ese tema que todavía no habíamos abordado; se veía claramente que le preocupaba, ya que siempre lo mencionaba. ¿Acaso yo debería decir algo? ¿Hablarlo abiertamente? Alex, sin embargo, llevó la conversación en otra dirección.

–No funciona solamente con personas. Puedo hechizar un cerrojo... y muchas otras cosas más.

Esa noticia me distrajo de mis preocupaciones. Nunca había oído hablar de un don semejante.

–¿Cómo funciona?

Entrelazó su mano con la mía. Yo tenía guantes en el bolsillo, pero preferí sentir el contacto de su piel.

–Creo que los convengo de estar en el estado en que yo quiero que estén. Si se trata de una persona, la convengo de que mi razonamiento es correcto; si es el cerrojo de una puerta, lo convengo de que quiere estar abierto.

–Eso es... increíble y una fórmula para convertirte en un maestro del delito.

–Debo admitir que varias veces me sentí tentado –lo asaltó una nueva idea–. Es bueno que esté unido a alguien que me haría confesar... No estaré impaciente por llevar a cabo un asalto sabiendo que terminaría confesando todo a la policía en el interrogatorio.

–Al menos soy buena para algo.

–Yo espero, Misty, que seas buena para todo.

Eso no era exactamente una verdad, pero tampoco lo percibí como una mentira. A veces, deseaba poder desconectar mi don y permitirme disfrutar los elogios sin diseccionarlos.

–Eres muy dulce.

Arribamos a las puertas de Clare College. Kings y Trinity College podían ser más famosos, pero yo siempre pensé que Clare era la verdadera joya de las universidades de la zona ribereña. Mezclados entre un grupo de estudiantes,

pasamos delante de los porteros de la entrada principal. Luego cruzamos el patio de edificios de piedra clara y nos aproximamos a las verjas de hierro que custodiaban la zona del puente sobre el río Cam, que daba a los jardines. Tenían un cerrojo con código.

Me quedé al lado de Alex tratando de ver qué iba a hacer.

–Quizá sea mejor que te alejes un poco –advirtió.

–Ah, sí. Perdón –no habíamos probado cuán cerca podía estar sin anular su don. Retrocedí unos veinte metros. Cuando volteé, la puerta ya estaba abierta.

–¡Guau, eso sí que fue rápido! Los de *Ocean's Eleven* te aceptarían en el equipo con los brazos abiertos.

Me echó una sonrisita traviesa que ni siquiera George Clooney podía superar.

–¿Esos tipos? Misty, yo no necesitaría diez compañeros para robar un casino. Lo podría hacer solo –y era cierto. Podía llevar aparte al gerente y convencerlo de que sería una gran idea entregarle el dinero, y luego olvidarse por completo de él.

Tomada del brazo de mi *Ocean's One*, pasamos a través de la verja y nos dirigimos hacia el puente.

–Esto es imponente –Alex se detuvo en el medio y observó la belleza de los jardines y las universidades de Cambridge, delineados cuidadosamente por la nieve–. Me encanta lo antiguo que es todo aquí.

–Tenemos mucho antiguo, es verdad –eché una mirada por encima del grueso parapeto de piedra y pensé en las generaciones de estudiantes que se habían detenido en ese mismo lugar con sus togas y birretes negros. El río era un rollo de seda negro como la tinta, que se desenrollaba incesantemente. En ambas márgenes, las riberas brillaban con las renovadas capas de blanco. Hasta podía distinguir la hierba y los juncos inclinados bajo el peso de la nieve, encorvados cual miles de sastres que cosían los bordes del agua. Las cúpulas de la capilla de King's College rasgaban el cielo con sus agujas. Cada árbol y cada arbusto era una pieza de encaje de ramitas increíblemente enmarañada. El puente sobre el cual nos encontrábamos, una regla con bisagras sobre el río, tenía bolas de piedra gris marcando los ángulos del arco. La nieve se había instalado en las esferas como si fueran unas ridículas pelucas expuestas en la vidriera de algún peluquero del siglo XVIII.

–Bonito, ¿verdad? –no agregué que también pensaba que era profundamente romántico. Proponer que nos alejáramos de la fiesta había sido una idea inspiradora de Alex.

Se inclinó a mi lado; el dedo meñique de su mano derecha tocaba el mío de la izquierda. Deseé poder tomar una fotografía para guardar el recuerdo: sus dedos fuertes de uñas cuadradas y los míos pequeños y ovalados apoyados suavemente sobre la nieve fresca. Los dedos de él y los de ella.

–Muy bonito –señaló. Estaba tan cerca que podía sentir el calor de su respiración en la mejilla–. Pero la vista de este lado me gusta aún más –su cabeza había girado hacia mí.

Me moví para quedar frente a él.

–Sabes algo, estaba pensando exactamente lo mismo –aunque trataba de aparentar la misma confianza que él demostraba, tenía un nudo en el pecho: excitación, pero también mucho temor de arruinar todo–. Lo siento, Alex, pero es demasiado para asimilar en tan poco tiempo. Tú, yo, almas gemelas. Creo que hasta me resulta difícil respirar.

–Déjame ayudarte –acercó su frente a la mía, la mano fría apoyada en mi cuello–. Respira conmigo –tomamos aire y exhalamos un par de veces–. ¿Mejor?

Asentí.

–Segunda parte de nuestra terapia de relajación –me atrajo para besarme otra vez. Nos mirábamos y sonreíamos. Me puse en puntas de pie para ir al encuentro de sus labios, y él se inclinó hacia mí. Mis manos se agitaron y luego descansaron en sus hombros; las de él, en mi cadera. Esta vez fue aún mejor pues estaba menos ansiosa. En muy poco tiempo, sentiría adicción a su sabor y a su olor. Estaba decidida a recordar todos los detalles, conocer a Alex como me conocía a mí misma. Su loción para después de afeitarse tenía vestigios de especias y sándalo, pero también había algo debajo que era solamente de él. Y le hablaba a mi cuerpo, despertándome, conectándome con mi alma gemela a un nivel mucho más profundo que el pensamiento consciente. Lentamente, estábamos forjando nuestra propia armonía.

Su boca era tremendamente suave. De ella, no solo brotaban palabras seductoras; cada beso era un hechizo. No estaba ejerciendo ningún don para persuadirme de que él era bueno en eso: a mi lado, no necesitaba hacerlo. Y yo se lo agradecía porque habría resultado falso. Tenía que ser simplemente un talento innato.

Nos separamos.

–Guau. Soy una chica afortunada –lancé una risita levemente nerviosa.

–Y yo soy un chico feliz –me acarició la mejilla con los dedos.

Caminamos despacio de regreso a la fiesta por el costado del río, a través de los silenciosos jardines nevados. Esa noche, me resultaba difícil creer que algo podría alterar el vínculo que habíamos establecido tan rápidamente.



## CAPÍTULO II

**D**ime, Alex, ¿cuáles crees que son las cualidades necesarias para ganar un debate?

La pregunta provino de un hombre sentado en la primera fila. Yo me encontraba al fondo de la cámara de debates de la Cambridge Union, tan lejos de Alex como fuera posible mientras el equipo sudafricano respondía a las preguntas formuladas por un grupito de periodistas especializados, que se había reunido para entrevistarlos. El concurso de ese año había atraído más interés que lo habitual debido a que, por casualidad, tres países habían elegido presidentes o primeros ministros que habían sido antiguos ganadores de la Copa Internacional de Equipos de Debate.

–La primera es conocer el tema –Alex se acercó un poco más al micrófono mientras sus dedos se movían ligeramente delante de él como si danzaran al ritmo de las palabras–. Con eso quiero decir que uno debe conocer las diferentes opiniones que sostiene cada uno para poder discutir en forma efectiva y convencerlos, como un cocinero seleccionando las especias correctas

para atraer las papilas gustativas de los comensales.

Alex era tan maravilloso cuando hablaba en serio. ¿Acaso nadie más lo había notado? Me pareció que la reportera treintañera del Suplemento de Educación del *Times* sí lo había hecho, porque estaba enrollando el lápiz en el pelo con aire inocente.

*Se mira y no se toca*, pensé con irritación al vislumbrar un futuro de mujeres depredadoras que me volverían loca.

–Retomando la pregunta de mi colega –dijo con un tono seductor, digno de una anunciadora de radio de un programa de medianoche–, creo que hace falta algo más. Para ganar no basta con el intelecto. ¿Qué piensan tus compañeros de equipo?

–Obviamente, con carisma tienes ganada la mitad de la batalla... míranos a nosotros –respondió Hugo mientras extendía los brazos como diciendo *el atractivo personal es obvio*.

–Entiendo la idea –la periodista emitió una sonrisita enervante.

Dando rápidos golpecitos con el lápiz en su libreta, el hombre de mirada esquiva que había hecho la pregunta original habló otra vez.

–Además del usual carisma, yo estaba interesado en averiguar si Alex consideraba que se necesitan poderes especiales.

Tarryn, que estaba sentada en silencio a un costado de la conferencia de prensa, volvió la cabeza bruscamente en dirección al reportero. Ella también había captado el énfasis particular con que el sujeto había mencionado los “poderes especiales”.

*¿Es un savant?*, le pregunté.

*No que yo sepa*.

Intenté distinguir su rostro, pero estaba sentada en el lugar incorrecto. Todo lo que pude vislumbrar fue su cabello negro y corto generosamente salpicado de gris, una gran oreja derecha y una nariz semejante a la proa de un barco. Vestía un blazer arrugado de lino y tenía una libreta con espiral apoyada en la rodilla.

Alex hizo una pausa antes de responder, seguramente para volver a comprobar que la influencia que yo producía sobre la verdad no estuviera a punto de transformar lo que él dijera en una confesión de su don.

–Imagino que todos los que llegamos a la final internacional debemos poseer algo especial –su mirada se dirigió a sus compañeros de equipo en busca de apoyo.

–Sí, yo conocí anoche en la recepción a las campeonas danesas y puedo asegurarles que forman una combinación muy poderosa –bromeó Phil con un dulce dejo de rubor.

*¿Quién es ese sujeto?*, le pregunté a Tarryn. El hombre no le quitaba los ojos de encima a Alex, ni siquiera cuando hablaban otros.

*Creo que es del periódico Los Angeles Courier. No puedo recordar su nombre, aunque anoche me lo dijo. Insistió en presentarse y preguntó dónde se encontraba Alex, ya que había conocido a los otros chicos y notó que faltaba él.*

Porque Alex se había marchado conmigo. La mejor noche de toda mi vida. En ese momento, no sospeché nada, pero ahora...

*Sí, es siniestro.*

*Y está demasiado interesado en Alex.*

No era necesario que mencionáramos nuestra mutua decisión de protegerlo: era algo obvio.

*Cuando todo termine, ve hacia Alex y llévatelo de aquí; yo distraeré al reportero,* dijo Tarryn.

*Será un placer.*

Alcancé a percibir su sonrisa burlona. Cuando les dimos la noticia, Tarryn y Uriel habían estado geniales. Habían mostrado genuina felicidad y no la humillante explosión de excitación de Angel al vernos regresar de la caminata. Mi amiga se comportó como si fuera una caja de petardos y le hubieran arrojado un fósforo. Afortunadamente, para entonces había tanta gente y tanto bullicio que solo la había escuchado aproximadamente la mitad del salón. Angel no se caracteriza precisamente por su discreción.

Después de dos preguntas más, concluyó la conferencia. Los periodistas se encaminaron a disfrutar del almuerzo dispuesto en la biblioteca del edificio; solo se quedaron el tipo siniestro y la mujer seductora. Supongo que debería agradecerle a la mujer por llegar primero hasta Alex e impedir que el reportero de *Los Angeles* lo acaparara.

–Bueno, Alex –oí que le decía mientras me acercaba–, esperaba convencerte de que me permitieras hacerte una nota. Mis colegas de la oficina de Johannesburgo te escucharon en la final y afirmaron que eras increíblemente talentoso, que valía la pena seguirte. ¿Qué piensas? ¿Lograré convencerte?

Alex miró por encima del hombro de la reportera y se encontró con mi mirada explosiva.

–Es muy amable de tu parte pensar en mí, pero soy un jugador de equipo. No quiero que me hagan una entrevista a mí solo, separado de mis amigos.

Tenía que reconocerle algo a esa mujer: era realmente persistente.

–Esa actitud es muy dulce de tu parte, Alex, pero estoy segura de que no les importará. Después de todo, ellos también deben admirarte, sabiendo cómo has triunfado a pesar de las dificultades.

La expresión de Alex reveló cuánto le incomodaba que la reportera conociera parte de su historia. Seguramente, deseaba que yo me mantuviera alejada para poder persuadir a la mujer de que abandonara la idea.

–Verás, como toda buena periodista, antes de hablar contigo, estuve haciendo un poco de investigación. Debo decirte que estar un año adelantado y aun así mantenerte a la cabeza de tu grupo en uno de los mejores colegios de tu país, y todo eso después de un comienzo realmente duro, es un brillante testimonio de tu inteligencia y de otras cualidades personales.

Ya era hora de que lo rescatara.

–¡Hola, Alex! –exclamé alegremente apartándola para llegar hasta él y tomarle el brazo–. Siento haberte hecho esperar, pero ya estoy lista para llevarte a pasear por Cambridge –subtexto: *apártate, mujer fatal, con tus intenciones secretas de adular a mi chico y utilizarlo para llenar la columna de tu periódico.*

Alex se inclinó para saludarme con un beso.

–Hola, Misty. Claro. Vayamos –señaló. *Gracias por recatarme.* Luego agregó, por encima del hombro–: Te agradezco que hayas pensado en mí, pero no suelo hacer esas cosas.

Nos escapamos rápidamente pasando junto a Tarryn, que tenía arrinconado al hombre de *Los Angeles*. Este intentó liberarse, pero ella continuó hablando animadamente sobre las políticas educativas de Sudáfrica. Mientras pasábamos, los ojos del reportero siguieron a Alex; tenían una expresión que, según yo interpreté, estaba compuesta en partes iguales de astucia y frustración.

–¿Viste al reportero siniestro? –le pregunté.

–Difícil no verlo. Se me acercó al principio y dijo que se llamaba Eli Davis. Está escribiendo un artículo sobre la educación del presidente estadounidense y siente cierta aversión hacia este tipo de competencias que entrenan a jóvenes de clases privilegiadas para manipular a otros y, en última instancia, al electorado de Estados Unidos. No comprendo bien por qué podría estar interesado en un sudafricano.

Nos colocamos en la fila del buffet.

–¿Ese es su único interés? Me pareció que su última pregunta apuntaba directamente a... bueno... a tu don.

–Yo tuve la misma impresión –echó una rápida mirada alrededor de la biblioteca con sus estantes kilométricos llenos de volúmenes con una encuadernación idéntica. Pequeños grupos de estudiantes, maestros y miembros de la prensa conversaban animadamente–. Me gustaría saber qué piensan Uriel y la Srta. Coetzee, pero este no es el momento. Y tenemos el primer debate esta misma tarde.

–Estoy ansiosa de que llegue la hora –ya había memorizado sus horarios. Se trataba de una impresionante competencia y solo los ganadores pasaban a la ronda siguiente. Su equipo concursaba contra los texanos con la siguiente propuesta: “Esta cámara piensa que la gente está más segura si las armas de

fuego poseen controles estrictos”. Considerando el culto a las armas de fuego existente en ambos países, ese tema debería constituir un acalorado debate; los texanos habían recibido la tarea de hablar a favor de la propuesta.

–Eh, Misty, ¿te importaría quedarte fuera de este debate? –Alex se aclaró la garganta.

–¿Fuera?

–Quiero decir fuera del salón.

–Ah.

–Tú sabes que eres como la kriptonita para mi don, y voy a tener que mentir de manera convincente para defender mi moción. Por error, podrías anularme en medio de un argumento. La Srta. Coetzee sugirió que no nos arriesgáramos.

–Pero se lleva a cabo en mi escuela.

Alex apartó la vista y miró por encima de mi cabeza.

–Uriel dice que le agradecería mucho que lo visitaras en sus oficinas de la universidad.

–Ya veo. De acuerdo –entendí claramente.

–Gracias.

Hice a un lado mi decepción y cambié de tema.

–No me gusta nada ese reportero. Así que, ya sabes, si yo no estoy, no te quedas solo con él ni nada parecido.

Podía escuchar a Alex pensando *¿Cuántos años tengo? ¿Cinco?*, pero no dijo nada porque notó mi preocupación.

–No lo haré. La Srta. Coetzee es muy estricta en eso de que no me meta con extraños.

–Suena como mi mamá –decoré mi plato con bocadillos y fruta fresca.

Pequeñas rodajas de melón quedaron junto a grandes colinas de uvas y trozos de ananá, de modo que armé una carita feliz con comida mientras reubicaba lo que había elegido—. Está enloquecida con esto del asesino savant.

–Tú también tendrás cuidado, ¿no? –Alex robó una nariz de uva de mi obra de arte.

–Sí, pero yo no soy conocida como tú. Soy una persona mucho menos notoria.

–No estoy muy seguro de eso. Yo no puedo dejar de notar tu presencia –reemplazó la nariz que me había arrebatado por un enorme triángulo de sandía.

–Eso es porque estás condenado por el destino a encontrarme fascinante. Créeme, formas parte de una minoría.

–¿Ya terminaste tu escultura de frutas?

–Sí. ¿Nos sentamos allí? –señalé un lugar soleado que un grupo de personas acababa de abandonar.

Angel y Summer se unieron a nuestra mesa que se encontraba junto a la ventana y estaba rodeada de estantes de libros.

–Hola, Misty. Hola, Alex –dijo Angel alegremente.

–Dios mío, ya empezamos –gruñí–. ¿Te vas a comportar? Estamos rodeados de gente normal, Angel.

–Ni lo sueñes –tomó una papa frita–. Mira esto: tiene forma de corazón. Es de ustedes, chicos –y la colocó en mi plato. Era típico de mi amiga suponer que nos habíamos enamorado instantáneamente, pero tendría que hablar con ella en privado y explicarle que el cariño profundo no era lo mismo que el amor; no en esa etapa cuando apenas estábamos conociéndonos. Mis emociones se agitaban y cambiaban y supongo que también las de Alex, pero todavía no reconocía qué forma estaban tomando.

Me pregunté cómo sería para otras chicas conocer por primera vez a sus almas gemelas. Crystal me había contado que no había reconocido a Xav durante bastante tiempo, y luego había sobrevenido una crisis que los obligó a descubrir la conexión. Y una vez que los ánimos se calmaron, descubrieron que varios de sus problemas se habían solucionado sobre la marcha. Me pareció que quizás era peor tener tiempo para pensar. Alex y yo teníamos diez días para estar juntos antes de que él regresara a su casa, y la mayor parte de ese tiempo yo debía estar en la escuela. No era el escenario más romántico del mundo.

*No sé. No me desagrada la idea de sentarme detrás de ti en el aula y enviarte mensajes. Como no lo había bloqueado, Alex había captado el final de mis pensamientos.*

*No es necesario que me envíes mensajes escritos; tenemos telepatía, le recordé.*

*No es lo mismo. El peligro de que el profesor nos pesque le agrega algo especial a la experiencia. Proyectó una imagen de historieta de él dándome un papel doblado por debajo del escritorio mientras el profesor pasaba a nuestro lado; en el cuadro siguiente, había una sola palabra: “¡Atrapada!”.*

*No te preocupes; si el profesor te hiciera quedar después de hora, yo te esperaría afuera.*

*Y yo que esperaba que te quedaras en la escuela conmigo.*

En los dos últimos años de mi escuela secundaria, no nos hacían quedar después de clase (se suponía que ya éramos grandes para eso), pero igual era una idea tentadora.

*Cuando quieras.*



Dejé a Summer y a Angel con estrictas instrucciones de que me contaran telepáticamente el desarrollo del debate mientras yo desaparecía en las oficinas de Uriel de Trinity College. Cuando llegué, estaba terminando una reunión con el Dr. Surecross, su compañero de investigación en Cambridge. Recientemente, me había encontrado un par de veces con él. Era un hombre de aspecto preocupado, de cincuenta y largos años, bajo y robusto. Uno al lado del otro parecían un paquete de harina junto a otro de espaguetis. Tenía la impresión de que, si le daba unos golpecitos al doctor, brotaría una nube de polvo blanco del cuello y de las mangas. El hombre me saludó con la cabeza al pasar a mi lado y se escabulló hacia su laboratorio.

–Hola, Misty. Entra –Uriel retrocedió para dejarme pasar.

–Qué buen lugar –le habían proporcionado un conjunto de salas que daban al Gran Patio de la universidad con su fuente decorada y sus cuatro jardincitos verdes. El terreno estaba cruzado por senderos y rodeado por edificios de piedra con infinidad de ventanas. Los alumnos circulaban a través del patio sin pisar el césped, manteniendo cada uno su propia trayectoria, como cometas atravesando el cielo.

–¿Qué puedo ofrecerte? ¿Té?

–Café, gracias.

Tomó un recipiente de café instantáneo.

–Esto es lo único que tengo. ¿No te importa?

–Está bien –me desplomé en un sillón blando mientras un ruido sordo avisaba que el agua ya estaba hirviendo.

–¿Y qué se siente haber encontrado a su alma gemela, señorita? –preguntó alcanzándome una taza. Un par de granos sin disolver daban vueltas en la superficie como verrugas en un rostro de piel color café.

–Aterrada.

–Te entiendo –dijo y se sentó en el sillón frente a mí.

Sabía que podía hablar con él; era el más accesible de los hermanos Benedict, al menos conmigo. Yo había estado presente en la noche más memorable de su vida, de modo que eso nos había acercado; sentía que era como el hermano mayor que nunca tuve.

–Uri, ¿está bien que siga pensando que en cualquier momento voy a arruinar todo?

–A mí también me sucede. Todo el tiempo –tomó un sorbo de su bebida–. Pero tienes que tener presente que es probable que tu alma gemela piense lo mismo.

–Pero la tuya es Tarryn, que ya me contó que siente que tiene un defecto... ya sabes, ¿su don?

–Sí, es un problema para ella. Estamos trabajando en eso –Uriel frunció levemente el ceño, en estado de introspección.

–Pero yo estoy unida al Sr. Perfecto y Encantador. Es imposible llamarle defecto a lo que hace Alex: es algo increíble y realmente útil.

–Podría ser irritante –sugirió Uriel reclinándose y haciendo malabarismos con la taza sobre el brazo ancho y gastado del sillón.

–Pero no lo es, ¿verdad? Porque al mismo tiempo se burla de sí mismo. ¿No lo notaste?

Uriel emitió su típico “¡jah!”, ese sonido de reconocimiento que parecía una suerte de sonrisa.

–Debo haberlo notado porque todavía me cae bien.

Coloqué la taza encima de una pila de papeles y luego volví a apoyar la cabeza en el sillón y cerré los ojos. Algunas cosas son más fácil decir las sin sentir la mirada del otro sobre uno.

–El problema es mi don. ¿Recuerdas que te conté en la Montaña de la Mesa que había descubierto que yo ponía a Alex en un lugar malo, que le impedía utilizar su don? Bueno, sigue sucediendo... Tú sabes que esa es la razón por la cual estoy aquí y no en el debate –tragué con dificultad, pues tenía un nudo en la garganta–. ¿Alguna vez escuchaste que un alma gemela le hiciera más difícil la vida a su pareja? Yo pensé que se suponía que debíamos ayudarnos a crecer mutuamente.

–Esa es la teoría, y yo la he visto funcionar en la práctica en mi propia familia –escuché que Uriel forcejeaba con un envase de galletas–. Aquí tienes, cómete una.

Al abrir los ojos, me encontré con un envase de galletas con chispas de chocolate frente a la nariz.

–Gracias. Espero que aplicarle chocolate a la solución del problema no sea una señal de que me consideras insalvable.

–No necesito excusas para ofrecer galletas –señaló mientras tomaba una–. No debes enloquecerte, Misty. ¿Cuánto tiempo tuviste para solucionar este problema? Ni siquiera un día entero. Todavía no se conocen lo suficiente como para saber cómo acoplar sus dones. Alex te gusta, ¿verdad?

–Sí, mucho. Es que me asusta, que sea tan... tan *Alex* para todo. Pensé que mi primera relación importante sería como dar un examen de conducir –con la posibilidad de darlo otra vez si me iba mal–, pero siento que fui directamente a la grilla de largada del Gran Premio de Fórmula 1, donde no hay margen de error.

Uriel rio ante mi imagen.

–Tienes que darte tiempo, Misty. Tal vez no te agrade lo que te voy a decir, pero, desde mi perspectiva, eres muy joven y estás buscando tu propio camino. No esperes que tus relaciones queden fijas cuando tu carácter todavía no lo está.

–No me molesta que me digas eso; es aterrador tener que tomar todas estas

grandes decisiones cuando todavía ni terminé la escuela. Hay tanto que no sé.

–Más de lo que piensas. Nunca conocí a nadie que se menospreciara tanto. Crees que no estás a la altura de Alex; que él es talentoso, genial, guapo... el primero de su clase.

–Bueno, ¡es que lo es!

–Y él debe pensar lo mismo de ti, estoy seguro.

Reí ante la afirmación.

–Uriel, yo no soy una chica genial ni talentosa. Comparada con él, no soy más que una estudiante difícil que ha tenido que cambiar varias veces de escuela.

–De acuerdo, yo diría que eres excéntrica –admitió con una gran sonrisa–. Tienes un encanto excéntrico y muy personal.

En ese instante, sonó el teléfono y Uriel se levantó para atender la llamada en el escritorio. Alentada por los agradables comentarios que me había hecho, extraje mi tarea y comencé a hacer los problemas de Matemáticas que me habían dado. Mientras mordisqueaba la punta del lápiz, estaba atenta a los mensajes que Angel me enviaba acerca del concurso. Era casi tan bueno como estar ahí, pues ella realizaba descripciones muy vívidas de los participantes. Comentó que un chico tenía la costumbre de mover la cabeza hacia arriba y hacia abajo, como las bombas de extracción de los pozos petroleros... Muy apropiado ya que el concursante era de Texas.

*¿Cómo le está yendo a Alex?*

*Tu chico es increíble. Cada vez que se levanta, es como si una descarga eléctrica recorriera al público. ¿Estás segura de que no está haciendo trampa y usando su don?*

*No. Tarryn explicó que se trataba de una suerte de efecto prolongado. Como el resplandor que queda después de la puesta del sol.*

*O el tipo tiene un talento natural, entonces su don sería una exageración.*

*Existe esa posibilidad. Le envié una sonrisa pero, en verdad, me sentía triste al quedar excluida, como el único chico de la clase que no fue invitado al cumpleaños de un amiguito. Avísame si gana.*

*Cuando gane, querrás decir.*

Uriel terminó de hablar.

–Era Victor. Por cierto, te manda felicitaciones.

–Ah –no había imaginado que la noticia se difundiría con tanta rapidez ni cuántos mensajes de ese tipo me llegarían de mis amigos y familiares. Ni siquiera había cambiado mi estado en Facebook.

–Misty, si tienes un momento, me gustaría hablarte acerca del asesino que estamos buscando –Uriel regresó al sillón y terminó el café.

–Te escucho –dije poniendo a un lado la tarea de Matemáticas.

–Victor estuvo examinando las semejanzas entre las víctimas y agregó más

detalles al perfil que ya habíamos trazado. El criminal elige savants aislados, generalmente aquellos que no tienen familia o son nuevos en nuestro mundo. Le agradan los dones que puedan tener influencia sobre otras personas y la posibilidad de generarle riqueza. Tres de los cinco savants norteamericanos que mató tenían habilidades para predecir el futuro; creemos que los usó para comprar acciones en la bolsa. Jody Gaspard, la víctima australiana, podía hallar recursos naturales analizando mapas geológicos. Podría darte más ejemplos.

Tuve una horrible sensación de que sabía a dónde quería llegar con eso.

–El sexo no parecer preocuparle, pero la edad elegida está entre los catorce y los dieciocho años. A Victor se le ocurrió algo nuevo: piensa que el asesino elige ese rango de edad para poder llevar a sus víctimas a lugares adonde van los adultos: bares, clubes, casinos. Está recolectando bienes: dinero, acciones, tierras. Todas sus víctimas parecían más maduras para la edad que tenían. Está siguiendo un plan que le resulta lógico.

–Piensas que Alex se ajusta a ese perfil.

–Sí. Y también Summer... y supongo que podrías pensar en varios más dentro de tu círculo. ¿Puedes difundir el tema, advertirles que tienen que estar especialmente alertas? Ya ha pasado un tiempo desde el último secuestro y estoy pensando que nuestro hombre debe estar poniéndose nervioso y preparándose para su próxima dosis.

–¿Dosis?

–Con criminales reincidentes como este, no se trata de algo impulsivo, es el alimento cuidadosamente planeado de su hábito de cobrarse vidas. El proceso completo le proporciona una intensa descarga de adrenalina, y no parará a menos que nosotros lo detengamos. No me sorprendería en absoluto que atacara pronto, aquí o en algún lugar cercano... en Europa continental o en Irlanda. Ese es su modo de actuar.

Coloqué los pies encima del sillón y me abracé las rodillas. El orificio de mis jeans había crecido hasta el punto de que se veía más piel que tela en la rodilla izquierda. Solo quedaban algunos hilos blancos que yo tironeaba nerviosamente.

–Espero que lo atrapen pronto. Odio esta sensación de tener que mirar por encima del hombro.

–Lo sé.

–¿Tarryn te mencionó al hombre desagradable de la conferencia de prensa?

–Sí. Victor está revisando sus antecedentes.

–Muy bien. Will me dijo que escuchara lo que me decía mi instinto con respecto a los extraños, y ahora me está gritando que ese periodista no vino por el debate.

–Interesante. Veré si puedo poner a alguien que lo vigile –envió un rápido

mensaje de texto—. Gracias, Misty, has sido de gran ayuda.



## CAPÍTULO 12

Como era de esperarse, el equipo de Alex fue el ganador. Apenas terminaron, se marcharon con los texanos para consolar a los perdedores, de modo que no volví a ver a Alex hasta la noche. Para ese entonces, papá y mamá, a quienes les había dado la noticia acerca de mi alma gemela la noche anterior, habían llegado en medio de la excitación y preocupación propias de todos los padres. La que teníamos por delante no sería precisamente una noche relajada para nosotros dos.

Mi padre reservó una mesa en el hotel Del Viejo Molino, en donde se hospedaban. Había conseguido convencerlos de reunirnos allí para usar la caminata a lo largo del río para informar a Alex acerca del interrogatorio que nos aguardaba. Me recordó un poco al trayecto recorrido hasta el aula de examinación para dar una lección para la que no había estudiado. No sabía cómo reaccionarían. En general, papá era más relajado, pero mamá era impredecible.

Al verme esperándolo en la pared de afuera de King's College, Alex me alzó en brazos y me abrazó con fuerza.

–¡Hola! ¿Cómo pasaste la tarde? –su rostro aún mostraba el asombro de

habernos encontrado, un suave resplandor en su expresión cuando me observaba. Aún no sabíamos bien cómo comportarnos. ¿Debíamos besarnos? Por un acuerdo tácito, nos decidimos por una actitud juguetona.

–No fue divertida porque faltabas tú –admití.

Me dio otra vuelta antes de apoyarme en el suelo. A la lista de cosas que me agradaban de Alex, agregué *fuera innata*.

–¿Listo para enfrentar a las fieras?

–¿Tú sientes lo mismo?

–Misty, no soy estúpido. Si pudiera evitarlo, ya habría huido a refugiarme en las colinas.

–Lamento tener que informarte que en esta ciudad no encontrarás colinas.

–¿Crees que les agradeceré?

Comencé a caminar y Alex me siguió.

–¿Cómo podrías no agradecerles? Solo espero que ellos te agraden a ti. Ya conociste a mi tía Opal, que es más joven que mamá. Son muy parecidas en cuanto a que ambas pueden ser intensas.

–¿Cuál es su don? –Alex absorbía la dinámica de mi familia con una sonrisa de perplejidad.

–Ver a través de las cosas.

–¿Cómo cuáles?

–Paredes y demás –esa era la parte vergonzosa.

Alex captó de inmediato las connotaciones.

–Lo que me preocupa es lo “demás” –echó un vistazo rápido a la parte de delante de la chaqueta–. Menos mal que la limpié esta mañana. Tu madre suena aterradora.

–Dímelo a mí. Pero tiene su don bajo estricto control. No tienes que preocuparte de que te espíe –no a menos que recurriera a la excusa maternal: “¡ay, es que estaba tan preocupada por ti!”–, que aplicaba en violaciones ocasionales de mi intimidad. Pero no era necesario que él lo supiera.

–¿Y tu padre no-savant? –entrelazó sus dedos con los míos, dejando que nuestros brazos se balancearan libremente entre los dos. Íbamos por un sendero paralelo al que habíamos tomado la noche anterior y estábamos cruzando el río junto a las barcas que se encontraban cerca de Fen Causeway, el puente vehicular. Con pocos turistas dispuestos a realizar una fresca excursión por el río, las barcas vacías de fondo plano se arremolinaban en las amarras como las teclas de un gigantesco piano de madera. *Si saltara de una a otra, ¿ejecutarían una melodía?*, reflexioné.

–Te has quedado muy callada –dijo Alex–. ¿En qué estás pensando?

–Perdona. Me distraje –no estaba completamente lista para compartir mis rarezas con él, teniendo en cuenta que todavía me hallaba en la fase en que intentaba impresionarlo.

–Ibas a hablarme de tu padre no-savant.

–No creo que le agrade que lo llames así. Después de todo, la mayoría de las personas no son savants –señalé a todas las personas que cruzaban el puente y a los autos que pasaban zumbando tratando de evitar el centro de la ciudad: la vida en plena actividad de sábado por la noche.

Me apretó ligeramente la mano en un gesto de comprensión.

–Tienes razón. ¿Qué puedes contarme del único miembro *normal* de tu familia?

Sonreí.

–Trabaja para una compañía de telecomunicaciones en Londres. Es muy paciente con todos nosotros, pero tenemos que acordarnos de que no se sienta excluido. Creo que muchas veces le ocurre.

–Muy bien. Ya veo. De modo que es probable que se ofenda fácilmente con esa cuestión. ¿Le molestan las almas gemelas? Podría ser intimidante para él, teniendo en cuenta que tu mamá, ya sabes...

–Por suerte, es muy seguro de sí mismo, y mamá es muy equilibrada. No va a salir huyendo por un capricho en busca de su pareja cuando sabe lo que vale el hombre que tiene en su casa –al menos, eso era lo que yo esperaba. Ningún chico podía controlar lo que sucedía en el matrimonio de sus padres. Creo que papá ni siquiera comprendía la fuerza del vínculo al que mamá había renunciado por él; si lo hiciera, quizás estaría más preocupado. ¿Cómo era aquel viejo proverbio? ¿La ignorancia brinda felicidad? En este caso, era verdad. Esa noche, yo tendría que tener mucho cuidado con lo que decía acerca de mis propios sentimientos para no afectar la relación entre mamá y papá.

–¿Los nervios van en aumento? –Alex flexionó los hombros al acercarnos a las luces brillantes del hotel. Llevaba la chaqueta de cuero color chocolate bien cerrada para defenderse del frío. Me detuve en la puerta del restaurante para cumplir un sueño.

–¿Qué haces? –Alex me miró los dedos.

–¿Sabes cuán tentadores son esos cierres? –deslicé hacia arriba los cierres de los bolsillos superiores y luego los abrí nuevamente.

–¿Has perdido la razón, mujer? Solo son cierres.

Le di unas palmadas en el pecho.

–En esta chaqueta y llevada por ti, son pura tentación y no pude resistirme. Desde la primera vez que te la vi puesta, he estado pensando en hacer eso.

Su sonrisa se volvió más amplia y se acercó un paso más.

–¿En serio? –su voz había ingresado en ese territorio peligroso que dejaba entrever que estaba deseando quedarse a solas conmigo. Acercó la boca a mi oído y me rozó con la nariz—. ¿Quieres escuchar algunas de las cosas que pensé que me gustaría hacerte?

–Sí –no podía salir del paso con una mentira.

–Empiezo por... –tocó levemente mi oído con la punta de la lengua.

*Misty, hay dos cosas que deberías saber, la voz de mi madre me llegó telepáticamente. Primero, te estamos esperando y, segundo, nuestra mesa está junto a la ventana y tiene una buena vista de la entrada.*

–Alex, mis padres pueden vernos.

Se quedó paralizado, sus labios ya se encontraban cerca de mi mandíbula.

–Eso no es bueno.

–No –comenté con una sonrisita nerviosa.

–¿Y ahora qué hacemos?

–Entramos y fingimos que no nos vieron –le tomé la mano–. ¿Listo?

Cuando nos acercamos a la mesa, mis padres se pusieron de pie. Ya habían abierto una botella de vino; estaba por la mitad y noté que la copa de papá estaba casi vacía. No solía beber mucho, de modo que supuse que no éramos los únicos que nos sentíamos nerviosos.

Mamá me recibió con un fuerte abrazo.

–Deslumbrante, Misty, es absolutamente deslumbrante –susurró a mi oído–. Y Uriel aseguró que es un joven realmente bueno, que es lo único que me importa.

–Gracias, mamá.

Papá observó a Alex con desconfianza y luego le extendió la mano.

–Alex.

–Sr. Devon –me gustó que Alex mantuviera el contacto visual mientras se daban la mano–. Es un placer conocerlo.

–Ya lo veremos.

–¡Papá! –exclamé y le di un beso de reproche en la mejilla–. Por favor, no seas así –mi plan de que Alex se enamorara de mi familia como parte del paquete pareció ser extremadamente optimista.

Papá se negó a dejarme sentar solo con un beso.

–Ven aquí, querida –me dio un abrazo atrayendo mi cabeza contra su hombro–. No tienes que hacerlo de esta manera, Misty. Lo sabes, ¿no? –se refería a que yo no tenía que seguir el guión savant y aceptar a mi alma gemela como mi destino.

–Lo sé, papá. Por favor, dale una oportunidad a Alex –nos sentamos en nuestros lugares, papá frente a mí. Nos dieron un indulto mientras elegíamos la comida, pero yo sabía que las preguntas no se harían esperar. Hubo algún intercambio acerca del menú pero luego mi padre fue al grano.

–Bueno, Alex, háganos de ti. ¿Cómo es tu familia? –preguntó en un tono más de interrogatorio que de conversación informal más acorde con lo que se suponía que era una cena de presentación–. Supongo que son savants.

El camarero regresó y colocó mi entrada de salmón delante de mí.

*Lamento mucho todo esto, le dije a Alex. Papá se lo tomó peor de lo que yo esperaba.*

–No sé demasiado acerca de mi familia, señor –Alex se echó hacia atrás para permitir que el camarero apoyara el plato de sopa–. Gracias –el joven se retiró; probablemente percibió que era buena idea buscar un lugar seguro–. Abandonaron el país cuando yo tenía unos tres años. Los servicios sociales se encargaron de mí, y viví en distintos lugares con una serie de familias adoptivas hasta que ingresé a mi actual colegio.

–Lo lamento mucho –dijo mamá–. ¿Entonces, tus padres no se mantuvieron en contacto contigo?

–No. No les agradó mi forma de ser –Alex comenzó a revolver la sopa sin hacer ningún intento de tomarla.

Reacomodé la comida en el plato. Era una desgracia que mi presencia fuera un impedimento para que Alex utilizara su don para cautivar, ya que estaba avanzando muy poco en la tarea de convencer a mi padre de que él representaba algo bueno en mi vida. El problema de Alex era que tenía que cargar con toda la desconfianza de mi padre acerca del mundo savant. Para él, yo era antes que nada su hija pequeña; podía tolerar a los savants mientras fueran graciosas extensiones de mi madre, con un efecto mínimo sobre su familia inmediata, pero ahora yo parecía dispuesta a vivir mi vida de acuerdo con un extraño apareamiento genético que él no comprendía. Estaba preocupado y un poco enojado. ¿Cómo podía contrarrestar sus emociones? Intenté resaltar los logros normales que mi padre entendería.

–Papá, ¿sabes que a Alex le ha ido muy bien en el colegio? –comenté con alegría–. Lo adelantaron un año y, aun así, es el primero de su clase. Le van a dar una beca completa para... Bueno, no estoy segura para qué universidad, pero para una de las mejores del mundo –todavía no habíamos llegado tan lejos como para hablar de esa cuestión.

*¿Cómo sabes lo de la beca?, preguntó Alex.*

*Parte de la conversación en el asado, que no debí haber escuchado, expliqué.*

–Imagino que debes haberte sentido muy solo –continuó mamá mientras le lanzaba miradas reprobatorias a mi padre–. Siempre agradecí pertenecer a una familia numerosa. Me resulta difícil imaginar cómo sería estar sola.

La cena estaba saliendo exactamente al revés de como la había imaginado: mamá, la aliada; y papá, el obstáculo.

–Supongo que aprendí desde muy temprano a confiar en mí mismo –Alex esbozó una sonrisa de agradecimiento.

Mi padre no estaba nada contento.

–¿Y ahora crees que puedes deshacer un hábito de años e introducir a Misty en tu vida? –partió un bollo de pan–. Es una chica muy tierna; no puede crecer con alguien que no la sostenga y que no se deje sostener por ella. Las

relaciones se basan en el apoyo mutuo y no en estar separados.

Presentí que Alex se estaba enfureciendo. No se merecía que papá lo tratara de esa forma.

–Papá, por favor, no seas así –no podía soportar que desaprobara la primera elección importante que había hecho en mi vida.

Alex me lanzó una mirada para advertirme que me mantuviera fuera de esa pelea.

–Yo no dije que no tuviera experiencia en preocuparme por otras personas, señor. Tengo gente a mi alrededor a quien considero mi familia. Sé que puedo aprender a cuidar a otra persona. Le prometo que pondré la felicidad de Misty antes que la mía.

–Hermosas palabras. No dudo de tu sinceridad, ya que Misty está aquí y todos sabemos lo que eso significa –se sirvió más vino–. Pero son tan jóvenes, y están atrapados por esta cuestión. No es saludable.

–Mark –suplicó mamá.

–No, Topaz, voy a decir lo que pienso.

–Pero con Misty en la mesa, sabes que no podrás decirlo delicadamente. Sonará como si atacaras a Alex, y nada de esto es su culpa.

Esa soy yo: tengo tanto tacto como un bate de béisbol.

–¿Prefieren que me vaya afuera por un rato?

–No, Misty, quédate y escucha lo que voy a decir. Te afecta a ti y a tu futuro –papá tomó un gran sorbo de Sauvignon y tragó–. No te estoy atacando en forma personal, Alex. Durante mucho tiempo he desconfiado de algunas de las formas en que se comportan los savants y, ahora que hay un asesino entre ustedes, esa desconfianza se ha acentuado. La comunidad savant fomenta las obsesiones dañinas. No es bueno tener ese poder y ninguna responsabilidad. Estoy seguro de que descubrirán que ese criminal está enfermo por el hecho de que tiene una habilidad que lo aparta de la gente. Sería mejor que se reinsertaran dentro de la sociedad convencional, olvidaran todo este asunto de las almas gemelas y llevaran vidas normales que no engendran este tipo de perversiones.

–Mark, no sabía que pensabas así –mamá tenía la boca abierta del asombro.

–Bueno, Misty no ha estado en casa últimamente como para que sea muy franco en mis opiniones, ¿verdad? Y esa es otra cuestión: Misty, a mi parecer, tu don no te ha traído más que desdicha. Has cambiado de escuela una y otra vez sin poder escapar de los problemas y recibiendo malos tratos por ser diferente.

No había querido contarle a Alex acerca del abuso escolar; sonaría tan patética.

Mi padre no había terminado de hablar.

–Pensé que se iría con los años, pero tu don va empeorando a medida que

creces. Desearía que pudieras anularlo de una vez por todas.

Por dentro, me estaba desmoronando. Entendía que la preocupación de papá por mis hermanos y por mí se estaba desbordando. También era, en parte, una actitud defensiva, porque cuando se supo que Crystal era una rastreadora de almas gemelas, él debió preocuparse más por su propio matrimonio de lo que había dejado relucir. Sin embargo, yo sentía que no le agradaba mi forma de ser. No me había dado cuenta antes. Siempre había tomado en broma la parte negativa de mi don, ayudando a alejar mis múltiples bochornos.

–Y ahora, que todavía no has cumplido los diecisiete, apareces y dices que tus genes o lo que sea te han unido a este extraño. Parece un chico agradable, pero yo no creo en arreglar tu futuro de esa manera. Él tiene que ganarse el derecho de estar contigo; no es justo que tú le seas entregada en una bandeja. Te mereces más que eso –continuó mi padre.

–¿Les retiro los platos? –preguntó el camarero al ver que ninguno estaba comiendo.

–No, todavía no. Denos un rato más, por favor –dijo mamá en tono terminante.

El desventurado camarero se alejó rápidamente de la mesa.

Yo no sabía qué sentía. Ayer, había sido el mejor día de mi vida; hoy, estaba resultando casi el peor.

–¿Ya terminaste, Mark? –mamá me tomó la mano.

Papá asintió con un gesto cortante y luego comió un bocado del plato.

–Entonces, déjame decir lo que yo pienso. Alex, estoy encantada de conocerte. Por favor, perdona a mi marido por dar la impresión de que no desea que formes parte de nuestra familia. Es un momento difícil para él.

–No puedes ir por la vida disculpándote por mí –gruñó mi padre.

–Diablos, cuando no te das cuenta de lo grosero que eres, ya lo creo que pediré disculpas por ti –por más suave que fuera la maldición, era completamente rara en mi madre; las cejas de mi padre volaron hacia arriba–. Por favor, Alex, dale tiempo.

–Pero tiene razón en que no merezco entrar en la vida de Misty sin ganarme el lugar –dijo Alex en voz baja–. Misty es un regalo y no un premio que gané.

–Es muy dulce de tu parte expresarlo de esa manera, pero nadie se gana el lugar en nuestra familia; lo damos a alguien porque queremos que se sienta como en su casa. Es probable que implique que todos tengamos que cambiar y adaptarnos, pero estamos acostumbrados a hacerlo. Estoy segura de que Mark recordará eso cuando lo piense mejor –se volvió hacia mí y apoyó la mano suavemente en mi mejilla–. Misty, tu don es parte de ti. Sabemos que a veces te causa dolor, pero espero que un día encuentres en él tu fortaleza. Yo no lo cambiaría por nada; te hace ser quien eres: una chica reconfortantemente

sincera. Tu padre también te quiere tal cual eres.

–¡Por supuesto que la quiero! –masculló papá–. Solo quiero ahorrarle el sufrimiento de ser una inadaptada.

–¡No utilices esa palabra para hablar de tu hija, Mark! Tú lo ves como un agregado; estoy tratando de explicarte que es una parte esencial de nuestra hija. No puedes querer una parte y rechazar el resto –mamá señaló el corazón de papá–. Es importante que lo entiendas, porque si no, ¿qué harás cuando los demás lleguen a la misma etapa de la vida en que se encuentra Misty?

A pesar de que mis hermanos eran todavía muy chicos para preocupar a papá, Gale, con su don para anticipar el contenido de los exámenes, era probable que muy pronto les causara dolores de cabeza, ya que estaba ganándose un inmerecido récord por hacer trampa. Yo realmente pensaba que esa no era una conversación que ellos debían mantener delante de mi alma gemela, pero Alex no mostraba señales de querer marcharse. Al menos ahora era mi padre quien había pasado a ser el centro de la conversación.

–¿Acaso Misty no estaría mejor siendo... –papá buscó una palabra y eligió la equivocada– *normal*?

–Tu hija no puede ser normal, Mark. Tuviste dieciséis años para aprender a manejar esa cuestión.

–Pero ahora eso la coloca en la mira de ese asesino. Si no tuviera esa etiqueta de savant colgada del cuello, estaría segura.

–No te engañes. No existe una vida completamente segura.

–Pero la vida de los savants viene con más riesgos.

–También la de un piloto de combate, pero no se te ocurriría argumentar que un recluta de la fuerza aérea no debería aspirar a defendernos.

–Si el recluta fuera mi propia hija, tal vez lo haría.

–Entonces, nunca los dejarías ser completamente adultos. Ser padre es saber cuándo y cómo dejar ir a los hijos.

–Pero yo no quiero dejarla ir y verla caer en las manos equivocadas.  
¡Maldición!

Me froté las manos traspiradas en las rodillas.

*Lo siento, Alex.*

*No te pongas mal. Entiendo lo que le sucede a tu padre. Para él, esto debe ser terrorífico.*

*Eres más bondadoso con él de lo que yo puedo ser en este momento.*

–¿Papá? –interrumpí la discusión.

–¿Sí, querida?

–¿En serio piensas que yo estaría mejor sin mi don... No solo lo de la verdad, pero también la telepatía, la telequinesis y todo lo demás?

Incómodo, papá apretó su bollo de semillas hasta que no quedaron más que migas.

–Supongo que si pudiera elegir, estaría feliz de que tuvieras esos otros aspectos de tu personalidad, pero sé que te duele cuando dices la verdad y todo sale mal.

–Pero me duele más que me digas que no soy la hija que quisieras tener – sentí que las lágrimas se arremolinaban en mi garganta.

*Cariño, él te quiere,* dijo Alex.

Papá tragó con dificultad.

–No quise decir eso.

–¿En serio?

–Si vieras que tu hija va a hacer algo que la expone al peligro, ¿no intentarías detenerla?

–No lo sé. En este caso, creo que si supiera que tiene que tomar ese camino, me ofrecería a acompañarla y vería si puedo ayudarla.

Papá se hundió en un oscuro silencio.

Como era de esperar, el resto de la cena fue horrible. Yo me sentía herida; Alex debía estar deseando no haberme conocido a mí ni a mi familia; mamá se sentía avergonzada; y papá se había encerrado en su fuerte de persona normal, pensando que los demás deberíamos acompañarlo. La despedida en el vestíbulo no mejoró nada. Papá me dio un abrazo más largo de lo normal, pero no pudo retractarse de lo dicho. Ese es el problema con mi don. Para él, no existe una defensa como la que utilizan los políticos: *fue un malentendido, me expresé de forma incorrecta o mis comentarios fueron sacados de contexto*. Yo gritaba la verdad a los cuatro vientos, y a nadie le quedaba ninguna duda de lo que se había dicho ni de lo que había escuchado.

Exiliarme al Polo Norte, como lo había hecho el monstruo de Frankenstein al descubrir que el efecto que causaba en los demás era una carga muy pesada, pareció una idea realmente atractiva.

En respuesta a esa insólita ocurrencia, Alex proyectó una imagen de los dos sentados uno al lado del otro en un iglú.

*Lo siento.*

*No te pongas mal.*

*Lo de mi padre fue terrible.*

*Estaba muy intranquilo. Créeme, un padre excesivamente preocupado es mejor que lo que yo tuve.*

Nos encontrábamos otra vez en la zona de los botes.

*Sentémonos en uno de ellos,* sugirió Alex.

*El lugar está cerrado.*

*¿Y acaso eso es un problema?*

Alex fue primero y, una vez que hizo lo que sabía hacer, me hizo señas de que lo siguiera. Estiró la mano para ayudarme a subir con una dulce y pequeña reverencia. No había almohadones y estaba un poco húmedo debajo del

asiento, pero fue agradable sentarse un ratito mientras la barca se mecía suavemente sobre el río Cam. Las luces de un bar se derramaban sobre el agua. En la ventana, brillaban las decoraciones de una Navidad anticipada. El clamor del griterío de la gente para hacerse escuchar llegaba hasta nosotros como el rugido de una batalla lejana. Ahí abajo, entre las sombras, estaba todo tranquilo. Podía oír el goteo de un arroyo que se unía al canal principal y el ruido del agua que golpeaba el costado de la barca. Sacudiendo el bote, Alex se sentó junto a mí y me puso el brazo sobre los hombros, ofreciéndome su fuerza como sostén.

–¿Mejor?

Apoyé la cabeza contra él.

–Sí.

–Tal vez la próxima vez debería encontrarme con él a solas... y usar mi don para arreglar la situación.

–Si se diera cuenta, no confiaría jamás en ti.

–Imagino que no –golpeteó la mano libre en la rodilla con irritación–. Es el hombre al que más querría impresionar en el mundo, y justamente con él no puedo hacer lo que sé hacer.

–No es necesario... no debería ser necesario que usaras tu don. Tendrá que aceptarte por lo que realmente eres y no por lo que le hagas creer que eres.

–¿Y eso qué es? ¿Un chico sin antecedentes y con una habilidad que detesta? Sí, claro, seguro que le agradaré.

El comentario irónico me dolió.

–Por favor, no hagas eso. Cuando dices algo y das a entender lo contrario, siento como si estuvieras taladrándome los dientes.

–Lo siento. Lo olvidé por un momento –lanzó un suspiro de frustración–. Esto no es fácil, ¿verdad?

–¿Pensaste que lo sería?

–En realidad, no pensé nada. No esperaba que aparecieras en mi vida.

Me sentía exhausta y a punto de echarme a llorar, pero odiaba la idea de que pensara que estaba unido a una persona emocionalmente desquiciada.

–Alex, ¿podemos abandonar el tema y pensar en otra cosa?

–Lo siento. No era mi intención que nos sentáramos aquí a repasar lo sucedido. Quería pasar unos instantes en paz. Los dos solos.

Todo parecía estar bien cuando dejábamos de luchar. Nuestra unión no necesitaba de excusas ni cuestionamientos; era un hecho. Comenzaba a entender que esa era la naturaleza del vínculo de las almas gemelas.

Después de cinco minutos de calma, transcurridos con la fluidez del agua del río, ya estaba dispuesta a mostrarme optimista.

–Ya lo conquistarás –afirmé–. Eres increíble y bondadoso y cariñoso... cuando él vea lo que yo veo, se pondrá feliz por mí.

–Eso espero, Misty. Nunca quise tanto algo como que tú formes parte de mi vida, y él es una parte muy importante de tu mundo –Alex me dio un beso sobre de la cabeza.

Me separé para poder mirarlo a los ojos.

–Sí, mi padre es importante, Alex, pero tú también lo eres. Sé que no va a ocurrir, pero si tuviera que elegir entre los dos, me quedaría contigo.

–Nunca antes me habían puesto en primer lugar. Jamás –se mostró un poco confundido.

–Bueno, desde ahora sí. Así que es mejor que vayas acostumbrándote –me incliné hacia él para besarlo.

–Podría acostumbrarme muy rápido –dijo con una sonrisa. Luego pasó el pulgar por mis labios para separarlos y apoyó su boca sobre la mía.



## CAPÍTULO 13

**A**un cuando me hallara justo en el medio del momento Misty más importante de toda mi vida, Summer y Angel tenían que retornar el domingo a sus hogares. Angel había pensado algunas excusas bastante imaginativas para que le permitieran quedarse, pero su madre no se dejó engañar y le dio órdenes de regresar. Summer sabía que era inútil pedir un favor y ya había enviado un mensaje de texto avisando que estaba en camino. Alex y yo las acompañamos a la estación para verlas subir al tren, algo que no solía hacer cuando venían a visitarme. Normalmente, las despedía al subir al autobús que las llevaría a la estación, por eso Angel declaró que nos estábamos comportando como si fuéramos alguaciles echándola del pueblo. Alex le siguió la corriente diciéndole que ese pueblo no era suficientemente grande para los dos y luego fingió que revoleaba unas pistolas imaginarias. Ese juego hizo que me sintiera un poquito más enamorada de Alex: Angel adoraba que le hicieran bromas.

Una vez comprados los pasajes, Summer me dio un abrazo y me prometió que mi padre cambiaría de opinión.

–No puedes saberlo –susurré para que Alex no escuchara. Por suerte, se hallaba ocupado colocando en la cabeza de Angel un sombrero *Stetson* de fantasía.

–No, pero me parece lo más razonable. Mira el lado positivo: conseguiste a alguien que vale la pena y tienen tiempo de sobra para convencer a tu padre de que la relación de ustedes va en serio.

–Gracias, Summer. Eres siempre tan sensata. Ojalá gobernaras el mundo. Angel se apartó de Alex y giró el extremo de mi bufanda.

–Te tengo tanta envidia. Creo que voy a tener que aprender a odiarte.

–No me envidies. En la familia Devon, no todo es ideal.

–Sí, tu padre. ¡Pero, vamos, amiga, tienes a Alex de alma gemela! Te apuesto a que mi pareja resultará ser un cerebritito inadaptado lleno de acné, que se pasa la vida en el dormitorio tratando de ingresar al sistema informático del Pentágono.

–El destino no será tan cruel –le di un abrazo.

–¿Estás segura?

–Aun cuando fuera un fanático de la informática, aprenderías a amarlo tal cual es.

–Dios mío –gruñó Angel–, ¿es así cómo funciona lo del alma gemela? ¿La química se impone al sentido común? Vamos, Summer, vayámonos antes de que me deprima tanto que no pueda ni moverme.

Mientras las observábamos cruzar la línea de las máquinas de tickets y las saludábamos por última vez, Alex apoyó el brazo sobre mis hombros, un contacto consolador que decía mucho más que las palabras.

–Me agradan tus amigas –dijo cuando volteamos para marcharnos.

–Es un buen comienzo. A mí también me agradan los tuyos.

El teléfono de Alex emitió un tintineo.

–Tarryn quiere que regrese de inmediato –dijo después de leer el mensaje.

Una paloma pasó volando súbitamente por el vestíbulo de la estación muy cerca de nosotros, y me estremecí.

–Pensé que no tenías debate hasta esta noche.

–Es así, y además tenemos una práctica después del almuerzo, pero yo pensé que me quedarían unas horas libres antes del debate. Quiero estar un rato más contigo. ¿Por qué no me acompañas a ver qué quiere?

Aunque mis padres me habían dicho que deseaban almorzar *a solas* conmigo (una petición de mi padre), todavía me quedaba un poco de tiempo libre.

–De acuerdo. Seguramente, quiere saber en dónde estás por ese extraño reportero que anda acechándolos. Y tampoco deberíamos estar dando vueltas solos –recordé la advertencia de Uriel. Se la había transmitido a Summer y a Angel pero, con la pelea de la noche anterior, no había tenido un momento

para contárselo a Alex—. Uriel dijo que el asesino serial elige savants con determinadas habilidades y que tú encajas en ese perfil.

–Tarryn me llevó aparte y me dijo lo mismo –Alex flexionó los hombros revelando lo tenso que se sentía.

–Entonces, ¿estás cuidándote?

–Misty, no hay tiempo para que aparezca un asesino serial y me lleve de aquí. Ahora tengo que ocuparme de mi alma gemela –se detuvo frente a mí y me rozó la mejilla con los dedos.

Tarryn le había pedido que se encontraran en una casa de té en King's Parade, una de las calles principales de Cambridge. El nudo de callejuelas angostas se abría a un mercado y a una gran plaza verde frente a King's College y al Senado. Un tradicional punto de encuentro de la ciudad, era perfecto para observar pasar a la gente. Me agradaba deambular por esa zona e imaginar la identidad de los transeúntes y por qué se hallaban ahí. Tarryn había conseguido una mesa junto a la ventana desde donde podía observar la marea de turistas, pero como detrás de las torres claras de la Capilla de King's College el cielo tenía un color gris muy amenazador; la calle estaba vacía.

–Lamento interrumpirles la mañana –dijo mientras se cambiaba a la silla junto a la ventana para hacernos lugar—. Sé lo especiales que son estos primeros días.

Convocado por telepatía, Uriel llegó pisándonos los talones desde su oficina en Trinity College, no muy lejos de allí.

–Hola, chicos, ¿cómo estuvo lo de anoche? –preguntó.

–Horrible –respondí mientras me sentaba en la silla que Tarryn había dejado vacía. Empujé la taza de café para que quedara frente a ella.

–Lo lamento mucho –mi respuesta lo sorprendió.

–En este momento, papá está un poco distanciado de todo lo relacionado con el mundo savant.

–Supongo que es bastante razonable que lo tome de esa manera. No somos fáciles de manejar.

–¿Es por eso que quería verme, Srta. Coetzee? –preguntó Alex.

Tarryn pasó el dedo índice por la cubierta de cuero de su teléfono.

–Alex, ya puedes llamarme Tarryn. Pero no, no es acerca de la familia de Misty.

Las miradas de Uriel y Tarryn se encontraron e intercambiaron una rápida comunicación.

–Buscaré las bebidas. ¿Quieren café? –preguntó Uriel.

–Yo tomaré un té, por favor –señalé.

–Un café liviano para mí –Alex se quitó la chaqueta y la colgó en el respaldo de la silla de la mesa de al lado.

–Muy bien, Srta. Coetzee. Perdón, Tarryn, ¿qué es lo que ocurre?

Tarryn juntó las manos tratando de calmar su nerviosismo por un instante.

–Recibí un e-mail esta mañana, de un hombre que afirma conocerte.

El asombro de Alex aumentó.

–¿Quién es?

–Eso es lo extraño. Dice que te conoce de cuando eras pequeño y recién ahora descubrió dónde vivías. Estaba en Inglaterra por negocios, vio un artículo en una revista donde decía que formabas parte del equipo de debate que estaba en la final y me escribió unas líneas preguntándome si podía encontrarse contigo.

En el acto, sentí desconfianza.

–No puedes permitir que un extraño vea a Alex así como así. ¿Y si es el sujeto que acecha y mata savants?

Tarryn acomodó la cuchara en el plato.

–Lo sé, Misty, y ese es el motivo por el cual le sugerí que nos encontráramos acá... en un lugar neutral con Uriel y yo presentes. Y tú eres una ventaja extra. Podrás decirnos si es lo que dice ser.

–Aun así, ino lo conocemos! ¡Este no es momento para correr riesgos!

–No, pero si dice la verdad, está muy lejos de ser un extraño. Es un pariente. Alex, eso es lo que estoy intentando explicarte: dice que es tu tío.

Alex se tomó un instante para digerir la bomba. Muy oportunamente, Uriel regresó con las bebidas.

–Aquí tienen –colocó un café negro delante de Alex y una bonita tetera blanca en mi lugar–. Pensé que querrían unos pasteles.

Alex no había escuchado los comentarios de Uriel: continuaba perplejo ante el anuncio de Tarryn.

–¿Cómo puede ser que tenga un tío?

–Bueno, de la manera usual –replicó Tarryn con una sonrisa burlona–. Dice que es hermano de tu padre. Se llama Johan du Plessis.

Alex se frotó el antebrazo con los dedos revelando gran ansiedad. Me estiré para calmar su mano, pero él se apartó, los nervios a flor de piel.

–¿Por qué no se contactó antes conmigo?

Tarryn echó una mirada por encima del hombro de Alex.

–¿Va a venir acá? –pregunté. Quería acompañar a mi alma gemela en ese momento, pero todo estaba ocurriendo a gran velocidad y tenía que encontrarme con mis padres.

–Sí. Le dije que debería venir a las once –faltaban cinco minutos–. Dentro de muy poco, tiene una reunión en otra ciudad, por lo tanto pensé que sería mejor arreglar un encuentro y no perder la oportunidad. Alex, ¿crees que hice lo correcto? No tenía tiempo para pensar.

Alex tomó la taza de café entre las manos.

–Sí, gracias. No querría perder la oportunidad de conocerlo.

*¿Te encuentras bien?*, le pregunté.

Alex se había quedado en silencio y no se conectaba conmigo por telepatía como venía haciendo desde el viernes. Me pregunté qué estaría pasando por su cabeza y sentí que una nueva distancia se instalaba entre nosotros. Recordé que había dejado que me apoyara con lo de mi padre; pero en lo que se refería a su tío, parecía que la cuestión no era recíproca.

*Tienes que ser más razonable, Misty. Dale un respiro al pobre chico*, susurró mi lado sensato.

–Alex, no sé mucho más aparte de lo que decía en el e-mail –continuó Tarryn–, pero deberías saber que es savant. Dijo que ese era el motivo por el cual no sabía en dónde buscarte. Su hermano había cortado toda relación con él, como hizo contigo, y Johan no tenía la menor idea de que no te habían llevado con ellos cuando se marcharon a la Argentina. Desde entonces, vivieron en diferentes lugares. Y fue por casualidad, a través de un contacto de negocios en Estados Unidos, que se enteró de que la familia de su hermano no tenía ningún hijo de tu edad. Entonces, comenzó a buscarte a ti por su cuenta.

–Yo... Esto es demasiado para absorber tan de pronto –admitió Alex.

–Lo sé: primero encontraste a Misty, y ahora parecería ser que tienes un familiar dispuesto a volver a entrar en tu vida. Entendemos que estás confundido.

En ese instante, sonó la campana que se encontraba encima de la puerta. Presintiendo que algo trascendental estaba por ocurrir, todos nos dimos vuelta. Johan du Plessis: tenía que ser él. Hasta se parecía un poco a Alex: alto y de mandíbula cuadrada, la misma frente y las mismas cejas; tenía un aire familiar muy evidente en la expresión y en la actitud, pero era difícil determinarlo con exactitud. Sin embargo, había diferencias muy notorias: estaba perfectamente afeitado y me recordó a la superficie ligeramente encerada de la piedra volcánica. Daba impresión de longitud –el cuello, los brazos, los dedos largos que se angostaban hacia las puntas; hasta la nariz era fina y larga–, como sería Alex si lo estiraran. Sus ojos oscuros recorrieron veloces el salón y se clavaron en nuestra mesa. En su rostro, se dibujó una sonrisa de satisfacción.

–¿Srta. Coetzee? –le tendió la mano a Tarryn, que ella estrechó. Apoyó el maletín y estiró los brazos hacia Alex en un gesto de orgullo y emoción–. ¡Y este tiene que ser Alex! Diablos, eres la viva imagen de Roger cuando tenía tu edad –la voz de Johan tenía un leve acento sudafricano, agradable al oído.

Alex se levantó y le estrechó la mano.

–Es un placer conocerlo, Sr. Du Plessis.

–Llámame Johan. Tío Johan, si quieres. No puedo expresar lo maravilloso que es conocerte finalmente después de todos estos años. Solo te vi una vez cuando eras un bebé, antes de que Roger me negara la entrada a su casa.

Siento que por fin estoy recuperando parte de mi familia.

Sin poder evitar la desconfianza que le producía el extraño, Uriel me lanzó una mirada. Asentí: todas sus palabras se registraban como verdades.

*Te está diciendo la verdad, Alex*, le comenté a mi alma gemela.

Alex casi ni esperó mi confirmación. *Gracias*.

–Señor, yo no estaba enterado de su existencia.

–¿En serio? ¿Cuándo te abandonaron tus padres?

–A los tres años.

–¿Tan pequeño? Entonces perdóname por no haberme esforzado más en descubrir qué habían hecho contigo. Ni en mis sueños más descabellados imaginé que Miriam pudiera abandonarte; era una madre tan devota. Imagino que eres uno de nosotros, ¿verdad?

Alex asintió.

Johan esbozó una sonrisa de orgullo.

–Por supuesto que lo eres. Puedo verlo. Mi hermano nunca aceptó mi don. Nunca pensé que se lo hubiera pasado a un hijo. Y eso también es una agradable sorpresa –echó una mirada a la barra–. Buscaré algo para beber y me sentaré con ustedes.

Uriel se puso de pie.

–Por favor, yo me encargo. Siéntese en mi lugar. ¿Café?

–Es muy amable de su parte, ¿señor...?

–Benedict, Uriel Benedict.

Los ojos de Johan se abrieron con sorpresa.

–¿No serás uno de los Benedict de Colorado?

–Exactamente.

–Oí hablar de ti y de tus hermanos. Una familia muy interesante.

–Eso dicen. ¿Cómo quiere el café?

–Negro –miró nuestras bebidas–. Como mi sobrino aparentemente.

Johan se sentó junto a Alex y frente a mí. Sus ojos se posaron en mi rostro.

–¿Y tú quién eres, jovencita? ¿Otra Benedict?

–Me temo que no. Soy Misty Devon.

Alex me tomó la mano y nuestros dedos entrelazados quedaron apoyados sobre la mesa. Después de la distancia que se había establecido entre los dos, me sentí aliviada al ver que quería mostrar nuestra relación.

–Es mi alma gemela. Acabamos de conocernos.

Johan sacudió la cabeza de un lado a otro mientras me estudiaba con renovado interés.

–Bueno, bueno, bueno. Alex, está claro que hay gran cantidad de cosas que debo saber. No sé por dónde empezar. Cuéntame todo sobre ti: don, colegio, amigos.

Le estaba muy agradecida a Johan por darle a Alex la excusa para hablar de

él. Habíamos comenzado a intercambiar las historias de nuestras vidas, pero no había tenido oportunidad de sentarme tranquilamente y escuchar la suya desde el principio.

–Después de que mis padres me abandonaron, no podían adoptarme, pues mi condición legal todavía no estaba definida. Las autoridades ni siquiera estaban seguras de si me habían abandonado... Todo era una gran confusión. Me colocaron temporalmente en casas de familia... buena gente. Yo habría estado feliz de que me adoptara cualquiera de ellas, pero los servicios sociales no lograban decidirse. Les conté una historia incongruente de que mis padres habían huido del demonio... Supongo que así era como me veían. Las autoridades todavía seguían buscando a mis padres para pedirles una explicación, pero ellos habían ocultado su paradero muy eficientemente.

Johan tomó un sorbo de café e hizo un gesto de desagrado.

–Tengo que ponerle azúcar –tomó dos terrones del bol–. Pero ellos sabían tu nombre. Me pregunto por qué no me contactaron.

–Es cierto. No lo sé. No pudieron rastrear mis orígenes... Todos los documentos estaban ocultos o destruidos; hubo mucho que descifrar de mi pasado y gran parte de él continúa siendo un misterio. Nunca te mencioné, pues no tenía recuerdo alguno de ningún pariente. Imagino que no tengo ningún abuelo vivo.

–No de mi lado. Murieron ambos cuando era adolescente, de manera bastante repentina. Creo que Roger nunca volvió a ser el mismo después de eso. No sé demasiado acerca de la familia de Miriam. No me invitaron a la boda. ¿Y qué sucedió en la escuela secundaria?

–Conseguí una beca de una fundación savant para entrar como interno en el Colegio Internacional de Ciudad del Cabo. Tuve la suerte de encontrar a Tarryn, que acababa de entrar, y ha estado ayudándome desde entonces.

–¿Pues, has tenido una vida feliz?

–Sí. Tengo buenos amigos y una muy buena educación, de modo que no me ha ido tan mal.

–Me alegro. Habría sido mucho peor descubrir que los últimos trece años habían sido una desgracia para ti. ¿Y cuál es tu don?

–La persuasión... Puedo convencer a la gente, a las cosas: puedo lograr que hagan lo que yo quiero.

–Excelente. ¿Y lo estás usando en este momento para lograr que me sienta muy orgulloso de ti? Porque lo estás logrando.

–No –Alex me sonrió levemente–. En cuanto a mi don, es Misty la que no me deja actuar libremente. No funciona cuando ella está cerca.

–Qué interesante. ¿Y cuál es tu don, Misty? –Johan posó sus pálidos ojos azules sobre mí. Tenían una forma parecida a los de Alex, pero sin el círculo y las pestañas oscuras que le daban esa intensidad tan especial.

–Digo la verdad y, si pierdo el control, la gente que me rodea no puede mentir. Aun cuando estoy controlando el alcance de mi influencia sobre los demás, puedo percibir cuando alguien no es sincero.

–Extraordinario.

–A decir verdad, es un fastidio.

Alex me acarició los nudillos.

–Y existe un vínculo más profundo entre nosotros por ser almas gemelas. Descubrí que, cuando está controlando su zona para no afectar a otras personas, yo igual no puedo mentir si estoy cerca de ella. Es como si experimentara su don de la misma manera que ella.

*No me había dado cuenta de eso, le dije a Alex.*

*Se me ocurrió anoche cuando no podía dormir. Es por eso que eres mi kriptonita.*

–Sr. du Plessis, cuéntenos algo más acerca de usted –dijo Tarryn. Me agradó ver que ni Uriel ni ella estaban dispuestos todavía a bajar todas las defensas.

–Soy asesor financiero, no estoy casado y no tengo hijos, de modo que estoy totalmente encantado de haber encontrado a mi sobrino. Pero lo positivo de esto es que, gracias a Misty, no tienen por qué confiar en lo que digo.

Jovencita, ¿qué estás recibiendo de mí? –preguntó Johan.

–Sé que usted es quien dice ser, Sr. du Plessis. Nada de lo que ha dicho quedó registrado como falso.

–Eso aclara cualquier duda. Muy conveniente. Mi querida, tienes un don sumamente útil.

–Me alegra que lo piense. Ya hay bastantes personas que prefieren mantenerse alejadas de mí –y me preocupaba que, en una parte de su corazón, Alex fuera una de ellas.

–Supongo que demasiada verdad es más de lo que algunos pueden tolerar. Vivimos en un mundo lamentable.

Mi teléfono emitió un zumbido.

*¿Dónde estás?*

Diablos, me había olvidado de mis padres. Me levanté de un salto y tomé la chaqueta.

–Lo siento mucho, pero debo marcharme. Fue un placer conocerlo, Sr. du Plessis –después de vacilar por un momento, le di un beso a Alex en la mejilla. Era mejor actuar como si todo estuviera bien entre nosotros hasta que supiera con seguridad que no era así–. Nos vemos más tarde, después del debate.

Alex levantó la vista brevemente, pero me di cuenta de que estaba fascinado de ver, por primera vez, a alguien que compartiera sus rasgos familiares.

–Disfruta del almuerzo –comentó distraídamente. Yo había dejado de ser el centro de su atención.

–Al menos tiene que ser mejor que la cena.

*Cuiden de Alex*, les rogué a Uriel y Tarryn mientras abandonaba la casa de té. *Lo haremos*, prometió Uriel.

Papá y mamá almorzarían en mi escuela y estaban poniéndose al día con mi tutora, que vigilaba mi vida personal y progreso académico. Llegar tarde a esa reunión no era una buena idea. Pasé corriendo por delante de la fachada clásica del Museo Fitzwilliam, que se encontraba justo delante. Emplazada en medio de parques cercanos al Jardín Botánico, la Escuela Fen era un sitio hermoso. Los edificios tenían algo del estilo de Harry Potter, aunque los registros de salud y seguridad eran muchísimo mejores que el de Hogwarts. Las aulas pretendían asemejarse más a los colleges de Cambridge que estaban calle abajo que al típico edificio cuadrado de mis escuelas anteriores: techos altos, paneles de madera y elegantes figuras de yeso.

–¡Perdón, Sra. Huddleston! ¡Perdón, papá y mamá! –exclamé sin aliento mientras entraba velozmente en la oficina.

–¿Dónde estabas, Misty? –preguntó papá, que no mostraba ningún indicio de haber mejorado el ánimo.

–Fui a despedir a Angel y a Summer a la estación y luego tomé un café y no me di cuenta de la hora.

–Misty, espero que te hayas acordado de firmar la hoja de registro al entrar y salir –advirtió la Sra. Huddleston. Una mujer de cincuenta y tantos años con un estricto sentido de la moda, nunca pasaba por alto los detalles, tanto en la escuela como en la vida.

–Mmm...

–Ve a hacerlo ahora y yo llevaré a tus padres al comedor. Hoy hay carne al horno con verduras –comentó con entusiasmo. Yo no me desvivía por la cocina de la escuela, pero el almuerzo del domingo era mejor que la mayoría de las comidas de la semana.

Cuando entré en el comedor, encontré a mis padres conversando animadamente con mi tutora. Tomé una bandeja y me coloqué en la pequeña fila. La mayoría de los alumnos solo pasaban la semana en el internado, de modo que éramos pocos durante el fin de semana. Una vez que elegí la comida, me ubiqué junto a mi madre.

*¿Estabas con Alex?*, preguntó.

*Sí. Fue increíble, mamá: apareció su tío. Alex creía que no tenía ningún familiar que quisiera conocerlo.*

*Después tienes que contarme todo.*

–¿Y cómo le va a Misty? –preguntó mi padre.

–Muy bien –respondió la Sra. Huddleston mientras desinflaba el budín de Yorkshire con el tenedor–. Sabemos que es muy franca y directa en su forma de ser, pero la mayoría de las alumnas son comprensivas unas con otras. La directora dijo que su comportamiento era similar a otros. ¿Pensaron en

hacerle una evaluación? Hay disponible un fondo extra para las alumnas con necesidades especiales de educación.

*¿Hacerme una evaluación?* Sí, la evaluación habría revelado que tengo un caso severo de sinceridad. Me irritaba que mi tutora tratara de catalogarlo como una enfermedad.

–Yo no creo que la franqueza sea una carga para Misty –mamá saltó en mi defensa antes que papá se lanzara en una de sus digresiones que empezaban diciendo “si tan solo fuera normal”.

La Sra. Huddleston no se mostró convencida, pero decidió no insistir.

–En lo académico, se está manejando bien. No está entre los mejores, pero seguimos pensando en una buena universidad cuando pase a la próxima etapa. Creemos que sacaré buenas calificaciones en todas las asignaturas, aunque entiendo que tiene cierta dificultad con las Matemáticas, ¿verdad?

*Muchas dificultades.*

–Estoy esforzándome todo lo que puedo.

–Y eso lo resume todo: Misty siempre se esfuerza al máximo, por lo tanto no podemos pedirle más –mi tutora me dio unas palmaditas en la mano.

Esa sí que era una actitud verdaderamente condescendiente.

–Gracias, Sra. Huddleston.

Papá se sonó la nariz.

–Me temo que ha sucedido algo nuevo que debería conocer.

*Papá, no entres en ese tema, rogué para mí misma.*

Demasiado tarde.

–Misty ha desarrollado una relación con uno de los participantes de la final de debate, uno de los miembros del equipo de Sudáfrica. Me preocupa que pueda distraerla de su objetivo de obtener buenos resultados en sus exámenes. Eso es lo importante en los dos próximos años y no un romance adolescente.

Mi madre emitió un sonido que decía que no estaba de acuerdo.

–Me gustaría que controlase a Misty y nos haga saber si le parece que ese chico la está distraiendo.

–Papá, por si no lo sabes, estoy acá presente –comenté.

–Lo sé muy bien. Puedes ver que no estoy hablando de este tema a tus espaldas, Misty.

La mujer me sonrió en forma benevolente.

–Ah, lo que es ser joven y estar enamorada. ¿Recuerdan esas épocas? No será la única que experimente los altibajos de una relación... Podría señalarles una docena de chicas de su mismo grupo que están en la misma situación. En esta etapa de la vida, esas relaciones no suelen durar mucho. De todas maneras, igual parecen cuestiones de vida o muerte para los jóvenes que están involucrados. Por favor, Misty, no dudes en consultarme si te sientes molesta

por algo. Mi puerta está siempre abierta.

*Tiene buenas intenciones, acotó mamá.*

*Lo sé, pero no creo que llame a su puerta para contarle lo que es tener a tu alma gemela en el otro hemisferio.*

–Gracias, Sra. Huddleston. Es un gran consuelo para mí saber que tiene a alguien con gran sentido común a quien recurrir –dijo papá. Y por “sentido común”, mamá y yo debíamos entender que se refería a una persona “no-savant”.

Después del almuerzo, me despedí de mis padres en el estacionamiento de la escuela. Normalmente, me ponía triste verlos partir; esta vez, me sentí aliviada.

–Envíales besos a abuela, a Gale, Felicity, Peace, Sunny y Tempest –le di a papá un beso para cada uno de ellos y luego lo abracé, consciente de que, por primera vez en mi vida, no estábamos de acuerdo y no habíamos resuelto el problema antes de su partida.

–Cuídate, querida, y no pierdas de vista tus prioridades. Veo que estás muy enamorada de ese chico pero, en este momento, tienes cuestiones más importantes en las que concentrarte.

Eso no era cierto, pero como papá creía sinceramente en lo que decía, sus palabras no quedaron registradas como una mentira.

–Trataré de no decepcionarte.

–Esto no tiene que ver con mis sentimientos, Misty, sino con la forma en que encares los próximos años.

Sin embargo, sí tenía que ver con lo que él sentía. Encontrar a mi alma gemela había abierto un abismo en la familia, y papá sentía que él estaba de un lado, mamá del otro y nosotros, los hijos, en un inestable puente de cuerda entre ellos dos. Sentí pena por él, ya que ninguno de nosotros podía evitar cruzar hacia el lado savant y nuestras experiencias terminarían siendo muy diferentes a las suyas.

Le ofrecí todo el consuelo que pude.

–Todo es muy reciente, papá. Alex y yo tenemos muchas cosas que decidir y ninguno de los dos quiere interferir en la vida del otro. Las cosas no funcionan así.

–Muy bien. Bueno, ya dije lo que pienso. Cuídate –me dio un último beso y se ubicó en el asiento del conductor.

Mamá no necesitaba palabras para comunicarme lo que pensaba: su expresión lo decía todo.

–Lo sé. No me enfadaré con papá –comenté–. Entiendo la situación... en serio.

–Es muy duro para él. Quizá yo no debería haber...

La interrumpí antes de que pudiera revelar remordimientos que debían

mantenerse en secreto.

–No. Esto no es tu culpa. Ya se arreglará todo.

–¡Pareces la más madura de las dos! Con esto de que estás aquí en Cambridge, me estoy perdiendo esta época en que te estás volviendo adulta. Estoy orgullosa de ti –me sonrió con tristeza.

Al menos, tenía la satisfacción de saber que la relación con mi madre había entrado en una etapa nueva y gratificante, aun cuando la relación con papá estuviera al borde del abismo.

–Gracias, mamá. Te quiero.

Cuando se marcharon, me sentí bastante desolada. Pensé que me vendría bien un abrazo, pero Alex estaba practicando su argumentación para: “Esta cámara cree que la democracia es la mejor forma de gobierno”; no le agradaría que interrumpiera su concentración. Tendría que enfrentar sola ese momento.

*Error. Por supuesto que quiero abrazarte y no estás sola en absoluto.*

Al darme vuelta, Alex se encontraba detrás de mí.

–¿Qué estás haciendo acá? –mi corazón dio un salto.

–Quería estar seguro de que estuvieras bien. Tarryn dijo que podía llegar un poco más tarde a la práctica. Pensó que necesitarías verme –abrió los brazos–. ¿Un abrazo?

Me sumergí en sus brazos como si hallara un bote salvavidas después de un naufragio.

–¿Estuvo mal? Esperé que se marcharan para salir del escondite, pero vi que seguías hablando con ellos –sostuvo mi cabeza contra su pecho.

–Mamá está bien. Pero papá... no. Le advirtió a mi tutora sobre ti.

–Uhh. ¿Eso significa que estoy prohibido? –exclamó con un tono irónico que sugería que eso no iba a detenerlo.

Flexioné los dedos y sentí la lana suave de su suéter debajo de la chaqueta abierta.

–No, nada de eso. Pero no te sorprendas si la Sra. Huddleston comienza a interesarse en ti.

–Creo que podré manejarlo. Después de todo, mi fuerte es ser encantador –sonrió al ver que yo ponía los ojos en blanco.

–¿Cómo te fue con tu tío? –recordé que mi drama familiar no era el único del día.

Alex pasó los nudillos por mi columna en un leve masaje y sentí un extraño deseo de ronronear.

–Realmente bien, gracias. Con esto de haberte encontrado a ti y que luego aparezca él, no sabes lo afortunado que me siento en este momento. Johan tenía una reunión de negocios en Leeds pero regresará pasado mañana. Estará acá para la final, si es que llegamos.

–Debe ser raro para ti.

–Muy. Al mirarlo, siento que estoy captando vistazos fugaces de mi padre. Johan dice que son parecidos.

Me sentí aliviada de que quisiera compartir eso conmigo.

–¿Mencionó si había alguien más en la familia con un don savant?

–Con seguridad, una abuela, y sospechaba que su propia madre también, pero que lo ocultaba porque su padre se oponía violentamente. Dice que fue de ahí de donde Roger, mi padre, tomó su actitud. Que parte de la familia pertenece a una secta muy estricta que piensa que los poderes savant tienen que ser el accionar del demonio. No podían aceptar la idea de que alguien de su propia sangre fuera así y por eso nos borraron de sus vidas.

–Es tan triste.

–Pero ahora que nos conocimos, tal vez Johan y yo podamos iniciar una nueva tendencia en la familia du Plessis.

Sonreí tratando de ignorar la sensación de que quedaba excluida de ese nuevo evento en la vida de Alex. Era muy optimista al creer que podía construir una nueva familia a partir de un solo encuentro. Esperaba que no sufriera una decepción.

–Estoy segura de que harás todo lo posible.

–¿Puedo verte más tarde, después del debate?

Tenía clases al día siguiente y montañas de deberes que terminar.

–Me encantaría, pero tengo que estudiar.

–Puedo ayudarte –sus ojos brillaron. Pensé que no avanzaría mucho con él cerca, pero Alex era irresistible.

–De acuerdo, ven después a darme las buenas noches. Estaré en la biblioteca. A esa hora, no te dejarán subir a mi habitación.

Fue bajando el dedo por el costado de mi cuello y sentí que mi cuerpo se estremecía hasta las puntas de los pies.

–¿Por si nos portamos mal?

–Me temo que sí.

–Me conocen muy bien –sus dedos bailaron sobre mi mejilla y me rozaron la boca. Era halagador descubrir que le gustaba explorar mi rostro tanto como a mí me gustaba explorar el suyo.

–Suerte esta noche. Desearía poder estar ahí.

–Me contactaré contigo apenas sepamos el resultado.

–De acuerdo –dije. De mala gana, le solté el suéter. Sería muy feliz viviendo en su bolsillo, pero debía tener cuidado de no resultar muy pesada. Había visto a otras chicas comportarse así y ahuyentar a sus novios como si tuvieran la peste. Deseaba profundamente que todo saliera bien.

–Nos vemos luego del debate.

–Sí, nos vemos.



## CAPÍTULO 14

**P**ermanecí el resto de la tarde estudiando en mi habitación, pero como mis amigos de la escuela, Hafsa, Tony y Annalise, vinieron a visitarme, no logré avanzar mucho con la tarea. Sentían una comprensible curiosidad acerca de mi tumultuoso romance con el capitán del equipo sudafricano y me exigieron que revelara todos los detalles. Eludí sus preguntas contándoles acerca del verano, cómo nos habíamos conocido y que habíamos pasado algún tiempo juntos recorriendo la ciudad. Dejé que sacaran sus propias (y equivocadas) conclusiones de cómo se había preparado el camino para los eventos del viernes por la noche. No me preguntaron si Alex ya me había invitado a salir en Ciudad del Cabo (sugerí vagamente que debía haber sucedido: apenas una mentira leve), por lo cual no hubo ni una gran mentira ni una crisis posterior que les impidiera aceptar como lógica nuestra rápida cercanía.

Después de la cena, me dirigí a la biblioteca mientras mis amigos iban al debate. Protestaron diciendo que debería apoyar a mi chico, pero mascullé algo acerca de los nervios. No les expliqué que era Alex quien se ponía nervioso

ante mi presencia y no yo. Sentada en el cubículo de la biblioteca, intenté ser aplicada y no mirar el reloj. La tarea de Geografía sobre población e inmigración se negaba a cruzar la frontera de mi cerebro. Pasé el tiempo subrayando datos con una gran variedad de resaltadores coloridos, pero no me pregunten qué subrayé. Mientras transcurría la noche, los demás alumnos se marcharon y quedé sola en esa sala inmensa y, para ser sincera, un poco tenebrosa, ya que la mitad de las luces se apagaban para ahorrar energía. Habría preferido encaminarme a mi dormitorio, pero le había prometido a Alex que nos encontraríamos allí. Comencé a notar que el edificio tenía su propia banda de sonido, que consistía en crujidos y repiqueteos mientras las tuberías se expandían y se contraían con la calefacción central. Me asaltó el inoportuno pensamiento de que las bibliotecas eran lugares ideales para asesinos seriales, ya que tenían una infinidad de sitios para ocultarse y acechar a su presa. Y también para fantasmas. Un edificio tan antiguo como ese debía tener un par. Podía imaginármelos flotando por la sección de Historia, volviéndose desagradables y arrojándome libros.

*Eso es Poltergeist.*

*¿No deberías llamar antes de presentarte repentinamente en mi cabeza?,* pregunté. Alex venía desarrollando con mucha rapidez el hábito de deslizarse telepáticamente dentro de mis pensamientos. Supongo que su don todavía funcionaba conmigo, porque él era un experto en convencer a las barreras de mi mente de que lo dejaran pasar sin que yo lo notara. Tendría que descifrar qué significaba eso, pero no era el momento de hacerlo.

*Lo siento. La próxima vez toseré con fuerza. Pero es que estabas manteniendo una conversación tan interesante contigo misma que no quise interrumpir.* Percibí el tono bromista en su voz.

*¿Y cómo fue?*

*Ganamos.*

*Nunca pasó por mi cabeza que pudiera existir otro desenlace.*

*El equipo de Amritsar era realmente bueno. Estuvieron cerca.*

Imaginé que mi chico prodigio había inclinado la balanza a favor de su equipo. *Te felicito.*

*¿Todavía estoy a tiempo de ir a verte?*

El debate se había realizado en el auditorio de mi escuela, que se encontraba después de la cancha de rugby y no muy lejos de la biblioteca.

*Te espero mientras sigo luchando con las estadísticas de crecimiento poblacional. Ven a rescatarme.*

Calculando que llegar le tomaría dos minutos, extraje un espejo compacto para constatar que no hubiera hecho algún desastre al mejor estilo Misty, como garabatearme la nariz con bolígrafo (era sabido que, mientras masticaba los extremos de las biromes, no siempre recordaba de qué lado las estaba

sosteniendo). Incliné el espejo para inspeccionar mi mejilla y vi fugazmente una silueta a mis espaldas.

–Alex, ¿cómo pudiste...?

Pero no era Alex; el reportero de la conferencia de prensa brotó de atrás del estante. Tuve la clara impresión de que no hubiera salido si yo no lo descubría.

–Lamento molestarte –su voz era suave y rezumaba disculpas, pero no le creí–. Estaba buscando a Alex du Plessis y noté que suele aparecer donde tú te encuentras.

Mi corazón se agitó con fuerza como la escalera principal de la escuela durante el cambio de clases. Sin mirarlo, guardé rápidamente las carpetas.

–Supongo que usted no debería estar aquí dentro.

–No hay problema. Tengo acreditación de prensa –se acercó a la mesa. Creo que estaba mostrándome su tarjeta de identificación o quizás extendiéndome la mano, pero yo no estaba dispuesta a hacer contacto visual con él–. Me llamo Eli Davis y trabajo para un periódico de Los Angeles.

–Lo que quise decir es que esta parte de la escuela no tiene nada que ver con el torneo. Es privada. Solo para alumnos y profesores.

–Como si eso te preocupara –rió pero no percibí un humor genuino. Sonó con un resabio de amargura–. Los he visto a Alex du Plessis y a ti atravesar infinidad de puertas cerradas... Por cierto, ¿cómo lo hacen? O debería decir, ¿quién hace algo semejante? –Davis tomó el libro de texto con el cual yo había estado trabajando–. Curioso. En un lugar como este, habría esperado un libro de hechizos.

–Estoy estudiando Geografía, Sr. Davis, y no viviendo en un mundo de fantasía –apreté la mochila contra el pecho, debatiéndome entre reclamar el libro o abandonarlo. Mis ojos echaron un rápido vistazo hacia la puerta. Odiaba la idea de que hubiera estado espiándonos en nuestros primeros y frágiles momentos como pareja.

–Bueno, no es necesario que te vayas corriendo. He pasado días tratando de hablar con Alex y contigo. No arruines este momento, por una vez que logré encontrarte a solas por unos minutos.

*Alex, no entres a la biblioteca. El periodista me tiene acorralada. Avísale a Uriel.*

Su respuesta llegó volando como un boomerang. *¿Estás bromeando? No pienso dejarte sola con él.*

Sonó el débil pitido de una alarma y Davis extrajo del bolsillo un dispositivo del tamaño de un teléfono.

–Interesante. Estás usando telepatía.

–Eso es... –quería negarlo desesperadamente, pero no pude hacerlo. Di un paso hacia la puerta pero el hombre se deslizó por el pasillo bloqueándome la salida del cubículo donde había estado estudiando–. No es asunto suyo.

Giró el dispositivo para que yo pudiera ver la pantalla. Mostraba una imagen como un gráfico de barras.

–Lo calibré para que mida la actividad psíquica. La telepatía eleva los niveles muy por arriba de lo normal y activa la alarma. Casi hizo que me echaran de ese primer debate. Imagino que tu chico estaba haciendo trampa de alguna manera, comunicándose con alguien que estaba fuera del salón. ¿Estaba hablando contigo?

No, esa era Angel enviándome mensajes.

–Está equivocado. Alex no hace trampa durante los debates.

–Pero qué me dices sobre la telepatía –me miró largamente, como intentando adivinar mis secretos–. Esto sí que es fascinante, ya que todos los demás a quienes abordé sobre este tema siempre lo negaron.

Eso es porque todos los demás pueden mentir.

–Yo ni siquiera sé qué es la energía psíquica, así que no veo cómo puedo saber si su dispositivo funciona –nadie sabía exactamente cómo funcionaban nuestros poderes.

–Me agradecería mucho explicártelo, jovencita, pero primero necesito algunas respuestas.

Escuché pisadas que subían las escaleras y luego la puerta se abrió de golpe.

–¡Ah, Alex! Qué placer que hayas podido acompañarnos.

*Tiene una máquina que detecta la telepatía.*

El aparato emitió otro pitido.

–Un poquito predecible. Supongo que te estaba contando acerca de esto – Davis sostuvo el sensor en alto–. Yo lo llamo detector de savants. Porque así es como se llaman a ustedes mismos, ¿no? Los sabios; un poco arrogante, ¿no lo creen?

Alex no podía llegar hasta mí, pues Davis me tenía encerrada. Por lo tanto, saltó por encima del cubículo y se colocó entre el reportero y yo.

–¿Estás bien, *bokkie*? –puso el brazo alrededor de mis hombros.

–He pasado mejores momentos en esta biblioteca –hundí la cabeza contra su pecho antes de apartarme. Sentí que deberíamos concentrar toda nuestra atención en lo que Davis estaba haciendo.

–Alex, espero que me perdones por arrinconarte de esta manera, pero eres una persona de difícil acceso –el reportero tenía la expresión decidida de un perro de caza oliendo a su presa, la mirada clavada entre los omóplatos de mi alma gemela.

Alex ni siquiera volteó para quedar frente a Davis, sus ojos continuaron sobre mí como si fuera la única persona dentro de su mundo.

–Últimamente, es raro encontrar a un joven savant desguarnecido. He tenido grandes problemas para seguir mis pistas.

*¿Le contaste a Uriel?*, pregunté.

La máquina lanzó un bip.

*Sí. Viene hacia acá.*

–Eso sí que es grosero... hablar a mis espaldas. Aunque supongo que es normal para los savants –¡qué gracioso: Davis se mostraba ofendido cuando era él quien nos estaba asediando a nosotros!–. Es exactamente de lo que trata mi investigación: el abuso de poder por parte de un subgrupo de la sociedad. Ustedes se mueven entre nosotros sin declarar su presencia y manipulan al público para que ni siquiera lo note; modifican competencias, elecciones y promociones en su favor. Cualquier cosa que necesiten, su grupo lo hace. Es hora de que alguien desenmascare su comportamiento.

–¿Por qué? –preguntó Alex fríamente, aunque pude sentir la tensión que existía en su interior. Al estar yo en la sala, no podía persuadir a Davis para que abandonara su peligrosa investigación, pero sonaba más calmo que yo con respecto a ese interrogatorio.

–¿Por qué? ¡Obviamente porque están socavando la democracia! Acabo de escucharte destrozar muy elocuentemente a la democracia como forma de gobierno y defender, en su lugar, el gobierno de una élite benevolente y bien informada.

Alex se dio vuelta.

–¿Así que de eso se trata todo esto? No tiene que confundir las posturas de un debate con la verdad, Sr. Davis. Yo creo que la democracia es la mejor de todas las formas imperfectas de gobierno que existen, pero si hubiera dicho eso, habríamos quedado fuera de la competencia. Si piensa que todos creemos en lo que decimos, me temo que no entiende cómo funciona este tipo de concurso.

Pero Davis se negaba a entrar en razón.

–Hasta hoy, tenía mis dudas. Pero esto va mucho más allá de tu caso personal, muchacho. La última elección fue manipulada por tu sociedad secreta para colocar a su hombre en la Casa Blanca. Su carrera concluirá cuando yo revele quién es realmente.

Yo nunca había escuchado que el presidente de los Estados Unidos fuera un savant. Tendíamos a elegir trabajos de bajo perfil para evitar ese tipo de acusación, y eso era justamente todo lo contrario.

Alex le inyectó un tono de mofa a su voz.

–Por favor ayúdeme con esta cuestión, Sr. Davis, ¿cuál es exactamente la conexión entre su presidente y yo? Nunca lo vi en mi vida.

–Como bien sabes, él comenzó su carrera con un triunfo en esta competencia.

–¿Qué? ¿Hace treinta y cinco años? ¿Y eso lo convierte en uno de esos manipuladores de mentes? –por el tono agudo de la voz, me di cuenta de que Alex tenía miedo... por mí más que por él mismo. Estaba ganando tiempo para

que Uriel llegara.

–¡Claro que sí! Este don extraordinario para la manipulación es como la marca de Caín, que va pasando a través de las generaciones.

Un músculo tembló en la mandíbula de Alex; era furia mezclada con ansiedad. De todas formas, estaba manteniendo un férreo control de su ira.

–¿Y el hecho de que exista esa marca, como usted la llama, le da derecho a asediar a una chica de dieciséis años que está haciendo la tarea y asustarla para tratar de extraerle una confesión?

Davis lanzó una risa desdeñosa.

–Ella también es una de ustedes. ¡No creo que pueda asustarla aun si apareciera con un hacha!

–No, créame, eso sí me asustaría –comenté temblando.

–No te engañes, jovencita. Harías esas cosas raras que ustedes hacen con la mente, me la quitarías de la mano con telepatía.

–¿Se refiere a esto? –Uriel emergió de las sombras e hizo un rápido movimiento con el dedo. El detector salió volando de la mano del reportero y cayó en la suya. Después pasó los dedos por el aparato para leerlo con su don—. Veo que tomó uno de los inventos del Dr. Surecross cuando lo entrevistó y luego lo adaptó. ¿Él sabe que no lo tiene?

*Alex, aleja a Misty de este hombre.*

Davis retrocedió hacia la salida claramente más aterrorizado por Uriel de lo que estaba por Alex o por mí.

–Deténgase ahí, ¡no dé un paso más! –el camino hacia la puerta ya estaba despejado.

Cumpliendo las órdenes de Uriel de sacarme de ahí, Alex jaló de mi mano.

–Vámonos.

–Tiene mi libro –susurré.

Alex arrebató el libro de la mano floja de Davis.

–¿Es eso lo que hizo? ¿Encontró el detector por casualidad en su poder al abandonar la oficina del doctor, como hizo con el libro? –preguntó Uriel. Había una dureza en su tono de voz que nunca le había escuchado—. Creo que debería venir conmigo y responder unas preguntas.

Davis abrió la boca para protestar.

–¿A menos que quiera que llame a la policía? Estarían muy interesados en descubrir el robo y la violación de propiedad –Uriel cruzó los brazos—. Esta escuela ve con malos ojos que hombres desconocidos se acerquen a las alumnas. Estoy seguro de que los directores del periódico no lo aprobarían.

Davis se retorció las manos nerviosamente.

–Iré con usted si promete no hacerme ningún tipo de daño... y eso incluye el uso de cualquiera de sus poderes.

–Muy bien –Uriel estiró el brazo hacia la puerta—. Vaya usted primero. Yo

iré enseguida.

Davis salió apresuradamente.

Uriel se acercó a mí.

–Misty, ¿te encuentras bien?

–Sí.

Me acarició el hombro.

–¿Mencionó algo acerca de los otros savants que fueron secuestrados?

–No. No dijo nada de eso.

Alex me frotó el brazo para tranquilizarme.

–No paraba de hablar de corrupción y de que nuestra sociedad secreta había colocado a uno de los nuestros en la Casa Blanca... Temas típicos de las teorías conspirativas.

–Gracias. Yo me encargo a partir de acá. Alex, asegúrate de que Misty llegue a su dormitorio y yo le pediré a Tarryn que se reúna contigo. No quiero que regreses caminando solo al hotel.

–¿Te parece bien quedarte solo con él? –pregunté con temor–. Parece peligroso.

Uriel me miró directamente a los ojos y me reveló el interior de acero que se ocultaba detrás de su accesible exterior.

–Soy un Benedict, Misty. Eso me convierte en el hombre más peligroso de este lugar, créeme –y se marchó.

–Eso sí que fue horrendo –señalé entre escalofríos.

Alex me acercó más a él ofreciéndole calor a mi piel helada.

–Aterrador. Quería llegar lo antes posible. Creo que nunca tuve tanto miedo.

–No me sentí amenazada... al menos, no de manera personal. Está interesado en ti. Creo que te ve como un futuro presidente, criado para un alto cargo por nosotros, los malvados savants.

Alex esbozó una amarga sonrisa ante mi comentario.

–Pero él sabe que tengo un vínculo contigo; eso también te coloca en la mira –tomó mi mochila y guardó el libro en el interior–. Vayamos a tu habitación. No me gusta este lugar.

Escurté los espacios oscuros en medio de los estantes altos.

–A mí tampoco; menos, por la noche.

Atravesamos el patio interior de la escuela y nos encaminamos hacia el edificio de la residencia. La puerta que llevaba a mi sector tenía un código de acceso con teclado. Con la intención de animar el ambiente, me quedé atrás.

–Vamos. Haz lo tuyo.

Me dio un golpecito en la frente.

–¿Olvidaste el código?

–No, es que me gusta verte trabajar.

Riendo por lo bajo, Alex me indicó que me alejara un poco más.

–A propósito, ¿qué quiere decir *bokkie*? –pregunté.

–¿Yo dije eso? –Alex sonrió con pesar.

–Sip. En la biblioteca.

–Es un ciervito, pero también es un término cariñoso.

Sonreí con alegría. A veces, me agradaba mi don.

Avergonzado, Alex se dio vuelta, hizo un extraño movimiento con los dedos sobre los botones, y la puerta se abrió con un chasquido.

–¿Era necesario ese movimiento de los dedos? –pregunté mientras imitaba lo que él había hecho. Con razón Davis sospechaba que usábamos hechizos.

Tomó mis manos entre las suyas y me besó la punta de las uñas.

–No, pero quise darte algo que pudieras apreciar.

–Oh, yo te aprecio... todo el tiempo. Alex du Plessis, eres un botón andante de “me gusta”.

–Eso suena realmente gracioso –comentó riendo–. ¿También significa que quieres apretarme todo el tiempo?

–Sí, por favor –fingí oprimir un botón de su camisa–. Pero no compartirte en otras páginas.

–¿Eres celosa?

–Sip.

–Y yo también. Vamos, muéstrame dónde vives antes de que me echen los que vigilan los corredores.

Lo llevé escaleras arriba hasta mi habitación en el segundo piso. Pasamos delante de algunas de mis compañeras de internado. Al ver a Alex, se quedaron mirándolo embobadas. No podía culparlas: además de que yo estaba quebrantando las reglas, Alex realmente era como para quedarse con la boca abierta.

Abrí la puerta de mi dormitorio y lo dejé entrar primero.

–Esta es mi guarida.

Se detuvo en la entrada.

–Misty, ¿siempre eres tan desordenada?

–¡No soy desordenada! –espié por encima de su hombro–. Dios mío –exclamé. Sintíéndome abrumada, me aferré de su brazo.

Mis pertenencias estaban desparramadas por todos lados, los cajones dados vuelta, el armario vacío. Habían arrojado al suelo el contenido de bolsos, billeteras y carpetas. Intenté ingresar, pero Alex me lo impidió colocando los brazos en la puerta.

–No entres. Uriel tiene que ver esto. Supongo que también la policía. No hay que tocar nada.

Me sentí asqueada: era como si me hubieran saqueado a mí y no solo a la habitación. Mis pertenencias estaban esparcidas a la vista de todos: ropa interior, artículos de aseo personal, fotos, cartas, recuerdos.

–¿Pero quién haría algo así? ¿Con qué intención? No tengo nada de valor, ni secretos.

*¿En serio?*

*Aparte de eso.*

*Imagino que de eso se trata.*

Hafsa vino a averiguar por qué continuábamos parados en el corredor.

–¿Todo bien?

Me corrí para mostrarle el dormitorio.

–No, en realidad, no –mi voz se quebró en un sollozo. Alex me acarició el cuello para consolarme.

–¡Misty, alguien entró en tu habitación! –exclamó como si yo no me hubiera dado cuenta–. ¿Llamo a la Sra. Huddleston?

Alcé la vista hacia Alex, que asintió. Eso no podía quedar como un asunto exclusivo de los savants.

–Gracias. Ella querrá llamar a la policía.

Hafsa señaló su dormitorio, que se encontraba en el mismo pasillo.

–Pueden esperar allí adentro. Yo llamaré e informaré lo ocurrido.

–Te lo agradezco.

Cerré la puerta de mi habitación y llevé a Alex por el pasillo hasta la habitación de Hafsa. Había decorado las paredes con afiches de sus autores preferidos: F. Scott Fitzgerald, Virginia Woolf y Maya Angelou (mi amiga tenía gustos intelectuales de alto nivel). Por el contrario, mis paredes eran un collage de mis actores favoritos de películas y programas de televisión actuales, más una escasa colección de libros de poesía. También tenía algunos toques personales, como la foto de mi familia en la boda de Trace y Diamond en Venecia. Por lo que había alcanzado a ver en la ojeada fugaz del interior, ahora todo eso estaba destrozado y aplastado formando una montaña sobre la alfombra.

–No entiendo. ¿Por qué a mí? ¿Crees que fue Davis? –me froté la parte superior de los brazos. Podía imaginármelo arrastrándose por mi habitación como una cucaracha, pero era poco probable que mis amigas no lo hubieran visto, ya que entraban y salían constantemente de sus dormitorios.

Alex tenía una expresión distante. Estaba hablando telepáticamente con alguien; supuse que con Uriel.

–Uri quiere saber cuándo fue la última vez que estuviste en tu habitación.

–Alrededor de las siete, cuando vine a buscar los libros de Geografía.

–Si se puede confiar en Davis, en ese momento estaba en el debate. Yo no presté mucha atención al público. Quizá Tarryn lo hizo.

–Yo preferiría que fuera él: al menos puedo ponerle una cara al intruso. No creo que haya dos personas acechando la escuela.

–Pudo haber mentido cuando dijo que había escuchado mi discurso.

–No mentía, al menos yo no lo percibí, pero podría no haberse quedado hasta el final, y quizá solo nos contó una parte de la verdad.

Alex le transmitió eso a Uriel.

–Dice que te cuente que Victor Benedict está en camino, pero tardará unas horas porque viene desde Francia. Uriel quiere que su hermano interrogue a Davis.

–Buena idea. A Victor no se le escapa nada.

–Le pidió a Tarryn que te ayude a tratar con la policía y la gente de la escuela. Después sugiere que vengas con nosotros en el hotel. Ahora que andan tras de ti, no quiero que te quedes aquí sola.

Hice una mueca.

–Es probable que a la Sra. Huddleston no le agrade la idea.

–No te preocupes. Puedo ser muy persuasivo.

Esa noche, pensé que el uso de su don estaba totalmente justificado.

–Hazlo. Ella es muy rigurosa con las reglas. Sin su permiso, tendría que permanecer acá... y sé que no conseguiría dormir.

–Misty, antes de que vengan, déjame decirte cuánto lo siento –se dirigió al escritorio de Hafsa, tomó un libro y volvió a apoyarlo sobre la mesa; la inquietud revelaba su profunda incomodidad–. Creo que esto ha ocurrido por mi culpa. Alguien averiguó datos sobre mí y eso lo condujo hasta ti –sus ojos desbordaban culpa y angustia.

Coloqué los brazos alrededor de su cintura para que se quedara quieto.

–No seas tonto; no es tu culpa... ni mía. Estamos juntos en esto.

–Gracias, *bokkie* –me rozó los labios con un beso.

–De nada, Alex.

Sus ojos intensamente azules se encontraron con los míos y parecieron atravesarme. Al menos, había algo positivo: no estaba sola, me acompañaba mi alma gemela.



## CAPÍTULO 15

**L**a policía no encontró huellas digitales en mi dormitorio. Al menos, ninguna que perteneciera a un extraño.

–Guantes –dijo la agente encargada de la escena del crimen–. La mayoría de los ladrones saben que deben usarlos. Y en una escuela como esta, será casi imposible aislar muestras de ADN del intruso. Supongo que estás segura de que no fue ninguna de tus compañeras, ¿no? –la policía local no ocultaba su esperanza de caratular el hecho como un trabajo realizado desde adentro, una broma estudiantil que había salido mal. Una llamada de Victor Benedict había impedido que lo descartaran sin siquiera venir a echar una ojeada. Sin embargo, la agente que limpiaba las superficies en busca de huellas dactilares me hizo sentir como si yo la estuviera haciendo perder su valioso tiempo.

Se puso de pie y acomodó su bolso.

–No, nada. Tu habitación está impecable... más allá del desorden.

Eso me hizo acordar de las víctimas del homicida –que parecían haber muerto sin ningún motivo– y de un asesino que no dejaba huellas. Si su intención había sido tranquilizarme, no lo había conseguido.

Cuando la mujer se marchó, cerré la puerta desde afuera, pues no estaba con el ánimo adecuado como para ponerme a ordenar ese caos. Me prometí que lo haría en la mañana. Eché una mirada por el pasillo: Tarryn y Alex estaban hablando con la Sra. Huddleston en la puerta del dormitorio de Hafsa. A juzgar por la expresión benévola y embelesada de mi tutora, el don de Alex estaba funcionando a la perfección. Esperé en el lugar hasta que me dio la señal de que ya podía acercarme a ellos sin problemas.

Alex miró hacia donde yo me encontraba y extendió la mano.

–Te quedarás esta noche con tus amigos –anunció la Sra. Huddleston mientras me aproximaba, como si fuera su propia idea–. Y mañana, de día, te ayudaré a ordenar el dormitorio –alzó la mirada hacia el rincón de la escalera–. Tenemos que ir pensando seriamente en instalar un sistema de cámaras de seguridad aquí adentro. Eso detendrá a futuros ladrones.

Sospeché que los intrusos-fantasma, como el que dio vuelta mi habitación, eran demasiado inteligentes como para quedar registrados por cámaras digitales. Lo único que quería era largarme de ahí. Había recuperado mi bolsa con elementos de aseo y una muda de ropa, de modo que estaba desesperada por irme.

–Por favor, ¿podemos marcharnos?

–Asegúrate de que regrese a tiempo para el registro de ingreso a las ocho y media –instruyó la Sra. Huddleston a Tarryn.

–Sí, por supuesto –Tarryn sonrió de modo tranquilizador–. Gracias, Maureen.

Dejamos la escuela por la puerta nocturna y salimos a la calle Trumpington. Pasaron muy pocos autos durante el trayecto hasta el centro. La ciudad parecía revivir con el susurro de las hojas, un sonido usualmente ahogado por la actividad humana. Me recordó que estábamos rodeados por kilómetros de llanura. Vista desde el espacio, Cambridge era apenas una breve irregularidad en medio de los campos y pantanos de Cambridgeshire. Me sentí muy expuesta, una presa atrapada en la mirada de un halcón.

–¿Lo apresamos? –pregunté cuando estuvimos fuera de los terrenos de la escuela.

–¿Quieres decir si Eli Davis es nuestro asesino? –Tarryn frunció el ceño–. Uri no lo sabe; es por eso que llamó a Victor. Hay muchas cosas raras con respecto a ese hombre, pero ¿asesino? No estamos seguros.

–Uriel no tiene autoridad para detenerlo. ¿Me necesitará para persuadirlo de que permanezca acá hasta que llegue Victor? –inquirió Alex.

–Prometió no usar dones savant con Davis y, hasta ahora, el hombre está cooperando. Así que es mejor que dejemos ese tema por el momento. El sujeto está ardiendo de deseos de agarrarnos; no harías más que echar leña al fuego. Según Uri, Davis está deleitándose con la idea de una confrontación,

esperando que Uri dé un paso en falso, pero por supuesto que no lo hará. Es muy bueno en lo que hace.

No se trataba de una caminata pacífica. Si bien yo estaba perturbada, eso no era nada comparado con la tensión contenida por Alex. Con él caminando en medio de nosotras, Tarryn y yo parecíamos dos expertas en desactivar bombas, transportando por la ruta un artefacto explosivo sin detonar.

–¿Y si lo convengo de confesar? –Alex se frotó la cara con las manos, tratando de borrar la presión de las últimas dos horas.

–No creo que ese sea el uso apropiado de tu poder. Tu fuerte es el encantamiento y no la coacción –dijo Tarryn. Gracias a Dios uno de los tres estaba tranquilo–. Victor es un profesional en ese campo; déjasele a él.

–¡Pero Davis persiguió a Misty! ¡La amenazó!

–Sé que quieres atraparlo por eso, Alex, pero esa actitud está muy lejos de ser la apropiada para interrogarlo. Para eso tenemos un proceso correspondiente. Victor puede darle un marco legal a las preguntas correctas: eso es importante si terminan procesándolo.

Alex lanzó un gruñido ahogado de frustración.

–¿Cómo te sentirías si hubiera sido Uriel quien estaba en la biblioteca?

–Me sentiría como tú, pero supongo que también entendería que debería apartarme para permitir que reúnan las pruebas correctamente. Lo lamentarías más si por tu culpa se nos escapara un sospechoso.

Por supuesto que Tarryn tenía razón, pero Alex estaba luchando para poder actuar con más objetividad.

–Está bien, está bien, ya entendí. Pero quiero protegerla de personajes siniestros como ese.

–Coloca tu energía en hacer que Misty se sienta mejor. No necesito el don de Francie para darme cuenta de que debe estar realmente molesta.

–Sí, tienes razón. Lo siento, Misty. Es que esto me resulta... difícil –Alex no estaba acostumbrado a preocuparse por alguien y se sentía asustado. Podía percibirlo claramente: la desesperación por proteger, el desagrado de sentirse tan vulnerable–. ¿Qué quieres que haga? ¿Cómo puedo ayudarte?

–Actúa naturalmente –entrelacé mi mano con la suya. No quería transmitirle mis preocupaciones cuando él ya estaba soportando su propia carga emocional–. Lo estás haciendo muy bien.

Para cuando nos fuimos a dormir, ya era la una de la mañana. Compartí una habitación con Tarryn en un hotel del centro de la ciudad, en Parker's Piece, un parque verde que había escapado al desarrollo. Experimenté un inmenso consuelo sabiendo que ella se hallaba en la cama de al lado, y Alex, en una habitación muy cercana en el mismo piso. Fiel a su promesa de ayudarme, me hizo dormir con una suave conversación telepática, que evitó que pensara demasiado en la violación de mi espacio personal.

Sin embargo, el hecho había sucedido... y no podía comprender por qué había sido yo la elegida.



–¿Se llevó algo? –Victor Benedict se encontraba conmigo en la zona de desastre en que se había convertido mi dormitorio.

Me incliné y tomé mi alhajero.

–Nada que yo haya notado –respondí. Las bisagras se habían desprendido. La caja estaba pintada con los colores de la bandera de Sudáfrica, pero solo uno de los costados seguía sujeto, el contenido desparramado por el suelo. No poseía piezas de gran valor, solo algunas cositas que había ido recibiendo con el paso de los años. Las volví a colocar en la caja rota ya que no tenía otro sitio donde guardarlas.

Victor echó una mirada por la habitación. Parecía que había pasado un tornado y arrasado con todo lo que estaba en los estantes, en los cajones y en las paredes. Solo continuaban colgadas las cortinas con su estampado de bambúes.

–No fue un robo sino una búsqueda.

–¿Cómo lo sabes? –coloqué la caja sobre la tapa vacía de la cómoda. Por cómo estaban esparcidos los objetos en el piso, podía reconstruir la forma en que el intruso había barrido con el brazo la superficie del mueble para arrojar al suelo todo lo que había encima.

–No se llevaron las pequeñas cosas de valor como el dinero de tu billetera. Sé que crees que no tienes nada que valga mucho, pero hay cosas aquí dentro que podrían venderse si uno sabe a dónde llevarlas y si estás lo suficientemente desesperado como para organizar un atraco. El pasaporte, por ejemplo, vale bastante pero, en su lugar, optó por destruirlo –Victor lo tomó de encima de la pila y lo apoyó sobre la mesa de luz. Lo habían partido en dos, la hoja con mi foto estaba totalmente destrozada–. El cargador del teléfono celular, el *iPod*, la laptop. Si bien no son los últimos modelos, igual existe un mercado para ellos.

–Pero si fue una búsqueda, entonces no fue demasiado metódico.

–No, tienes razón –Victor me miró con aprobación–. Me di cuenta de eso hace un rato, pero me interesa saber cómo llegaste a esa conclusión.

–Por el caos. Creo que un profesional se las arreglaría para buscar entre mis pertenencias sin que yo notara que alguien había entrado. La forma en que esta persona disfrutó destruyendo mis cosas da a entender que estaba enojada y quería hacer daño –levanté la foto de Summer, Angel y yo, que estaba cortada en dos. Solo pude hallar la parte donde estaban mis amigas; faltaba la

mía.

–¿Descubriste algo? –Victor notó que me había quedado muy quieta.

Le extendí la mitad de la foto para que la viera.

–El resto no parece estar aquí.

–¿Y qué había en esa parte...?

–Estaba yo –di vuelta el marco donde había estado la foto del casamiento, que también estaba cortada. Esta vez, en cinco o seis pedazos. Extraje los trozos de la fotografía del vidrio destrozado y los uní. Había un espacio vacío en la esquina derecha donde yo me encontraba–. ¿Victor?

Tomó los pedazos de mi mano temblorosa.

–Misty, quizá sería mejor que abandonaras esta tarea.

Nunca lo había escuchado hablar con tanta amabilidad. Poniendo a prueba mi nueva teoría sobre el asalto, levanté mi álbum de recortes. Las hojas se salieron de la encuadernación. Al volver a colocarlas, me di cuenta de que todas las hojas que tenían una foto mía estaban rotas; incluso las fotografías de bebé que llevaban mi nombre.

–Esto es obra de un enfermo. ¿Qué sentido tiene hacerme esto?

–Ven acá –Victor me atrajo hacia él y me abrazó, obligándome a finalizar la búsqueda. No recuerdo haberlo visto antes abrazar a nadie. Fingió ignorar que estaba llorando–. Tienes que dejar esta tarea. Creo que ya sabemos qué quería lograr este sujeto y, si continúas con esta búsqueda, solo conseguirás que su mensaje te afecte más profundamente.

–¿Qué mensaje? –me sequé los ojos con la manga.

–Asustarte.

–Bueno, entonces tengo que felicitarlo. Está diciendo que yo no debería existir, o que no quiere que yo exista, ¿verdad?

Victor se puso tenso. Habría preferido dejar eso de lado.

–Esa es mi lectura de la situación. Encajaría con alguien como Davis, que odia a los savants.

–¿Y qué pasa con el asesino...? Bueno, si es que son dos personas distintas.

–No es el mismo *modus operandi* de los otros secuestros. No hubo advertencias ni nada de este tipo.

–¿Entonces fue Davis?

–Es posible –los ojos fríos y grises de Victor tenían una sombra de duda–. Pero él dijo que no estaba solo en esta investigación. Sueña con una gran exposición pública, ganar el Pulitzer, el lote completo, así que no veo cómo puede encajar el destrozamiento de una habitación. Ignora el hecho de que muchos gobiernos son muy conscientes de nuestra existencia y que tenemos buenas razones para no destacar nuestra presencia en la sociedad. Davis pertenece a la escuela de pensamiento que dice que no existe el secreto justificado.

De todo lo que Victor había dicho, yo me había quedado estancada en la

parte de que “no estaba solo”.

–¿Hay más gente que piensa como él?

–Por lo que pude deducir de las respuestas inconexas de Davis, existe un grupito de activistas con mentes afines que están en contra de los savants.

–¿Y uno de ellos podría haber hecho esto mientras yo estaba sentada en la biblioteca y Davis se encontraba en el debate?

Mi angustia había llegado a un punto tal que había disparado mi mente en todas las direcciones.

*Hey, bokkie, ¿algún problema?* Se suponía que Alex estaba compitiendo contra el equipo de mi escuela; no podía darse el lujo de perder la concentración.

Quise decir “nada”, pero no pude.

*Victor acaba de contarme acerca de la liga anti-savant, y me puse un poco molesta. Perdona. Continúa con lo tuyo.*

Victor me escudriñaba con sagacidad.

–Misty, creo que necesitas un descanso. Yo terminaré con esto. ¿Por qué no regresas a clase?

–Me parece bien –tomé la carpeta de Matemáticas (una de las pocas cosas que había quedado en el estante) y salió volando una montaña de papel picado—. ¿Qué es esto?

Victor agarró la carpeta y la abrió con cuidado. Todas las hojas escritas por mí estaban destrozadas. Las fotocopias habían quedado intactas.

–¡Todos mis apuntes de Biología y de Química!

Victor llegó hasta los archivos de fichas antes que yo y miró en su interior.

–Están todos en el mismo estado.

Mi angustia aumentó varios grados en la escala de Richter.

*¡Listo: abandono el debate y voy a buscarte!*

*¡No! No puedes dejar solos a los demás. Yo... yo voy a estar bien. Victor me está cuidando. Quédate, por favor. Si vienes, me voy a sentir peor.*

Alex aceptó de muy mala gana.

Victor apiló los dos archivos.

–Misty, lo siento mucho. Esto es realmente una crueldad.

–Debe haberle tomado horas separar lo que tenía que ver conmigo –no quería estar en esa habitación nunca más en mi vida. El destructor había hecho su trabajo con un deleite malévol—. Son tres asignaturas completas. No destruyó lo de Geografía porque lo llevaba conmigo.

–Le explicaré lo ocurrido a tus profesores.

–Pero las hojas no pueden reemplazarse por otras... Era mi trabajo, mis apuntes.

–Lo sé y lo lamento mucho. Ciertas cosas no tienen sentido. Hay personas que son pura maldad.



Mis amigas quedaron muy impresionadas al enterarse de lo que había sucedido. En ausencia de razones sensatas para justificar el ataque, inventaron muchas explicaciones, ninguna de las cuales era tan aterradora como ser el blanco de un grupo de desconocidos que odiaba a los savants. La mente me susurraba que podría ser incluso alguien dentro de mi misma clase, alguien de la escuela que pensaba como el reportero. Por más horrible que fuera, estaba comenzando a sospechar de todos.

*Pero tú sabes cuándo dicen la verdad, me dije a mí misma, y todos están realmente afligidos por ti.*

Tony, Hafsa y Annalise, que cursaban las mismas asignaturas, prometieron de inmediato fotocopiar sus carpetas. Instalados en la secretaría, Hafsa hacía copias de sus apuntes de Química mientras Annalise preparaba lo de Matemáticas y Tony lo de Biología.

–Siempre ocurren cosas raras a tu alrededor –reflexionó Annalise mientras abría la carpeta de anillas.

–Pero nunca como esto, te lo aseguro –estaba cómodamente sentada en un sillón con las rodillas apretadas contra el pecho.

–Quizás alguien estaba irritado por algo que dijiste –sugirió Hafsa–. Sabes que puedes ser... mmm... muy franca.

–Aunque eso no es una excusa –agregó Tony rápidamente–. Tú no tienes la culpa.

–Por supuesto que no. Era solo un comentario –Hafsa enrojeció y se apresuró a acomodar las hojas.



Fue una semana absolutamente horrible. Debería haber estado por las nubes después de haber encontrado a mi alma gemela pero, en cambio, estaba con el ánimo por el suelo. Mis padres me sugirieron que debía regresar a casa y solo me permitieron quedarme cuando les rogué que deseaba permanecer en Cambridge. Alex estaba ahí; ¿a dónde habría de ir? Los únicos momentos alegres eran los que pasaba a solas con él, pero aun esos instantes cargaban con el recordatorio de que no podía acompañarlo durante las excitantes rondas finales del concurso. Como estaba tan enfurecida por todo lo demás, ese pequeño detalle estaba tomando proporciones gigantescas.

El martes, su equipo tenía la noche libre. Como a todos les gustaban los deportes, Tarryn tuvo la idea de llevarlos al muro de escalada del centro

deportivo. Alex insistió en que yo también fuera, ya que no habría ningún debate que arruinar y podía arriesgarse a que lo vieran conmigo en público. Aun cuando no estuviéramos juntos, siempre se aseguraba de que no me quedara sola.

–Odio las alturas –advertí mientras atravesábamos a pie la gran extensión verde de Parker’s Piece hacia el moderno complejo deportivo–. Solo voy a mirar.

–Ya veremos –Alex me echó una de sus sonrisas que me derretían el corazón. Dios mío, podía sentir que mi resistencia se desmoronaba. Haría cualquier cosa para impresionarlo y creo que él lo sabía.

Los arneses para escalar son muy poco favorecedores. Te ajustan esas partes del cuerpo que ya nadie se sujeta con correas una vez superada la edad de la silla alta. No obstante, si me guiaba por el brillo de sus ojos, Alex pareció apreciar cómo me quedaban. Durante el proceso de ajustar las correas, se las arregló para besarme varias veces.

–De acuerdo, chicos, como ya son expertos, usen la ruta roja –explicó Hamish, el instructor. Tenía la altura de los verdaderos andinistas y ya se había ganado el respeto de los chicos, gracias a la descripción de sus escaladas en Yosemite.

–Allá vamos –Michael comenzó a subir la pared utilizando su largo brazo para aferrar el siguiente bloque rojo de la superficie de plástico. Las cuerdas que colgaban desde lo alto de la pared me resultaron extrañamente similares al palo alto adornado de cintas de los festejos tradicionales del mes de mayo. No podía imaginarme subiendo allí arriba. ¿Qué sentido tenía?

Ah, cierto, quería mostrarle a Alex que trataría de encajar dentro de su vida, y trepar era uno de sus pasatiempos favoritos.

–Misty nunca escaló –le dijo a Hamish antes de que yo saliera huyendo.

Los ojos del instructor recorrieron mi silueta negra con equipo de lycra mientras evaluaba mis habilidades.

–Se te ve un poco pálida, muchachita, ¿estás segura de que quieres hacerlo?

–Mmm...

–¿Cuál es la ruta más fácil? –preguntó Alex, que ya no me prestaba atención, pues estaba observando el gran movimiento que realizaba Hugo para alcanzar la próxima saliente. Mi estómago dio un vuelco.

–La amarilla. Verás que es un juego de niños. No es muy difícil.

–Mmm –ya me resultaba imposible hablar.

Alex colocó mi mano en la primera posición.

–Ahí tienes. Ve despacio.

–Hey, Alex, ¿qué estás haciendo? Nos estamos aburriendo acá arriba –gritó Phil, que ya había llegado a la punta y estaba esperando descender cuando la pared estuviera vacía.

–Ya voy –Alex empujó mi trasero en un gesto de aliento y empezó a trepar. Pronto, se encontraba varios metros por encima de mí. Escuché las pacientes indicaciones de Hamish como si mi vida dependiera de ello.

–La próxima está a tu izquierda. No, no la verde. Tú estás en la ruta amarilla, no lo olvides –él no sabía que, la mitad del tiempo, mis ojos estaban cerrados.

Habiendo ascendido aproximadamente un tercio del total, cometí el error de mirar hacia abajo.

–Misty, ¿estás atascada? –preguntó Hamish–. No tienes que asustarte, cariño, la próxima toma está muy cerquita, a tu derecha.

Pero mis manos se negaban a soltar el agarre. ¿Qué hacía ahí? Pensé que estaría con Alex, pero él había trepado la pared como una lagartija, por tanto, yo no tenía ningún motivo para continuar ya que, como era obvio, no me estaba divirtiendo. Regresaría al suelo... cuando recordara cómo hacer para que los brazos y las piernas me respondieran.

–Hey, Alex, tu chica se quedó paralizada –Hugo le avisó amablemente mientras me controlaba desde arriba–. Vamos, Misty, tú puedes hacerlo. “After all, you´re my wonderwall”.

Y los chicos se largaron a cantar la canción de Oasis: “Today is gonna be the day...”.

Las demás personas que estaban en el centro deportivo se detuvieron para escuchar la serenata que me ofrecía el cuarteto mientras yo estaba atascada en mi “no-tan-maravillosa pared”. Ahora todos se habían enterado de que no podía moverme.

–¡Bonito... pero no me está ayudando! –grité mientras los músculos comenzaban a temblar por la fatiga.

–Es mejor que vayas a buscarla –le dijo Phil a Alex.

¿Acaso Alex lanzó un resoplido de impaciencia?

–Ok, Misty, ya voy.

*Perdóname por impedir que llegaras a la cima, Edmund Hillary*, pensé con amargura. Me estaba cansando mucho solo de tener que agarrarme. Los humanos no están hechos para aferrarse a las piedras; eso quedaba para los insectos y los reptiles. Y los líquenes. Traté de distraerme pensando en las variadas criaturas del mundo natural que estarían felices de estar colgando en mi lugar. Misty Devon no figuraba en ningún lugar de la lista.

A mi costado, surgió una mano familiar: hábil y fuerte.

–¿Algún problema? –Alex me sonreía... eso fue hasta que contempló mi expresión–. No puedes moverte, ¿verdad? Pensé que estabas fingiendo, porque deseabas mi compañía.

–Eso habría sido lindo –miré hacia arriba. Ni loca. Miré hacia abajo. Maldición. Iba a quedarme atascada en esa pared por el resto de mi vida y todo

porque pensé que lo impresionaría. Y, para colmo, él ni siquiera se había quedado cerca para mirar.

–Es realmente muy simple.

–Dice el tipo que tiene un brazo el doble de largo que el mío.

–La ruta amarilla es para niños.

–No me estás haciendo sentir mejor –si hubiera tenido una mano libre, lo habría golpeado.

–Está bien, perdona. Te ayudaré a encontrar la siguiente toma –observó la pared que me rodeaba y luego dio una vuelta y quedó cubriéndome con el cuerpo, sus brazos a ambos lados de los míos. Puso los labios junto a mí oído y comenzó a cantar solo para mí. “I don’t believe that anybody feels the way I do about you now”.

Había encontrado la única cosa que me haría reír.

Desprendió mis dedos del agarre amarillo y los frotó para quitar la rigidez.

–Ahora coloca la mano ahí. “By now you should’ve somehow realized what you gotta do” –me guió a la siguiente toma, su rodilla empujando suavemente la parte de atrás de la mía–. Flexiona la pierna y levántala... sí, muy bien. Busca el agarre con los dedos de los pies.

–“Maybe, you’re gonna be the one that saves me” –canté.

–“And after all, you’re my wonderwall”. Así es: lo estás logrando.

Con él a mi lado, pude continuar mi ascenso a ritmo de caracol. Tenía cuerdas y un arnés, pero era su aliento constante lo que me hacía seguir.

–Muy bien. Ves, *bokkie*, ya falta poco.

Estábamos casi en la cima.

–¿Ahora estás bien?

–Sí, gracias.

Se inclinó más cerca, casi a punto de besarme.

–¿Hola? Alex, ¿eres tú? –gritó una voz desde abajo.

Posponiendo el beso, Alex miró hacia el suelo.

–¡Johan! ¡Volviste! Perdóname, Misty –y sin más preámbulos, descendió usando la cuerda y dejándome otra vez librada a mi propia suerte.

Hugo, Michael y Phil me ayudaron a subir las últimas tomas hasta la plataforma donde se encontraban ellos. No podía estar de pie, solo sentarme con la cabeza en las rodillas murmurando *nunca más*.

–¿Quieres que te muestre cómo descender usando la cuerda? –preguntó Phil, el mejor trepador de los cuatro.

Le dije que no con la cabeza.

–No creo que valga la pena esperar a Alex. Está hablando con el tío. ¿No es genial? Estoy tan contento de que finalmente tenga algún pariente –Phil se inclinó a mi lado.

Asentí. No debería afectarme que me hubiera abandonado por Johan. Había

muchas personas que podían ayudarme, y era probable que Alex no tuviera la menor idea de cuánto me asustaban las alturas.

–Entonces, ¿dejarás que te haga una demostración? –preguntó Phil. A diferencia de mi alma gemela, creo que él se dio cuenta de lo enojada que estaba. Habíamos tenido ese dulce momento en la pared y luego me había abandonado sin más–. No hay otro modo de bajar, ¿sabías?

–Y yo que estaba esperando que me crecieran alas –comenté temblando levemente.

–Es mucho más fácil que subir.

–Sí, es muy sencillo –Hugo ayudó a ajustarme las cuerdas–. Solo debes mantenerte derecha o perderás la alineación y terminarás oscilando como un péndulo.

Michael me frotó el cuello para consolarme.

–Y piensa esto: una vez que llegues abajo, nunca más tendrás que trepar esta maldita pared.

Esa sí que era una frase alentadora. Me levanté, mantuve los ojos fijos en Phil, que iba soltando mi cuerda, y bajé la pared caminando lentamente. Para mí, nada de descensos espectaculares.

Llegué al suelo sin contratiempos. Phil me hizo el gesto del pulgar hacia arriba mientras Hamish me desenganchaba el equipo.

–¿Quieres probar otra vez? –preguntó.

–Jamás –respondí seriamente. Miré a mi alrededor esperando que, al menos, Alex me felicitara por haber superado mi temor a las alturas, pero se hallaba junto a la máquina de bebidas con Johan, introduciendo monedas–. Gracias, Hamish, pero yo no tengo nada más que hacer acá.

Los chicos descendieron por las cuerdas como si fueran las Fuerzas Especiales al final de una toma de rehenes.

–¿Tienes algo más exigente? –preguntó Phil.

Dejé a los otros tres con su nueva escalada por la ruta negra.

–Hey, Alex –dije suavemente mientras me aproximaba–. Hola de nuevo, Sr. du Plessis.

–Misty –saludó Johan con un asentimiento de cabeza.

–¿Descendiste sin problemas? –preguntó Alex.

No se había tomado dos minutos para mirarme.

–Sí.

–Fácil, ¿no es cierto?

–Creo que debería ir volviendo a la escuela –señalé apartando la mirada.

–¿Tan pronto?

–Tengo tarea –si bien no tenía intención de hacerla esa misma noche, sí era cierto que me quedaba algo de trabajo por hacer.

–Tío, ¿no te importa si acompaño a Misty?

Johan me echó una sonrisa de disculpa.

–No hay problema, pero no puedo quedarme mucho. Tengo el auto estacionado en un parquímetro y solo me queda una hora.

–Ah, ya veo. Misty, tal vez Hugo pueda acompañarte. ¡Hugo, ven un momento!

Sosteniéndose a la pared con una mano, Hugo hizo un ademán de que ya venía.

Yo no quería que me pasaran de mano en mano como si fuera un paquete.

–No es necesario. Tony tenía una clase de jujitsu aquí esta noche. Le enviaré un mensaje para preguntarle si puedo regresar con él. Debe estar terminando justo ahora –saqué el teléfono y envié el mensaje.

Alex sonrió distraídamente.

–Genial. Problema solucionado. Hugo, se cancela el pedido –me dio un beso ligero en la mejilla, sin su chispa habitual.

–Espero que no te moleste que acapare tanto a Alex –dijo Johan–, pero voy a estar pocos días en el país.

Alex también.

–No se encuentra a un sobrino todos los días.

Ni a un alma gemela.

–Por supuesto, no hay problema. Veré a Misty más tarde –intervino Alex antes de que yo pudiera decir algo terminante. Tenía que percibir que no estaba contenta, pero me di cuenta de que pensaba que estaba actuando de manera egoísta. ¿Era así? No sabía si ese era el caso o si se trataba de un resentimiento aún más desagradable al sentir que me habían derrotado. Yo le había dicho que lo pondría en primer lugar en las cuestiones familiares, pero me pareció que él no me estaba correspondiendo de la misma manera.

–En realidad, Alex, esta noche estoy ocupada –afirmé. Lavándome el pelo. No se mostró muy molesto.

–De acuerdo. Entonces, nos veremos mañana.

–Si puedes hacerme un lugar dentro de tu apretada agenda.

–Muy gracioso. Nos vemos.

Sintiéndome despedida, me encaminé al vestuario de mujeres echando humo.



Al llegar a mi habitación después del incidente del muro, busqué mi teléfono.

–Hola, Summer –podía escuchar música clásica de fondo–. ¿Puedes hablar?

–Se supone que no, pero espera un momento –después de unos ruidos y

cuchicheos al otro lado de la línea, regresó—. Bueno, escapé de un concierto soporífero. Tengo unos minutos antes de que se den cuenta. ¿Cómo van las cosas con tu chico divino?

No pude contenerme y le largué todos mis problemas: lo que sentí después de que arrasaran mi habitación, mi exclusión de los debates, el interés de Alex por su nuevo pariente.

—¿Estoy actuando de manera horrible y egoísta? —concluí.

Summer hizo una pausa antes de responder mientras elegía las palabras con cuidado.

—Misty, creo que cualquiera se sentiría como tú. Es un momento difícil para los dos.

—Lo gracioso del caso es que Uriel una vez me pidió que no debilitara la confianza de Alex, pero él está haciendo pedazos la mía con excelentes resultados.

—Ay, Misty.

—Sí. Sé que Angel y tú piensan que encontrar a tu alma gemela es el pasaporte a la eterna felicidad, pero yo estoy descubriendo que es un pasaje de ida para sentirme mal conmigo misma. Esto no puede estar bien, ¿verdad?

—¿Hablaste con Alex?

—Él sabe que algo pasa, pero siempre encuentra explicaciones: el ataque a mi dormitorio, la amenaza del asesino, el siniestro reportero. No dice absolutamente nada sobre su imposibilidad de darme lo que necesito en este momento.

—¿Y qué necesitas?

—Lo que necesito es... sentir que yo soy tan importante para él como él lo es para mí.

—¿Y Alex se da cuenta de eso?

—No lo sé. Supongo que piensa que vamos a tener tiempo para arreglar las cosas una vez que concluya la competencia y cuando este Johan se haya marchado. Está distraído —la indignación aumentó—. ¿Pero sabes algo? Alex está rompiendo su promesa de poner mi felicidad en primer lugar. Ni siquiera me permite estar en el debate final y yo realmente deseo ir.

—Tienes que decírselo. ¿De qué otra forma puede enterarse? —escuché un suspiro—. Mira, tengo que irme. Prométeme que intentarás explicarle todo esto. No le ocultes cómo te sientes.

—Lo intentaré.

—Te quiero.

—Yo también te quiero, Summer —mientras cortaba la conversación, comprendí que lo único que deseaba era que Alex dijera que me amaba.



El equipo sudafricano ganó la final, pero me resultó muy difícil unirme a los festejos. Tarryn y Uriel habían estado de acuerdo con Alex en que era muy peligroso que yo estuviera en la sala, de modo que no había podido estar ahí para verlos triunfar contra el equipo danés. Fuimos a celebrar la victoria a una pizzería, donde juntaron varias mesas cuadradas para acomodar a nuestro grupo. Hugo, Phil y Michael se ubicaron en el extremo opuesto con Tony, Annalise y Hafsa. Mis amigos habían hinchado por los sudafricanos y no podían entender por qué yo no había ido a apoyarlos. Di alguna pobre excusa acerca de que mi presencia no le hacía bien a la concentración de Alex.

Desestimando mi explicación con un encogimiento de hombros, Annalise volteó hacia Phil.

–¡Estuviste muy gracioso! Esa broma acerca de los banqueros dejó pasmado al equipo danés.

–Y Alex las destrozó en el resumen del debate. A partir de ahí, ya no pudieron recuperarse –agregó Hafsa.

–Sí, fue mucho más divertido de lo que esperaba –dijo Tony.

–Alex, ¿sabes algo? –comenté mientras jugueteaba con el molinillo redondo de pimienta–. Solo me falta una campana y un cartel que diga “leprosa”.

–Estás en cuarentena por mí y no porque tengas algo malo –señaló Alex levantando la botellita de limonada y llenándome el vaso.

–Tengo mucho de malo si ni siquiera puedo ayudar a mi alma gemela.

–Shh, *bokkie*, te estás poniendo nerviosa.

Actuar calma y razonablemente tampoco ayudaba.

–¿Me estoy poniendo nerviosa? ¡*Estoy* nerviosa! He estado nerviosa y enojada toda la semana –Dios mío, me estaba descontrolando, ahí en medio de la pizzería *La Dolce Vita*.

–Lo sé. Y te entiendo.

No me entendía.

–Soy un alma gemela de porquería. Quería estar ahí para apoyarte... para escucharte, verte dando los discursos.

–Quizás algún día encontremos la forma de hacerlo, pero hoy habrías terminado con nuestra racha ganadora. Yo no quería hacerles eso a mis compañeros –los ojos de Alex se dirigieron a sus amigos, que estaban divirtiéndose muchísimo con los míos en el otro extremo de la mesa–. Ganar significaba tanto para ellos.

–Dejaste que Johan escuchara –el tío de Alex había asistido a todos los debates, ubicándose orgullosamente en primera fila. Ahora se encontraba sentado junto a Alex pero, en ese instante, estaba enfrascado en una

conversación con Tarryn. Si escuchó nuestra pelea, fue muy educado como para demostrarlo. Tarryn estaba evocando la vida de Alex en el colegio; a Johan le agradaba empaparse de todas las pequeñas historias del crecimiento de su sobrino que se había perdido. Alcancé a oír fragmentos de la conversación que destacaban que era “el mejor de la clase”, “sorprendentemente maduro para su edad”, “un miembro valioso de la comunidad escolar”. Las diferencias entre los dos nunca habían sido más profundas.

La atención de Alex volvió a su tío, y una sonrisita se dibujó en su rostro.

–Claro que él puede escuchar. No provoca en mí el mismo efecto que tú. Eso ya lo sabía.

–Pero Alex, yo me siento como una auténtica inútil –quería ser mejor, más generosa de lo que era. Masacré el borde de la pizza y me di por vencida–. No es sorprendente que alguien quiera deshacerse de mí, hasta yo quiero deshacerme de mí.

–¡No hables así! –lo había hecho enojarse, pero no me importaba; la desesperanza y la insensatez se habían apoderado de mí. Al menos, ahora me estaba prestando atención–. Eres mi alma gemela, eres perfecta para mí –me apretó la mano casi como castigándome–. Tenemos que esforzarnos para solucionar nuestros problemas –sus ojos azules eran profundamente sinceros.

–¿Solucionar nuestros problemas? ¡¿ Y cómo lo haremos si tú vives en el otro extremo del mundo?! Apenas tenemos una semana para estar juntos y te la pasas con otras personas.

¿Por qué estaba haciendo eso? Sabía que estaba actuando de manera autodestructiva pero, por alguna razón, no podía detenerme.

Alex me soltó la mano y se reclinó en la silla con una expresión mucho más fría de lo habitual.

–¿Sabes algo, Misty? Me parece que tienes dudas con respecto a nuestra relación.

No por la razón que él creía. Yo sentía que estaba compitiendo con Johan y estaba perdiendo.

El ataque pareció ser la mejor forma de defensa.

–¿Y por qué soy yo el problema? ¿Qué pasa contigo? ¿Por qué no tratas de encontrar la forma de manejarlo en público conmigo presente?

–Misty...

–No, escúchame tú. ¿Por qué tengo que estar desterrada? ¿No puedes aprender a manejarlo? ¿Por qué no me das un poco de tu precioso tiempo para intentarlo?

–Puedo aprender, pero no me parece que el torneo internacional de debate sea el lugar para practicar, ¿no crees? ¿Y si estabas ahí y me obligabas a decir la verdad sin tapujos? –su tono era frío, hasta un poco condescendiente–. Y no

voy a disculparme por querer conocer a mi tío, es algo natural.

–¿Cuándo llegará ese buen momento para aprender si siempre lo postergas?

Sacudió la cabeza como diciendo “Misty, no seas tonta”, que me hizo perder el control por completo.

–¿Y qué es lo que crees que vas a decir si te obligo a decir la verdad? Lo expresaste con esas palabras, sabes: yo, obligándote a ti como... como si estuviera detrás de ti con un látigo.

–No lo digo de esa forma.

–¡Sí, lo dices así! –yo sí había llevado la cuenta mental de esas ocasiones, aunque él no lo hubiera hecho–. Cuando hablas así de mi don, haces que me odie a mí misma. Siempre dices “Misty me obligó...” o “me sacaron la verdad a la fuerza”. ¿Qué tiene de malo la verdad? ¿Qué pasaría si yo fuera la que tengo razón y todos los demás estuvieran equivocados por pasarse toda la vida mintiéndose unos a otros para allanarse el camino?

Y entonces tuve una revelación. Yo había pensado que, de las personas más cercanas a mí, solo mi padre no me aceptaba como era, pero no era el único. Los seres humanos odiaban la sinceridad. Los savants solo se diferenciaban en que veían mi don de la verdad como un caso que debía tratarse con cuidado, una discapacidad que necesitaba terapia. Ser Misty no era suficiente, ni siquiera para mi alma gemela y tampoco para mí.

–Misty –comentó Hugo–, tus amigos dicen que permaneciste en tu dormitorio durante el debate.

Mi nuevo dormitorio, que estaba vacío, salvo por una pequeña caja de ropa nueva, ya que todas mis pertenencias se habían arruinado.

–Es cierto –no lo miré a Hugo, mi vista fija en la mancha negra de la aceituna aplastada sobre la pizza que no había tocado. Parecía como si una llanta de auto pequeña hubiera quedado atascada en un lodo amarillo. La relación había perdido el rumbo.

–Eso sí que es maldad. Pensé que eras nuestra amiga –aunque su tono era bromista, brotó como una acusación–. Necesitábamos todo el apoyo que pudiéramos conseguir, ya que la mayoría de la gente estaba del lado de las glamorosas danesas.

–Hugo –advirtió Alex. Me di cuenta de que estaba preocupado por mi ánimo oscuro, pero no había captado la profundidad de mi desesperación–. Yo le pedí a Misty que no viniera.

–¿Por qué? ¿Sientes vergüenza de ella o algo parecido? –una vez más, Hugo pretendió hacer un chiste, pero no sonó gracioso; su tono era demasiado serio: mi don estaba funcionando.

Me levanté. Desde el principio, Alex había dicho que sentía vergüenza de mí y yo le estaba dando la razón.

–Misty, no siento vergüenza... –hizo una pausa; no podía completar la frase

y decirle a todos los que se encontraban allí que me consideraba una carga y sentía vergüenza de mí.

–Me voy a casa.

Alex se puso de pie para seguirme.

–Pero no contigo –no podía soportar estar con él en ese momento. Se sentó, se leía claramente en su expresión que estaba herido.

*¿Por qué no?*

*No puedo estar contigo ahora.*

–No puedes irte sola.

Uriel hizo un movimiento como para levantarse, pero Johan se puso de pie y le hizo una seña de que se sentara.

–Tengo que mover el auto, pues se van a cumplir las dos horas del estacionamiento, de modo que la llevaré a su casa en tu lugar, Alex –le dio una palmada a su sobrino en el hombro.

–Gracias –Alex le hizo un gesto con la cabeza a su tío, pero a mí no me miró. Se sentía herido.

Hugo abrió la boca para decir algo, pero Phil le dio un codazo en las costillas.

–¡Nos vemos después, Misty! –exclamó Hafsa. Capté el subtexto: *pasaré a ver cómo estás cuando regrese a la escuela.*

Asentí y me marché, los hombros inclinados. Había sido grosera, pero eso era mejor que echarme a llorar y arruinarle a todos la noche. El destierro tenía al menos ese beneficio.

Johan me alcanzó afuera, en la acera. Soplaba un viento cortante.

–El auto está justo a la vuelta de la esquina.

–Gracias. No tienes que hacer esto –comenté. Una parte de mí ansiaba una caminata tranquila hasta la escuela para ordenar mis desperdigados pensamientos. Mi cabeza parecía mi habitación después de ser arrasada por el intruso.

–Está bien, Misty. En realidad, es un placer y te ahorrarás una caminata helada a través de Cambridge. Además, Tarryn explicó por qué ninguno de ustedes debería estar solo –apuntó el llavero y las luces de un Toyota negro parpadearon, los espejos laterales se colocaron en posición de manejo–. Entra. Estarás en tu casa en un segundo.

Acomodada en el asiento del acompañante de su auto alquilado, me tomó un instante notar que nos dirigíamos a la circunvalación.

–A esta hora de la noche, es más rápido cortar camino a través de la ciudad. ¿Quieres que te indique? –me hice masajes en las sienes. Me dolía la cabeza y me sentía congestionada como si tuviera un fuerte resfriado. Me costaba oír y respirar. Las luces pasaban disparando a nuestro lado, seres distorsionados por las sombras y la velocidad.

–No te preocupes. Puedo orientarme con el navegador satelital –inclinó la

maquinita hacia él y observó la pantalla—. Ya entiendo lo que dijiste. Pero como ahora ya estamos en esta ruta, es mejor que continuemos por ella. ¿Te sientes un poco mejor?

En realidad, me sentía peor.

No esperó mi respuesta.

–Mi sobrino es un chico especial, ¿no crees?

–Sí, puede estar muy orgulloso de él.

–¿Piensas que le agradecería que pasáramos juntos las vacaciones escolares?

–Es probable. Puede preguntarle. Alex desea tener una familia más que nada en el mundo.

–Seguramente, no más que tenerte a ti.

¿Después de nuestra discusión? Lo descubriríamos en la mañana.

–No lo sé, Sr. du Plessis. Lo siento. Tengo dolor de cabeza –cerré los ojos y recliné la cabeza contra el respaldo.

–¿En serio? Soy bueno curando esos pequeños problemas. ¿Quieres que te ayude a librarte de él?

–¿Ese es su don? –pregunté. Me resultaba imposible abrir los ojos.

–Sí, puedo quitártelo. Es verdaderamente simple.

Me estaba diciendo la verdad.

–Bueno, si no lo va a distraer de la ruta, le agradecería que lo hiciera.

–No hay problema. Solo voy a tocarte la frente. No sentirás nada.

–Un don muy útil.

–Eso creo –un dedo frío rozó mis cejas—. Cuando cuente hasta tres, habrás desaparecido. Uno, dos...



## CAPÍTULO 16

**T**ení una ramita debajo de la mejilla.

Me tomó unos segundos comprenderlo. Pero, de todas maneras, era algo incomprendible. Abrí los ojos. Me hallaba tumbada boca abajo en un terreno cubierto de hojas y no en mi habitación.

—¿Qué diablos...?

Alguien se alejaba caminando, las hojas crujieron debajo de las botas. Me sentía floja, los brazos y las piernas no podían obedecer mi orden de ponerse de pie. Además, me estaba congelando. Como sentarme era algo casi imposible por el momento, rodé hasta quedar boca arriba. Sobre mi cabeza, había un entramado de ramas desnudas. Unas pocas hojas secas colgaban de ellas con poco entusiasmo, como si supieran que no sobrevivirían a la próxima ráfaga de viento. Noté que todavía llevaba la ropa que tenía en la pizzería, pero esa noche ya había pasado y había llegado el amanecer. ¿Del día siguiente o de otro día? Unos pájaros muertos de frío cantaban su angustia en unos arbustos enmarañados y espinosos.

Haciendo un enorme esfuerzo, me senté. La humedad del rocío había

atravesado toda mi ropa. A unos metros, una fogata se había convertido en cenizas. De espaldas a mí, envuelto en una bolsa de dormir, alguien lo avivaba con un palito. Como tenía la cara oculta, no sabía si lo conocía.

Demasiado exhausta como para moverme, me dediqué a analizar las posibles explicaciones de la situación. Un sueño. Al lamerme el rasguño que tenía en la palma de la mano (¿cómo me lo había hecho?), mi boca se cubrió de olor a sangre y tierra. Ningún sueño podía hacer eso. Al menos, no de forma tan intensamente real.

¿Había ido a un campamento y perdido la memoria? ¿Me habría emborrachado en serio por primera vez? Esa parecía la mejor explicación. ¿Pero por qué no estaba en una bolsa de dormir como la otra persona? Aun cuando me hubiera desmayado por el alcohol, era cruel dejarme ahí, tiritando de frío.

De acuerdo, tal vez me había golpeado la cabeza y caído en ese campamento por accidente. Eso convertiría a la otra persona en un extraño. Debía pedirle ayuda.

Pero ¿y si me había secuestrado alguno de los que estaban en contra de los savants? Tenía el vago recuerdo de que me habían despertado en la oscuridad de la noche para que caminara hasta ahí y que había vuelto a dormirme enseguida. Si eso era lo que había sucedido y no se trataba de un sueño fortuito, el que estaba ahí era probablemente mi secuestrador.

Desesperada, eché una mirada alrededor tratando de averiguar dónde nos hallábamos. Estaba tumbada en un claro rodeado de árboles de apariencia añosa. A lo lejos, podía escuchar el ruido distante de una carretera.

*Alex, ¿estás cerca?* Mi telepatía se cortó a muy poca distancia de mi cerebro. No estaba segura de cómo podía estar tan convencida de eso, pero era como saber cuán lejos podía trasladarse tu voz; mi telepatía se había convertido en un ronco susurro.

Sin embargo, alguien me había escuchado. El hombre se dio vuelta.  
Johan.

Envuelto cómodamente en la bolsa de dormir como si fuera un bebé indio, no resultaba amenazador. Su expresión era... bueno, *exultante* fue la palabra que vino a mi mente. Me hizo un gesto de buenos días con la cabeza y se quitó la bolsa. Yo no quería que saliera, deseaba que permaneciera acurrucado ahí para siempre mientras yo escapaba. Siempre y cuando pudiera librarme de esa sensación de que pesaba como una tonelada de concreto.

–Misty, ¿dormiste bien?

La pregunta era extrañamente inapropiada para alguien que había “dormido” destapada sobre una cama de hojas viejas.

–¿Qué hago aquí, Sr. du Plessis? –froté las manos en los jeans y luego las llevé a mi rostro para echar calor en los dedos fríos. Estaba muerta de miedo,

pero pensé que era más seguro no demostrarlo.

–Pensé que podríamos arrancar después de desayunar algo. Tengo que encargarme de unos asuntos en Cambridge, así que después podemos dedicarnos a eso –atizó el fuego y frunció el ceño ante las cenizas apagadas–. Nos vendría bien Yves Benedict, escuché que es bueno con las llamas. Pero decidí que era demasiado complicado... y un poquitito viejo. ¿Supongo que ese no es uno de tus talentos ocultos?

Negué con la cabeza mientras desenganchaba unas hojas atrapadas en el pelo.

–Qué pena. De todas maneras, estoy seguro de que tienes algunos dones que nos van a resultar muy útiles –tomó unas ramitas de una pila que había hecho no muy lejos, construyó una montañita meticulosamente y luego encendió un fósforo. Yo observaba en silencio, reflexionando si podría correr más rápido que él. Soy pequeña y suelo moverme ágilmente, pero me había despertado con la sensación de que estaba encadenada con pesados grilletes. Me froté los tobillos y Johan me miró las manos. Entonces, me quedé quieta y volví a ocultar los dedos debajo de los brazos.

–Me temo que el desayuno será muy básico, ya que esto fue más un paseo impulsivo que una excursión bien planeada –me arrojó algo y, como reaccioné muy lentamente, pegó contra mis rodillas dobladas y cayó al suelo. Era una barra de cereal.

–La estación de servicio no ofrecía demasiadas opciones. Si quieres, tengo agua.

Cuando lo mencionó, descubrí que estaba terriblemente sedienta, así que asentí.

–Vamos, ¿qué pasó con tus modales? –su expresión era burlona.

–Sí, por favor, me gustaría beber un poco de agua.

Esta vez estuve lista y atrapé la botellita de plástico. Desenrosqué la tapa azul y di un trago.

–Ves, nos llevaremos muy bien. No puedo tolerar el mal comportamiento. Si estás tranquila y me obedeces, hasta podremos pasar juntos momentos muy agradables por algún tiempo.

No era ningún consuelo saber que todo lo que decía era verdad de acuerdo con su modo de pensar. Eso me dejaba muy confundida: ¿qué sentido tenía todo eso?

–Sr. du Plessis...

Levantó una mano.

–Tío Johan. Después de todo, somos casi parientes.

La idea de llamarlo “tío” me produjo ganas de vomitar, pero su expresión me advirtió que tomaría cualquier otra cosa como un signo de rebelión.

–Tío Johan –las preguntas me presionaban la mente: *dónde, por qué, quién,*

y me decidí por la que pensé que era menos ofensiva—, ¿dónde estamos?

—En el Bosque de Epping —echó una mirada a las hileras de elegantes hayas. La suave corteza de los troncos emitía leves destellos verdes y plateados—. ¿Hermoso, verdad? Me gusta como ustedes los británicos conservan los lugares viejos a pesar de la presión de la población. Hay demasiados habitantes en esta islita. Estoy seguro de que no todos deben ser imprescindibles, ¿no crees?

—¿Por qué estamos aquí? —miré el reloj: eran las siete de la mañana—. Debería estar en la escuela —me asaltó un inesperado pensamiento de que me perdería el desayuno si no llegaba antes de las nueve, pero un segundo pensamiento surgió de inmediato y era que tenía problemas mucho más serios que ese.

—Pensé que te liberaría de una situación que encontrabas intolerable —eso era una verdad solamente parcial. Esbozó una media sonrisa como recordando que no podía mentirme—. Tu don me resulta interesante, y como no puedo decir que me agrada tu vínculo con mi sobrino, entonces pensé que sería bueno para ambos pasar algún tiempo juntos para que te conociera mejor.

Era sincero, pero en sus palabras había un significado oculto. En Cambridge, nos había engañado a todos, pero ahora yo sospechaba que sabía quién —o al menos qué— era realmente. Esperando equivocarme, me aferré a una parte de lo que dijo que insinuaba un motivo menos atemorizante para su accionar.

—¿Por qué no le gusta mi vínculo con su sobrino? —pregunté. Nos encontrábamos en un momento difícil, pero yo no había estado tan mal.

Abrió su barra de cereal y me hizo un ademán de que lo imitara. A pesar de que lo último que quería era comer, no me atreví a negarme.

—Para ser franco, eres un inconveniente. Las almas gemelas convierten a sus parejas en seres muy aburridos. Yo no tengo una familia que me reconozca y quiero que Alex sea mío. Y no lo será mientras esté concentrado en ti.

Lo que acá estaba en juego eran unos celos muy extraños. Tal vez esa era la única razón; tal vez él no era la persona que yo temía. De cualquier manera, estaba equivocado con respecto a que la atención estaba centrada en mí.

—¿Pero no vio lo entusiasmado que estaba de conocerlo? Yo no me interpongo entre ustedes Alex nos hizo lugar a los dos o, al menos, eso intentaba —me di cuenta de que había sido injusta: Alex se había esforzado.

—No, él te pone en primer lugar —Johan lo afirmó como si el tema no admitiera dudas—. Lo pensé durante uno o dos días, pero llegué a la conclusión de que tú siempre tendrás su lealtad antes que yo. Y eso es inaceptable.

—¿Y no es inaceptable secuestrarme y arrastrarme hasta el medio de un bosque? —no pude contener mi furia un minuto más... pero deseé haber

podido.

–Cuidado –su tono era feroz. Me eché hacia atrás a pesar de que no hizo ningún movimiento hacia mí–. No eres quién para cuestionarme. Solo te contaré aquello que quiera compartir contigo. Tú no puedes entender el plan mayor que se está llevando a cabo ni tu rol en él. No eres más que una savant pequeña e inmadura, pero yo soy mucho más.

Si las pruebas de su locura habían estado presentes desde el momento de mi despertar en el bosque, ese discurso las confirmaba. Si estaba lidiando con alguien tan inestable, tendría que procurar no enojarlo. Recordé el consejo de Sky y de Phoenix. Mi única ventaja era lucir pequeña e inofensiva, y la utilizaría.

–Lo siento, tío Johan. Es que no entiendo, eso es todo.

Se levantó y se acercó a mí. Traté de permanecer inmutable. Se inclinó hacia abajo y me acarició el pelo. Su ánimo había cambiado nuevamente y parecía más benigno.

–No fuerces tu preciosa cabecita tratando de entender lo que ocurre, Misty. Pensar nunca ha sido tu fuerte, ¿verdad?

Supongo que tenía razón, ya que había terminado ahí con él. Opté por bajar la cabeza que arriesgar una respuesta.

–Lamentablemente, tengo que regresar a Cambridge para consolar a Alex cuando descubra que has desaparecido. Estabas durmiendo en el auto cuando volví al restaurante, pero les dije que te había dejado sana y salva en la escuela. Querrán que confirme mi historia –dijo todo esto como si fuera algo completamente razonable. Él se iba a marchar y, aparentemente, yo no–. Puedo ver que piensas que te voy a hacer algo drástico, pero no te preocupes, todavía nos queda mucho tiempo para trabajar juntos. Te pondré en un vacío por un rato mientras arregle el escándalo, pero no temas, pues volveré a buscarte –me miró las uñas azules–. Creo que te dejaré la bolsa de dormir. No es conveniente que mueras de frío, ¿verdad?

Intenté levantarme de un salto, pero los grilletes inexistentes me mantuvieron en el suelo.

–Tranquilízate. No hagas nada de eso. Solo métete en la bolsa de dormir. Voy a ocultarte para que nadie tropiece contigo –arrojó la bolsa en mi falda.

Tenía que existir una forma de salir de esa situación, pero no lograba encontrarla. Los héroes de los libros que yo leía siempre eran infinitamente ingeniosos y tenían algún plan o arma secreta para desbaratar las conspiraciones en su contra. Pero quizá yo era solo un personaje menor: una víctima más que desaparecía en la mitad del libro. Con mis antecedentes, eso parecía lo más probable.

–¿Q-qué quiere decir con eso de ponerme “en un vacío”?

–Si te metes en la bolsa te lo diré.

Viendo que no había otra posibilidad, me metí con dificultad, disgustada conmigo misma por no presentar un poco de resistencia. La bolsa tenía el penetrante aroma a pino de su desodorante, lo cual resultaba todavía más desagradable, como si me estuviera abrazando.

Con expresión nuevamente amistosa, se puso en cuclillas a mi lado.

–Eres una buena chica. Has entendido mucho más rápido que los otros que armar un escándalo no sirve de nada.

*¿Los otros? Dios mío.*

–Mi don consiste en hacer un vacío. Se podría decir que es lo contrario del de mi sobrino: él llena a las personas con su encanto; yo puedo dejarlas en blanco, que aparezcan como un espacio vacío. Puedo hacérmelo también a mí mismo, lo cual, debo reconocer, ha resultado muy útil –me miró como si deseara que lo felicitara.

Sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas.

–¿Y me va a hacer desaparecer?

Asintió satisfecho ante mi rápida comprensión.

–Sí, exactamente. Al menos por hoy. Volveré a buscarte cuando pueda dejar a Alex en buenas condiciones. Es probable que esté un poquito angustiado por que hayas desaparecido de su vida con la misma rapidez con que apareciste en ella.

Johan no comprendía. Las almas gemelas no pueden estar “un poquito” angustiadadas ante algo semejante.

–¿Pero regresará? –no estaba segura de que quería que regresara, pero sospechaba que era el único que podía hacerme volver del vacío.

Johan sonrió.

–Por supuesto, Misty. Lo prometo. No sentirás nada. Es como quedar inconsciente por efecto de la anestesia.

Traté de enviar otro pedido de auxilio telepáticamente, pero no logró ir más allá del árbol más cercano.

Johan estiró el dedo y me tocó la frente.

–Uno, dos...



**M**—¿isty? ¿Misty?

Me llevó un rato despabilarme. Me desperté sintiéndome como si tuviera una gripe muy fuerte. No quería abrir los ojos. La voz pertenecía al hombre a quien más temía ver.

—Lamento que hayas estado inconsciente tanto tiempo. Me tomó más tiempo del que esperaba —una botella presionó mis labios. Me di cuenta de que estaban secos y agrietados. Tragué.

—¿Cuánto tiempo? —mascullé.

—Dos días. Debes necesitar comida e ir al baño. Déjame ayudarte a quitarte la bolsa de dormir.

Con los miembros tan rígidos como las ramas esparcidas a mi alrededor, me puse de pie con dificultad, con la ayuda de Johan. Tenía razón: necesitaba dar una vuelta por los arbustos. Eso le agregó una cuota de humillación a la vasta extensión de mi miedo.

—¿Dónde puedo...?

No tuve que agregar nada más. Me condujo al otro lado del árbol, me mostró una rama baja a la cual sujetarme y me dejó sola. Después de forcejear torpemente con los jeans, logré realizar la tarea, me acomodé la ropa y caminé hasta el otro lado del árbol. Luego me extendió una botellita con agua para lavarme las manos y me ayudó a sentarme en un tronco que había colocado cerca del fuego.

–¿Ahora te sientes mejor?

–Sí –excepto por el hecho de que estaba atrapada en medio del bosque con un demente.

–Te agradecerá saber que te extrañan mucho. Alex está muy angustiado.

¿Se suponía que eso debía alegrarme?

–¿Y mis padres?

–Terriblemente preocupados. Y tus amigos –sonrió y me pasó un emparedado de baguette–. Aquí tienes el almuerzo.

Me restregué los ojos y me di cuenta de que era pleno día.

–Vamos, come –me acercó la mano a la boca. Acordándome de la facilidad que tenía para enojarse, di un mordisco. El sabor me recordó que tenía hambre; si quería matarme, no iba a ahorrarle la tarea muriéndome de hambre.

–Te halagará saber que han montado una gran búsqueda. Mandaron llamar a tu tía Crystal. Ella sí que tiene un don fascinante. Está utilizando tu vínculo con mi sobrino para localizarte –no sonaba preocupado. En cambio, sacó un termo y se sirvió una taza de café. Me extendió la bebida–: ¿Quieres un poco? Es café arábica del mejor.

–Preferiría agua –respondí.

–Está junto a tu pie.

Bajé la vista y me encontré con la botella apoyada contra el tronco. Continuamos nuestro insólito picnic: yo, preguntándome por qué todavía no me había matado, y él... bueno, no sé qué estaría pensando Johan. Me pregunté cuán cerca estarían los grupos de rescate.

Respondió a mi pregunta antes de que tuviera que formularla.

–Por supuesto que Crystal no puede verte gracias a mi don. Se encuentra bastante angustiada, pues solo encuentra un vacío como respuesta. Me temo que piensan que estás muerta. Todos están sumamente molestos.

Me di vuelta y vomité detrás del tronco. Como no tenía demasiado en el estómago, sentí dolor en el abdomen. Busqué el agua y me limpié la boca.

–Me pregunté si Uriel o Victor sospecharían de mí, pero le permití a Uriel que me tocara y rastrear mi historia; no recibió nada más que la impresión de una noche vacía e inocente en un hotel de Cambridge. Están concentrados en Eli Davis, ese idiota que, afortunadamente, no tenía una coartada en el momento de tu desaparición –Johan atravesó la zona de la fogata y me ayudó

a llegar hasta un tronco más alejado que el anterior, donde había vomitado. No hizo ningún comentario, ni para regañarme ni para disculparse, simplemente ignoró aquello de lo que no quería enterarse—. Alex estaba muy enojado con los Benedict por sugerir que yo podía tener algo que ver con tu desaparición. Es un muy buen chico.

Pude imaginarme que Alex debía estar enormemente confundido. Si yo había desaparecido, no querría que le arrebataran también a su único familiar.

Cuando se enterara de quién era verdaderamente Johan, se sentiría destrozado.

¿Alex? No esperaba conectarme con él, mi telepatía aún no tenía forma de escapar a la influencia de Johan. Lo necesitaba tanto que me dolía.

—Te sentirás mejor si comes algo —Johan señaló la baguette.

—Tal vez después —si es que había un después. Envolví el extremo mordido con el papel film. Mozzarella y tomate. Descubrí súbitamente que era uno de mis bocadillos preferidos... hasta ese día.

—Supongo que querrás saber qué sucederá a continuación —Johan se sirvió más café.

—Sí —alzó una ceja—. Por favor.

—A mí, personalmente, no me agrada dormir en el bosque —sonrió como si yo tuviera que captar la broma—. Mis gustos son mucho más *evolucionados* que eso. Le dije a Alex que tenía que marcharme por negocios y que regresaría la semana próxima para ayudar con la búsqueda, si es que todavía no te habían encontrado. ¿Sabes algo? Yo fui su único consuelo, ya que sugerí que era probable que hubieras escapado, pues pensabas que no valías lo suficiente como para ser su alma gemela, y que regresarías una vez que hubieras podido reflexionar con tranquilidad.

—¿Pero acaso ellos no creían que estaba muerta?

Su boca fina se curvó en una sonrisa: estaba disfrutando de la situación.

—Bueno, naturalmente me negué a creerlo. Dije que Crystal estaba dejándose cegar por el miedo, que Alex sabría si estabas muerta y él está convencido de que estás viva.

Porque era cierto. Me sentí un poco reconfortada por el hecho de que Alex no hubiera renunciado a mí.

Johan le colocó la tapa al termo.

—Se sintió muy alentado por mi fe en sus instintos.

Víbora.

—Prometí que volvería lo antes posible, pero aclaré que tenía una reunión impostergable en los Estados Unidos. Igual que tú.

—¿Yo?

—Sí. Te traje ropa para que te cambies. Vindrás conmigo a Oregon para la fiesta de Acción de Gracias.

Su cambio de rumbo era tan errático como la dirección de un tornado, giraba hacia un lado y luego hacia otro.

–¿Por qué?

–¿Por qué? Porque Acción de Gracias es un festejo familiar, ¿no lo sabías?

Nada de lo que decía tenía sentido. Me alentó un poco la idea de que si trataba de llevarme a otro país, tendríamos que abandonar el bosque. Si intentaba hacerle ver los inconvenientes de su plan era probable que terminara muerta ahí mismo. Cooperar parecía ser el camino correcto.

–Vámonos.

Sacó una bolsa de la mochila: todas prendas nuevas compradas en algún supermercado.

–Aquí tienes. Te conseguiré más cosas cuando llegemos a los Estados Unidos.

De modo que hablaba en serio cuando decía que viajaríamos al extranjero. No tenía el pasaporte conmigo, pues lo habían destruido en el asalto a mi habitación. Nunca lograría hacerme pasar por los controles fronterizos.

Tomé la bolsa y me fui detrás de otro árbol. Me sentí aliviada al ver que había puesto prendas gruesas como guantes, una bufanda y un abrigo. Me vestí rápidamente. Al sentir más calor en el cuerpo, me resultó más fácil pensar. Tenía que mantenerlo contento, no darle ningún motivo para que pensara que debería matarme y acabar con los problemas; pero también tenía que escapar. Su loca idea de ir a Oregon (¿dónde quedaba eso exactamente?) sonaba como si fuera a terminar en un enfrentamiento en el aeropuerto. Tendría que mantenerme lo más lejos posible de él. Podía dejarme inconsciente con solo tocarme; supuse que también podría matarme con la punta del dedo.

Probablemente, era eso lo que les había ocurrido a los otros.



Tuvimos que realizar una larga caminata hasta llegar al auto. Había estacionado junto a un camino secundario, y no nos cruzamos con nadie en el trayecto. Intenté deducir qué día era. ¿Miércoles? Creí recordar que los norteamericanos siempre celebraban Acción de Gracias los días jueves. Eso significaba que planeaba estar muy pronto del otro lado del Atlántico.

Al llegar al automóvil, me hizo una seña de que subiera al asiento trasero.

–Me temo que no puedo arriesgarme a llevarte adelante –explicó con su odioso tono de sensatez–. Podrían verte.

La parte de atrás tenía vidrios oscuros y había colocado una reja, de las que se usaban para llevar perros.

–Puedes decidir: te duermo o dejas que te ate las manos y los pies. No te voy a amordazar; no hay nadie que pueda oírte.

Hasta que lleguemos al aeropuerto.

Levanté las muñecas.

–Buena decisión –las ató con correas de plástico. Una vez que estuvo satisfecho, se ubicó en el asiento del conductor, arrancó y encendió la radio para llenar el silencio. Cuando dieron las noticias, escuchamos el pedido emotivo de mis padres, que me prometían que no se enojarían conmigo por haber huido, si eso era lo que había sucedido, y me rogaban que regresara.

*Por favor, no crean que les hice esto a ustedes a propósito*, imploré, deseando que se produjera una grieta en la mente de Johan que permitiera enviarles el mensaje.

El reportero pasó de inmediato al tema de la guerra en Medio Oriente. Johan buscó otra estación y eligió una radio local con sus constantes anuncios de turismo. Miré por la ventanilla. No conocía muy bien esa parte de Inglaterra, pero los carteles de la ruta eran azules como los de las autopistas. El dibujo del avión señalaba que nuestro destino era Stansted: el tercer aeropuerto de Londres. No ingresamos por la entrada principal, sino que tomamos un desvío que nos condujo a la puerta de embarque de una compañía de aviación privada. La barrera se levantó para que pasáramos sin que Johan tuviera que anunciar su llegada. Mis esperanzas de un enfrentamiento en público iban disminuyendo.

–Misty, no te sorprendas cuando la gente no note tu presencia –dijo Johan alegremente–. Voy a extender mi don para cubrirte, así no te registra ninguno de los sensores. Esto me demanda mucho esfuerzo, por lo tanto confío en que no me causarás ningún problema.

Como pretendía causar todos los problemas que pudiera, opté por no decir nada.

Estacionó frente a un pequeño edificio vidriado.

–Esta es la terminal VIP y para aquellos que tienen sus propios aviones –vacío la guantera de todo aquello que pudiera identificarlo–. No tardaré mucho.

Lo observé mientras caminaba hacia el edificio. Apenas estuvo de espaldas y se puso a hablar con el empleado de la recepción, intenté abrir la puerta. Bloqueada. Intenté mover el mecanismo con telequinesis, pero no sabía cómo funcionaba el cerrojo y carecía del don de Alex para persuadir a las puertas de hacer lo que yo quería.

Como vi que Johan regresaba al automóvil, permanecí muy quieta.

Abrió la puerta y cortó las ataduras de mis pies.

–Ya estamos listos para partir. Una vez más, puedes decidir: cooperar y permanecer consciente o venir por las malas.

–Consciente –bajé del auto. Si no encontraba gente en otro lado, al menos en el avión seguramente tenía que haber una tripulación a la cual acudir.

–Buena chica.

Aferró la parte de atrás de mi abrigo para impedir que tratara de huir y me guió hacia el avión, un modelo de jet ejecutivo. Blanco, elegante y hermoso, era el tipo de avión que solo había visto en películas. Una aeromoza esperaba junto a la puerta.

–Bienvenido, Sr. Smith. Es un placer tenerlo nuevamente con nosotros.

Johan le lanzó su amplia sonrisa.

–Hebe, para mí también es un placer.

Era ahora o nunca.

–Por favor, ¿puede ayudarme? –grité.

Johan me clavó la mano en las costillas y levantó el dedo en forma amenazadora para recordarme lo que podía hacer.

Los ojos de la mujer pasaron de largo por encima de mí.

–¿Hay equipaje para subir a bordo?

–No, ya está cargado –me empujó para que subiera la escalerilla.

–Entonces, le informaré al capitán que está listo para partir.

La aeromoza ingresó en la nave y Johan me arrastró hacia la cabina principal. Pasamos la fila de cuatro asientos hasta llegar a una puerta en el fondo. La abrió y me empujó hacia adentro. Era una cabina privada con una cama y un asiento junto a la ventanilla.

–Siéntate ahí –me ató al asiento–. La puerta quedará cerrada. Si escucho que haces algún ruido para atraer la atención, cruzaré la puerta y eso será lo último que recuerdes –me apretó la barbilla–. ¿Entendiste?

Asentí mientras las lágrimas se amontonaban en los ojos a pesar de la determinación de no revelar ninguna emoción.

Me dio una palmada en la cabeza.

–Si te portas bien, te traeré algo de comer. El vuelo dura aproximadamente unas diez horas, dependiendo del viento en contra.

Salió y cerró la puerta desde afuera.

Una vez sola, me levanté de un salto para explorar mi prisión. Había un bañito con lavabo, retrete y una ducha diminuta. Más allá de jabón y toallas de mano, no había nada más. La cama tenía una manta muy ajustada y una sábana. Podría rasgar la tela, pero no sabría qué hacer con ella. El asiento junto a la ventana era fijo; las luces estaban amuradas a la pared; no había a mano ninguna lámpara pesada que sirviera de arma.

*Vamos, Misty, sé realista: eres una chica más bien pequeña y él es un hombre alto, pensé. Si lo atacas, solo lograrás irritarlo.*

Pero tampoco quería acatar sus órdenes sin resistirme.

*¿Qué otra opción tienes?*

En ese momento, los motores se encendieron e interrumpieron mi diálogo interior.

–Sr. Smith, habla el Comandante Hussain. En nombre del Primer Oficial Finlay y del mío propio, le damos la bienvenida a bordo de este vuelo a Portland, Oregon. El control de tráfico aéreo ya nos ha dado la posición y esperamos despegar en cinco minutos. En este momento, el pronóstico del tiempo es bueno. Por favor siéntese, abróchese el cinturón de seguridad y disfrute del vuelo.

El avión comenzó a moverse. Johan había olvidado quitarme las correas de las muñecas, o tal vez no había tenido intención de hacerlo. Sin un plan de escape inmediato, me senté y me coloqué torpemente el cinturón. Al mirar por la ventanilla, me asaltó una esperanza fugaz de que algún empleado del aeropuerto me viera, pero la pista se mantenía desierta y solo se veían los 747 deslizándose pesadamente por las pistas de carreteo, cual blancos y brillantes dinosaurios. Doblamos hacia la cabecera de la pista, nos detuvimos y luego la nave se movió con mayor decisión. Se elevó el frente y luego la parte de atrás. Ya estábamos en el aire y ascendíamos abruptamente. Johan se las había arreglado para sacarme de Inglaterra sin la menor dificultad.

El comandante habló nuevamente.

–Sr. Smith, en breves instantes, podrá quitarse el cinturón de seguridad. Cuando alcancemos la altura crucero, Hebe le servirá una selección de refrigerios y bebidas, seguidos del almuerzo. Gracias por volar con Maniobras Ejecutivas, la principal aerolínea mundial para viajes de negocios.

Como había comenzado a descifrar, Johan había alquilado su propio avión. Daba la sensación de que estaba acostumbrado a hacerlo. Debía costar una fortuna. ¿Cómo habría conseguido el dinero?

La respuesta llegó rápidamente. El don de su última víctima era buscar tesoros, y habían existido otras con talentos similares: la chica australiana, el trío norteamericano con acciones en la bolsa. Debía admitir que el dinero no era un obstáculo en los planes que mi enemigo tenía para mí.

Cuando se apagó la señal del cinturón de seguridad, me quité la hebilla. Luego se abrió la puerta de la cabina y Johan entró silenciosamente.

–Me agrada ver que no has intentado ninguna estupidez.

*Solo porque no se me ocurrió qué hacer.*

–Voy a recompensar tu colaboración desatándote las muñecas. Puedes darte una ducha: no necesitaré este baño.

–Me gustaría bañarme –estar tumbada en el bosque me había dejado una capa de mugre que no podía desaparecer con una simple lavada de manos o un cambio de ropa.

–En una hora, te traeré algo para almorzar –se marchó y cerró nuevamente la puerta.

Junto al asiento, había un botón para llamar a la aeromoza. ¿Me atrevería a usarlo? Hebe no esperaba que hubiera nadie más a bordo, de modo que quizá ni se molestaba en fijarse. Y si lo hacía, ¿qué pasaría? ¿La pondría en peligro a ella y a la tripulación? Supuse que era lo más probable. Hasta que tuviera una mejor idea de qué hacer con ese botón, no lo oprimiría. Armar una pelea con Johan estando en el aire era como liberar un enjambre de abejas asesinas en la cabina: una completa estupidez.

Por lo tanto, era mejor ducharse.

Me quité la ropa en el pequeño cubículo y me paré debajo de la lluvia. Ahora que nadie me veía, liberé las lágrimas que venía conteniendo, que se mezclaron con el agua. La horrible verdad era que resultaba poco probable que yo sobreviviera a esa aventura. Johan había matado antes, fácilmente y sin remordimientos. Por el momento, tenía una tarea para mí, pero yo era un obstáculo para su propósito de acaparar el amor de Alex. Ese pensamiento empeoró mi estado de ánimo: si lograba asesinarme, también destrozaría la vida de Alex, y lo obligaría, en su dolor, a confiar en la mismísima persona que lo había causado. Al descubrir lo perverso de la situación, me dieron ganas de gritar.

Mi voz interior se hizo escuchar: *¿de modo que aceptas que Alex te necesita para vivir?*

*Sí, lo aceptaba.*

*Fuiste una idiota al armar todo ese escándalo en la pizzería.*

*Gracias, lo supe en ese momento. Solo que... no sentía que estaba a su altura.*

*Entonces, sería mejor que lucharas por lo que quieres... si lo quieres.*

*Hasta morir, me prometí a mí misma.*



Como había descartado la idea de armar una pelea en el avión, decidí esperar hasta que estuviéramos en tierra y Johan se sintiera seguro de que yo aceptaría dócilmente sus planes.

Me dolían los dientes. No era el momento de tener un ataque de sinceridad. Dócilmente no era una mentira: actuaría en forma sumisa hasta que llegara la hora de resistir. Y estaba segura de que mi oportunidad duraría solo un segundo. Debía estar atenta a varias cuestiones. Tenía que estar consciente y fuera de su autonomía. ¿Cuán lejos era eso? No lo sabía. Hasta ahora me había mantenido a su lado cuando quería ocultarme de los demás. Tomando mi propio don de la verdad como guía, mi influencia no iba más allá de la habitación donde me encontraba; a partir de ahí, podían mentir libremente sin

mi interferencia. Antes de probar, tenía que conseguir esa distancia.

¿Y llamar a quién? Sabía que algunos de los Benedict vivían al oeste de los Estados Unidos; Yves y Phoenix estaban en California. ¿Cuán lejos era eso? Maldije el hecho de que nunca había prestado atención al mapa de Norteamérica, que debía haber visto millones de veces. Tenía un vago recuerdo de que existía algo llamado la Ruta de Oregon, una de las últimas rutas de los colonizadores, por lo cual sabía que se hallaba en el extremo más alejado del país. Mordiéndome las uñas mientras lamentaba mis pobres conocimientos de geografía, distinguí una revista de a bordo en el bolsillo del asiento. La tomé y busqué la página don-de figuraban los aeropuertos internacionales. El piloto había mencionado Portland. Aunque el mapa no mostraba los límites entre estados, ahora tenía una buena idea de hacia dónde nos dirigíamos: al norte de San Francisco y al sur de Seattle. La escala daba idea de que las distancias eran todavía enormes. Si no podía hablar con mi madre desde Cambridge, un viaje de unos ciento noventa kilómetros, supuse que sería casi imposible comunicarme con Phoenix o Yves.

De acuerdo, tendría que gritar pidiendo auxilio y esperar que algún savant estuviera escuchando. Por lo menos, quería que Alex supiera que fue Johan, aun cuando no pudiera salvarme.

Tampoco me estaba dando por vencida. En el fondo de Misty “Desastre” Devon, descubrí que tenía una base firme y profunda de obstinación. Hasta el momento, Johan no había tenido ningún problema conmigo porque el miedo había primado sobre la ira; en Oregon, él descubriría cómo era yo cuando me enfurecía.

Phoenix y Sky me habían aconsejado qué hacer sin imaginar que habría de necesitar tan pronto sus palabras de sabiduría. Busquen cualquier cosa que sirva de arma y úsenla. Muy bien, tenía mi don de la verdad, algunos poderes telequinéticos y unos reflejos fabulosos. Eso tenía que servir de algo. No pensaba entregarme como una oveja yendo al matadero.

Me vino a la mente un verso de uno de mis poemas favoritos de Dylan Thomas: “No entres plácidamente en esa buena noche”. A pesar de haberlo escrito para la vejez, me pareció apropiado para el momento que estaba enfrentando. El método de Johan de matar era extrañamente plácido: repulsivo pero sin violencia. Y yo iba a enfurecerme contra él.



## CAPÍTULO 18

Cuando comenzamos el descenso final en Portland, todavía era de día. Habíamos estado viajando con los husos horarios a nuestro favor, estirando al miércoles como si fuera mozzarella derretida. Había aprovechado que tenía una cama y descansado lo suficiente. Esperaba que Johan estuviera sentado en su asiento de ejecutivo con un calambre en el cuello y sin poder pegar un ojo, preocupado por si yo intentaba algo. Eso me produjo cierta satisfacción. Me ajusté el cinturón de seguridad para el aterrizaje. Mientras observaba cómo nos acercábamos a tierra, caí en la cuenta de que había estado tan concentrada en las estrategias para escapar que había dedicado poca reflexión al motivo de la visita de Johan. Había mencionado algo acerca de pasar tiempo con la familia. Nadie de mi familia vivía ahí, y pensaba que Alex era su único pariente.

*El único pariente que lo reconocía como tal, corregí.*

Sin embargo, creía recordar que las últimas noticias acerca del padre de Alex habían venido de Sudamérica. Tal vez tomábamos otro vuelo; Johan no quería dejar rastros.

*No permitas que te hagan abordar otro avión, me dije. Al menos aquí hablas el mismo idioma. Ir hacia el sur empeorará la situación.*

Cuando las ruedas tocaron el suelo, Johan entró en la cabina.

–Bueno, Misty. Hacemos lo mismo que antes y espero que esta vez ya estés convencida de la inutilidad de gritar para pedir ayuda.

Asentí.

–Hablaré con las autoridades de migración y nos marcharemos. Me temo que tenemos un largo viaje en auto por delante.

Por lo menos, no íbamos a tomar otro avión.

–De acuerdo.

Extrajo un nuevo conjunto de correas.

–Si no te importa.

Por supuesto que me importaba. Levanté las muñecas.

–Este don suyo... es realmente impresionante –me pregunté si con halagos lograría que me diera algún indicio más acerca de su funcionamiento.

–Gracias, mi querida. Me ha resultado útil –jaló suavemente de las correas y me levanté–. Es simple: la gente no ve lo que yo quiero borrar. Soy como el hombre invisible, excepto que también puedo hacer que otros desaparezcan. Puedes imaginarte lo que eso me ha permitido hacer durante todos estos años de larga búsqueda –abrió la puerta de la cabina.

–¿Se siente mejor, Sr. Smith? –preguntó Hebe rondando el pasillo.

Johan se frotó el estómago.

–Fue algo leve. Ya me siento mucho mejor –de modo que así fue cómo explicó sus viajes frecuentes a la cabina.

Pero estaba mintiendo. Esa era la primera grieta. Deliberadamente, dejé de contener mi don. Era como largar la respiración después de haberla contenido durante el mayor tiempo posible: un alivio instantáneo.

–Espero que no haya sido algo que comió –Hebe le alcanzó un maletín.

Abrió la boca para decir que era precisamente eso pero, en cambio, disparó:

–No, es que tenía que vigilar a alguien que estaba en la cabina –se mostró conmovido ante lo que había admitido.

El rostro de Hebe registró su confusión.

–Muy bien, nos vemos en el próximo vuelo. El sábado –de inmediato, Johan cambió de tema.

Su extraño comentario fue reemplazado por consideraciones acerca de reclamar sus millas de viajero frecuente.

–Por supuesto, señor, será un placer volver a tenerlo a bordo. Usted es el pasajero que requiere menos esfuerzo –Hebe frunció el ceño, sorprendida ante su confesión.

Johan me sujetó la muñeca con tanta fuerza que me dolió; había deducido quién tenía la culpa.

–Nos vemos entonces. Adiós.

Me hizo bajar del avión con él. El aire exterior fue como un balde de agua fría en el rostro.

–Otro truco como ese y me veré obligado a matar –masculló.

–Me va a matar de todas maneras –respondí obstinadamente.

–Lo que quise decir es que tendría que matar a toda la tripulación. ¿Quieres cargar con eso en tu consciencia?

Como si fuera la responsable de lo que estaba sucediendo. No era yo quien estaba llevando a cabo el secuestro.

Una limusina negra esperaba al pie de la escalerilla. Johan abrió la puerta trasera y me empujó al interior.

–A la terminal, por favor –le ordenó al chofer.

Al igual que en Stansted, los pasajeros VIP no tenían que hacer la fila con los viajeros comunes. Johan me dejó en el automóvil mientras iba a llenar los papeles de migración. Ató mis esposas de plástico a la manija de la puerta. Por un breve instante, pensé que podría recurrir al chofer, pero este se bajó y caminó junto a Johan hasta ingresar en el edificio de la terminal. Llevaba la mano oculta en el saco con actitud de estar armado y ser peligroso, revelando que hacía tanto de chofer como de guardaespaldas.

Pero Johan había dejado el maletín.

Lo arrastré más cerca con los pies, haciendo un gran esfuerzo para engancharlo y subirlo al asiento. Cuando me tocó el muslo, me incliné y utilicé la barbilla para arrastrarlo sobre mis rodillas con un movimiento bastante difícil. Transpirando de miedo de ser descubierta, eché un vistazo hacia la terminal. Johan se encontraba al otro lado del vidrio conversando con el oficial de migraciones; daba toda la impresión de ser un tranquilo e inocente viajero. Tenía poca elasticidad en las manos, pero sacudiendo el maletín, logré que los broches de adelante quedaran a mi alcance. Todo eso sería en balde si Johan había puesto la combinación. Clic, el primer broche se levantó. Clic, el segundo. Metí los dedos en la ranura y alcé la tapa. Estaba casi vacío. Adentro, solo tenía unas pocas hojas y fotografías. Escudriñé velozmente la que estaba arriba. La imagen mostraba una familia frente a una casa azul con una verja blanca; una pareja y un hijo, que parecía de mi edad o un poco menor. Como llevaba una gorra de béisbol, no pude verle mucho la cara, pero el padre me resultó claramente familiar: una mezcla de Johan y de Alex. Roger. Tenía que ser el padre de Alex. Por lo tanto la mujer era la madre: de rostro pálido, expresión atormentada y pelo largo y oscuro. Tal vez el chico era otro hijo. Por lo que Alex me había contado, ni siquiera sabía que tenía un hermano.

La hoja de papel que estaba encima de todo era de una agencia de detectives privados y tenía una dirección y un mapa. Una calle de un lugar llamado Florence, en Oregon. Por el mapa, distinguí que quedaba en la costa del

Pacífico. Ahora sabía hacia dónde nos dirigíamos, pero no entendía por qué yo debía acompañarlo. Johan sabía de antemano lo que su hermano pensaba de él; nunca se habían mentido. Eso no era una amigable reunión de Acción de Gracias.

Un rápido vistazo hacia arriba y comprobé que el tiempo se me estaba acabando: Johan y el guardaespaldas regresaban al auto. Cerré el maletín y lo trabé, luego lo pateé hacia el lugar aproximado donde él lo había dejado. Ahora lo único que tenía que hacer era lucir inocente.

Johan entró al auto. Echó una mirada al maletín para verificar que estuviera en su lugar pero, si pensó que se había movido, pareció no relacionar el hecho conmigo. Dio un golpecito en la ventana que nos separaba del conductor, y la limusina comenzó a moverse. Con un resoplido de satisfacción, colocó el maletín en sus rodillas, lo abrió y metió el pasaporte en el interior. Noté que era norteamericano. Imaginé que la suplantación de identidad era una tontería para un hombre con su talento. Por lo que sabía, también era posible que tuviera ciudadanía norteamericana. Si iba a anticipar su próximo paso, sería interesante saber más acerca de él. El silencio no ayudaba en nada. Aun cuando conociera la respuesta, pensé que sería algo natural de alguien en mi posición preguntar a dónde nos dirigíamos.

–Tío Johan, ¿a dónde vamos? –traté de resultar lo más confiable posible sin que mi don interfiriera.

–Me he invitado a la casa de mi hermano para festejar Acción de Gracias.

–¿Sabe que yo también voy?

Soltó una risita ahogada.

–Si no sabe que voy yo, menos todavía puede saber que tú vas también. Si fuera un hombre decente, sentiría interés por su hijo y la gente que lo rodea, pero ahí tienes: ese es Roger du Plessis.

¿Y cómo podía eso ser igual de malo que matar? Preferí tragarme el comentario mordaz.

–Entonces, ¿quiere convencerlo de que cambie de opinión con respecto a Alex? –por favor, que sea algo tan inocente como eso.

Johan torció los labios con desagrado.

–No se merece una segunda oportunidad con su hijo. Él abandonó a un niño de tres años: eso es todo lo que tienes que saber sobre mi hermano. Mis padres estaban tan orgullosos de él; estoy seguro de que hasta le habrían festejado que abandonara a su propio hijo.

–Fue muy cruel de parte de ellos –al menos en eso podía coincidir con él.

–Roger es igual a nuestro padre: un hombre frío y prejuicioso. Es hora de sacarlo de esa autosuficiencia en la que vive. Cree que controla a su familia pero, en verdad, no tiene ni idea de lo que sucede ahí dentro.

–¿Y usted qué hará? ¿Destrozar esa autosuficiencia?

–No, mi querida, de eso te encargarás tú –Johan sacudió la cabeza.

El auto recorrió volando los kilómetros de autopista, abandonando de prisa los suburbios de Portland y saliendo a la ruta abierta. Me mordí la uña mientras observaba los campos, los bosques y las colinas de Oregon. Era un hermoso paisaje con su traje de invierno de árboles sin hojas y césped cubierto de escarcha.

–Un interesante lugar, Oregon –comentó Johan en tono conversador siguiendo mi mirada–. Exporta un alto porcentaje de las semillas de césped del mundo. Mi hermano trabaja como representante de una gran compañía de semillas. Después de tantas mudanzas alrededor del mundo, debería haber adivinado antes dónde se ocultaría; desde chico siempre se sintió atraído por las plantas.

–¿Y a usted qué le interesaba, tío Johan?

–Nada –esbozó una sonrisa fugaz.

Tema peligroso.

–Y su esposa, la madre de Alex, ¿qué hace?

–¿Miriam? Se esconde.

–¿Quiere decir que se esconde en el hogar?

Levantó un dedo en medio de los dos, como una advertencia de que me detuviera.

–Se acabaron las preguntas.

La amenaza fue suficiente como para desalentar cualquier nueva pregunta. Estaba tan cansada... no agotada físicamente, sino cansada de estar aterrorizada. Encogí las rodillas contra el pecho.

–Los pies fuera del asiento –dijo, imperioso.

Bajé las piernas. Después giré levemente como para que mi cabeza quedara apoyada de costado y lejos de Johan, y cerré los ojos. Trataría de ser muy discreta para no darle motivo de usar sus poderes conmigo. Odiaba esa sensación de ausencia. Al controlar mi consciencia, me arrebataba mi derecho fundamental a la vida. Un empujón más y ya no volvería a despertar.

Muchas horas después, el auto se detuvo delante de un motel.

–Señor, hice una reserva como me pidió para la cabaña más grande y mejor equipada –dijo el conductor por el intercomunicador–. El auto de alquiler estará acá a las nueve de la mañana, y las llaves las encontrará debajo de la puerta.

–Gracias, Chandler.

–Gracias a usted por elegir a la Flota de Plata. Que disfrute del resto de su estadía.

–Tengo toda la intención de hacerlo.

Johan me echó una mirada sin especificar lo que esperaba de mí, puesto que yo ya lo sabía. Asentí. Chandler abrió la puerta de su lado, y él se bajó

tironeando de mis muñecas atadas para indicarme que debía seguirlo. Las luces brillantes del motel se perdían en la noche neblinosa. El establecimiento consistía en una serie de grandes cabañas con una cochera delante de cada una. Se podía entrar y salir de la habitación sin pasar por áreas públicas; sin ninguna duda, ese era el motivo por el cual Johan lo había elegido. Si Chandler consideró extraño que un hombre rico como Johan hubiera escogido un motel tres estrellas en lugar de uno lujoso, no hizo ningún comentario.

–Señor, iré a buscarle la llave. Llamé hace un rato para avisar que llegábamos; la puerta está abierta.

–Excelente –Johan le hizo un gesto rápido y esperó a que se marchara a la recepción antes de abrir la puerta de la Número Cinco–. Misty, quédate en el baño mientras despido al conductor.

Vacilé mientras me preguntaba si esa sería otra oportunidad para escaparme. Solo tenía atadas las muñecas.

Johan se me anticipó.

–Recuerda que cualquier tipo de resistencia de tu parte solo provocará más muertes.

Entré al baño y me senté en el borde de la bañera. Había sido reciclado recientemente: baldosas y azulejos oscuros, lavabo brillante y bañera impecablemente blanca. Las juntas de los azulejos eran de un brillante color tiza; el lugar se veía muy poco usado. Había un jaboncito envuelto en un elegante celofán color lavanda. No había ventanas. El zumbido del ventilador de techo ahogaba la breve conversación entre Johan y el conductor. De todos modos, como la cabaña era muy grande, aun sin el ruido del motor, ellos se encontraban a bastante distancia de mí.

–Ya puedes salir –Johan golpeó la puerta.

Cuando abrí, vi que había cerrado las cortinas. El amplio recinto tenía una pequeña cocina y dos camas de dos plazas divididas por una estantería. Sobre la mesa circular junto a la ventana, habían dispuesto una cena tipo picnic.

–Las muñecas.

Levanté las manos y él cortó las correas. Después de llevar esos plásticos durante tantas horas, tenía la piel en carne viva. Johan chasqueó la lengua en señal de desaprobación como si fuera mi culpa.

–Te sugiero que te laves con agua fría.

Regresé al baño y me miré al espejo con aire ausente. Me sentía vacía. Tenía el rostro más pálido de lo habitual, los ojos grises muy abiertos en un permanente estado de shock, el pelo en una maraña salvaje. Me salpiqué un poco de agua en la cara para estimular el cerebro. Tenía que mantener la lucidez, continuar buscando el punto vulnerable del plan.

Sentí un débil susurro en el fondo de mi mente.

*¿Bokkie?*

*¿Alex? El alivio me inundó.*

*¡Gracias a Dios... finalmente! Estás viva. Lo sabía.* Su voz sonaba lejana pero, aun así, debía estar lo suficientemente cerca como para poder hablar conmigo. De lo contrario, estaba alucinando. Yo me hallaba en la parte de atrás de la cabaña, y Johan, junto a la ventana: quizás esa distancia era suficiente para escapar a su influencia. Incluso en el edificio de la terminal, había estacionado muy cerca y solo habíamos estado separados por un vidrio; nunca habíamos estado tan lejos como ahora. Su deseo de tener un alojamiento de categoría había demostrado ser el primer defecto de su plan.

*¿Eres realmente tú?*

*Sí, de verdad. ¿Dónde estás?*

*En algún lugar de Oregon.*

*Eso lo sabemos. Yo estoy en Portland. Aterrizamos hace una hora.*

*¿Cómo lo saben?*

*Percibí que titubeaba. Tarryn.*

*¿Y cómo supo Tarryn que yo estaba acá?*

*Su don. Te vio con mis padres. Victor los localizó en Oregon.*

“Yo veo el destino de las personas”, me había dicho Tarryn en Ciudad del Cabo.

El frío se alojó en mi estómago. *¿Entonces voy a morir?*, pregunté mientras la desesperación comenzaba a aullar dentro de mi mente.

*No. No lo permitiré.*

*Mentira.*

–Ay, Dios mío –caí de rodillas. Ya no podía sentir a Alex dentro de mi cabeza. La razón se presentó de inmediato: Johan se encontraba en la puerta.

–Apúrate, Misty, quiero comer.

–¡Ya voy! –mascullé. Tenía que hacerlo regresar al otro extremo de la cabaña y volver al baño sin que sospechara.

–No tienes buen aspecto –comentó atento al verme salir del baño.

–¿Le sorprende?

Me dio una palmada en el brazo que no hizo más que aumentar mis temblores.

–No, supongo que no. A pesar de todo, te estás portando bien –su rostro se iluminó–. Y estoy seguro de que no tienes nada que una comida y algo de sueño no puedan curar.

Johan creía realmente en sus palabras. No podía entender por qué habría de sufrir alguien a quien él hubiera sentenciado a muerte. Ya había dado indicios de que no consideraba lo que hacía como algo malo; pensaba que no causaba dolor. Ahora estás aquí y ahora no. Era una especie de juego.

Intenté comer algo, pero como no podía tragar nada sólido, probé con un yogur. Era de sabor a plátano. No se parecía en absoluto a la fruta, sino más

bien a esos caramelos masticables con forma de plátano. Johan atacó un emparedado que desbordaba pastrami y ensalada.

–Estados Unidos –exclamó alegremente mientras lo sostenía delante de mis ojos pensando que el emparedado era una ilustración elocuente.

Me limpié los labios con toquécitos suaves esperando que mis modales le resultaran impecables.

–¿No le molestaría que me diera un baño? Las muñecas me duelen mucho.

–Ve nomás. No te demores. Me agradecería darme una ducha antes de irme a dormir –se levantó y se dirigió a la pequeña cocina a preparar café. Maldición: eso lo colocaba mucho más cerca del baño–. Tienes más ropa limpia. La puse en tu cama –señaló la litera más alejada de la puerta–. Usa la camisa para dormir.

Tomé las prendas mencionadas y me encerré en el baño.

*¿Alex? ¿Alex?*

Nada. Johan debía estar en el medio de la habitación. Continué llamando a Alex mientras me duchaba, pero Johan se mantenía obstinadamente cerca. Me sequé, me vestí y, cuando emergí del baño, descubrí el motivo: se había echado en la cama y estaba leyendo el periódico.

–Ya terminé –anuncié.

–Entonces, me daré una ducha –se quitó las gafas de lectura y buscó el bolso de tocador en la maleta.

Traté de no lucir demasiado contenta. Caminé hacia la mesa y empecé a ordenar.

–Déjalo. Para eso pago. No tienes que hacerlo.

Con una leve sonrisa, me metí en la cama intentando dar a entender que pretendía dormir.

–Buenas noches, Misty –y cerró la puerta del baño tras él.

Salté de la cama y me dirigí deprisa al otro extremo de la cabaña.

*¿Alex?*

*¿Qué ocurrió?*

*Johan impidió que me comunicara. Solo hay un lugar en la habitación donde estoy lo suficientemente lejos.*

No se sorprendió al escuchar el nombre de Johan, de modo que imaginé que estaba incluido en la visión de Tarryn. Quería consolarlo por la traición de su tío pero no había tiempo.

*Escucha, necesitamos saber exactamente dónde te encuentras.*

*Está planeando usarme a mí en algún tipo de enfrentamiento con tus padres. Viven en la costa en una ciudad llamada Florence.*

*Victor rastreó el lugar donde viven, tenemos la casa vigilada y no hay nadie allí. Tenemos que impedir que te contactes con mi familia.*

*Estoy en un motel. Creo que se llama Harbour Inn.*

Le transmitía la información a otra persona.

*Es una cadena. ¿Sabes cuál?*

*No, pero nos dirigimos a la costa... cuando abandonamos el aeropuerto, vi carteles de la carretera de la costa.*

*Eso es bueno, debería ser suficiente para encontrarte. Misty, haz lo que hazas, no permitas que te lleve con mi familia. ¿De acuerdo? Te encontraremos antes.*

*¿Y cómo hago exactamente para detenerlo? Puede matar con solo usar el dedo.*

*Haz lo que puedas.*

Alex no podía disimular su angustia, que hacía temblar nuestra conexión como una brisa helada. Me di cuenta de que no estaba seguro de cuánto tiempo me quedaba.

Esa podía ser nuestra última conversación...

*Alex, siento mucho haberme enojado en la pizzería.*

*Y yo siento mucho no haber manejado las cosas de otra manera. Estaba demasiado absorto en conocer a mi tío y ganar el concurso para imaginar que te sentías dejada de lado. Fui un idiota, di por hecho que siempre estarías ahí y no te valoré, como dijo tu padre.*

*¿Con quién estás? Si algo salía mal, no quería que Alex estuviera solo.*

*Con todos: tus padres, Uriel, Tarryn, Victor, Crystal, Xav. Y hay más que están por llegar. Convocamos a toda la policía que encontramos. No va a salirse con la suya, Misty, te lo prometo.*

*Lamento lo de tu tío.*

*Sí, bueno, con una familia como la mía, voy a estar mejor adoptando la tuya, ¿no crees?*

Me pregunté fugazmente qué estaría pensando mi padre, porque esta era su peor pesadilla hecha realidad. No podía imaginármelo tratando bien a Alex. Si yo desaparecía, mi familia sería un caos y resultaría incapaz de cuidar a Alex. Él necesitaría a alguien más.

*Vi una foto. Creo que tienes un hermano.*

*¿Sí? ¿En serio?*

*Parece tener tu edad... o un poquito más joven.*

*No lo recuerdo. Además de angustiado, ahora pareció triste.*

*Y estoy segura de que no sabe que existes. Podrán empezar de cero.*

*Misty, es muy dulce de tu parte... preocuparte por mí cuando lo que tenemos que hacer es salvarte a ti.*

Me sequé unas lágrimas ardientes. *Te pido que no te eches la culpa, ¿de acuerdo?*

*La situación no va a llegar a eso. Dime qué puedo hacer ahora por ti. Estar conmigo.*

Debió haber sentido que necesitaba consuelo desesperadamente pues comenzó a cantar muy suavemente una de mis canciones favoritas:

*Are you afraid of being alone?*

*Cause I am, I'm lost without you.*

*Oh, Alex.*

*Estoy perdido sin ti,* repitió en un susurro.

Igual que yo sin mi alma gemela. La canción era como una suave caricia que atenuaba el filo de mi terror. Oí ruidos en la puerta del baño.

*Está saliendo del baño. Encuéntrame. Te amo.*

Corté la conversación rápidamente antes de que Alex pudiera responder. No tenía tiempo para cruzar hasta mi dormitorio, por lo tanto decidí que era mejor que me encontrara tratando de abrir la puerta del frente que sospechosamente quieta junto a la ventana.

–Supongo que debería habérmelo imaginado –suspiró Johan al verme con la mano apoyada en el pomo de la puerta.

–Solo quería tomar un poco de aire –no estaba mintiendo. Quería salir corriendo lo más lejos que fuera posible.

–Entonces, ¿no estás pensando en escapar?

–Por supuesto que estoy pensando en escapar –él sabía que yo no podía mentir.

–¿Y no estás esperando conseguir ayuda de afuera?

–¿En este motel? No.

Se frotó la barbilla recién afeitada.

–Tal vez, debería dejarte inconsciente, por las dudas. Quiero dormir bien sin preocuparme de que intentes escabullirte.

–No intentaré escapar –prometí. Esperaba que un equipo de rescate derribara la puerta.

Sacudió la cabeza.

–Sé que no puedes mentir, pero puedes estar tergiversando las palabras. Mejor prevenir que curar. Te sugiero que regreses a la cama. A mí no me importa que pases la noche junto a la puerta, pero supongo que tú preferirías la otra opción.

Si me dormía, no tendría ninguna garantía de que él me despertara en caso de que vinieran a rescatarme. Sería una rehén viva y muerta a la vez. No se me ocurría una forma de detenerlo. Tenía que avisarle a Alex.

–¿Entonces puedo ir una vez más al baño?

Se encogió de hombros.

–Está bien, pero date prisa. Quiero dormir.

Tenía que lograr que se acercara a la puerta para poder enviar mi advertencia. En la mesa de luz, Johan tenía el teléfono y las gafas para leer. Con un toque de telequinesis, levanté los lentes de la mesa y, para que no

notara el movimiento, los arrastré hacia la ventana a nivel del piso. Luego hice lo mismo con el teléfono. Esperaba que quisiera usarlos antes de dormir.

–No tardaré ni un segundo –exclamé. En realidad, tardaría varios segundos. Corrí hacia el baño y cerré la puerta.

*No pierdas la calma*, me dije. El pánico bullía en mi interior.

*¿Alex? ¿Alex?*

Nada. ¿Cuánto tiempo le tomaría a Johan descubrir que le faltaban los lentes y el teléfono?

*¿Alex?*

*¿Misty?*

*Solo tengo unos segundos. Johan va a dormirme nuevamente. Cuando lo hace, solo él puede despertarme. Si irrumpen en la cabaña, no hay ninguna garantía de que lo haga.*

O...

El resto del OK quedó cortado. Johan había encontrado el teléfono y los lentes. Apreté el botón del retrete y salí. Morbosamente, mi mente me recordó que esas paredes color beige y esas cortinas oscuras podrían ser lo último que vieran mis ojos. Me deslicé dentro de la cama y esperé.

*Ayúdame, Dios mío.*

Johan se detuvo junto a mi hombro con el dedo en alto.

–Duerme bien. Mañana todo habrá terminado.

¿Y eso pretendía ser una frase tranquilizadora?

*El tipo está loco: no le digas a dónde puede irse aun cuando desees hacerlo.*

Aullando por dentro, lo único que pude hacer fue corregir mis palabras.

–Por favor, tío Johan, me despertará, ¿verdad?

Con una sonrisa en los labios, comenzó a contar:

–Uno, dos...



## CAPÍTULO 19

**A**—¡irriba! ¡Es hora de despertarse!

Johan estaba horriblemente alegre. Eso significaba que nadie había derribado la puerta durante la noche y que yo seguía prisionera, pero también que me había despertado. Al menos eso era algo bueno.

–Feliz Día de Acción de Gracias –colocó una taza de café en mi mesa de luz.

–Gracias –bebí la infusión amarga. El gusto me confirmó que no me agradaba tomar café tan temprano.

Me dio un golpecito en la pierna a través de la manta con un gesto amigable.

–Apresúrate a beberlo. Después de un rápido desayuno, nos marcharemos. Tenemos que llegar a lo de Roger a la hora del almuerzo.

–De acuerdo –el miedo regresó estruendosamente de la inconsciencia nocturna en la que se había ocultado. ¿Era así como se sentía el ratón cuando el gato jugaba con él: unos pocos destellos de esperanza mezclados con desesperación?

Obligándome a seguir adelante, elegí unas prendas nuevas y entré al baño.

Aunque sabía que Johan se encontraba muy cerca, eso no me impidió volver a intentar conectarme con Alex. Al no recibir ninguna respuesta, me resultó fácil imaginar que se debía a que no había nadie del otro lado, que el rescate había sido una ilusión.

*Basta*, me grité a mí misma. Me arrojé agua en el rostro, lo suficientemente fría como para que resultara una especie de castigo. *Las conversaciones con Alex de la noche anterior no fueron producto de tu imaginación.*

Tampoco había inventado las predicciones de Tarryn con respecto a mi destino.

El mejor momento para que irrumpieran mis salvadores era al salir de la cabaña. A esta altura, ya habían tenido tiempo suficiente para apostarse fuera del motel. Alex quería evitar que yo fuera a Florence, de modo que esa era la última oportunidad antes de salir a la ruta. Debía contener mi pánico y asegurarme de que Johan abriera la puerta para que vieran que estaba despierta; antes de eso, no actuarían.

Con ánimo más positivo, abandoné mi refugio y regresé a la sala principal. Hasta me las arreglé para comer media rosca mientras escuchaba a Johan disertando sobre las costumbres norteamericanas de la fiesta de Acción de Gracias. Al observar cómo la emoción atravesaba su rostro de cera, se me ocurrió que era un hombre muy solitario. Por debajo del asesino, yacía un hombre patético que buscaba amor. Su objetivo era emerger de toda esa situación con Alex como su única familia, y los que caíamos a los costados del camino durante esa cacería no éramos más que daños colaterales, insignificantes personajes dentro de su ataque indiscriminado. Me pregunté si alguna parte de su plan sería algo personal hacia mí.

–Johan, ¿fue usted quien entró en mi habitación?

–Claro –sonrió como si me hubiera dicho un enorme halago–. Había llegado a la conclusión de que tenía que quitarte del camino y estaba buscando más información acerca de ti.

–Destruyó todos los rastros de mi existencia.

–Eso fue un doble mensaje. Esperaba que Victor Benedict supusiera que se trataba de alguien relacionado con la gente de Eli Davis, pero hay otro aspecto de ese hecho que cobrará sentido más adelante, cuando todo salga a la luz –dijo esto último como un mago brindando una pista de su mejor truco.

–Si todo sale a la luz, ¿no creerá en serio que Alex seguirá queriendo ir a vivir con usted?

–¿Por qué no? –se mostró genuinamente sorprendido de que lo pusiera en duda.

Porque habrá matado a la otra mitad de su alma.

–Creo que no le gustarán algunas de las cosas que usted habrá hecho.

Untó la rosquilla con abundante mantequilla de maní, extendiendo trocitos

dorados y pegajosos por la superficie seca con una pasada habilidosa del cuchillo.

–Cambiará de opinión. Entenderá que lo hice por su propio bien. Las almas gemelas son irrelevantes, una distracción –dio un mordisco y un tercio de la rosca desapareció–. Yo me las arreglé muy bien sin la mía.

Había doctores para casos psiquiátricos como el de Johan, que se permitirían disentir.

–Estoy lista –quité las migas de la falda.

–Bien –devoró la última rosca en tres bocados–. Eres muy valiente, Misty. Soportas todo mejor de lo que esperaba. Ya falta poco.

Yo no era valiente; no tenía otra opción. Johan ató mis muñecas por lo que yo esperaba que sería la última vez. Abrió la puerta y me dejó salir. El vehículo de alquiler, un Chevrolet rojo fresa, esperaba en la entrada.

*Vamos. ¡Ahora!*, exclamé por lo bajo deseando que apareciera el equipo de rescate.

–Entra –me empujó la espalda para que subiera sin demora.

Quizá llegarían mientras Johan buscaba su maleta. Eso sería todavía mejor, ya que no podría tocarme.

Regresó a la cabaña cortando nuestro repugnante cordón umbilical de control y dejándome en libertad.

*¡Alex, tiene que ser ahora!*

*Misty, ¿dónde diablos estás?*

*Estamos dejando el motel... ¿en serio no puedes verme? ¿Dónde está el equipo de rescate?*

*Inspeccionamos todos los moteles de la costa del Pacífico cerca de Florence y no están en ninguno.*

*Pero...*

Johan estaba de regreso. Arrojó la valija en el maletero y luego ocupó el asiento del conductor.

–¿Todo listo? –preguntó. Colocó marcha atrás y salió. Escudriñé los alrededores con desesperación buscando indicios de dónde nos hallábamos.

–¿Cuándo llegaremos a Florence? –pregunté.

–De modo que estás enterada de lo de Florence, ¿verdad? Me resultaba extraño. Fuiste muy amable al no haber intentado nada a mis espaldas –puso la palanca en marcha–. Hace mucho que abandonamos esa carretera. Esa es una de las tradiciones que no te mencioné. Mi hermano y su familia alquilaron una casa en las montañas para las fiestas.

Maldije en silencio. Había enviado a Alex al sitio equivocado.

–No veo cómo puede afectarte esto, así que no tienes por qué mostrarte tan decepcionada.

Opté por mirar por la ventanilla. Si mi rostro le resultaba tan revelador, tenía

que volverlo inexpresivo antes de que le permitiera ver mi reacción antes sus novedades. Todavía había esperanza. Alex no se daría por vencido; los Benedict eran astutos; todos estarían buscándome. Johan podría pensar que nadie lo había detectado, pero había utilizado un motel, un automóvil y un avión, por lo tanto debía haber dejado huellas. Tenía que ser así. Dios mío, haz que sea así.

Por el torbellino de mis pensamientos, supe que estaba cerca del colapso emocional.

La furia me atravesó, mucho más bienvenida que el pánico. ¿Quién era él para pensar que podía andar por el mundo alegremente enriqueciéndose y borrando vidas? Consideré las posibilidades de sobrevivir a un choque si intentaba tomar el volante. Viajábamos a ciento veinte kilómetros por hora. Probablemente era mejor esperar a que disminuyera la velocidad antes de intentar algo tan arriesgado. También existía la posibilidad de que luego estuviera tan absorto en el drama que planeó con su hermano que yo encontraría una oportunidad para escapar.

*Aguanta, Misty*, me alenté. Un rescate fallido no era el final del camino.



Fuimos ascendiendo por las montañas, dejando atrás la zona costera y adentrándonos en una región de senderos y bosques de explotación forestal. Perturbados por el motor, los pájaros brotaban de los árboles, daban vueltas y se posaban nuevamente.

–Buena zona para cazar –observó Johan.

No era el único que pensaba así; los pocos vehículos que pasaban eran *pickups* con cajas llenas de armas en la parte trasera y calcomanías alusivas a la caza en los vidrios. Estaban conducidas por hombres de rostro pétreo, camisa a cuadros y gorra de béisbol, que no estaban interesados en nosotros. La mirada clavada en la ruta con la avidez de perros de caza, sus ojitos redondos y brillantes esperaban con ansias y nerviosismo el sangriento deporte.

Nos desviamos del asfalto y anduvimos por un trecho de grava ruidosa. Rodeando el pie de una colina, arribamos a una pradera alta. Había zonas cubiertas de nieve de una reciente nevada; pilas blancas formaban borrones al azar en el terreno como piezas faltantes de un rompecabezas. Una cascada caía sobre la escarpada pendiente de la montaña, los bordes plateados por el hielo. Aislada de todo, una cabaña de madera negra con tejado a dos aguas y aleros blancos se erguía delante de la caída de agua como en un cuento de hadas. Había un auto estacionado en el frente, salpicaduras de lodo sobre la pintura azul. Frenamos junto al vehículo, bloqueándole la salida.

–Llegamos. Hermoso, ¿verdad? Y te encantará el nombre: El Salto de Misty.

Es como si se lo hubieran puesto deliberadamente para el día de hoy, ¿no crees? Es una pena que Roger y Miriam nunca hayan querido compartir. Todo esto se podría haber evitado si tan solo hubieran sido mejores personas – Johan suspiró como un profesor comunicándole a un alumno prometedor los resultados decepcionantes del examen.

El tiempo se estaba acabando. Tenía que evitar a la familia de Alex, ya que ellos formaban parte de aquello que Tarryn había presagiado. Deseaba desesperadamente que vinieran a rescatarme.

Pero Tarryn nunca afirmó que el destino pudiera cambiarse... por eso su don era tan horrendo.

Le ordené callarse a la voz maliciosa que hablaba dentro de mi cabeza. No pensaba rendirme.

–Por favor, no hay ningún lugar a donde pueda ir. ¿Por qué no me quedo afuera en el auto mientras ustedes hablan?

–Porque, mi querida Misty, tus servicios se requieren adentro. No se puede eludir el destino –me miró largamente–. No quiero tener que llevarte por la fuerza, ¿vendrás voluntariamente?

La bilis comenzó a agitarse dentro de mi pecho. Sentí como si mi cuerpo se estuviera desintegrando y cediendo ante el intolerable peso del miedo.

–No puede ser voluntariamente si no tengo otra opción.

–Pido disculpas por la imprecisión. Quise decir, ¿vendrás sin que tenga que obligarte?

¿Qué hacer? Si me resistía, me forzaría, lo cual implicaba que tendría todavía menos libertad de movimiento.

Descendí del auto.

Me detuve un momento para respirar el aire frío y cortante de la montaña. Una pequeña parte de mí sabía que iba a morir, pero la mayor parte quería resistir desesperadamente.

Como un subibaja, mi mente cambió de opinión. Sin darme cuenta de que mi cuerpo había decidido por mí, corrí hacia los árboles más cercanos, las manos atadas contra el pecho como si sostuviera algo precioso... la esperanza, tal vez. Las zapatillas de lona de suela finita no eran ideales para el terreno montañoso; sentía cada una de las piedras que pisaba. Lo repentino de mi corrida para ocultarme había sorprendido a Johan; alejándome de la cascada, me dirigí hacia el borde del bosquecillo, donde las piedras eran reemplazadas por ramitas y pinochas. Había una especie de sendero, que mis pies tomaron naturalmente. El terreno comenzó a ascender; la respiración me rasgaba el pecho y me dolían las costillas. Correría hasta explotar y dejaría el destino atrás.

Al doblar en un recodo, casi choqué contra un hombre y un chico adolescente que volvían por el sendero, la leña apilada en un trineo a sus

espaldas. Reían, las mejillas enrojecidas, las orejas cubiertas con gorros de lana: la imagen perfecta de una familia feliz. Frené de un patinazo, tropecé y caí prácticamente en los brazos del hombre.

–¡Despacio! –exclamó sin dejar de reír–. Cuidado, cariño. Vas a asustar a los animales.

–¡Déjeme ir! ¡Déjeme ir! –traté de liberarme de sus brazos mientras reconocía los ojos azules del hombre y la barbilla del chico: estaba frente al padre y al hermano de Alex.

Al notar mis muñecas atadas, el hombre levantó las manos con cautela y la alarma se dibujó en su rostro.

–Respira, querida. ¿Qué puede ser tan grave como para hacerte correr por el sendero como si te persiguiera el mismísimo demonio?

El golpe de las botas llegó hasta nosotros. Johan apareció en el recodo del camino y disminuyó el paso al ver que ya me habían detenido. Esquivé a Roger y salí disparando por el sendero.

–¡Misty! –gritó Johan–. ¡Si te escapas, mataré al chico!

Tropecé con una raíz y aterricé sobre las palmas de las manos arañándome la piel y la barbilla. Rodé, me levanté con dificultad y eché un vistazo hacia atrás. Johan apuntaba el dedo hacia la frente del muchacho, su amenaza tenía inmovilizados al padre y al hijo.

De todas maneras, nos mataría a todos.

Proseguí la carrera y solo me detuve ante el grito de angustia del padre. Al mirar atrás, estaba en el suelo con el hijo en brazos.

–¡No lo reviviré a menos que vuelvas acá cuando cuente hasta cinco! ¡Uno! Ayúdame, Dios mío. *Por favor Alex, esto va realmente mal. ¡Tienes que venir!*

–¡Dos!

*¿A dónde, Misty?*

*Una cabaña en la montaña. El Salto de Misty. Arriba, donde comienza la zona nevada. La casa de vacaciones de tu familia.*

–¡Tres!

*Ya voy. Sigue corriendo.*

–¡Por favor, señorita! –suplicó Roger–. ¡Solo tiene catorce años!

*Di vuelta para regresar. No puedo. Lo hago por tu hermano.*

*¡No!*

–¡Cuatro!

Me encontraba otra vez dentro del alcance de Johan, sin posibilidad de despedirme.

–Es mejor que te apresures –Johan se estaba enfureciendo, sus ojos brillaban salvajemente.

Corrí y llegué hasta él justo cuando anunciaba “cinco”.

Se inclinó sobre el chico y le tocó la mejilla. Los ojos verdes parpadearon y se abrieron. Roger lanzó un sollozo y lo aferró contra el pecho.

–Jason, Jason. Gracias a Dios. Gracias, señorita. Gracias.

Johan bajó la mirada hacia el padre y el hijo, y luego señaló un lugar a su lado.

–Quédate ahí. Y no te muevas a menos que te lo ordene. ¿Entendido?

Asentí. La breve caminata para colocarme a su izquierda pareció el regreso de un cachorrito castigado a la sombra de su dueño. Johan ardía de deseos de escarmentarme pero, por el momento, tenía en mente otros temas más urgentes.

–Hola, Roger. Feliz Día de Acción de Gracias.

Roger gruñó y meció a su hijo, apoyando la cara de Jason contra su abrigo para que no tuviera que ver a su tío.

–Esto es lo que sucederá a continuación: regresarán caminando a la cabaña conmigo y mi amiguita, y disfrutaremos de la deliciosa cena que Miriam seguro debe estar preparando. Luego, tendremos una conversación franca acerca del pasado y de nuestro futuro.

–Por favor, Johan, deja a Jason fuera de esto. ¡Deja que se marche! –Roger se secó las lágrimas de las mejillas; le temblaban los brazos.

–¿Como tú dejaste a tu otro hijo fuera de tu vida? Me temo que no. Creo que nadie debe quedar fuera de los festejos familiares.

Roger se levantó temblando y ayudó a su hijo a ponerse de pie. Jason era más alto que yo, aunque un poco más joven. Debían haberle advertido acerca de su tío, pues se colocó junto a su padre, lo más lejos posible de Johan.

–No, no, Jason. Ven con tu tío –Johan saltaba sobre sus pies como un boxeador profesional haciendo precalentamiento antes del combate por el título–. Así tu padre estará más atento a mis deseos. No me agradaría que te asaltara alguna loca idea de escapar como ocurrió con Misty. Mira lo que logró. Supongo que habrán captado lo irónico de su nombre. Lo cual me recuerda algo –y me golpeó súbitamente desde atrás, con saña. Terminé en el suelo: me dolía la mejilla derecha y sentía hinchada la parte del labio que se había aplastado contra los dientes.

–¡Johan! –exclamó Roger. Caminó hacia su hermano para detenerlo pero luego retrocedió, atemorizado ante la idea de entrar en contacto con él.

Alguien se arrodilló a mi lado y me tocó la cara suavemente. Alcé la vista y me encontré a Jason inclinado sobre mí. Me resultó extrañamente consolador levantarme ayudada por esa versión de Alex más joven y morena. Los ojos verdes eran distintos, pero los rasgos de Alex se reproducían en el rostro de ese chico de catorce años, más suaves y redondeados, pero aun así familiares.

–Roger, no te muestres tan conmocionado –dijo Johan–. Se lo merece. No es más que lo que nuestro querido padre me hacía a mí mientras tú mirabas

sin decir nada.

El rostro sombrío, Roger se mordió el labio y apartó la mirada.

–Había que disciplinarte. Sin embargo, el demonio te consumió de todas maneras.

–Y quizás estarías menos preocupado por la chica si supieras que ella también es un engendro del demonio.

–Aléjate de ella, Jason –Roger se estiró hacia su hijo.

–Pá, es una chica. Y le sangra el labio.

–Es una de ellos –Roger le hizo señas de que se aproximara; sus dedos desnudos arañaron el aire.

–Veo que tu hijo todavía es recuperable –Johan hizo un gesto de aprobación–. Sí, Jason, ayuda a Misty. Algo que tu padre no hizo conmigo ni con tu hermano Alex.

–¿Qué hermano? –los ojos de Jason se movieron velozmente hacia Roger.

–Oh, qué interesante. ¿No lo sabías? Bueno, sobrino, tienes un hermano mayor, un joven muy agradable llamado Alex. Misty y él son... ¿cómo te diría? Muy cercanos.

Aun cuando Jason no tuviera ni idea, Roger sí sabía a qué se refería su hermano.

–¿Es por eso que está aquí? ¿Ella es su alma gemela y quieres refregármelo en la cara?

–Ah, ojalá fuera todo tan simple. Vamos, me estoy helando. Vayamos a la casa para presentar al miembro más importante de esta conmovedora escena familiar –al apuntar hacia la cabaña, su actitud era urgente y amenazadora a la vez. Todos sabíamos lo que ese dedo era capaz de hacer.

–¿Estás bien, Misty? –Jason me tomó la mano y la apretó.

Traté de agradecerle con una sonrisa pero, en cambio, brotaron las lágrimas; en mi rostro se estaba llevando a cabo una batalla de emociones.

–En realidad, no.

Johan sujetó el codo de Jason y lo condujo por el sendero mientras disertaba alegremente acerca de la belleza de los árboles, las cascadas, el silencio de las montañas comparado con la vida en la ciudad: una parodia de una charla familiar. Roger y yo íbamos detrás. A pesar de mi renquera, no me ofreció el brazo para ayudarme.

–¿Tú qué haces? –susurró.

Tal vez esperaba algún súper poder que me permitiera liquidar a Johan sin ayuda... como si, de tenerlo, no lo hubiera utilizado antes.

–Digo la verdad.

Lanzó un resoplido considerándome inútil.

–Si lastimas a mi hijo... o a mi esposa... te voy a perseguir y no descansaré hasta que pagues por tus actos.

¿Acaso no había notado que yo era una víctima tanto como él?

–Yo no soy tu enemigo en este momento.

–Todos ustedes lo son –aceleró el paso para alcanzar a su hijo y se colocó a su lado en actitud protectora.

Demoré mis pasos, esperando que Johan no lo notara.

*Alex, es mejor que vengas rápido. La situación está muy fea.*

*¿Misty? Dime qué está sucediendo.*

*Johan tiene a tu padre y a tu hermano. Creo que va a asesinar... no podía decirlo, deshacerse de algunos de nosotros o de todos.*

*No lo permitiré. Alex parecía estar más cerca, su voz más nítida en mi cabeza. Oye, Misty, no pude decírtelo antes, pero hoy Johan se contactó conmigo cuando se marcharon del motel. Supuso que nos estábamos comunicando por algo que dijiste o hiciste, y no le sorprendió que te hubiéramos seguido hasta Norteamérica; él sabe lo que nuestros amigos pueden hacer. Pero como no quiere que aparezcan por ahí, iré solo. Si puedes, mantente alejada de todos.*

*No, por favor. Necesitas apoyo. No creo que puedas detenerlo. Yo solo quería que Alex viniera si traía un equipo con él.*

*Demóralo, hazlo hablar, alarga la conversación.*

*¿Qué crees que he estado haciendo hasta ahora? Aun para mi gusto, mi voz brotó un poco histérica.*

*Perdona. Estás haciéndolo realmente bien. Has sido muy valiente.*

Al llegar a los peldaños, Johan se dio vuelta al notar que me había quedado rezagada. Dejé que viera mi renquera y continué lentamente hacia él. Unos cinco pasos más y el contacto volvería a cortarse.

*Si no logras detenerlo, quiero que sepas que no te culpo.*

*Lo detendré. Recibí este don de la persuasión por una razón... por ti. Alcancé a percibir la férrea determinación que se escondía bajo sus palabras.*

Se me acababa el tiempo. *No lo necesitaste para convencerme de que te amara.*

El placer que le causaron mis palabras provocó un cosquilleo en la línea que nos comunicaba.

*Yo también te amo. Esa es la verdad.*

El siguiente paso me acercó a Johan y cortó la conexión con Alex.

–Apúrate, Misty, nuestra anfitriona está esperando. Más tarde podrás conversar con Alex... Sí, por supuesto que sé lo que estás haciendo. Roger, ayuda a Misty a subir los escalones.

De mala gana, Roger me sujetó mientras ascendía la escalera.

–Johan, ¿es necesario que ella tenga las manos atadas?

–¿Necesario? Tal vez sí, tal vez no, Roger. Pero estoy descubriendo que no debo menospreciar a Misty; te sugiero que hagas lo mismo. Es más de lo que

aparenta.

Roger me soltó el codo; Johan lanzó su más brillante sonrisa y empujó la puerta.

–¡Hola, querida, ya llegamos! –canturreó mientras arrastraba a Jason por el umbral. Ignorando el felpudo y el armario para las botas, los pies de Johan fueron dejando huellas de lodo en el piso de madera. El vestíbulo olía a pavo asado, lo cual me transportó a mi propia casa y a los festejos navideños con mi familia. Sentí una terrible nostalgia y deseé que mi madre me abrazara y que mi padre se interpusiera entre ese hombre y yo.

Se escuchó un grito en la cocina y luego el ruido de un plato que se hacía pedazos. Miriam había visto al invitado inesperado.

–Hola, Miriam, estás más hermosa que nunca –el tono de Johan estaba desbordante de júbilo.

Siguiendo las voces, entré en la cocina. Miriam se encontraba junto al fregadero preparando los detalles de último momento. El pavo ya estaba fuera del horno sobre la mesa de madera, la piel dorada y crujiente. La mesa estaba puesta para tres. Había habas en una olla junto a unas papas con crema. Tenía los dos platos restantes en las manos, y el tercero estaba en el suelo hecho añicos. Miriam, una mujer alta de caderas angostas, tenía el aire de una cocinera competente, delantal ceñido al cuerpo y las superficies limpias y ordenadas. Su pelo largo y oscuro estaba atado en una coleta; sus ojos grandes eran verdosos como los de su hijo menor.

Johan tomó las riendas de la situación.

–Mmm... eso huele bien. Siéntate por favor; yo me encargaré de cortarlo. Jason, pon otros tres platos, por favor; estoy seguro de que sabes dónde se guardan.

Miriam se dejó caer en la silla más cercana.

–¿Roger? –dijo con voz débil.

Su esposo se frotó la cara.

–Hagamos... lo que él dice.

–Querido hermano, si no te importa –Johan mostró una correa de plástico–. Las manos en la espalda.

Roger vaciló.

–Es eso o apoyo nuevamente el dedo sobre Jason sin asegurarte que volveré a despertarlo.

Roger juntó las muñecas. Johan lo ató, jalando de la correa más de lo necesario.

–¿Miriam? Si eres tan amable.

Echándole una mirada a su marido, Miriam permitió que Johan le atara las muñecas. Cuando le acarició afectuosamente el cuello con la mano, no pudo impedir un estremecimiento.

–¡No toque a mi mamá! –exclamó Jason apoyando con fuerza tres platos más en la mesa.

–Y el último, pero no menos importante, nuestro valiente Jason –Johan sacudió la correa con expresión burlona.

–¿P... pa?

–Haz lo que él dice –susurró su padre en tono de derrota–. Quiere que escuchemos lo que tiene para decir, así que démosle la oportunidad de hacerlo. Después nos dejarás ir, ¿verdad, Johan?

–Supongo que podrías verlo de esa manera –masculló Johan atando a Jason de modo que sus manos quedaran delante de él como las mías. Luego lo empujó para que se ubicara en el tercer lugar y acercó otra silla para mí. Cuando estuvimos todos sentados, se colocó en la cabecera de la mesa–. Te damos gracias por lo...

–¡No te atrevas a blasfemar! –exclamó Roger con un resoplido como si fuera a darle un golpe con la cabeza desde donde se encontraba sentado, a la izquierda de su hermano.

Johan arqueó una ceja.

–Supongo que es un poquito exagerado viniendo de mí. Nunca tuve mucho tiempo para los padres, del cielo o de la tierra, ¿verdad? –hundió el tenedor con fuerza en la pechuga y brotaron jugos transparentes–. Tiene el punto justo, Miriam. Está perfecto –lanzó una sonrisa hacia su derecha, a la cocinera, que no se mostró agradecida por los elogios. Cortó un trozo y una raja blanca brilló contra la piel naranja y dorada del pavo. Con una dedicación enfermante, nos fue sirviendo a todos, llenando los platos con comida que ninguno podía comer–. Espero que no hayas usado ninguno de esos productos precocinados que los norteamericanos tanto adoran –con cautela, probó un bocado de las papas–. No, todo casero. Te felicito, Miriam.

Los ojos de la mujer pasearon nerviosamente entre su hijo y su marido. Luego hicieron una breve pasada por mí y regresaron a Johan.

–Johan, ¿para qué viniste?

–Excelente pregunta –respondió mientras se servía una copa de vino–. Primero, para disfrutar de esta comida tan exquisita en el seno de mi familia. Segundo, para dejar en claro algunas cuestiones.

–¿Qué cuestiones?

–Adoro los festejos familiares. Misty viene de una gran familia llena de amor. No hay hijos abandonados en tu familia, ¿verdad, Misty?

–No –susurré, ya que pareció esperar una respuesta.

–Y eso a pesar de que su padre no es savant y no siente mucho entusiasmo por nosotros ni por nuestra forma de vida. ¿Ven? Había otras opciones.

–Si quieres que pidamos perdón... –comenzó a decir Miriam.

Johan golpeó el extremo del tenedor contra la mesa.

–¡Cállate! Ya es muy tarde para eso. No, ahora Alex es mío. No te preocupes por su futuro. Yo me encargaré de compensarlo. En realidad, no es por el futuro que estoy aquí, sino por el pasado. ¿No es así, querida? –y clavó la mirada en Miriam.



## CAPÍTULO 20

**Q**uierida, ¿de qué está hablando? –la mirada de Roger alternó entre el hermano odiado y la mujer tan amada.

–Recuérdame algo, Miriam, ¿cuándo es tu cumpleaños? –inquirió Johan.

–El doce de abril –la mujer tenía la vista fija en el plato como si encontrara fascinante la salsa de arándanos.

–¿Y cuántos años tienes exactamente?

Miriam abrió la boca pero no logró proferir palabra.

–A esta altura, debería explicar que la pequeña Misty aquí presente tiene un don sumamente útil. No puede mentir y, si no tiene controlado su don, aquellos que la rodean tampoco pueden hacerlo. Ahora bien, como en los últimos días he arruinado su vida considerablemente, supongo que, en este momento, no tiene control alguno sobre su don. ¿Es así, Misty?

Yo ni siquiera había pensado en eso, así que mi don debía estar propagándose como nunca por todos los rincones. Asentí.

–Eso implica que todos seremos brutalmente sinceros unos con otros. Yo ya

sé que Roger me odia, de modo que no estoy interesado en lo que él pueda decir, pero con respecto a ti, Miriam, creo que existen algunas duras verdades que nunca le contaste, ¿verdad? Cosas que has mantenido ocultas –recogió un trozo de pavo y algunas habas con la punta del tenedor y los compactó con violencia–. Volviendo a mi pregunta, ¿cuándo naciste?

–El doce de abril –repitió Miriam.

–Sí, sí, todos lo escuchamos. Te estoy preguntando qué edad tienes. Roger piensa que tienes cuarenta y seis como él, cuando tú y yo sabemos que le has estado mintiendo.

–Tengo cuarenta y ocho –el sonido de su voz era un hilo que se estiraba como la tela de una araña.

–La misma edad que yo. De hecho, los dos nacimos con una semana de diferencia, ¿no es cierto?

Miriam asintió.

–¿Cómo sabes eso? –preguntó Roger con expresión de desconcierto–. Miriam, cariño, no me importa que seas más grande que yo. ¿Es por eso que no lo dijiste? ¿Te daba vergüenza?

Sabiendo que estaba ayudando a Johan involuntariamente, intenté dominar mi zona de la verdad, recordando lo que Zed me había dicho. Había tanta emoción en esa habitación, tantos secretos y mentiras, que me resultó imposible, como tratar de armar una tienda en medio de un vendaval.

–Ahora que llegamos tan lejos, creo que deberías terminar, ¿no es cierto, Miriam? –Johan sonó repugnantemente satisfecho, un escolar arrancándole las patas a un insecto para observarlo tambalearse.

Miriam hizo un gesto negativo con la cabeza.

–Entonces lo haré por ti. Roger, te presento a mi alma gemela. Desde el momento en que fuimos concebidos, tu esposa savant estaba destinada a ser mía. Nos conocimos cuando teníamos veinte años, pero ella se alejó de mí y te eligió a ti. Ya está: ahora sabes la verdad acerca de la mujer con quien te casaste, a pesar de mis súplicas de que no lo hiciera. Ha podido ocultártelo, pues eso es lo que mejor sabe hacer –concluyó. Luego se llevó el tenedor a la boca y masticó la comida con una expresión burlona de placer.

–¡Me alejé de un monstruo! ¡Te odié desde el momento en que supe lo que eras! –espetó Miriam. El control de sí misma se había quebrado–. ¡Ya eras un asesino, y tu hermano habría sido la siguiente víctima si yo no lo hubiera salvado!

Johan sonrió amistosamente.

–Ah, de modo que desentrañaste esa cuestión, ¿verdad? Sí, yo maté a nuestros padres. Papá me pegó demasiado y mamá nunca hizo nada para detenerlo. El mundo no sufrió con su desaparición. Pienso que mi hermano sospechaba lo que yo había hecho, pero no podía probarlo.

Roger se tambaleaba en medio de los duros puñetazos de verdad que estaba recibiendo. Su esposa era savant y el alma gemela de su propio hermano; sus padres habían muerto asesinados.

–¿Es verdad, Miriam?

El rostro de su esposa se arrugó, la desesperación grabó nuevas marcas en su frente.

–Pensé que lo amaría pero, para cuando lo encontré, tu padre lo había transformado en... esto –sus ojos frenéticos observaron a Johan con horror–. Supe entonces que mi tarea tenía que ser salvarte de mi destrozada alma gemela.

–¿Eres una de ellos? –la mirada de Roger se movió velozmente entre Johan y yo. No me gustó demasiado que me colocara en la misma categoría.

–Yo no tengo nada que ver con él –señaló Miriam desesperada–. Soy tu esposa. Todo lo que hice fue para protegerte, y para proteger a Jason y a... Alex.

–¿También a Alex? –Johan levantó un dedo para frotar el vidrio de la copa de vino–. Explícanos, por favor. ¿Cómo es que abandonar a Alex implicaba protegerlo? Soy todo oídos.

Miriam tragó saliva.

–Roger odiaba a los savants. Yo lo entendía. Claro que lo entendía: su padre se había asegurado de que sintiera odio por ellos. Yo tenía miedo de que Roger terminara siendo como él si Alex se quedaba con nosotros, que convirtiera a su propio hijo en un segundo monstruo –emitió unos sollozos–. Perdóname, Dios mío, pero no podía interponerme todo el tiempo entre Alex y Roger y, además, mantenerte a ti lejos... mi don no se estira tanto. No soy tan fuerte.

–Tu don. Mamá, ¿qué don? –preguntó Jason.

La mujer apretó los labios poco dispuesta a admitir la última prueba de su identidad como savant.

Johan intervino.

–Miriam oculta cosas, Jason. Y muy eficazmente, debo añadir. Me tomó años localizarlos después de que abandonaron Sudáfrica.

–Cuando te vi inclinado sobre la cuna de Alex, supe que debíamos marcharnos... tuve que hacerte creer que lo habíamos llevado con nosotros. Y funcionó. Funcionó –se lo repitió a sí misma, como recordándole a su corazón que el sacrificio había valido la pena–. Llevó años organizarlo, pero conseguí ocultarlo por largo tiempo... mantener a Alex lejos de tus garras. Nunca sospechaste que lo dejaría, ¿verdad?

–Es cierto. Te busqué a ti y no a Alex solo. Querías demasiado al chico como para que sospechara que lo dejarías.

–Fue lo más difícil que hice en toda mi vida –los ojos de Miriam irradiaban ferocidad–. Solo espero que ya no puedas torcer su vida. ¿Cómo nos

encontraste?

Johan tomó un sorbo de vino.

–No por algún error que tú cometiste, Miriam. Me temo que fue por pura casualidad. Alguien que conozco por trabajo me comentó el parecido que yo tenía con un hombre que había conocido en un avión, un sudafricano que se dedicaba al comercio de semillas. Esa conversación me dio una orientación y el resto fue sencillo.

Roger continuaba atrapado en la revelación anterior.

–¿Me mentiste... todos estos años? –se quedó mirando a Miriam como si se hubiera transformado en una desconocida.

–Sí. Tuve que hacerlo.

–¿Mamá? –la voz de Jason palpitaba.

Miriam se volvió hacia su hijo, la barbilla le temblaba tratando de contener las lágrimas.

–Eso no cambia nada, mi amor. No todos los savants son como tu padre te ha enseñado; algunos somos buenas personas y utilizamos nuestros dones para hacer el bien.

–Roger, por lo menos puedo absolverte de haberme robado a mi alma gemela –dijo Johan con calma, dibujando burlonamente una cruz en el aire—. La culpa de eso descansa solamente en los hombros de Miriam, ya que escondió esa verdad con más fuerza que todos los demás secretos. Estuve enojado durante solamente diez años. Recientemente, entendí que un alma gemela es una carga que estoy feliz de no llevar. Alex también llegará a la misma conclusión. Cuando venga, se lo explicaré.

–¡No, por favor, no lo involucre! –mi protesta brotó antes de que pudiera contenerme.

–Él está metido en esto hasta el cuello, mi querida, de modo que es obvio que debería estar aquí –Johan me guiñó el ojo con burlona complicidad.

–Mira, sé que hemos tenido nuestras diferencias a lo largo de los años, pero yo nunca te hice daño –Roger respiró con fuerza tratando de calmarse.

–¡Ja-ja-ja! –la risa de Johan sonó cruel, desbocada—. Ah, lamento disentir, Roger. Me hiciste daño al llevarte todo el amor de nuestros padres. Es posible que nuestra madre fuera una savant de poca importancia, o tal vez nunca entendió su don; de cualquier manera, nuestro padre la disuadió a los golpes, y se convirtió en una sombra... en nada. No protestaste cuando descargaba sus puños sobre mí y decía que era hijo del demonio. En cambio, repetías lo que él decía, agregabas tus propias patadas junto con su bendición, ¿o lo olvidaste?

–Era chico... solo imitaba lo que creía que estaba bien.

–Y te enseñó demasiado bien. Roger, tú no mereces vivir, al igual que aquel hombre malvado no merecía respirar un segundo más. Maté primero a mamá sin hacer ningún revuelo, pero a él lo hice sufrir. Le expliqué con todo detalle

mis planes para nuestra familia, cómo eliminaría a los que nos odiaban y educaría a los chicos que poseyeran dones para que conocieran su superioridad y se sintieran orgullosos de ella. Al final de este día, tú también comprenderás de qué hablo.

–Está bien, Johan, mátame si es necesario...

–¡Roger! –exclamó Miriam.

–¡Pá, no! –protestó Jason.

–Pero deja ir a Jason y a Miriam... ellos no forman parte de esto.

–¿Jason tiene un don?

Roger negó con la cabeza.

–Ah, qué pena. Y veo que no pides por la chica. ¿Qué hacemos con Misty? – Johan clavó los ojos en Roger.

Tomando aire con dificultad, el padre de Alex posó la mirada en mí; para él, yo no era más que un mueble, pero entendió que se trataba de una especie de prueba.

–No le deseo ningún mal. Es útil para ti... perdónale la vida también a ella.

–Ah, veo que puedes aprender. Antes, habrías pedido la eliminación de todos los savants, alegando que éramos demonios. Intento mostrarte cómo se siente uno al ser eliminado. Creo que será para ti una lección realmente memorable –la mirada amarga de Johan volvió a Miriam, una víbora deslizándose invisiblemente a través de pastos altos, disfrutando de vernos a todos encogidos de miedo y tratando de adivinar a quién mordería primero.

Sentí que estaba llegando al final de la parte del enfrentamiento y pronto pasaría a la matanza. No podía soportar la idea de que Alex entrara a una habitación llena de cadáveres. No iba a ganar nada con el silencio. Seguramente sería el más estúpido de todos mis “momentos Misty”, pero iba a hacerlo de todas maneras.

–No –me puse de pie–. No matará a todas estas personas. No lo permitiré.

–¿Y cómo piensas hacerlo, niñita? –Johan también se puso de pie.

Sin previo aviso, lancé el cuchillo del pavo a su garganta usando telequinesis. Lo desvió con la manga pero no sin antes recibir un corte en el antebrazo. A continuación le arrojé a los ojos el tenedor de dientes largos, pero lo eludió y se clavó en la pared de atrás. Jason comprendió que había que luchar y arrastró el plato y las copas hacia Johan con los puños atados. Roger arremetió contra su hermano para darle un cabezazo; Miriam corrió hacia la puerta trasera y trató de abrirla de una patada. Yo le arrojé un misil tras otro esperando que alguno diera en el blanco. Johan derribó a su hermano y le pisoteó el estómago hasta que Jason lo empujó de costado. Yo corrí a ayudarlo y, en el apuro, tropecé con Roger.

En medio de la conmoción, nadie notó el rugido del motor de una motocicleta y que alguien ingresaba por la puerta del frente.

–¡Qué rayos...!

–¡Alex! –mi grito interrumpió bruscamente la pelea. Nos detuvimos asombrados: Miriam, agitando los hombros con sollozos desgarradores; Roger, desparramado en el suelo, papas con crema en la cara y en el pecho. Yo había terminado de rodillas entre Johan y la mesada de la cocina. Al levantar la vista, vi que Johan había sujetado a Jason del cuello, usándolo de escudo.

–¿Viniste solo? –preguntó de inmediato–. No te olvides que delante de Misty no puedes engañarme.

–Sí, vine solo. Convencí a un sujeto de que me prestara esa moto –en la voz de Alex había una profunda sinceridad, los puños apretados a los costados del cuerpo.

–¿Nada de trucos ni advertencias? ¿Te escabulliste sin que los demás conocieran tus intenciones?

Un músculo tembló en la mejilla de Alex, señal de que estaba midiendo sus palabras.

–Prometí que lo haría.

Johan apuntó el dedo hacia el cuello de Jason.

–¿Pero lo hiciste?

–Sí.

Johan confundió eso con lealtad hacia él.

–Buen chico –echó un rápido vistazo triunfal al caos en que había terminado la cena de Acción de Gracias y a sus renuentes invitados–. Bienvenido a El Salto de Misty. Estoy tan feliz de que hayas podido venir. Creo que el plato principal no tiene arreglo, pero tal vez podríamos comer pastel. Miriam, ¿hiciste pastel, verdad?

La mujer asintió pero sus ojos continuaban clavados en el rostro de su hijo mayor.

–Sugiero que nos sentemos –de un empujón, Johan arrojó a Jason en una silla a su lado–. Alex, ¿te agradecería saludar a tu alma gemela?

Tomando la sugerencia como un permiso, Alex atravesó la habitación y me ayudó a levantarme. Me apretó contra el pecho y hundió el rostro en mi cabello.

–Dios mío, Misty, pensé que te había perdido.

Apoyar mi cabeza contra su corazón, oler su aroma tibio, seguro, tan propio de Alex, fue como tocar el cielo en medio de ese infierno. Quería meterme dentro de él y escapar. Mentalmente, coloqué un poquito de mí en su interior con un beso. Mi refugio.

–Lo siento... lo siento tanto. ¿Por qué viniste? –susurré.

–No me dio otra alternativa... me dijo que mataría a todos si traía a la policía.

–¿Cómo se comunicó contigo?

–Por telepatía. Imaginó que la estábamos usando, de modo que se contactó

conmigo después de que abandonaron el motel.

Después de que le había preguntado acerca de Florence.

–Lo siento.

–No es tu culpa –una caricia en mi espalda corroboró sus palabras–. Es mejor estar contigo. Me siento completo otra vez.

–Ya basta, Alex. Es suficiente. Por favor, siéntate a mi derecha. ¿Conoces a Jason? No, no lo creo.

–¿Es realmente necesario que todos tengan las manos atadas? –Alex miraba a su hermano. Era demasiado para poder asimilarlo de golpe: una familia después de tantos años creyendo que no tenía a nadie. Jason estaba igualmente fascinado y conmocionado. Nadie podría haber predicho esa reunión macabra.

–Claro que sí. ¿Ves lo que provocó tu almita gemela hace un momento? –Johan señaló los platos volcados en el piso–. Es una fiera: me combatió durante todo el trayecto, trató de engañarme para que pensara que estaba colaborando, pero yo veía cómo giraban los mecanismos de su mente. Deberías estar orgulloso de ella.

–Lo estoy –afirmó Alex en voz baja mirándome a los ojos.

*Te amo*, pensé para mis adentros mientras deseaba poder usar telepatía, pero Johan continuaba anulando el más mínimo intento.

–Estoy empezando a cuestionarme si no valdría la pena mantenerla con vida. Un día querrás tener tus propios hijos, y ella tiene la fortaleza de carácter para convertirse en una buena madre. Protectora y no como Miriam, quien, como todos sabemos, demostró ser poco adecuada –Johan concentró su cruel atención en la mujer que temblaba al otro extremo de la mesa–. Alex, no creo que la recuerdes, pero ella es tu madre. Por cierto, afirma haberte dejado por tu propio bien, para que Roger no tratara de quitarte tu don a los golpes en un equivocado intento por salvar tu alma. Supongo que puede tener algo de razón; igual que a mí, te fue espléndidamente bien por tu cuenta –sus ojos regresaron a mí; estaba reconsiderando mi posible utilidad después de recordar las virtudes de estar solo–. No me molestaré en presentarte a tu padre: no merece tu atención, no es más que un chicle pegado a la suela de tu zapato. Pero tu hermano Jason muestra algunos indicios de ser una persona rescatable. Ayudó a Misty cuando me enojé un poco con ella. Es que se negaba a hacer lo que le ordenaba.

Alex tragó saliva. Yo debía tener la mejilla lastimada y, sin ninguna duda, el labio partido. Él podría adivinar cómo se había manifestado ese enojo.

–Gracias, Jason –su voz tenía un tono áspero que no había oído antes.

–No fue nada... Alex –susurró Jason. Estiré la mano y toqué el muslo de Jason con las manos atadas, agregando mi propia gratitud. Considerando lo aterradora que era esa situación para todos, el hermano de Alex estaba

resistiendo bastante bien.

–Se preguntarán por qué los traje a todos hoy aquí –comenzó Johan y luego rio–. Alex, parezco Hércules Poirot, ¿no crees? Bueno, supongo que es lo apropiado: esto es una especie de desenlace, la revelación de las malas acciones que se cometieron. Estos son los sospechosos: la madre débil, el padre violento, el hermano rechazado, el hijo preferido y el abandonado.

–Y Misty –agregó Alex–. La chica atrapada en medio de esta situación sin haber cometido ninguna falta. Seguramente puedes dejarla ir ahora que ya cumplió su función. No forma parte de tu familia.

Johan consideró la propuesta un instante, dudando entre el sí y el no.

–Pero ella es tuya, Alex, ¿no es cierto? Eso la involucra en esta cuestión. Tú te perdiste la parte donde revelé que tu madre era mi alma gemela.

Alex se echó hacia atrás en el asiento y su mirada giró hacia Miriam.

–No me di cuenta.

–Solo ella y yo compartíamos ese secreto. Te lo digo ahora para que comprendas que tener un alma gemela no basta para ser feliz. Es probable que creas que Misty es esencial para tu futuro, pero ella no es realmente necesaria... no justifica modificar el verdadero rumbo de tu vida.

–¿Y cuál piensas que es el verdadero rumbo de mi vida? –los ojos de Alex me transmitían que no estaba de acuerdo con una sola palabra de lo que Johan estaba diciendo.

–Ser lo mejor que puedas ser... conquistar el terreno al que elijas dedicarte.

–¿Y si elijo a Misty como mi prioridad principal?

–Me temo que tendré que interferir. Ella solo vivirá mientras no se interponga en tu camino. Supongo que comprendes que hago esto porque te quiero. Para mí lo más importante es defender tus intereses.

Era escalofriante escuchar a Johan hablar de amor; él no conocía el significado de esa palabra.

–Tío, quiero que me escuches muy atentamente –a pesar de que yo me encontraba en la habitación, Alex estaba intentando usar su don. Si alguna vez habíamos necesitado el encanto de Alex, era en ese momento. Piensa, Misty, ¿cómo puedes lograr que tu don no interfiera con el de él? Hasta ahora, ambos dones siempre habían estado en conflicto.

En los debates, Alex había participado por diversión, no pensaba en serio lo que decía. Ahora era completamente sincero. Esperé que mi don de la verdad aumentara su habilidad en vez de disminuirla.

–¿Alex?

–Misty, por favor, déjame hablar con mi tío –Alex insistía en mantenerme fuera de la situación que Johan había creado.

–Solo quería decir que, como es verdad, yo puedo ayudarte –hablé en voz baja, esperando que solo él captara mis palabras.

Su rostro se arrugó y luego, al entender el significado de lo que le había dicho, se relajó.

–Tío, sé que tus primeros años de vida fueron muy crueles. Conozco lo suficiente acerca de mis abuelos como para entender que te maltrataron.

Podía sentir las oleadas de sinceridad que atravesaban sus palabras; dejé que mi poder les diera un empujón. Esperaba que, al igual que la marea, el don de Alex combinado con el mío fuera suficiente para alejar a Johan de su objetivo homicida aun cuando nadara hacia él.

–Y viniste aquí para castigar a mis padres por abandonarme –Alex observó a sus padres, desconcertado ante las señales que estaba recibiendo de ellos: Miriam, anhelante; Roger, defensivo–. Ellos imitaron a tus propios padres, que te rechazaron.

–Ellos nunca estuvieron a mi lado para apoyarme –concordó Johan–. Mi padre solo se preocupaba por Roger.

–En los últimos días, tengo la sensación de haber experimentado algo del dolor que tú sentiste. Los amabas, pero ellos se apartaron de ti. Yo amo a Misty y pensé que la había perdido. El dolor era... enorme. Insoportable.

Por primera vez, Johan estaba escuchando de verdad.

–Sin embargo, los que iniciaron todo esto hace años que murieron. Todos los que estamos en esta habitación somos víctimas de su crueldad. A Jason nunca le permitieron conocer a su hermano; y a esa mujer que está allí, ni siquiera la reconozco como mi madre; a tu hermano le enseñaron a odiar a los de su propia sangre... y Misty también es su víctima, solamente por haberse involucrado en mi vida.

–Alex, yo estoy haciendo esto por ti. Durante mucho tiempo he estado buscando a esta familia... y también a ti... para poder salvarte de ellos. Todo lo que he hecho, el dinero que he reunido, todo fue por ti –el rostro de Johan se suavizó.

–Lo entiendo... y has hecho muchísimo. Pero me gustaría tener la posibilidad de hablar con mis padres... y juzgar por mí mismo –con el don funcionando a pleno, la voz de Alex sonaba sincera y borraba las objeciones.

Johan no pudo resistirse a él.

–Sí, sí, deberías tener la posibilidad de interrogar a tus padres. Luego yo me desharé de ellos por ti –Johan hizo su anuncio despiadado como si se tratara de algo normal, como sacar la basura a la hora indicada.

Miriam emitió un gemido ahogado, como si rezara en voz baja.

–¿Pero qué pasaría si yo pienso que merecen vivir?

–Lo consideraré. A veces, es mejor castigo vivir con la pérdida. Ahora lamento que mi padre no durara más. Roger tiene que saber lo que es sufrir – Johan se inclinó hacia adelante, los dedos apoyados en la mesa, cerca de las manos atadas de Jason. Tuve una sospecha de lo que intentaba hacer un

segundo antes que Alex—. Desgraciadamente, los sacrificios son necesarios para aprender la lección.

Johan estiró la mano hacia Jason.

—¡No! —Alex se arrojó hacia su tío una fracción de segundo tarde.

Pero yo estaba suficientemente cerca. Las manos que Johan tocó primero no fueron las de Jason.



**E**sta vez no fue como antes. En las otras oportunidades en que Johan me había tocado con su poder, había pasado de estar despierta a estar inconsciente en un santiamén; ahora sentía que me...

Desvanecía.

Haciéndole honor a mi nombre, me iba evaporando, convirtiéndome en neblina.

Ja.

Como una persona que se está ahogando e inhala finalmente el agua que habrá de matarla.

Como estar colgando con una mano de un precipicio, y que resultara más fácil soltarse que soportar el terrible dolor en los músculos y en las articulaciones.

Mi mente repasó las imágenes, las últimas páginas del libro antes de cerrarse. Historia terminada. Hojas en blanco.

Hojas.

–¡Despiértala ya mismo! –la conversación era muy distante, voces

escuchadas en la calle, ajenas a mí, fragmentos de otra vida.

Pero era Alex... él era *mi* vida. Mi alma gemela había dirigido su persuasión hacia mi asesino. No el encanto fácil de los debates, sino una exigencia cruda, visceral, imposible de rechazar, ganchos en el pecho que extraían su conformidad. Hasta yo podía sentir su poder y eso que estaba muerta.

Entonces, ¿cómo podía escucharlo?

–Cálmate, Alex. Lamento ese... accidente, pero no puedo revivir a aquellos a quienes toqué de esa manera –Johan sonaba tan razonable mientras ofrecía nada más que un “ups, fue mi culpa”–. Se convierten en nada... y de la nada, no sale nada.

Yo no era nada.

–¡Tienes que hacerlo! –de alguna manera, yo sabía que Alex, loco de desesperación, estaba sacudiendo a Johan–. No va a morir.

–Pero no puedo revertirlo. Existen límites.

Límites. Yo había alcanzado uno. Sabía que mi cuerpo estaba realmente muerto, el corazón no latía más, los pulmones ya no exigían que respirara. A una parte de mí no le preocupaba mucho hundirse, aceptar la muerte, caer.

Pero una minúscula parte de mi alma se negaba a partir. No bajaría dando vueltas por el drenaje como una araña con el agua de la ducha. Esa parte era el fragmento que le había confiado a Alex, nuestro vínculo de almas gemelas. Ese atisbo de conciencia estaba con él, viendo lo que él veía. Alex estaba aferrando nuestro vínculo, decidido con vehemencia a no soltarlo, gritando dentro de su corazón no tanto frases persuasivas como órdenes que más me valía escuchar, porque no estaba dispuesto a renunciar a mí.

¿Pero cómo podría ganarle al peso de la muerte que me arrastraba con ella?

–¿No puedes salvarla? ¡Maldito seas, tío! –Alex se arrojó sobre Johan.

De repente, desapareció la barrera de Johan que bloqueaba la telepatía y los mensajes brotaron desde todos lados. Debía ser ensordecedor para Alex, pero yo solo captaba los ecos, el parloteo de una radio encendida en una casa vecina, donde ya no vivía nadie.

*Alex, ¿dónde diablos estás? Esa era Tarryn.*

*Seguí tu historia hasta el camino de la montaña, sé que estás por aquí,* señaló Uriel.

*¡Ya lo tengo! Dios mío, Misty... ¡es Misty! Perdimos a Misty.* Reconocí el pedido telepático de auxilio de Crystal.

*Repórtate, Alex. Es importante que no pierdas la calma.* La exigencia de Víctor atravesó los gritos de todos los demás.

*No está muerta; me niego a dejarla morir.* Alex sonaba más cerca de mí. Yo veía lo que él veía, porque esa era la única parte de mí que todavía estaba ahí; la parte que era de él. Alex sostenía mi cabeza en las rodillas. Johan estaba estirado inconsciente junto a mi cuerpo, la barbilla hinchada donde había

recibido el golpe de Alex.

Excelente. Deseé poder conectarme con mi alma gemela para hacerle saber que aprobaba su gancho derecho, pero ya no tendría la oportunidad de hacerlo.

Era hora de partir. El resto de mí (y ahora estaba realmente confundida), la parte de mí que había aceptado la muerte, jalaba de mi manga diciendo que era hora de partir.

No entres plácidamente en esa buena noche. ¿Lo recuerdas?

Denme un momento.

Jason se arrodilló junto a Alex.

–Con los *Boy Scouts*, aprendí las técnicas básicas de reanimación cardiopulmonar.

–Sí, claro. ¿Cómo no se me ocurrió? Yo también las conozco –Alex me recostó–. Estate preparado para reemplazarme. Debemos mantener la llegada del oxígeno a su cerebro. No le pasa nada malo... nada.

Ese era el problema: *nada* era lo que me pasaba de malo. La *nada* de Johan.

–Llamé a la ambulancia –anunció Roger, que había cortado sus ataduras con el cuchillo del pavo y liberado de inmediato a su esposa e hijo–. Ataré eso –ni siquiera llamó a Johan por su nombre.

Alex me levantó la barbilla y se inclinó sobre mi cara para darme el beso de la vida.

Amaba sus besos, pero a este ni siquiera podía sentirlo. Yo no vivía en mí sino en él.

*¡Hey, Alex, mira hacia adentro!*, le grité, pero estaba encerrada. No se daba cuenta de que yo estaba dentro de él. No me había dejado ir, pero no tenía idea de que él era lo único que me mantenía con vida. Alex era mi único apoyo vital.

*Continúa con los primeros auxilios. Mi equipo estará ahí en cinco.* Victor sonaba furioso: enojado con Alex por marcharse, enojado conmigo por morirme. No le agradaba perder.

*Lo siento, Victor.*

Miriam me cortó las correas de las manos. Fue muy dulce de su parte. No me había gustado verme acostada ahí como la imagen de una tumba medieval.

–Cuando estés cansado, déjame reemplazarte –le dijo a Alex apoyando la mano en su cuello por un segundo fugaz.

Y entonces continuaron actuando según indicaba el manual: alternando las compresiones torácicas con respiración boca a boca. Si yo hubiera estado dentro de ese cuerpo, habría regresado sin ningún problema, pero ya me había ido. Incluso esa pequeña parte que tenía Alex estaba casi lista para marcharse. Pronto, él se daría por vencido y yo me desvanecería. Ya ni siquiera tenía miedo. Todos tenemos que morir en algún momento. Estaba contenta de haber salvado a Jason. No había hecho demasiado en mi vida breve y caótica,

pero estaba orgullosa de mí misma por haberlo salvado.

Tú lo has dicho, amiga.

Summer y Angel se enojarían conmigo por morirme. Papá y mamá... por favor, ojalá que esto no los separe. Y Alex: *mi amor, te ruego que no pierdas la calma, como Victor te ordenó.*

La puerta del frente se abrió de golpe, y un equipo médico entró corriendo a la habitación y apartó a Alex de mi cuerpo. Tenían uno de esos aparatos que provocan una descarga eléctrica en el corazón. Un desfibrilador. La palabra rebotó en mi mente: febril como la actividad en los festejos familiares. Los médicos se apiñaron alrededor de mi cuerpo muerto realizando su tarea, hablando en su código.

Alex se desplomó contra una pared. Tímidamente, Jason lo rodeó con el brazo. La mano de Miriam revoloteó sobre su hombro y luego se posó suavemente sobre él. Roger se quedó encima de Johan, preparado para desmayarlo nuevamente si despertaba.

Uriel, Tarryn, Victor, Xav y Crystal ingresaron rápidamente en la casa. Xav se separó para unirse a los médicos. Victor se dirigió hacia Johan, le tomó el pulso en el cuello y luego agregó esposas al cordón que Roger había utilizado para atarlo. Tarryn fue a consolar a Alex. Podía oír sus palabras.

–Lo siento, Alex. Desearía haberme equivocado. Lo desearía tanto, pero yo vi esto... lo lamento tanto.

–Estás equivocada –su voz era grave, una especie de clamor contra la muerte–. Tienes que estar equivocada. Ella no está muerta.

Crystal se ubicó lo más cerca de mi cuerpo que pudo sin obstaculizar el trabajo de los doctores. Tenía los nudillos apretados contra la boca y miraba hacia abajo más que hacia Alex.

*¡Hey, tía Crystal, me estás dando la espalda!*

Pero al igual que todos los demás, ella pensaba que yo estaba dentro de esa chica tumbada en el piso... o que simplemente ya no estaba ahí.

Qué extraña ironía: ignorada en mi propio lecho de muerte.

El médico principal se apoyó sobre los tobillos y sacudió la cabeza con desaliento.

–Lo siento, pero no hay nada.

Eso era lo que estaba tratando de decirles: en ese cuerpo, no había nada, porque esa era la manera en que mataba Johan. Pero yo todavía era algo. Si se detuvieran y escucharan, podrían oírme. Alex podría hacerlo.

*Alex, no te des por vencido. Eres lo único que me mantiene todavía acá.*

–Hora de defunción –la mujer miró su reloj–, catorce veintidós.

Con cuidado, Xav abotonó la camisa que los médicos habían abierto para colocar las almohadillas del desfibrilador.

Alex se dio vuelta y dio un puñetazo contra la pared. Sentí el dolor del golpe

trepando por el brazo.

–¡No! –rugió–. No está muerta. Crystal, encuéntrala. Ella es mi alma gemela, y tú eres una rastreadora de almas gemelas. ¡Maldición! ¡Tienes que encontrarla!

Crystal se secó las lágrimas del rostro con el dorso de la mano.

–Alex...

–No, hazlo. Si dices que se fue, te creeré, pero yo sé que no es así. Trata de localizarla.

A pesar de no estar segura de que fuera una buena idea, Crystal se acuclilló junto a Xav, tocó mi mano floja y recurrió a su visión interior. Después de sacudir la cabeza con frustración, abrió los ojos y se volvió hacia Alex al tiempo que soltaba mi cuerpo.

Finalmente, alguien entendía.

–Alex, Misty no está ahí... está en ti.

–¿Qué? –Tarryn se movió para proteger a Alex.

–Lo sé. No tiene sentido. Pero puedo ver tu vínculo de alma gemela muy claramente y, dentro de ti, queda todavía un hilo muy fino de él. De alguna manera, vaya uno a saber cómo, Misty escondió algo dentro de ti antes de que Johan la matara.

Alex presionó las manos contra el pecho como tratando de conservarme en su interior.

–¿Qué hago?

Los ojos de Crystal se dirigieron como un relámpago hacia Xav.

–No lo sé. Nunca vi algo semejante. ¿Podemos volver a colocarla ahí dentro?

Xav les hizo señas a los médicos, que estaban junto a la puerta, de que se acercaran.

–Chicos, mantengan este cuerpo viable. Acá está por ocurrir algo raro, pero ella lo necesitará.

El médico principal pareció a punto de protestar.

–Háganlo –disparó Victor.

Todos se apresuraron a obedecer.

Crystal se metió las manos en el cabello y jaló de él.

–Está bien, está bien. ¿Cómo lo hacemos?

Uriel le tocó el hombro para que le prestara atención.

–Déjame probar con Tarryn, juntos podemos rastrear su historia desde el último momento. Tarryn puede verlo... y yo puedo hacer el resto. Les trazaremos un camino.

–¿Crees que puedo hacerlo? –preguntó Tarryn con reservas

–Sé que puedes, cariño.

Tarryn se arrodilló junto a mi cuerpo y cubrió con la mano los dedos abiertos

que habían experimentado el toque mortal de Johan. Respiró profundamente, cerró los ojos y buscó mi final. Uriel se colocó junto a ella y apoyó las manos sobre las de su alma gemela. Me recordó el juego “Piedra, papel, tijera”, su mano envolviendo la de ella, que cubría la mía; el “papel” de ellos dos tratando de vencer a la piedra mortal de Johan.

–Piedra, papel, tijera –murmuró Alex y se agarró el pecho con fuerza–. Puedo sentirla, la oigo muy débilmente. Está pensando en el juego.

Victor se ubicó cerca de Alex.

–Eso es bueno, muy bueno. Sigue hablándole.

*Yo no jugaría con Victor, pues me leería la mente y conocería así mi próxima jugada.*

–Está pensando que no jugaría contigo porque harías trampa –dijo Alex con intenso orgullo en la mirada.

–Dile que la desafío a jugar una ronda y prometo no hacer trampa si ella regresa con nosotros.

*Acepto.*

–Está de acuerdo. Debería advertirte que es muy competitiva –los ojos de Alex estaban llenos de lágrimas.

*Ni lo dudes, compañero.*

–Dios mío, Misty, aguanta, por favor. No te dejaré ir.

Entonces la atmósfera volvió a cambiar. Me inundó una fría ráfaga de duda; técnicamente, ya llevaba unos quince minutos muerta. Sentía como si la luna jalara de mí con su gravedad para hacerme cambiar de rumbo. Había estado en las aguas tranquilas de la indecisión durante demasiado tiempo.

–No, Misty, olvídate de la muerte. Te tengo –Alex se desplomó de rodillas y se enroscó como si pudiera sujetarme ahí, como un jugador de campo en un partido de béisbol aferrado a la pelota que había atrapado con dificultad.

–Estamos perdiéndola otra vez –advirtió Victor.

–Tengo su historia, puedo trazar el camino –anunció Uriel–. Crystal, ven aquí –estiró la mano y aferró con fuerza los dedos de mi tía–. ¿Puedes verlo?

–Sí, ¿pero cómo lo usamos? Maldición. ¡Ojalá supiera más sobre el funcionamiento de mi don!

Pobre Crystal, otra vez sintiéndose responsable de todo.

–Alex, tienes que convencer a Misty de que revierta su curso –dijo Victor–. Su mente puso rumbo al horizonte; piensa que es inevitable. Tienes que hacerla regresar a puerto. Crystal la guiará para que entre.

Alex asintió. Todos cambiaron a telepatía, compartiendo un lugar común dentro de sus mentes. Él tomó la mano de Crystal, la tercera en la cadena que comenzaba con Tarryn y mi mano. Yo no podía ver bien qué estaban haciendo; se desvanecían. Victor tenía razón: yo estaba viajando a pesar de mi deseo de quedarme. Había viento en mis velas.

*Misty, no te atrevas a alejarte un paso más.*

¿Dónde estaba ese convincente orador que podía cautivar hasta a las piedras? Tenía un novio irritado pegado a los talones.

*Tienes mucha razón. Ya te cautivaré con mis palabras cuando vuelvas aquí y estés dentro de ese cuerpo espectacular que tienes.*

Me tomé un instante para presumir: Alex pensaba que yo era espectacular.

*Sí, lo pienso, así que no lo desperdicies.*

Pero era demasiado tarde.

*No puedes permitir que ese mediocre te derrote. Si lo haces, no eres la chica que viajó hasta Sudáfrica para darle una paliza a este campeón de ping-pong. Vamos, bokkie, es tu servicio. Es tiempo de que regreses ahí dentro y despiertes.*

Era demasiado difícil. La vida va en una sola dirección.

*¿Quién lo dice? Yo no. Revierte el curso ahora o diré una mentira y les contaré a todos que eras malísima jugando al ping-pong y que te dejé ganar.*

*¡No es cierto!*

Sentí que su corazón daba un salto. Esta vez, no solo captó la idea de lo que estaba pensando, sino que me escuchó de verdad.

*Tienes razón, bokkie, acércate. Si no te tengo a ti para que digas la verdad, voy a mentir y jurar que no habrías podido ganarme aun cuando hubiera tenido los brazos atados en la espalda y la paleta en los dientes.*

La imagen me hizo reír. Después del frío helado, comencé a sentir un poco de calor.

*Pero no puedes jugar si estás dentro de mí; eso es un poco extraño aun para nosotros. Así que métete de nuevo ahí dentro y prepárate para la revancha.*

*¿Adónde? Todavía me hallaba perdida en la niebla.*

*Misty, vuelve a casa.* Esa era Crystal. No podía verla, pero podía sentir una huella, una línea de piedras blancas y brillantes dispuestas por Uriel y Tarryn; Crystal las sostenía para que yo las siguiera.

Me aproximé un poco. Los puños de Uriel y de Tarryn todavía cubrían el mío. Pin uno, Pin dos... Recordé estar jugando con mis hermanitos a ese estúpido juego, en el cual ganaba quien terminaba con la mano encima de las demás. No sería Johan, ese Hombre Nada. Alex tenía razón: ningún mediocre podía derrotarme.

¿Pero cómo hacer para volver a entrar dentro de uno mismo? Era muy fácil decirme que tenía que hacerlo, pero era como “depelar” una naranja o volver a colocar los granos de café en un frasco.

*Bokkie, encajas tan naturalmente en mí; vuelve a deslizarte dentro de tu cuerpo de esa misma forma. Mira, te mostraré.* Alex recordó el momento en que nos besamos en el banco en Cambridge, esa sensación de estar completo, de volar con las estrellas. El polvo mágico.

Entré planeando por la ventana de la sala y aterricé en la alfombra.

Entre las sábanas.

Había regresado.

Abrí los ojos... los míos, no los de Alex.

Levantando las almohadillas del desfibrilador, el jefe del equipo médico lanzó una maldición, las manos arriba en actitud de renuncia. Tuve la sensación de que un caballo me había dado una patada en el pecho.

–Carajo. ¡Quítenme eso de encima! –susurré con voz ronca. No eran las palabras más brillantes, pero yo tampoco soy el tipo de chica que escribe de antemano las primeras palabras que pronunciará al escapar de la muerte.

–Confirmado, regresó –anunció Xav con una gran sonrisa abrazando a Crystal.

Alex se quebró y lloró mientras me aferraba contra su pecho. Me dolió, pero no me importó; se merecía un abrazo.



## CAPÍTULO 22

**N**o voy a ir al hospital –advertí, pero nadie pareció tomar en cuenta mi afirmación. Mientras los paramédicos me trasladaban a la ambulancia, Alex caminó junto a la camilla, tomado de mi mano.

–Claro que irás, *bokkie*.

–Estoy bien.

–No, no estás bien: estuviste muerta –los paramédicos fingieron no escuchar nuestra discusión, pero me di cuenta de que estaban todos fascinados.

–Pero ahora no lo estoy. Xav dice que estoy en condiciones de irme.

–En condiciones de irte al hospital más próximo para que te revisen.

–Él ya arregló la costilla rota –mi reanimación había sido excesivamente entusiasta y alguien me había roto un hueso durante las compresiones torácicas. Para ser sincera, todavía me sentía un poco dolorida, pero quería estar tranquila–. Lo único que necesito es acostarme –*mientras tú me cuidas y me confirmas que ya abandoné ese lugar frío y neblinoso entre la vida y la*

*muerte* –pensé.

–Lo que tú necesitas es una radiografía y un encefalograma con un equipo de doctores que examinen si todo está funcionando correctamente. ¡Misty, estuviste muerta durante media hora!

–Veinte minutos –mascullé.

Alex levantó la ceja.

–¡Está bien! Llévame a esa inútil revisión. Ni siquiera tengo seguro médico.

–No te preocupes... el FBI se encargará de los gastos –Alex había desviado la vista por encima de la cascada hacia los picos de las montañas, clara señal de que estaba sonriendo a costa mía.

–Están malgastando el dinero de los contribuyentes.

–No creo que eso sea verdad.

–Bueno, yo sí.

Alex se sentó junto a mí mientras el médico ajustaba la camilla para el viaje.

–Piensa en tu padre. ¿Realmente crees que se sentiría satisfecho solo con la confirmación de Xav de que te encuentras bien?

Tenía razón. En su escala de personal médico confiable, papá seguramente encuadraría a Xav entre los médicos brujos.

–Como puedes ver, estoy yendo.

Regresar de entre los muertos no había dulcificado mi carácter en absoluto. Continuaba siendo la misma Misty, un poquito cascarrabias y un poquito ridícula. Era un alivio descubrir que no había cambiado; hasta mi don me resultó agradable. Sin él, no sería quien soy.

Xav asomó la cabeza por la puerta de la ambulancia justo antes de que se cerrara.

–Nos vemos en el hospital, señora Lázaro –desapareció y de inmediato regresó–. Y no lo digo con el sentido deprimente de Sylvia Plath, por supuesto –cerró la puerta con fuerza. Considerando el tamaño de la camioneta, tuve la leve sensación de quedar encerrada en una tumba.

–¿Sylvia Plath? –preguntó Alex.

–Una escritora norteamericana que escribió un oscuro poema con ese nombre –*iguau!* ¡Sabía algo que el genio de Alex no sabía!

–¿Te agrada la poesía?

–Me encanta.

–Tendrás que compartirla conmigo. No leo poesía a menudo –debió haber notado mi expresión de sorpresa–. ¿Qué pasa?

–Estoy tan acostumbrada a pensar que eres perfecto que me quedé atónita al descubrir que tienes un punto débil.

–¿Piensas que soy perfecto? –preguntó con una amplia sonrisa y ojos chispeantes.

–No.

–Ah.

–*Pensaba* que eras perfecto y ahora veo que no lo eres. Es un enorme alivio. ¿Tienes otros defectos que quieras compartir conmigo para, ya sabes, hacerme sentir mejor? –moví las cejas hacia arriba y hacia abajo.

–Mmm –murmuró pensativo.

–¡Y ese es otro: murmuras por lo bajo!

–No es cierto.

–Acabas de hacerlo.

–Ah. Tienes razón. Y no me gusta el pan con ajo.

–¡¿Cómo puede no gustarte el pan con ajo?! Dios mío, eso sí que es un gran defecto –comencé a reír pero me dolieron las costillas.

–Mira el lado positivo: tendrás más para ti.

–Es cierto. Pero si como ajo tendré aliento a ajo y eso no es justo para ti.

–¿Y por qué es un problema para mí? –preguntó con aire inocente.

–Ya sabes –posé la mirada en sus labios.

Se inclinó y me besó.

–Sí, lo sé. Pero te prometo, Misty, que te besaré aun cuando tengas aliento a ajo. Me taparé la nariz.

Eché a reír otra vez: auch.

–Señor, ¿podría dejar descansar a la paciente? –interrumpió el médico.

–Sí, perdón –Alex se apartó y puso cara de haber sido regañado, pero no lo logró. Estaba tan eufórico de que yo hubiese sobrevivido que nada podía afectar su ánimo.

Me estiré para que nuestras manos continuaran entrelazadas.

–Gracias.

–¿Por qué?

–Por no soltarme.

–Nunca te dejaré ir. *Estoy perdido sin ti, ¿recuerdas?*



Los médicos expertos del hospital de Eugene, la ciudad más próxima, insistieron en que me quedara esa noche en observación. No pudieron encontrar nada que estuviera mal pero, aparentemente, cuando alguien había estado muerto por un período prolongado, era obligatorio permanecer internado al menos por una noche. A pesar de que no permitieron más visitas que mis padres, Alex no hizo caso. Agregué “tendencia a no respetar las reglas” a sus otras imperfecciones... ¿o tal vez debería colocarlo en la otra columna?

Victor Benedict tampoco se dejaba amilanar por las reglas. Vino a

interrogarme a las ocho de la noche.

–Misty, no tuve tiempo de decírtelo en la cabaña, pero le doy las gracias a Dios por lo ocurrido –le hizo una seña amistosa a mi padre, que lo observaba con mucha desconfianza, y besó a mi madre en la mejilla–. Topaz, ¿cómo se encuentra tu hija?

Mamá le hizo un resumen de los resultados de mis estudios. Creo que Victor ya los conocía pero, diplomáticamente, les estaba permitiendo a mis padres tener cierto control sobre la situación, después de sentirse desamparados durante días tras mi secuestro.

–Fantástico. Misty, tómate todo el tiempo que necesites.

*Victor, estoy lista para irme ahora mismo.*

*Tómate todo el tiempo que tu padre necesite, corrigió.*

–Supongo que querrán saber qué sucederá a continuación.

–Exactamente.

–Voy a conseguirte un pasaporte temporario para que puedas volver a tu casa. Hasta entonces, puedes quedarte aquí o con alguno de nosotros, si sientes que necesitas más tiempo.

–Creo que Misty preferiría recuperarse en su hogar –comentó mi padre con tono grave.

–Por supuesto. Sus hermanos estarán preocupados hasta que no la vean –dijo Victor hábilmente.

A papá le estaba resultando difícil estar enojado con nosotros los savants, cuando todos nos comportábamos tan amablemente con él.

–Alex, tu tío.

El rostro de Alex se oscureció.

–¿Qué pasa con él?

–Despertó poco después de que te marcharas con Misty. Su don sigue funcionando, de modo que podría escaparse muy fácilmente a menos que lo tengamos bajo control estricto.

–No permitirán que escape, ¿no? –pregunté angustiada. Si supiera que Johan estaba prófugo, nunca me sentiría segura.

–No, lo prometo. Ya he tenido que manejar prisioneros difíciles con anterioridad y hemos montado un buen sistema. Le pondremos una identificación para que sepamos dónde está aun cuando utilice su don para desaparecer. No, mi mayor problema es que dudo que Johan du Plessis esté en condiciones de ser llevado a juicio.

–¿Te refieres a que está loco como una cabra? Yo me di cuenta de eso cuando desperté en el bosque.

–Como Misty expresó tan concisamente, du Plessis está demente. Es probable que cumpla su condena en una guardia psiquiátrica y no en una celda.

–Él realmente mató a esas personas... y a más también –dijo Alex suavemente–. No estoy seguro de que eso sea suficiente.

–Lo sé, tiene una combinación letal: un alto nivel de habilidad organizacional y funciones emocionales seriamente atrofiadas. Mató a trece personas en su obsesión por encontrar a su familia. La reciente evaluación psiquiátrica dice que du Plessis no posee comprensión de la gravedad de lo que hizo y no muestra arrepentimiento. Para él, las vidas de los demás no son reales. Supongo que eso lo tendrán que decidir los médicos, pero creo que recomendarán que se lo ponga en un lugar protegido por su propia seguridad y la de todos los demás.

–Victor, ¿cómo harán para impedir que siga matando personas? –preguntó mamá mientras se frotaba los brazos todavía asustada, a pesar de que yo me encontraba a salvo–. Solo tiene que tocarlas.

–Tendrá que estar aislado y sedado cuando alguien tenga que tratarlo o moverlo. No se me ocurre otra opción.

–Eso es peor que cumplir la condena en prisión –dijo Alex.

–Me parece bien –acotó papá cruzándose de brazos. Johan había secuestrado a su hija y, en ese momento, no estaba muy preocupado por la convención europea de los derechos humanos.

–Yo creo que es insoportablemente triste –señalé–. Por favor, Alex, al menos deberíamos ir a verlo. Él ya estaba aislado; esto será todavía peor.

–Misty, mi tío te mató.

–Pero regresé. Escucha, yo sé que mató a más gente, pero también fue rechazado durante toda su vida. En su retorcida forma de ser, él se preocupa por ti. No le agregues tu rechazo a todo lo que sufrió. ¿Quién sabe qué podría provocarle? Ya es suficientemente peligroso así como está.

Alex cerró los ojos y luego asintió.

–De acuerdo, si quieres que lo haga, lo haré. Si Victor puede arreglarlo, iremos a verlo.

Victor me sonrió; en sus ojos gélidos había un poco de calidez. Me di cuenta de que lo había impresionado.

–Puedo hacerlo. Si estás segura...

–¡Misty! –mi padre se estaba preparando para hacer una de sus intervenciones.

Mamá apoyó la mano en la suya.

–Mark, deja que lo haga.

Se miraron durante unos segundos: no necesitaban telepatía para comunicarse.

–Está bien, Topaz. Pero ten cuidado, Misty.

–¿Cuándo no lo he tenido? –pregunté alegremente.

Por alguna razón, los otros cuatro ocupantes de la habitación echaron a reír.



Johan había sido ubicado en una habitación alejada dentro de una guardia psiquiátrica. El sitio era agradable. Tenía muebles cálidos y fotos de la Montaña de la Mesa en las paredes. Se veía que alguien había estado investigando sus necesidades. Los únicos indicios de que se trataba de una celda eran las rejas de la ventana y el grosor de la puerta. Una televisión zumbaba en un rincón, pero él no parecía prestarle atención. Miraba por la ventana al árbol desnudo que había del otro lado del vidrio.

Victor, que nos acompañaba en la visita, hizo una pausa para comunicarse telepáticamente con él.

–Prometió permanecer en la silla a una distancia prudente de nosotros – informó–. Puedo paralizarlo con la mente si realiza algún movimiento repentino. ¿Les parece bien?

Alex asintió, pero a mí me corrió un escalofrío por la espalda. Me asaltó nuevamente el recuerdo de los días aterradores como su prisionera invisible. Era fácil ser valiente cuando Johan no estaba cerca.

–*Bokkie*, si prefieres, puedes permanecer acá afuera –dijo Alex.

Esa idea había sido mía.

–No, voy a entrar.

–A veces, eres peligrosamente valiente –Alex sonrió sarcásticamente.

–Dice el chico que irrumpió en medio de una toma de rehenes –concluí.

Victor le hizo un gesto al enfermero de que abriera la puerta.

–Hola, Johan. Te traje visitas.

Johan no se dio vuelta.

–No quiero hablar con más doctores. Estoy perfectamente cuerdo. Ninguno de ustedes tiene la inteligencia para comprenderme.

–Tío, soy yo. Y Misty –alerta y protector, Alex se colocó delante de mí.

Johan giró velozmente, una sonrisa alegre, casi infantil, en los labios.

–¡Alex! Qué bueno que viniste. Y también Misty. ¿Saben algo? Por una vez estoy contento de que mi don fallara. No era mi intención borrarle tan pronto del mapa.

Noté que no había dicho que *nunca* había tenido intención de matarme, solamente que había sido *muy pronto*.

–Sí, como puede ver, estoy bien.

–Pero, Alex, tienes que convencer a esta gente de que me deje ir. Estoy bien. No necesito drogas ni doctores.

–Pero sabemos que mataste por lo menos a trece personas –dijo Alex con calma.

Johan hizo un ademán de que ese hecho no era importante.

–No fue tanto matar como detener... sí, detener. Eran todas personas prescindibles. El mundo puede seguir girando sin ellas.

–Me temo que los padres de Mia Gordon, Jody Gaspard y de las otras once víctimas no estarían de acuerdo –afirmó Victor.

–¿Mia qué? –Johan se mostró perplejo.

–La última chica que mataste.

–Ah, sí. Había cumplido su función; después de eso, no podía mantenerla con vida. Les aseguro que no sintió nada. La dormí.

–La arrojaste al Támesis.

La expresión vacía de Johan era indignante. Deseé sacudirlo... hacerle sentir algo por sus víctimas. Pero era inútil, no comprendía. Estaba claro que no tenía interés en analizar sus crímenes.

–Ves, Alex, tienes que decirles que me dejen ir –repitió con vehemencia.

–No puedo hacerlo, tío. No te encuentras bien. No podemos confiar en que respetarás la vida de los demás, por lo tanto tienes que permanecer aquí por nuestra seguridad y por la tuya propia –Alex estaba utilizando su don para que entendiera la idea.

–¿Quieres que me quede acá?

–Sí. Es un buen lugar. Te cuidarán.

–¿Vendrás a verme? –Johan se mostró tan esperanzado que Alex no pudo negarse.

–Sí, vendré.

La puerta se abrió nuevamente y entró Miriam du Plessis.

–Alex, tú no serás la única visita. Yo también cuidaré de Johan –apartó un mechón de pelo del rostro en un claro gesto de cansancio. Lo primero que pensé fue que era la última persona que esperaba ver ahí, pero luego me di cuenta de que no sería capaz de mantenerse lejos-. Él siempre fue mi responsabilidad.

–¡Miriam! –Johan paseó la vista de Alex a su madre-. Este es otro placer inesperado. ¿Cómo está Roger? –su expresión se volvió maliciosa.

–Está... enojado –Miriam me tocó el brazo, transmitiéndome en silencio lo feliz que estaba de verme recuperada.

Johan lanzó una risa ahogada.

–Excelente. ¿Por qué no le dices que venga a visitarme? Tengo algo para él – juntó los dedos y los flexionó hacia atrás haciendo chasquear los nudillos.

–¡Johan! –advirtió Victor.

–Estaba bromeando –la mentira hizo que el aire silbara entre mis dientes.

–No hay forma de convencer a Roger de que cruce esa puerta –dijo Miriam-, pero yo vendré si prometes comportarte. No más muertes, Johan. Se acabó.

–¿Se acabó? –Johan se mostró repentinamente perdido y confundido. Miriam debió haberlo tocado con telepatía para reforzar la idea y el impacto lo había sacudido–. Miriam, ¿por qué me rechazaste?

Los ojos de ella estaban teñidos de angustia.

–Porque no podía llegar a ti. Estabas muy lejos.

–Pero estoy acá –se golpeó el pecho–. Estoy acá.

–No, no lo estás... y eso es lo más triste de todo. Antes de empezar a matar a otras personas, eliminaste a la persona en que podrías haberte convertido. Lo siento, alma gemela.

Johan comenzó a sollozar. La visión era impresionante; siempre se había sentido tan seguro de sí mismo, no necesitaba a Miriam, se bastaba a sí mismo.

–No soy nada –susurró–. Eso es lo que decía mi padre y tenía razón.

Pude sentir cómo crecía su determinación al enfrentar esa verdad. *Alex, haz algo. Va a usar su don consigo mismo.*

–Eso no es cierto, tío. Eres un hombre cuya vida fue torcida por aquellos que debieron quererte como eras. Necesitas ayuda. Miriam y yo... te vamos a ayudar. Aférrate a eso.

–Pero no me quieres... y ella tampoco –Johan quedó atrapado en una gran nube negra de desesperación. No sentía pena ni remordimiento por sus víctimas, solo por él, pero, de alguna forma, eso hacía que provocara más lástima.

–A los dos nos importas lo suficiente como para estar aquí –argumentó Alex. Cargué sus palabras con mi poder para que pudieran abrirse paso en medio de esa gran nube–. Si te deci-des, puedes hacer algo con el resto de tu vida. Ahora nadie te detiene.

–No lo sé, Alex; no lo sé –Johan se balanceó de un lado a otro.

–Misty está aquí, de modo que sabes que no miento. Tienes que confiar en nosotros. En tu familia.

–¿Qué soy? ¿Qué hice? –Johan se llevó las rodillas al pecho; parecía un niño escondido en un rincón. Tuve una súbita visión de él cuando era pequeño acurrucado ante los golpes y el odio. En mi interior, sentí pena por sus víctimas... y por él.

*Yo también siento pena, susurró Alex.*

Antes de que pudiéramos detenerla, Miriam cerró la distancia que la separaba de Johan y le apoyó la mano en el hombro. Se dio vuelta y nos miró con ojos llenos de dolor.

–Por favor, déjennos solos. Él es mío... siempre lo fue.

Acatando su tono de autoridad, nos retiramos. Una vez que estuvimos en el pasillo, abracé a Alex.

–No la va a lastimar, ¿verdad? –le preguntó a Victor, la voz entrecortada.

–No, no lo creo. Tú y tu madre son los únicos a quienes nunca pensó en lastimar. De alguna manera, con Roger, ustedes tres son las únicas personas reales en el mundo de Johan. Su mente es un caos, tiene grandes vacíos que se niega a ver, emociones atrofiadas –Victor suspiró–. Sus padres lo maltrataron demasiado, eso es seguro. ¿Saben algo? En general, me siento satisfecho cuando pongo al malo detrás de las rejas, pero en este caso siento tristeza. No hay justicia para las víctimas ni recuperación posible para él.



Jason y Roger esperaban en el estacionamiento. Pensé que Roger no tenía idea de lo que estaba haciendo su mujer o no estaría sentado ahí tan tranquilo. Al vernos, apartó la vista. Jason, sin embargo, bajó del auto antes de que su padre pudiera detenerlo.

–¡Alex, Misty! ¡No esperaba verlos acá! –se acercó saltando a nosotros con el entusiasmo de un cachorrito–. ¿Te encuentras bien, Misty? Porque estabas muy mal la última vez que te vi.

Le di un abrazo.

–Me veía mal porque estaba muerta, payaso –Alex se estremeció; no le agradaba recordarlo aunque fuera con humor–. Pero ahora estoy bien, Jason. ¿Y tú cómo te encuentras?

–Ah, ya sabes –se encogió de hombros–. Han sido un par de días difíciles. Victor me dio una palmada en el hombro.

–Iré a hablar con el médico a cargo mientras ustedes se ponen al día –nos echó a todos una de sus miradas que decían “no hagan ninguna estupidez” antes de alejarse a grandes pasos.

Jason hizo como si le corriera un escalofrío mientras Victor se marchaba.

–¡Te vi, du Plessis! –gritó Victor.

–Tiene ojos en la espalda –explicó Alex.

–Es un savant realmente aterrador, no como tú –Jason le sonrió a su hermano–. Alex, estaba pensando si, no sé, si tal vez podríamos mantenernos en contacto o algo así.

Alex le dio un golpe suave en el hombro. Se notaba que estaba contento.

–Sí, por supuesto. ¿Tu padre está de acuerdo?

–*Nuestro* padre –corrigió Jason mientras le echaba un vistazo fugaz a Roger, que miraba deliberadamente en la dirección opuesta–. Pienso que no está exactamente loco con la idea, pero mamá dice que todo será diferente de ahora en adelante. Ya no tenemos que ocultarnos. Según ella, papá tendrá que adaptarse un poco.

Roger sonaba parecido a mi padre, pero mucho peor. Era importante que

ellos dos no se conocieran hasta dentro de mucho tiempo, ya que no harían más que reforzar mutuamente sus prejuicios.

*Es gracioso que tengamos eso en común, ¿no crees?*, le comenté a Alex, mostrándole la comparación que estaba haciendo.

*Tienes razón, pero al lado de Roger, tu padre parece muy tranquilo. Jason es genial, ¿no es cierto?*

*Es increíble.*

–Jason, ¿entonces vendrás a visitarnos a Alex y a mí?

–¿Ustedes viven juntos? –Jason tocó nuestro punto débil.

–Mmm...

–Sí, estaremos juntos –dijo Alex con firmeza–. Si no puedo entrar por mis méritos, voy a convencer a Cambridge de que me acepte. No me voy a arriesgar a que Misty vuelva a alejarse de mí; no funciona bien sin ella.

–Pero, Alex, eso es hacer trampa... y yo te obligaría a confesar –le jalé de la manga.

Sonrió y me agitó el pelo.

–Es cierto... tú me mantendrás por el buen camino.

–De todas maneras, no será necesario utilizar tácticas deshonestas. Te adorarán. Eres un campeón de los concursos de debates, tienes madera para ser un futuro líder, ¿no es cierto?

Miriam salió del hospital con aspecto muy abatido. Roger saltó del auto, se dirigió deprisa hacia ella y la envolvió entre sus brazos mientras le hablaba suavemente. Era evidente el alivio que sentía de verla regresar sana y salva.

Jason sonrió, contento de ver que sus padres retornaban a una relación más armoniosa.

–Alex, lamento que no los hayas conocido antes. Pá se pondrá loco con los savants, pero es un buen tipo en todo lo demás.

En mi opinión, ese era un terrible defecto de su personalidad, pero contuve la lengua. Vi que Miriam se acercaba trayendo a Roger a la rastra y decidí marcharme.

*Quédate*, urgió Alex.

*Roger no querrá verme cerca.*

*Quiero tenerte a mi lado.*

Miriam se detuvo a pocos pasos de Alex.

–Yo... –se aclaró la garganta–. Ay, Alex, tengo tanto que decirte, tanto que explicarte. Sé que debes odiarme, pero yo realmente pensaba que estaba haciendo lo único que podía hacer para que todos estuviéramos seguros –usó la muñeca para secarse los ojos–. Soy una madre patética... no pude expandir mi don lo suficiente. Tal vez, debería haberme quedado contigo... pero entonces Johan habría encontrado a Roger y a Jason. Y si te hubiera llevado con nosotros, entonces Roger nunca habría comprendido tu naturaleza. No

quería que él cometiera los mismos errores, que se transformara en el hombre cruel en que se había convertido su padre. ¿Y qué te habría hecho a ti?

Alex dejó que hablara, sin perdonarla ni condenarla.

–Por lo tanto, tomé la idea de la historia de Moisés y la cesta de juncos: dejar que otro se ocupara de ti para que pudieras crecer y ser el hombre que deberías ser. ¿Hice lo correcto? –sacudió la cabeza, furiosa consigo misma—. No, es una estupidez. No había algo que fuera correcto, sino dos opciones incorrectas entre las cuales elegir. ¿Me perdonas? –estiró las manos en un gesto suplicante.

Calmo por fuera, Alex estaba experimentando un vendaval en su interior. Se volvió hacia mí. *¿Qué digo?*

*Lo que salga de tu corazón.*

*De acuerdo.*

–Miriam, me parece que comprendo. Tenías ante ti una decisión imposible. Tu dolor fue inmenso. Podrías haberte quedado conmigo y dejar que otros sufrieran. Imagino que eso te exigió coraje, de modo que sí, si es importante para ti, te perdono –Alex lanzó una mirada a su padre preguntándose si un pedido similar vendría en camino, o tal vez era más bien un deseo. Roger apartó la mirada. Pude sentir la tristeza insondable de Alex.

*Me tienes a mí y a Jason, y ahora a tu madre, le dije. Haz que te resulte suficiente.*

Miriam percibió la postura rígida de su esposo y su expresión reflejó su decepción.

–No te pido que me consideres tu madre, pero me gustaría que construyéramos algo entre los dos.

Pude sentir que, en el interior de Alex, había una verdad que él no podía expresar por sí mismo... estaba sepultada demasiado profundamente.

–Señora du Plessis, Alex necesita que usted sea una madre para él tanto como usted necesita que él sea un hijo.

–Misty... –Alex comenzó a disentir.

–No, está dentro de ti; es la verdad.

Alex cerró la boca... Era posible que eso también le sucediera por primera vez: que alguien lo dejara sin palabras.

–Entonces, estoy de acuerdo –Miriam se sonó la nariz–, me gustaría comenzar de nuevo.

–Está bien –en el rostro de Alex se dibujó una de sus maravillosas sonrisas–. Mamá.



## CAPÍTULO 23

**E**n casa, la Navidad siempre era un fantástico caos de parientes, regalos y comida. Le había advertido a Alex que se preparara para recibir un bombardeo sensorial: los maravillosos adornos realizados por Hazel y Willow, ayudadas por mis hermanas Gale, Felicity y Peace; los chillidos de Brand, Tempest y Sunny en el dormitorio de los más pequeños, hundidos hasta los tobillos en *Legos* y animales de juguetes; la comida fabulosa de papá, que hacía que te zumbaran las papilas gustativas; el olor del abeto en la sala y el ganso asado en la cocina. Después de Acción de Gracias, Alex y yo habíamos prohibido el pavo.

–Olvidaste el sentido del tacto –me dijo Alex, una sonrisita de aprobación curvándole la boca. Deslizó los dedos por mi cuello para jugar con el collar que me había regalado en nuestro aniversario de un mes: dos corazones entrelazados. Todavía no había abierto mi regalo de Navidad, pero era pequeño y tenía la forma de una cajita redonda. Sospechaba que haría juego con el collar.

Me estremecí al sentir sus caricias que descendían por el cuerpo.

–Me parece que ese sentido lo tenemos cubierto.

–Sin ninguna duda.

El beso en el invernadero fue interrumpido por una ruidosa tos de Sky y la risa de Zed.

–Hey, Misty, ¿quieres que nos vayamos? –preguntó ella, los ojos brillantes de picardía. Zed y Sky estaban pasando la Navidad en Richmond, con los padres de Sky, de modo que todos nos habíamos reunido para almorzar juntos.

Uriel y Tarryn aparecieron detrás de ellos, llevando una montaña de regalos.

–No puede contestar –explicó Tarryn–, pues la verdad sería una grosería.

Alex ocultó mis mejillas sonrojadas contra su pecho.

–No puedo recordar por qué deseaba tener una familia numerosa.

–Porque nos quieres –acotó Crystal, emergiendo de la cocina con un plato de tartaletas de frutas.

Xav venía detrás con una bandeja con vasos de humeante jugo de manzana con especias.

–Cuando no estás deseando estrangularnos –concluyó–. Misty, toma una bebida, así podrás culpar al jugo de frutas por el color de tus mejillas.

Todos nos servimos los vasos de jugo que venían en unos pequeños recipientes de metal ornamentado, regalo de la familia de Alex de Oregon. En el invernadero, no había sillas suficientes para todos, de modo que tuvimos que sentarnos de a dos, las chicas sobre las rodillas de los varones. Crystal discutió con Xav que él debería ser quien se sentase en las rodillas de ella, pero fue Xav quien ganó. La sala se utilizó para que los chicos destriparan sus regalos. Por el rabillo del ojo, alcancé a ver a Pest pegándole a Brand en la cabeza con un muñeco inflable de Rodolfo, y a Brand respondiéndole con un rugido de su león. Debido a que el enfrentamiento parecía agradarles a ambos, decidí no intervenir. El pelo de Sunny lucía sospechosamente corto a los costados. Las chicas más pequeñas tenían las cabezas juntas mientras tramaban algo, pero yo no estaba segura de qué se trataba. Como Felicity y Peace estaban mostrando un don para hacer travesuras (después de todo, yo había sido un gran ejemplo para ellas en ese rubro), imaginé que la tarde se volvería interesante a eso de las cinco, cuando sus planes maduraran. Gale ya tenía una sospechosa sonrisa en el rostro mientras se reclinaba y las dejaba complotar. Ignorantes de los problemas que se avecinaban, mamá, papá, tía Opal y tío Milo cantaban villancicos de Navidad en la cocina mientras su equipo preparaba el festín.

Menos mal que, a esa hora, yo había organizado para ir con Alex a caminar a lo largo del Támesis con Summer y Angel. Era una de nuestras tradiciones desde que descubrimos que Angel podía hacer cosas geniales con el agua del río: un breve espectáculo acuático para dar por terminados los festejos.

También era bueno para que Summer abandonara por un rato su hogar desdichado.

–Tengo que darte las gracias –dijo Tarryn, dándome unos golpecitos en la rodilla para atraer mi atención.

–¿A mí? ¿Por qué?

–Por enseñarme que mi don podía usarse para salvar vidas y no solo para predecir su final. Uri y yo descubrimos que los dos juntos podemos rescatar a algunas almas gemelas que están al borde del abismo. En algunas raras ocasiones, si todavía están a tiempo, podemos trazar un camino que los lleve de regreso a su casa –hizo una mueca–. También podemos combinar nuestros dones para ver cómo murió una persona, lo cual resulta muy útil para Uri y Victor en su trabajo... aunque no estoy demasiado emocionada con esa parte de mi don.

–Ya lo estarás cuando consigas justicia para aquellos que han sido víctimas de un crimen –comentó Uriel amablemente.

–Y también podrías evitar que se acuse a la persona equivocada. Piensa en lo que eso podría significar en la vida de una persona –agregó Zed.

Tarryn se encogió de hombros dándose por vencida.

–Ves, como me anunciaste, mi don tiene muchas más posibilidades que yo desconocía. Gracias, Misty, por iniciarme en esta senda.

–Es una pena que tuvieras que morir para lograrlo –Xav me guiñó el ojo.

Alex abrió la boca para decirle a Xav que esa broma no le parecía muy graciosa, pero apoyó el dedo sobre sus labios.

–No tengo intenciones de repetir el experimento, pero estoy contenta de que haya sido útil para ustedes dos –les dije a Tarryn y a Uriel.

Sky sonrió tímidamente.

–Es muy tierno.

–¿Qué cosa?

–La forma en que haces que Alex se calle la boca. Cuando lo conocí por primera vez, pensé que nadie se atrevería a interrumpirlo, ya que cada palabra que pronuncia es tan... –se retorció en las rodillas de Zed– *cautivante*.

–Ten cuidado –gruñó Zed–, o tendré que llevarlo afuera para cruzar algunas palabras con él.

–Calma un poco esos impulsos machistas, hermano –intervino Xav–.

¿Acaso no has notado que cuando está con Misty, cosa que ocurre casi todo el tiempo por lo que veo, dice tantas tonterías como el resto de nosotros?

–A menos que aúnen sus dones, combinando la verdad y la persuasión, y entonces nuestro único destino será hacer lo que ellos dicen –añadió Sky.

Alex entrelazó sus dedos con los míos. *¿De modo que somos una combinación imparables?*

*Ya lo creo, compañero.*

*Tú me haces humilde; ¿yo te hago...?*

*Feliz.*

*Me gustó. Te hago feliz. Y juntos podemos gobernar al mundo.* Eso último fue dicho con una sonrisa traviesa, ya que no era exactamente una mentira.

*Menos mal que no tengo ambición de gobernar.*

*Buh, aquafiestas.* Alex levantó la rodilla y me hizo pegar un salto.

–Hablando de enfrentar al destino, creo que me debes la revancha –señaló la mesa de ping-pong, ubicada en la galería techada.

–¡Genial! –Sky se levantó de inmediato–. ¡Yo juego!

–Después jugaré contigo –le prometí–, pero antes Alex y yo tenemos un partido pendiente. Le di una paliza en Ciudad del Cabo y ha estado esperando la revancha.

–¿Una paliza? Ja, difícil –se mofó Alex.

–¿Una revancha? –Xav se frotó las manos–. Genial.

–Yo hago de árbitro –se ofreció Crystal.

–Yo me mantendré bien lejos –dijo Tarryn rápidamente–. Uri, si aprecias tu vida, no interfieras.

–¡Prepárate para recibir una gran paliza en ese hermoso trasero! –advertí a Alex, atándome el pelo en una coleta para esa batalla de ping-pong.

–Ya lo veremos –tomó la paleta y la pelota que estaban en el extremo de la mesa mientras flexionaba los hombros para aflojarse. Dios mío, era difícil concentrarse: se veía tan atractivo... y era todo mío.

El primer servicio pasó silbando a mi lado.

–Ah, ¿no estabas lista? –preguntó con esa sonrisa que me decía que sabía exactamente lo que yo estaba pensando.

–Ahora sí –respondí concentrándome en el partido.

–No te enojas, desquítate –aconsejó Zed.

–Eso haré. Apártense todos: acá va a correr sangre.



¿Cuál fue el resultado del partido?

Al final, no era importante ya que el premio para el vencedor era un beso. Ganáramos o perdiéramos, los dos ganábamos.

## Sobre la autora

Joss Stirling es la autora de la exitosa saga **Finding Love**, que ya ha cautivado a miles de lectores en todo el mundo.

En esta oportunidad, nos presenta *Misty*, cuarta entrega de la saga, y nos invita a viajar una vez más a sitios exóticos, junto a una protagonista inolvidable.

Stirling tiene un doctorado en Literatura Inglesa, que cursó en Oxford. Y ha vendido más de medio millón de sus libros alrededor del mundo.

Puedes visitarla en [www.josssterling.com](http://www.josssterling.com)

## **¡Tu opinión es importante!**

Esríbenos un e-mail a [miopinion@vreditoras.com](mailto:miopinion@vreditoras.com)  
con el título de este libro en el “Asunto”.

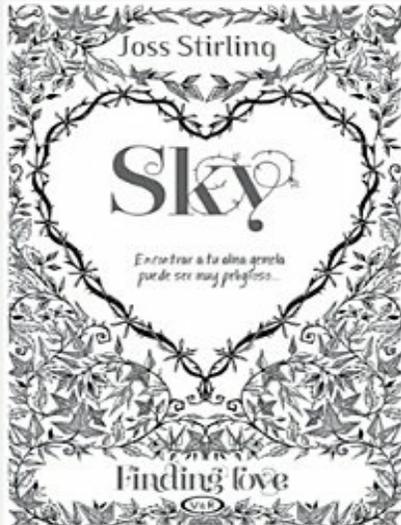
Conócenos mejor en:  
[www.vreditoras.com](http://www.vreditoras.com)

Para saber más sobre la saga *Finding love* ingresa a:

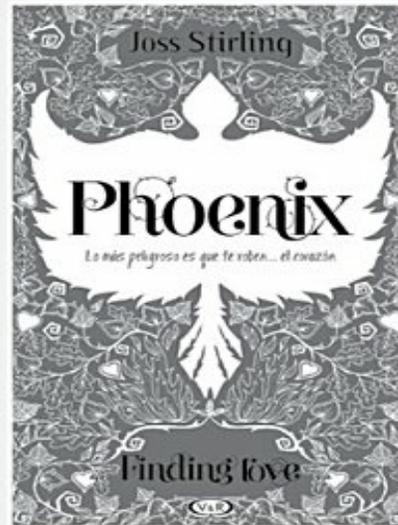
 [facebook.com/SagaFindingLove](https://facebook.com/SagaFindingLove)



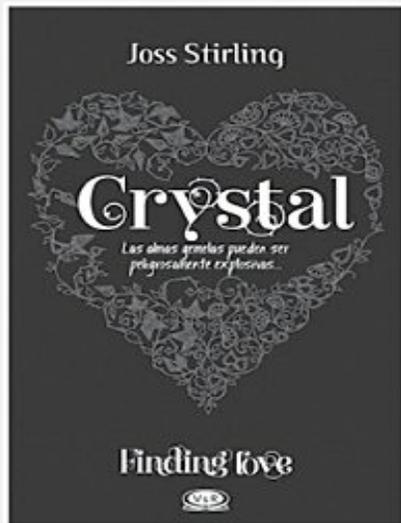
# Saga Finding Love Joss Stirling



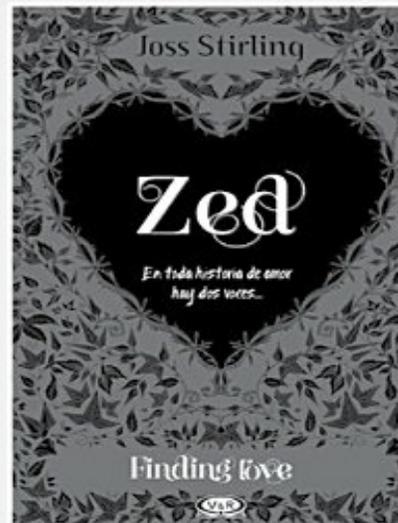
SKY



PHOENIX



CRYSTAL

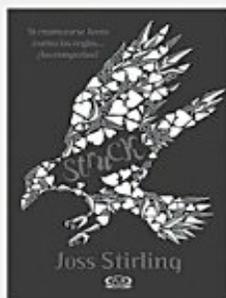


ZED



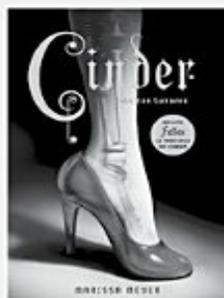
# Las mejores historias están en V&R

**STRUCK**  
Joss Stirling



 **VREDITORASYA**

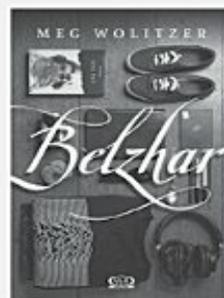
**CRÓNICAS LUNARES**  
Marissa Meyer



*Cinder*

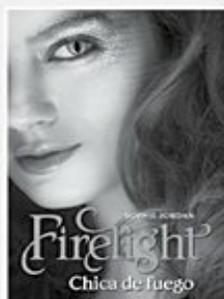
 **VREDITORASYA**

**BELZHAR**  
Meg Wolitzer



 **VREDITORASYA**

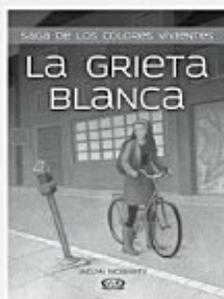
**FIRELIGHT**  
Sophie Jordan



*Chica de fuego*  
*Vanish. Chica de niebla*  
*Hidden. Chica de luz*  
*Breathless. Chica de agua*

 **SAGAFIRELIGHT**

**COLORES VIVIENTES**  
Jaclyn Moriarty



*La grieta blanca*  
*Las Grietas del Reino*

 **SAGACOLORESVIVIENTES**

**CARTAS DE AMOR  
A LOS MUERTOS**  
Ava Dellaira



 **VREDITORASYA**



[www.vreditoras.com](http://www.vreditoras.com)

 **VREditorasYA**





Título original: *Misty Falls*

Dirección de proyecto editorial: Cristina Alemany

Dirección de arte: Paula Fernández

Traducción: Silvina Poch

Edición: Leonel Teti

Armado: Tomás Caramella

*Misty Falls* fue originalmente publicado en inglés en 2014.

Esta traducción se publica de acuerdo con Oxford University Press.

© Joss Stirling 2014

© 2015 V&R Editoras

[www.vreditoras.com](http://www.vreditoras.com)

Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias y cualquier otra forma de cesión de la misma, sin previa autorización escrita de las editoras.

Argentina: San Martín 969 piso 10 (C1004AAS), Buenos Aires

Tel./Fax: (54-11) 5352-9444 y rotativas • e-mail: [editorial@vreditoras.com](mailto:editorial@vreditoras.com)

México: Av. Tamaulipas 145, Colonia Hipódromo Condesa,

Delegación Cuauhtémoc, México D. F. (C.P. 06170)

Tel./Fax: (5255) 5220-6620/6621 • 01800-543-4995

e-mail: [editoras@vergarariba.com.mx](mailto:editoras@vergarariba.com.mx)

ISBN 978-987-612-944-2

Mayo de 2015

Stirling, Joss

Finding love. Misty. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: V&R, 2015.

E-Book.

ISBN 978-987-612-944-2

1. Narrativa Juvenil Inglesa. I. Título

CDD 823.928 3